

**CHLOE
SANTANA**



Sosotrios,
¿PARA SIEMPRE?

Nosotros, ¿para siempre?

© **Por el texto, Chloe Santana**

© **Por el diseño de portada, Alexia Jorques**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

1. Diez años antes

Una mujer nunca olvida su primera vez. Su primer beso. Su primera escapada nocturna. La primera vez que hizo el amor. Y yo recordaba con exactitud como las manos de Fernando me habían llevado al éxtasis. Como la intimidad se había fraguado entre nosotros mientras las palabras sobraban. Como había tenido la esperanza de que a partir de entonces existiera un futuro para nosotros.

Hasta que todo se derrumbó. Entonces tuve que emprender mi camino en solitario por culpa de un secreto que aún me carcomía. Y explicarle a Fernando mi decisión fue una de las cosas más difíciles de mi vida, porque no pude contarle la verdad.

Cerré los ojos y recordé el momento.

—Ey, ¿qué tal estas? —me besó con suavidad, como hacía siempre.

Fernando creía que estaba destrozada porque John, mi hermano mayor, acababa de entrar en la cárcel. Tras haber descubierto que John había estado involucrado en la muerte de un estudiante de su fraternidad, se me había caído la venda de los ojos. Pero había algo más. Algo que ni Fernando ni mi familia sabían. Definitivamente estábamos en caminos distintos de la vida. Él se iba a ir a estudiar a Yale. Y yo... yo necesitaba alejarme de todo, porque la herida dolía demasiado.

—¿Ya has terminado de hacer la maleta? —le pregunté.

—Sí, prácticamente sí. Venía a preguntarte si ya sabes... si vendrás conmigo.

Él tenía la esperanza de que lo acompañara a Yale. De que me matriculara en periodismo y comenzáramos juntos en otro lugar. Sin ser el hijo del jardinero y la hija de sus jefes. Pero eso no entraba en mis planes porque había perdido la ilusión por todo. Sentía un dolor tan grande que necesitaba alejarme de todas las personas que conocía y comenzar de nuevo.

Y encontrar mi propio camino, fuera el que fuera.

—Sí, ya lo sé.

Fernando me miró entre la incertidumbre y la esperanza.

—Me voy a la India, a la fundación de mi familia. Quiero verlo todo de cerca y ayudar. Es lo que más me apetece en este momento.

Se quedó perplejo. Al principio creyó que era una broma, hasta que poco a poco lo fue asimilando.

—¿A la India? Pero Mia... ¿qué se te ha perdido a ti allí? Ya sé que después de todo lo que has vivido necesitas olvidar, pero también podrías hacerlo en Yale. O en la universidad que tú elijas. No tienes que sacrificarte por los pecados de tu familia.

Me abracé a mí misma. Él no entendía nada. No se trataba de sacrificarme, no lo hacía por eso. Necesitaba ocupar mi mente. Ser útil y olvidar todo lo que sabía. Todo lo que sabía y lo que los demás obviaban.

—Es que no quiero ir a Yale... ni a ninguna otra universidad. Sé que no puedes entenderme, pero ahora necesito esto.

Él asintió con vaguedad.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos? ¿Vendrás de vez en cuando? Ya sabes, para vernos.

Me froté las manos con nerviosismo. Dicen que en las rupturas al que dejan es el que peor lo pasa, pero aquel día descubrí que cuando dos personas se quieren de verdad, no importa quién de el paso.

—No, Fer. Necesito estar sola. No te puedo prometer que volveré, porque no sé cuándo lo haré. Ni te puedo pedir que me esperes, eso no sería justo.

Me miró confundido.

—Espera... —puso las manos en alto y se alejó de mí—. ¿Significa eso lo que creo que significa? ¿Quieres que cortemos?

—Si lo dices así suena fatal —musité.

—¡Y cómo quieres que lo diga! Es lo que me estás pidiendo, ¿no? —los

ojos de Fernando se llenaron de lágrimas.

Intenté tocarlo, pero él se apartó dolido.

—Ojalá tu hermano no lo hubiera arruinado todo. Ojalá no te hubiera dejado allí sola. Has cambiado, ¿dónde está la Mia de la que estoy enamorado? Dime qué puedo hacer para traerla de vuelta. Haré lo que tú me digas —susurró emocionado.

Las lágrimas me atenazaron la garganta.

—De eso se trata, me voy para buscarla. Estará por algún lugar, digo yo.

—¿En la India? —dudó él.

Nos reímos débilmente.

—No lo sé, Fer.

—Pues si la ves, dile que estoy loco por ella. Y que si me pidiera que la esperara, lo haría sin dudar. Que esto no es justo.

Nada es justo, pensé con amargura.

—¿Lo que tenemos no es lo suficiente bueno para soportar tanta distancia? —se temió él.

Sacudí la cabeza sin dudar, le cogí las manos y dije:

—Lo que tenemos es demasiado bueno, por eso no quiero estropearlo.

Fernando suspiró con pesadez y me besó. Dudé. Pensé que tal vez no fuera la decisión correcta, pero fui incapaz de echarme atrás. En el fondo, sabía que seguir a su lado era un error. Necesitaba recomponerme a sí misma. Y cuando lo hiciera, tal vez estuviera preparada para él.

—Debería estar furioso contigo, pero no puedo. Espero que encuentres la felicidad allí donde vas, Mia. Lo deseo de todo corazón.

Supe la clase de persona que estaba dejando atrás y respiré emocionada.

—Y yo espero que te conviertas en un gran abogado, Fer. Y no me mires así, por favor. Esto no es un adiós, es un hasta luego. Ninguno de los dos sabe lo que le deparará el futuro.

Volvió a besarme, aquella vez con tanta pasión que me desarmó por completo. Me susurró al oído que esperaba que nuestros futuros estuvieran entrelazados, y cuando se separó de mí lo hizo llorando. Nos miramos por última vez antes de tomar caminos separados, y sin saber si el destino volvería a unirnos de nuevo.

Y en ocasiones como aquella, cuando la nostalgia se apoderaba de mí, temía haber tomado la decisión equivocada.

2. Mia

Recorrí con los dedos la espalda de Anand, mi guía en aquella región recóndita y alejada. Desnudos sobre las sábanas de seda, el cuerpo moreno del joven indio estaba perlado por el sudor. Aquella vez no tendría que dar explicaciones, porque Anand parecía buscar lo mismo que yo: una distracción. Alargó el brazo y me cogió los nudillos, besándome muy despacio.

—Pareces triste —señaló. Sus ojos oscuros me estudiaron con curiosidad.

—No estoy triste, solo pensativa.

—¿Te da miedo volver a casa?

—Un poco —admití, pues se me daba fatal mentir.

—No debería asustarte volver al hogar que te vio crecer.

No, no debería. Pero llevaba demasiado tiempo postergando esa visita y no me quedaba más remedio que dejarme ver. Apenas pasaba por allí, excepto en navidades y en las fechas más señaladas.

—¿Me vas a echar de menos? —bromeé.

Sabía de sobra que Anand me olvidaría con la primera turista guapa que se encontrara por el camino. Y yo haría lo mismo con él, como siempre. Me arrojaría a los brazos del primer extraño que pudiese darme algo de cariño porque así era más fácil.

—Todos te echaremos de menos. Pero recuerda que aquí no eres indispensable.

—Auch. Eso me ha dolido.

Mi último destino había sido Antapur, una recóndita región de la india donde escaseaba el agua potable. En principio había viajado allí para tres

meses, como le prometí a mi hermano. Pero como siempre, me encariñaba con la gente, los niños y su cultura. Y cualquiera excusa era buena para pisar mi casa lo menos posible.

— Lo que quiero decir es que aquí haces falta. Pero probablemente les haces más falta a los tuyos —me explicó Anand.

Sabía de sobra que tenía razón. Anand era observador y poco hablador, pero cuando abría la boca siempre daba en el clavo.

—Pero... deberíamos aprovechar el tiempo que nos queda —añadió jugueteando, antes de lanzarse sobre mí.

Escuchamos pasos en el pasillo y ambos nos tensamos. Anand se llevó un dedo a la boca para que guardara silencio, y asentí con el rostro pálido. Había sido una locura dejarme arrastrar hacia aquella habitación de hotel. Ya me habían avisado de que me dejara ver lo menos posible hasta que saliera mi avión. Todo se remontaba a unas semanas atrás, cuando me metí en un lío con un cazador furtivo al que denuncié ante las autoridades. O puede que fuera porque era una testigo crucial de un juicio que se celebraría en Nueva York dentro de tres meses. La única verdad incuestionable era que mi vida corría peligro, y el porqué era lo que menos me importaba en aquel momento.

Anand colocó una silla tras la puerta mientras yo me vestía a toda prisa. Luego deshizo las sábanas y las ató con fuerza a la pata de la cama. Las lanzó por la ventana del tercer piso y abrí los ojos de par en par.

—No estarás pensando... —me temí.

Tiró de mí hacia la ventana. Odiaba las alturas, debía de estar bromeando. Pero cuando escuché los golpes en la puerta, comprendí que no teníamos otra salida. Nos encaramamos a la improvisada cuerda justo cuando la puerta se derrumbó. Un segundo después comenzaron los disparos.

Logramos escapar por los pelos. Anand pagó a un vendedor ambulante para que nos llevase hasta la embajada estadounidense. Todavía tenía la adrenalina corriendo por mis venas y algunos rasguños en el rostro, prueba de que me había convertido en una kamikaze en pro de las causas humanitarias.

Diez años dan para mucho. En momentos como ese, cuando echaba la vista atrás y la melancolía me abrumaba, me daba cuenta de que mi vida distaba mucho del ser el camino idílico que había imaginado con diecisiete años. El de la chica alegre, testaruda, algo caprichosa y volátil que soñaba con comerse el mundo. Esa para la que no existían las complicaciones.

Cuando tenía diecisiete años y demasiados pajaritos en la cabeza, no tenía ni idea de que me convertiría en una persona solitaria y a la que le costaba echar el ancla. Desde que me fui de casa y pasé todo un verano en Antapur, la fundación benéfica que mi familia tenía en la India, corté todo lazo con el pasado. Me gradué en periodismo en una universidad pública y rechacé el dinero de los míos porque sabía que estaba contaminado. Porque guardaba un secreto que solo era mío.

Quién le hubiera dicho a esa cría que me convertiría en una filántropa que viajaba por el mundo siendo la cara más amable del imperio económico de su familia. Aceptaba ser la imagen benéfica de Los Parker porque aquello me permitía desarrollar mis proyectos. Desde construir pozos en África, hasta financiar escuelas en la India o dar oportunidades laborales a los más desfavorecidos. Y por qué no decirlo; aquello me obligaba a pasar en casa menos tiempo.

Mientras mi hermano me ladraba por teléfono, me recosté en la cama y clavé la vista en el techo. No podía explicarle que lo de hoy tampoco era para tanto. Que llevaba diez años enfrentándome a amenazas de muerte porque luchaba por aquellas causas que otros ignoraban.

—¡Mia! ¿Me estás escuchando?

—Sí, cómo no hacerlo. Me estás gritando, Matt.

—Porque eres una maldita inconsciente. Tienes que testificar en ese juicio dentro de tres meses, y mientras tanto estás jugando a ser Lara Croft en la India. ¿Cuándo piensas volver a casa? O, mejor dicho, ¿cómo? ¿En un ataúd?

Me masajeeé las sienes. Matt tenía razón, punto para él. Pero pasar tanto tiempo en casa me resultaba demasiado difícil. Sobre todo, teniendo en cuenta que me habían llegado ciertos rumores.

—No, Matt, es solo que...

—Ya te he reservado un vuelo. Pasarán a recogerte dentro de dos horas. Hablaremos cuando llegues a casa. Y por favor, no hagas más excursiones de las tuyas. Te lo suplico.

Suspiré. No podía hacerle eso a mi familia, así que tuve que claudicar. Me dije que pasaría un par de días en casa, les haría la visita de rigor y luego me trasladaría a la casa de verano que teníamos en Malibú hasta que llegase el juicio.

—Mia, hay algo que debes saber antes de que vuelvas. Pero antes prométeme que no te echarás atrás cuando te lo diga —me pidió mi hermano.

—Uhm... ¿tengo otra opción?

—No.

—Entonces dispara.

—Fernando se ha mudado al pueblo.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. Llevaba diez años evitándolo. A él, que había sido mi primer y único amor. El chico con el que perdí la virginidad. El hijo del jardinero, que por lo que sabía se había convertido en un gran abogado por el que las mujeres suspiraban.

Los rumores eran ciertos. Ahora sí que tenía un problema.

3. Fernando

Observé al hombre del espejo y tuve algo muy claro: ya no quedaba nada del hijo del jardinero que había trabajado en casa de Los Parker. Hacía diez años que aquel chaval desgarbado se había mudado para estudiar en Yale. Le había costado esfuerzo, horas de estudio y fregar muchos platos, pero había merecido la pena. Ahora me había convertido en un joven abogado que estaba a punto de formar parte de uno de los bufetes más importantes del país.

Me lo merecía.

Mi padre merecía que le diera una vida tranquila y con una casa propia. Que dejase de trabajar de sol a sol para otros y empezara a disfrutar de la jubilación. Así que le había regalado una casa en Golden Pont y me había mudado allí con él, pues el bufete estaba a una hora de camino.

No es que tuviera nada en contra de la familia Parker. De hecho, nos habían tratado fenomenal cuando mi padre trabajaba para ellos. Pero por fin me había forjado mi propio camino y podía tratarlos de tú a tú. Formaba parte de aquella escala social que se me llevaba negando toda la vida. Por ser hijo de emigrante y trabajar para una de las familias más adineradas del país. Pero ahora era uno de ellos.

—Cielo, ¿qué le queda al chofer? —Jessica pasó por mi lado envolviéndome con su perfume—. ¿Has visto mi pulsera de Cartier?

—No, pero no te pongas a buscarla ahora.

Mi prometida hizo un mohín y me ignoró. Era una mujer preciosa y la hija de mi futuro jefe. Que le hubiese pedido la mano había decantado la balanza a mi favor, para qué engañarnos. Pero había aprendido a moverme en aquella esfera de lujos, negocio y frivolidad. Y Jessica era la esposa perfecta para mí y para mi actual estatus. Sabía de protocolo, practicaba hípica y tenía

muchos contactos. Había sido la mejor elección.

—¡Aquí está! —exclamó triunfal—. Por un segundo creí que María me la habría robado. Tiene las manos muy largas.

María era nuestra empleada de hogar y confiaba ciegamente en ella.

—Jamás haría una cosa así —le dije.

Ella envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo hacia su boca. Sus ojos azules me observaron con una mezcla de placer y deseo. Yo había sido su trofeo, eso lo sabíamos los dos. Si para mí ella era la apuesta segura para entrar en el bufete de su padre por la puerta grande, yo era para ella una excitante combinación de hombre triunfador y hecho a sí mismo.

—Eso es lo que más me gusta de ti, cielo. Tu nobleza.

Creo que lo que más le gustaba de mí era cuando la agarraba del pelo y la montaba como un animal sobre la mesa de la cocina. Eso era lo que la había conquistado. La emoción y la seguridad que yo podía ofrecerle. Y ahora que lo pensaba, aun nos quedaba media hora antes de que el chofer pasara a buscarnos. La miré de tal forma que ella entendió lo que se me pasaba por la cabeza y soltó una risilla nerviosa.

—¿Ahora? ¿Y tu padre?

—Haciéndole una visita a los vecinos.

La tiré sobre el sofá y le subí el vestido. Con una mano me desabroché la bragueta y con la otra la acaricié entre los muslos. Ella jadeó y abrió las piernas, dispuesta a recibirme.

—Así que mi nobleza es lo que más te gusta de mí...

Ella esbozó una sonrisa ladina y me envolvió la cintura con las piernas. Me tiró del pelo mientras me la follaba como un salvaje. A los dos nos gustaba así. Le susurré al oído todo lo que sabía que la pondría a punto, y ella gimió de placer. Diez minutos después, me dejé caer sobre su cuerpo mientras ella me acariciaba la mejilla. El sonido de la televisión se mezclaba

con nuestras respiraciones entrecortadas. De repente, Jessica me apartó de un empujón y le dio voz a la tele.

—Oye, ¿esa no es Mia Parker?

Escuchar su nombre fue como recibir una patada en el estómago. Contemplé la pantalla, en la que se mostraba a una mujer vestida con ropa deportiva, sin maquillaje y que posaba abrazada a un grupo de huérfanos. En aquella imagen no quedaba nada de la muchacha presumida y mimada que me había robado el corazón hacía diez años. Pero al fin y al cabo, tampoco quedaba nada del chico que fui por aquella época.

—¡Eso le pasa por jugar a ser la Madre Teresa! —se burló con malicia Jessica—. Le encanta llamar la atención, ¿no crees? Su familia está forrada. No entiendo a qué viene todo ese rollo de la beneficencia, la verdad. Supongo que es una manera de lavar la imagen de su familia desde que a su hermano lo encerraron en prisión.

Me dolió que hablara de ella de esa manera, pero no la contradije. ¿Para qué? Ya no sentía nada por aquella mujer. Diez años daban para olvidar.

—Tú la conocías, ¿no? Trabajaste para su familia. Ahora que lo pienso, ¡vamos a ser vecinas!

—Apenas tuvimos relación —mentí.

En las noticias decían que habían intentado atentar contra su vida, y que se rumoreaba que podía deberse a los numerosos enemigos que había hecho en su trayectoria como filántropa. Me estremecí. *Joder, Mia, ¿en qué líos te habías metido?*

—Podríamos hacerles una visita. Los Parker son una de las familias más ricas del país. Nos vendría bien entablar relación con ellos —propuso.

—Ni hablar.

—Pero...

Le lancé una mirada dura. No pensaba volver a poner un pie en casa de

los Parker, y mucho menos teniendo en cuenta que Mia estaba a punto de volver. Porque me había dejado tirado. Lo entendí el primer año, cuando empecé a sospechar que iba de visita cuando se aseguraba de que yo ya me había largado a Yale. Me había estado evitando.

¿Por qué lo hiciste, Mia? ¿Por qué te empeñaste en separarnos?

Poco importaba ya. No sentía nada por ella, y al hombre en el que me había convertido no le interesaban las filántropas que abogaban por causas perdidas.

— Pero nada, Jessica. No vamos a presentarnos sin avisar en casa de mis antiguos jefes.

Ella suspiró. Supuse que se había hecho a la idea de conocer a la famosa Mia Parker para luego cotillear con su grupo de amigas del club social. Cuando el chofer aparcó delante del porche delantero, regresé a mi vida repleta de lujos y negocios. *No, ya no había espacio para Mia Parker en ella,* determiné más tranquilo.

4. Logan

Taché el día del calendario y contemplé las cruces rojas con satisfacción. Seiscientos veintidós días sobrio. Todo un logro teniendo en cuenta mis antecedentes. Luego me vestí con ropa deportiva, salí a correr y regresé al cabo de una hora, tras haber realizado mis quince kilómetros obligatorios. Todas las mañanas la misma rutina. Me aliviaba tenerlo todo organizado, porque así me dejaba poco tiempo para pensar.

Tras salir de la ducha, desayuné con un apetito voraz mientras leía los emails atrasados. Rechacé los encargos menos importantes y me debatí entre dos. Uno de ellos me llevaría hasta Seattle para proteger a un congresista que llevaba un par de semanas recibiendo amenazas, y el otro me obligaría a desplazarme hasta San Diego para comprobar las medidas de seguridad del concierto de una importante estrella del pop.

¿Por cuál de ellos me pagarían más? Calculé los gastos y comprobé que el congresista de Seattle ganaba por un pequeño margen, así que me dispuse a escribirle una respuesta. Me podía permitir ser selectivo en mi trabajo porque me había ganado una buena reputación. Estuve a punto de pulsar la tecla *intro* cuando llamaron a la puerta.

Que no sea Anna, supliqué para mis adentros.

Mi nueva vecina llevaba lanzándome indirectas desde que se presentó delante de mi puerta con un bizcocho casero. Era una mujer joven, casada y parecía muy aburrida. Y yo no tenía el menor interés en ofrecerle ningún tipo de distracción. Pero cuando abrí la puerta, me encontré con Dev, mi mejor amigo. Suspiré aliviado.

—Ah, eres tú —lo invité a pasar con un gesto de cabeza.

—¿Esperabas a alguien más?

No le dije, porque en el fondo ya lo sabía, que adoraba la soledad. Que

las Annas y las mujeres en general ya no me interesaban. Hubo un tiempo en el que sí lo hicieron, ¡y de qué manera! Pero hacía cuatro años que solo me permitía algún escarceo sexual de vez en cuando. Porque tenía necesidades, al fin y al cabo. Por todo lo demás, me podrían haber confundido con un monje budista.

—Tengo un encargo para ti —me informó.

Eché un vistazo a mi salón y pareció aliviado de no encontrar nada fuera de lugar. Contuve el impulso de gritarle que llevaba casi dos años sin probar una gota de alcohol. Sabía de sobra que Dev se preocupaba por mí, pero no soportaba la compasión.

—Estaba a punto de aceptar uno —le respondí.

Dev me ofreció una carpeta.

—Te pagarán bien. Estoy convencido de que ninguno de los otros encargos mejorará la cantidad.

Pasé uno a uno los folios y abrí los ojos de par en par. En efecto, la suma de dinero no era para nada desdeñable. Leí la información por encima y el interés se me fue pasando.

—Ya sabes que paso de hacer de canguro de niñas malcriadas —le dije.

—¿No conoces a Mia Parker? Es una activista bastante famosa.

Su nombre no me sonaba de nada. Pero tenía veintiocho años y se había criado en una familia asquerosamente rica, por la cantidad de dinero que me ofrecían por protegerla. Estaba cansado de ser el guardaespaldas de aquellas pijas insufribles. La gran mayoría fantaseaban con vivir una tórrida historia de amor a lo Whitney Houston, pero las pobres no se enteraban de que a mí me interesaban tanto como un bonsái. Todas estaban cortadas con la misma tijera.

—¿No ves las noticias? —se burló Dev—. Le debo un favor a su hermano, y me ha pedido que encontrara a alguien de confianza. Intentaron

atentar contra su vida en la India, y ahora está tomando un vuelo hacia Luisiana. Piénsatelo, tío. Nadie te pagará tanto por un trabajo tan sencillo. Hasta podrías retirarte después de esto, ¿no es lo que querías?

Dev me arrancó la carpeta de las manos y me pasó una foto. Era una joven morena y esbelta. En la fotografía aparecía abrazada a una tribu africana y sonreía radiante a la cámara.

—Y además está buenísima —añadió, guiñándome un ojo.

—Si tú lo dices...

Releí la información por encima. Mi amigo tenía razón en algo: nadie me pagaría tanto por un trabajo tan sencillo. De hecho, podría retirarme con aquella cantidad y emprender el negocio que tenía en mente. Volví a fijarme en la tal Mia Parker, que probablemente sería una de esas chicas ricas que necesitaban gritarle al mundo lo generosas que eran. ¿Cuánto tardaría en casarse con un millonario y olvidarse de su labor altruista? Antes de los treinta, repuse.

—Este es el número de su hermano —Dev me tendió una tarjeta—. Está esperando tu llamada.

—¿Ya le habías dicho que sí? —enarqué las cejas.

—Tío, son cinco ceros. Pues claro que ya le había dicho que sí. Solo un idiota rechazaría un encargo como ese.

Antes de marcharse, Dev señaló hacia la mujer que asomaba la cabeza por la ventana del salón.

—¿Y esa quién es?

—Mi vecina, que no pilla las negativas.

Dev me dio una palmadita en la espalda.

—Pobre Logan, acosado por una mujer atractiva —bromeó.

—Dile que no estoy —le pedí, escondiéndome tras la barra americana.

Antes de hacerlo, pude ver que Dev ponía los ojos en blanco. Luego lo oí charlar con Anna, que terminó largándose. Entonces respiré aliviado y marqué el teléfono del tal Matt. Tras las explicaciones pertinentes, me puse a hacer la maleta y me preparé para mi nuevo encargo: Mia Parker. Solo esperaba que no fuese una de esas ricachonas complicadas y volubles, porque la paciencia no era lo mío.

Observé la fotografía enmarcada que había sobre mi mesita de noche y acaricié el rostro con nostalgia. Una punzada de dolor me apretó el pecho y contuve las ganas de romper algo. O ir al bar más cercano y saquear sus reservas de whisky. Pero la mirada inocente e infantil de la foto me obligó a ser fuerte.

— Ya casi lo tengo, April — le dije, y besé el cristal.

Metí el marco dentro de la maleta y cerré la cremallera. Me prometí que aquel sería mi último encargo, y luego me sentí mejor. Por fin cumpliría la promesa que le había hecho a mi hija.

5. Mia

Cuando el avión aterrizó, supe que no debería experimentar aquel desasosiego. En casa me esperaban personas que me querían de verdad. Estaba mi madre, a la que apenas había visto en los últimos años. Mi cuñada y mis sobrinos, a los que adoraba. Y Matt, al que quería con locura. Nada podía salir mal estando allí.

Pero en el fondo sabía que todo podía salir mal. Podía irme de la lengua, algo que llevaba sopesando durante varios años. Podía quedarme callada, y que aquel secreto siguiera atormentándome. E incluso podía encontrarme por casualidad con Fernando.

Un momento, ¿y qué? Ya no sentía nada por él. Al principio lo había idealizado por ser mi primer amor. Pero llevábamos diez años sin vernos, y por las palabras de su última carta, era evidente que él había cortado cualquier lazo que nos uniera. No era de extrañar, teniendo en cuenta que fui yo quien rompió el contacto sin darle ninguna explicación.

Lo vi a lo lejos, junto al resto de gente que esperaba a sus familiares. Matt ya rondaba los cuarenta y se había convertido en el director de la empresa familiar. Hubo un tiempo en el que fue feliz siendo el sheriff local de Golden Pont, pero entonces John entró en la cárcel y Matt tuvo que renunciar a su trabajo. Que mi hermano era una buena persona era evidente para cualquiera que lo conociera un poco. Pero ahora veía que de verdad era feliz. Junto a Harley, su primer amor, había formado una familia preciosa. Y yo me lo estaba perdiendo todo...

—¡Por fin! —me estrechó entre sus brazos hasta dejarme sin aliento—. Pequeñaja, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi? ¿Medio siglo?

—Seis meses.

—Demasiado tiempo.

—No me llames pequeñaja. Ya tengo veintiocho años, Matt —le recordé sonriendo.

Él se encogió de hombros.

—Para mí siempre serás mi hermana menor. Y por los líos en los que te has metido últimamente, sigues mereciéndote ese mote.

—¡Oye! — me quejé, y le golpeé el hombro.

Me quitó la maleta de las manos y lo acompañé hacia la salida. Noté que nos seguían algunos hombres vestidos de negro y suspiré. No me lo podía creer.

—¿En serio? Esto es demasiado. Podrías haberme avisado de que iba a tener un séquito de gorilas siguiendo todos mis pasos —le recliné.

—Te lo has buscado. ¿Qué quieres? ¿Qué deje que te maten? —su voz tembló de rabia.

Sabía que era imposible discutir con él cuando se ponía así, pero de todos modos lo intenté.

—Ahora estoy en casa, Matt. Contamos con las mejores medidas de seguridad. ¿Qué me va a pasar?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Por qué alguien intenta matarte?

—Supongo que porque soy una persona incómoda. Me he granjeado muchos enemigos gracias a mi trabajo.

Bufó.

—Tu trabajo —repitió consternado—. De haber sabido que ibas a involucrarte tanto, jamás habría permitido que te largaras a la India hace diez años. Te has vuelto loca. No sé si buscas que te nominen al premio nobel de la paz o algo... pero estaría bien que nos concedieras una tregua de vez en cuando.

Le apreté el brazo con cariño. No quería hacerlos sufrir, pero mi trabajo era una parte fundamental de mi vida. Me marché para olvidarme de todo, pero al final las causas por las que luchaba me robaron el corazón. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Ahora estoy aquí, ¿no?

Matt aflojó una sonrisa, y yo se la devolví. Al menos, ser la hermana pequeña tenía sus ventajas.

—¿Cómo que un guardaespaldas personal? ¡Ya tengo suficiente con ese grupo de matones enchaquetados! ¿En serio, Matt? —lo miré atónita, pero él apenas se inmutó.

—En serio.

—Podrías consultarme a mi primero, digo yo.

—Podrías dejar de intentar que te maten, o algún día lo conseguirás.

Resoplé. Ni siquiera había cruzado la puerta de entrada, y Matt ya se estaba entrometiendo en mi vida. No estaba acostumbrada a que decidieran por mí. De hecho, sabía cuidar bastante bien de mí misma, teniendo en cuenta que llevaba diez años viajando por el mundo y seguía viva.

—Tampoco me ha ido tan mal en todo este tiempo, ¿no? —le dije.

—Si recibir amenazas de muerte y que la embajada americana te haya tenido que escoltar hasta el aeropuerto es que las cosas te vayan bien, de acuerdo, tienes razón —ironizó.

Puse los ojos en blanco. Iba a replicarle que ya casi rondaba la treintena y que no permitía que me mangonearan, pero entonces mis sobrinos corrieron hacia mí y casi me derrumbaron. Susan saltó a mi cuello y Jack se abrazó a mi cintura.

—¡Ah, socorro, dos monos intentan atacarme! —me burlé.

—¿Nos has traído un regalo, tita? —preguntó ilusionado el niño.

—Eso no se pregunta, ¡bobo! ¡Es de mala educación! —le soltó la niña.

Antes de que pudiera separarlos, los niños se enzarzaron en una pelea en la que a todas luces Susan llevaba las de ganar. Los observé fascinada y me eché a reír. Me recordaban a Harley y Matt, que de pequeños se habían llevado a matar. Al final aquellos dos habían acabado juntos, pese a que mi madre y mi hermano hubieran intentado separarlos por diferentes razones. De hecho, no estaba segura de que Matt hubiera perdonado del todo a mi madre.

—Susan me recuerda a alguien —bromeé.

Matt puso cara de circunstancia.

—No me digas. Tiene el mismo mal genio que su madre. Mi pobre Jack siempre obedece con tal de no escucharla —respondió mi hermano.

—Eh, ¡qué te he oído! —gritó Harley.

Mi cuñada se acercó a mí, y pude contemplar que seguía siendo tan hermosa como siempre. Le di dos besos y ella me apretó la mano con cariño.

—¡Menos mal que ya estás en casa! Me asusté muchísimo cuando te vi en la tele —me contó.

—¿He salido en las noticias? —pregunté perpleja.

Mi hermano puso mala cara.

—Sí. Esos buitres se acercaron hasta aquí para cotillear. ¿Entiendes ahora por qué hemos tenido que aumentar las medidas de seguridad? —me explicó.

Harley me pasó un brazo por los hombros y me acompañó hacia la casa. Aproveché que Matt se había quedado unos metros por detrás, riñéndole a los niños, para hacerle la pregunta de rigor.

—¿Cómo están las cosas entre él y mamá?

—Genial. De hecho, tenemos pensado mudarnos aquí ahora que Penelope está un poco más... —miró a su alrededor, para comprobar que mi madre no podía oírnos—. Mayor.

Suspiré aliviada. Al menos, diez años habían bastado para que Matt perdonara a mamá de una vez por todas. Y esa era otra razón de peso para mantener la boca cerrada. Después de todo lo que habíamos sufrido, no quería reabrir viejas heridas. ¿Para qué? John seguí en la cárcel y nada iba a cambiar. Era mejor así.

—Me parece genial que vayas a testificar en el juicio de esa chica. Quiero decir, no todo el mundo tendría las agallas suficientes para hacerlo. Todos nos sentimos muy orgullosos de ti —comentó Harley.

—Solo voy a contar lo que vi —respondí con desgana—. Ya sé que algunas personas piensan que haré más mal que bien. Pero es la verdad, no pienso mentir por muchas buenas obras que haya hecho.

—¿Crees que tiene algo que ver con las amenazas que has recibido? —se temió.

Antes de que pudiera responderle, mi madre salió de la cocina y corrió hacia mí. En cuanto la abracé, me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Penelope Parker, que adoraba cocinar, olía a tarta de manzana recién hecha, mi favorita.

—¡Mi niña, por poco me dio un infarto cuando te vi en los informativos! —exclamó, con lágrimas en los ojos. Me sentí repentinamente culpable y me mordí el labio. Mi madre me apretó las mejillas y observó horrorizada las magulladuras—. Menos mal que ya estás en casa. ¿Te han hecho daño? ¿Te duele algo?

—Mamá, estoy bien —la tranquilicé, y forcé una sonrisa—. De verdad, te lo prometo. Me encuentro perfectamente.

Ella frunció el ceño al reparar en mi maleta.

—Odio esa maleta roja. Rezo todos los días para que la tires a la basura y te establezcas de una vez por todas en casa —murmuró con malestar.

—Mamá, ya lo hemos hablado... —respondí agotada.

—¡Sí, pero sigues en tus trece! Todo el rato de arriba para abajo. Con la maleta auestas de un sitio a otro. ¿No te cansas de viajar tanto?

—Al menos sabemos que va a pasar tres meses en casa —la animó Harley.

Mi madre sonrió esperanzada.

—¡Tres meses! —exclamó ilusionada—. Ni siquiera en navidad te quedas tanto tiempo.

Contuve el impulso de decirle que no sabía si me quedaría tanto tiempo. Que tal vez, me fuera a la casa de verano hasta el día del juicio.

—Quién sabe si en ese tiempo te enamoras y sientas la cabeza. Eso es lo que te hace falta, ¡un hombre!

Solté una carcajada.

—Soy demasiado joven para comprometerme.

Mi madre puso cara de no estar de acuerdo, pero lo dejó estar. Me dirigí hacia mi habitación para deshacer la maleta, y en cuanto crucé la puerta sentí aquella conocida sensación. Una mezcla de añoranza y pánico. Inspiré con fuerza y caminé en dirección a la mesita de noche donde reposaba la foto de mi padre.

—Cuánto te echo de menos, papa —susurré con voz quebrada—. Perdóname, por favor. Sabes que lo hago por ellos.

Cuando terminamos de almorzar, Matt me pidió que lo acompañara a su despacho. Lo hice de mala gana porque sabía a qué se debía aquel reclamo.

En cuanto llegué, me encontré con el hombre más imponente que había visto en toda mi vida. Vestía completamente de negro, pero no llevaba el clásico traje de guardaespaldas. Debía medir casi dos metros, y frente a él me sentí como una pulga. Llevaba el cabello rapado al estilo militar, y bajo la ropa se apreciaba un cuerpo lleno de músculos. Tenía una expresión adusta y profesional, carente de emociones. Una mandíbula prominente, la nariz recta y unos ojos grises y glaciales. Me estremecí.

—Te presento al señor Prexton, tu guardaespaldas —me dijo Matt.

Casi estuve a punto de retroceder, pero me contuve. Tuve que elevar la cabeza para sostenerle la mirada. Era evidente que aquel hombre estaba allí para protegerme, pero tuve la sensación de que podría romperme en dos de un abrazo. Joder, era un gigante.

El tal Prexton me dedicó un gesto de asentimiento que me pareció tan descortés como frío. Dado que íbamos a pasar bastante tiempo juntos, le ofrecí la mano.

—Encantado de conocerlo, Señor Prexton.

Envolvió mi mano con la suya y la hizo desaparecer. El apretón fue formal y breve. Intenté descifrar qué clase de impresión le había ofrecido, pero me fue imposible. Su cara era una máscara de seriedad.

—Encantado de conocerla, señorita Parker. Soy Logan Prexton, y me encargaré de mantenerla segura en todo momento —lo dijo de manera mecánica, y me dio la impresión de que estaba hablando con una especie de máquina. Una bastante eficiente y carente de emociones.

—Os dejo solos para que os pongáis al día —comentó mi hermano, y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de hacerlo, me echó una de sus miraditas —. Señor Prexton, confío plenamente en usted. Y sobra decir que es usted quien está al mando, diga lo que diga mi hermana.

Lo fulminé con la mirada antes de que cerrara la puerta, ¡cómo se

atreví! Luego me volví hacia mi guardaespaldas, que seguía con la misma expresión indescifrable. Empecé a ponerme nerviosa. Puede que fuese porque medía casi dos metros, pero aquel hombre me inquietaba. No sabría decir el porqué, pero me produjo un rechazo casi espontáneo. No estaba acostumbrada a los tipos como él. Pero, ¿quién sí?

—¿Tiene idea de quién podría querer hacerle daño? —me preguntó.

La pregunta me pilló desprevenida.

—Pues... no, la verdad. Quiero decir, gracias a mi trabajo me he granjeado algunos enemigos, y llevo recibiendo amenazas de diferentes grupos de presión desde que comencé a trabajar en la fundación de mi familia. La lista es larga, Señor Prexton.

—¿Es la primera vez que intentan acabar con su vida?

Vaya, le gustaba ir al grano.

—No —respondí sin vacilar.

Él ni siquiera se inmutó.

—Ya he hablado con la policía, pero no saben nada sobre el atacante de la India. Prepáreme un dossier para antes de esta noche con todos los enemigos que haya podido hacer a lo largo de los años. También necesitare acceso a su correo electrónico, su teléfono y las cartas de amenazas que haya recibido —me pidió.

No estaba acostumbrada a que me dieran órdenes, así que me lo quedé mirando con cara de póker. Lo de la lista podía entenderlo, ¿pero darle acceso a mi correo electrónico? ¿De qué iba aquel hombre?

—No voy a darle la contraseña de mi email, Señor Prexton —determiné tajante.

—Entonces déjeme su portátil con el correo abierto. Necesito rastrear la dirección de ip y conocer las pautas comunes. Quiero leer aquellos mensajes que puedan ayudarme a dar con la persona que intenta asesinarla. Su vida

personal no me interesa, señorita Parker —me explicó, con un destello de irritación.

Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

—Muy bien, pero yo estaré delante. No me siento cómoda exponiendo parte de mi vida privada, por mucho que a usted no le interese.

Apretó la mandíbula y noté que estaba empezando a sacarlo de sus casillas.

—¿Cree que ser testigo en ese juicio tiene algo que ver con el ataque? —quiso saber.

—No lo sé. Kevin Woods es un hombre poderoso, pero hasta el momento solo había recibido llamadas bastante educadas de su parte para que no testificara. Simples peticiones informales, nada más.

—¿De él, o de sus abogados?

—Me llamó él personalmente —respondí, sin entender qué importancia tenía aquello.

—También necesitaré un cuadrante con sus horarios y salidas programadas.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Tengo que acompañarla en todo momento que salga del perímetro de seguridad. Así que me será más fácil organizarme si me pasa un horario con aquellas salidas que ya haya planeado. Sus clases de gimnasia, las reuniones con sus amigas...

—¿Insinúa que le tengo que pedir permiso para salir de mi casa? No sabía que en vez de trabajar para mí, era usted mi padre —le solté malhumorada.

—No lo soy. Soy su guardaespaldas, y a menos que me facilite las cosas, seré incapaz de hacer mi trabajo —me espetó con dureza.

Nos batimos con la mirada durante un par de segundos. No sé quién demonios se pensaba que era aquel hombre, pero desde luego que no iba a pasar por el aro. Una cosa era aceptar a regañadientes que me pusieran un guardaespaldas, y otra muy distinta dejar que me organizara la vida. Por ahí no pasaba.

—Señor Prexton, no sé qué clase de confianza le habrá dado mi hermano, pero entienda que es a mí a quien protege. Tendrá que amoldarse.

—De ninguna manera.

Abrí los ojos de par en par. Logan Prexton se cruzó de brazos y me dedicó una mirada fría. Al parecer, había decidido que era él quien estaba al mando.

—Lo han contratado a usted, no a...

—Por eso mismo —me cortó con aspereza—. Así que no me diga cómo tengo que hacer mi trabajo. Usted se dedica a salvar el mundo, y yo a proteger personas.

Pasó por mi lado y se me cortó la respiración. Me rozó el hombro y aspiró un sutil perfume masculino.

—Así que tenga todo lo que le he pedido para antes de que anochezca. Si quiere seguir con vida, más le vale seguir mis instrucciones. De lo contrario, ya puede ir cambiando de guardaespaldas. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

Salió de allí dejándome con la palabra en la boca.

Johnson&Smith era uno de los bufetes más importantes del país. Y después de graduarme en Yale y trabajar para algunos despachos de abogados menores, me había labrado la suficiente reputación para que me concedieran aquella oportunidad. El Señor Johnson, el padre de Jessica, me había tendido finalmente la mano cuando me prometí con su hija. Nada que el amor de un padre no pueda pasar por alto, como mis orígenes humildes. Así que allí estaba, disfrutando de ser el centro de atención mientras me presentaban al resto del equipo. Jessica iba pavoneándose de un lado a otro, embutida en su vestido Yves Saint Lauren de tres mil quinientos dólares. Observé con orgullo a mi futura mujer y a todo lo que me rodeaba.

Me lo merecía, me recordé por segunda vez aquel día.

Llevaba toda la vida soñando con aquel momento. Con dejar de ser el hijo del jardinero y formar parte de aquel grupo de hombres importantes. De los que tomaban las decisiones, y no de los que agachaban la cabeza y obedecían órdenes. Entonces, ¿por qué de repente me sentía tan vacío?

No. No me sentía vacío. Me sentía desconcertado ante la repentina llegada de Mia al pueblo. Porque hace diez años, ella entraba en mis planes. En mi vida de lujos Mia ocupaba un primer puesto. De hecho, graduarme en Yale era una de la larga lista de cosas que tenía que hacer para merecérme la.

Me dirigí hacia mi despacho porque necesitaba estar solo. Me habían asignado uno con un enorme ventanal y vistas a la ciudad. Todo era como había imaginado: el escritorio de roble, las butacas de cuero junto a la mesa con el decantador de whisky escocés, la librería a espaldas de la silla reclinable...

Inspiré orgulloso y caminé con paso firme por la estancia. En la puerta contigua, Sarah ya debía estar instalándose. No la oía porque era extremadamente silenciosa, la clase de persona que jamás se haría notar a propósito. Ella había sido mi secretaria en el anterior bufete, y ocho meses a

su lado me habían bastado para comprender que era imprescindible en mi vida. Sarah era silenciosa, obediente y no le importaba echar horas extras. Su lealtad era intachable y parecía saber lo que necesitaba antes de que se lo pidiera. Era perfecta. Así que esa había sido mi única condición: que mi antigua secretaria conservara su puesto en mi nuevo bufete.

Cuando abrí la puerta, me la encontré subida a la escalera, intentando alcanzar un archivador del último estante. Vestía como siempre, de manera anodinada y correcta. Llevaba una falda gris ajustada hasta las rodillas y una blusa blanca. A pesar de que la ropa se esforzaba en ocultar su cuerpo, aprecié la forma de sus voluptuosas caderas.

—¿Ya ha terminado de instalarse, Sarah?

Ella se sobresaltó y la carpeta se le cayó al suelo. Se volvió hacia mí, con aquel característico rubor en las mejillas. Llevaba unas gafas redondas que le caían sobre el puente de la nariz, y el cabello pelirrojo atado en un moño apretado sobre la coronilla. Me pregunté por qué razón no se sacaba más partido.

—¡Señor Sandoval, no sabía que estaba en su despacho! —bajó las escaleras y se alizó la falda—. Sí, ya lo he ordenado todo. ¿Se le ofrece algo?

Sonreí. Sarah estaba dispuesta a cumplir todos mis deseos. Me pregunté qué pasaría si le pidiese algo más. Deseché aquella idea de inmediato porque estaba fuera de lugar.

—No, solo quería pasarme a saludarte y preguntarte si todo iba bien.

—Así es, Señor Sandoval.

Me acerqué a ella y estiré un brazo. Noté que contenía el aliento, y sus ojos castaños se abrieron de par en par. Le coloqué las gafas sobre la nariz y le rocé la mejilla a propósito. Sarah pareció tan atemorizada como un ciervo en mitad de una autopista, así que retiré la mano. Reconozco que una parte de mí disfrutaba poniéndola nerviosa. Era adorable.

—Llámame Fernando, por favor. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí?

—Más de medio año, Señor Sando... Fernando —se corrigió, y noté que le costaba bastante—. Ocho meses y dieciséis días, para ser más exactos.

—Tiempo de sobra para que empieces a tutearme. ¿Te gusta el despacho que te han asignado? —le pregunté. Era bastante pequeño y anodino, y por una parte pensé que iba acorde con su carácter. Pero carecía de ventanas y la única entrada era la de mi despacho—. Si no es de tu agrado, puedo ordenar que lo remodelen o que te ofrezcan uno más grande.

—Oh, no, Señor Sandoval... quiero decir, Fernando. Es perfecto. Y está lo suficiente cerca de usted —al ver lo que acababa de decir, añadió completamente roja—: es decir, que así podemos trabajar más cerca. ¡Porque soy su secretaria! O sea, yo...

Le ofrecí una sonrisa amable. La pobre se ponía nerviosa por nada. Qué mujer tan encantadora.

—Te he entendido.

Suspiró aliviada.

—Tu horario oficial empieza mañana. No deberías estar trabajando hoy, Sarah.

—Sí, ya... pero pensé que mañana perdería bastante tiempo instalándome. Ya sabe que soy muy ordenada, y quería tenerlo todo preparado.

—Sal a tomarte una copa con nosotros —la animé, y sostuve la puerta para que ella pasara.

Se quedó dudando, así que le dediqué un gesto con la cabeza para que me siguiera. Cuando pasó por mi lado, aspiré su olor. Algún día me animaría a preguntarle qué colonia usaba, porque olía de maravilla. No es que Jessica no tuviera un aroma agradable, pero era demasiado agobiante.

—Sarah.

Ella se detuvo a mi lado y me miró con curiosidad.

—Necesito ponerme en contacto con John Parker. Está en la cárcel, pero seguro que hay alguna manera de que pueda contactar con él. Y necesitaría que fuese lo más discreta posible.

—Por supuesto, Señor Sando... Fernando —arrugó la frente.

Me hizo bastante gracia que algo tan sencillo le costara tanto trabajo, pero no me reí porque sabía de sobra que se sonrojaría. Nos dirigimos hacia la puerta cuando Jessica entró. Desvió la mirada de mi secretaria a mí, y le dedicó una sonrisa presuntuosa.

—Ah... hola —la saludó con desdén.

—Buenas tardes, Señorita Johnson —respondió Sarah con educación.

En cuanto nos dejó a solas, Jessica se acercó a mí y se mordió el labio. Me empujó sobre el escritorio y se subió el vestido. Abrí los ojos de par en par. ¿Allí? Aquella mujer estaba loca.

—Ni de coña, Jessica.

—¿Por qué no? No va a entrar nadie... —ronroneó, acariciándome el pecho.

Le cogí las muñecas con suavidad.

—Eso no lo sabes.

Ella hizo un mohín.

—No me habías dicho que la señorita Rotenmeyer seguiría trabajando para ti —murmuró, había cierta preocupación en su semblante que me resultó hasta cómica.

Yo no veía a mi secretaria con esos ojos, eso desde luego.

—Se llama Sarah.

Ella puso los ojos en blanco.

—Cómo se llame. No me dijiste que iba a seguir trabajando para ti —me acusó.

—No lo vi necesario. Es mi secretaria. ¿Sabes lo que cuesta conseguir a una que sea tan eficiente como ella?

—¿Tanto aprecio le tienes? —se burló.

—¿Estás celosa? —pregunté divertido, y le besé el cuello.

—¿De ese monigote? Es un bicho raro. Pónmelo más difícil.

Jadeó cuando le lamí la barbilla. Luego le apreté las nalgas y la acerqué a mi cuerpo. Sabía de sobra cómo tocar a aquella mujer para abrindarla por completo. Ella gimió y comenzó a desabrocharme la camisa.

—Pero te advierto que, si me la juegas, te las verás conmigo —me señaló con un dedo—. No te conviene tenerme enfadada.

—Lo sé, querida.

La estreché por la cintura y la besé hasta desarmarla. Jessica terminó rindiéndose y se sentó a horcajas encima de mí. En fin, qué se le iba a hacer. Me sacrificaría por la cusa con tal de tener a mi futura mujer contenta.

Cuando me bajó la cremallera de la bragueta, se mordió el labio y me lanzó una mirada fogosa. Y la vida dejó de resultarme vacía cuando me hizo una mamada. ¿Vacía? Ni de coña. Estaba comprometido con una mujer despampanante y fogosa, tenía el trabajo de mis sueños y demasiado dinero que gastar. Mia Parker podía irse al infierno.

7. Logan

La señorita Mia Parker había resultado ser una mosca cojonera, y esas eran las peores. Las que te decían cómo tenías que hacer tu trabajo mientras jugaban a salvar el mundo. Seguro que su película favorita era Frozen y cagaba purpurina. Un pequeño vistazo y una charla de un par de minutos me habían servido para forjarme una opinión sobre ella:

Mia Parker. Veintiocho años, preciosa y con muchas ganas de llamar la atención. La típica ricachona joven y aburrida que decide hacer de filántropa para que el resto de la sociedad sepa lo generosa que es.

Pero ni a mí me engañaba, ni estaba dispuesto a soportar sus caprichos de niña mimada. Ya me había topado con suficientes como ella. Así que o se hacía lo que yo decía, o me largaba de allí. La paciencia no era una de mis virtudes.

Aunque tenía que admitir que era una belleza. De cuerpo esbelto, piernas infinitas y cascada de pelo moreno. Tenía unos ojos grandes y oscuros y la piel tostada por el sol. Sin una gota de maquillaje y con una ropa sencilla, era evidente que Mia Parker era una mujer preciosa. A la que sacaba más de diez años y a la que debía proteger incluso de sí misma. Porque si me daba problemas, se las vería conmigo.

Ni siquiera deshice la maleta por si las cosas no llegaban a buen puerto.

Así que me quité la camisa y fui directo a la ducha. Estaba a punto de abrir el grifo cuando me sonó el móvil. Maldije para mis adentros haber descolgado cuando me di cuenta de que era Keira la que me llamaba.

—¡Menos mal! Llevas evitándome desde hace dos semanas —me ladró.

—Por algo será.

—No puedes seguir huyendo de los problemas, Logan —continuó, con su misma cantinela de siempre.

Mi exmujer jamás se rendiría. Esa era una de las cualidades que me habían enamorado de ella. ¿Y las demás? Ni puñetera idea. Hacía demasiado tiempo que me había cerrado en banda al amor. Luego pasaba lo que pasaba, que te tocaba lidiar con exmujeres que eran un auténtico coñazo. Seguro que Keira lideraba la lista de exmujeres pesadas.

—Tú eres la que se empeña en ver problemas donde no los hay —repuse, lo más tranquilo que pude.

La oí suspirar.

—¿Y qué es lo que pretendes? ¿Dejar las cosas como están?

—Así es.

—¡Han pasado cuatro años! Por el amor de Dios, Logan, cariño...

Me tensé de manera automática. No iba a permitir que Keira regresara a mi vida y la pusiera patas arriba.

—No me llames así. ¿Y qué si han pasado cuatro años? ¿Ya no significa nada para ti? —le recriminé furioso.

—¡Cómo puedes decirme eso! —rompió a llorar.

De repente me sentí como una mierda. Ambos lo habíamos pasado mal por aquello, pero Keira había sido más fuerte. Ella recompuso los pedazos de su vida y formó una nueva familia. ¿Cómo lo había hecho? A mí todavía me costaba mirar atrás. De hecho, me refugié en el alcohol y tuve que abandonar

la policía. Mi vida se derrumbó por completo.

—Porque es la verdad —la acusé, a pesar de que sabía que estaba siendo un cabrón—. Tienes otra familia, disfruta de ellos y déjame en paz. Sé feliz, nena. Y no te atrevas a volver a llamarme.

—Algún día tendrás que pasar página —murmuró, con el rastro de las lágrimas en su voz—. No sé si será por otra mujer, o porque por fin hayas logrado perdonarte a ti mismo... pero lo conseguirás. Solo necesito que me dejes pasar página a mí. Te lo suplico.

—¡Cómo puedes pedirme eso! —la rabia que llevaba conteniendo estalló.

Salí del cuarto de baño y le pegué una patada a la maleta. La desplazé medio metro mientras oía llorar a Keira. No me podía creer que me estuviera llamando —otra vez—, para pedirme eso. ¿Qué demonios le pasaba a aquella arpía?

—Logan —escuché una voz masculina.

Vaya, el que faltaba. De haberlo tenido delante, otro gallo cantaría.

—Soy Marcus.

—Ya sé quién eres. El que se folla a mi exmujer —mascullé irritado—. Ya le firmé los papeles del divorcio para que pudiera rehacer su vida contigo. ¿Qué más quieres?

—No la puede rehacer del todo si...

—Tienes los cojones de ponerte al teléfono y pedirme lo que me pides —mi voz tembló de ira—. No te parto la cara por Keira. Pero como vuelvas a insistir, te juro que no seré tan benévolo.

Me colgó. Me derrumbé sobre la cama y me froté el rostro con las manos. El pasado regresó a mí con fuerza, y de repente necesité una copa de ginebra para olvidar. Refugiarme en el alcohol había sido mi única salida durante demasiado tiempo. Y me lo quitó todo: mi trabajo, mis amigos, mi

familia...

Me pregunté por qué no podía ser como Keira, mi exmujer. A veces envidiaba su fortaleza. Ella había pasado página de una manera admirable. ¿Y yo? Allí estaba, tachando los días del calendario e intentando no recaer en mi adicción al alcohol. La misma que me había separado de Keira y de mi trabajo como inspector de homicidios.

Cuando conseguí meterme bajo la ducha, intenté con todas mis fuerzas pensar en otra cosa. Me vino a la mente el rostro moreno de Mia, ligeramente arrebolado por el orgullo. Era evidente que de eso tenía bastante. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que mostrase su verdadera cara. Ya me había topado con muchas como ella. Como guardaespaldas, las crías millonarias eran mi especialidad. Y no las tragaba. En nuestro primer encuentro, la señorita Parker había intentado contenerse. ¿Cuánto tardaría en explotar con sus caprichos?

Me enrollé una toalla alrededor de la cintura cuando llamaron a la puerta. No contesté. No estaba de humor para tratar con nadie. Fui hacia el dormitorio para vestirme cuando Mia Parker apareció en el umbral de la puerta. Al verme medio desnudo, abrió los ojos de par en par y puso cara de sorpresa. La sorpresa fue dando paso a una expresión avergonzada que me hizo bastante gracia.

—Lo siento, como no ha contestado, pensé que no había nadie.

Agachó la cabeza para no mirarme. ¿Le horrorizarían mis cicatrices? Probablemente. Ella no estaba acostumbrada a la gente como yo. A mí, de todos modos, me daba igual lo que opinase de mí aquella chiquilla.

—No he contestado porque no quería que me molestasen —respondí con frialdad.

Quería dejarle claro que allí el que mandaba era yo. Podía ser rica, pero su hermano me había contratado para hacer mi trabajo.

—Sí, sí... desde luego. Volveré en otro momento, cuando ya se haya vestido —no pudo evitar mirarme, y en el fondo me hizo bastante gracia. Menuda cara de horror que acababa de poner. ¿Tanto asco le daban mis heridas? Quizá me tenía miedo.

—Ya que está aquí, dígame qué es eso que lleva en las manos. Parece muy urgente cuando ha entrado sin permiso.

Me fulminó con la mirada. Pese a todo, no se dejaba amedrentar fácilmente.

—Lo que me ha pedido. Y la urgencia se la dio usted, no yo. Dado que hemos empezado con mal pie, pensé que podía poner de mi parte para que nos llevásemos mejor.

Me tendió una carpeta blanca. Se la arrebaté de las manos, y acto seguido ella se dirigió hacia la puerta.

—Que tenga un buen día, Señor Prexton —dijo, y por el tono que imprimió a sus palabras bien podría haberme mandado al infierno.

Cuando cerró la puerta, sonreí para mis adentros. Tenía carácter. Menuda sorpresa.

8. Sarah

Cuando llegué a mi apartamento, un lúgubre cuarto piso de cuarenta metros cuadrados, Marie ya me estaba esperando en su lado del sofá. Aquella gata era como todo lo que definía mi vida: me había elegido a mí. Y yo, como siempre, había decidido conformarme. Al fin y al cabo, ¿quién era yo para echar de casa a aquella gata callejera que un domingo de madrugada se coló por mi ventana? Desde entonces, Marie había decidido que esa era su casa y yo su dueña.

Me quité los tacones y suspiré aliviada. Odiaba los zapatos altos. ¿Cómo lo hacían algunas mujeres para caminar con tanta soltura? Pensé en Jessica, la

prometida de mi jefe. En aquella elegancia envidiable, sus vestidos apretados y el ostentoso perfume. A algunas personas les encantaba llamar la atención. Yo, por el contrario, prefería estar a la sombra.

Me cambié de ropa y me solté el pelo. Ahora ya estaba cómoda. Hice palomitas y coloqué el bol sobre la mesita auxiliar que había delante del desvencijado sofá. Mi estantería estaba repleta de más de un centenar de novelas románticas. Ojeé los títulos hasta que llegué a la conclusión de que ya me los había leído todos. Tendría que darme un paseo por la librería que me pillaba de camino al metro.

—¿Vemos una película? —le pregunté a Marie.

La gata me miró de reojo. Era obvio lo que estaba pensando: *¿otra película romántica? Eres patética.*

Puede que tuviese razón. Porque allí estaba, viendo *Love Actually* mientras suspiraba por el hombre de mis sueños. Menudo cliché. Me pregunté qué pensaría Nora Roberts, o cualquiera de mis escritoras de cabecera, sobre aquella fijación casi enfermiza que sentía por mi jefe.

La secretaria enamorada de su jefe. ¡Qué típico!

Sabía de sobra que no tenía ninguna posibilidad. Él iba a casarse con Jessica, la hija de uno de los socios fundadores del bufete. Puede que no fuera más que un oportunista, o puede que estuviera enamorado de ella. En cualquier caso, Fernando estaba fuera de mi alcance.

Yo no era nada al lado de Jessica. En realidad, no tenía nada que hacer contra cualquier mujer. Era menuda, mi pelo estaba hecho un desastre, tenía miopía... el clásico patito feo que no se comía un colín.

Recordé que había aceptado cambiarme de bufete para estar cerca de Fernando. ¿En qué me convertía eso? Puede que en una psicópata. Ni siquiera me lo había pensado, aunque mi trabajo en el anterior bufete me gustara o aquello implicara cambiar de ciudad. Simplemente había aceptado

porque me gustaba trabajar para él. Y sí, puede que me sintiera demasiado agradecida porque él me considerase útil.

Me enamoré de él casi al instante. No sé qué tenía Fernando, pero me volvía loca. Era guapísimo, educado, inteligente... alguien que se había hecho a sí mismo. Y pasaba de mí.

—Soy patética —le dije a la gata, que acababa de acurrucarse en mi regazo.

Al menos tenía algo bueno: era realista. No me hacía ilusiones respecto a él. Mi jefe me había llevado con él por una sencilla razón: confiaba ciegamente en mí. Y en un mundo como el suyo, lleno de frivolidad y puñaladas traperas, una secretaria como yo era un tesoro muy valioso.

Tampoco se equivocaba, yo nunca lo traicionaría. Mi lealtad era intachable. Me pregunté para qué quería que lo pusiese en contacto con John Parker. Recordaba vagamente el escándalo. John Parker, hijo de una de las familias más importantes de los Estados Unidos, llevaba diez años en prisión por haber estado involucrado en la muerte de un estudiante de su universidad. Una de esas novatadas de las fraternidades que terminaban yéndoseles de las manos. O al menos eso es lo que había alegado la defensa. Según tenía entendido, Fernando había trabajado para su familia. ¿Por eso quería ponerse en contacto con él?

Aunque me podía la curiosidad, al día siguiente me limitaría a hacer mi trabajo. Fernando confiaba en mí. Yo solo era... su secretaria.

9. Jessica.

Había invitado a casa a mis amigas del club de campo. Al principio, mudarme a ese pueblucho llamado Golden Pont no me había hecho ni pizca de gracia. Ni siquiera era capaz de ubicarlo en el mapa. En mis planes estaba instalarnos en Central, donde residía cualquier rico que se preciara con cierta vida social. Pero cualquiera convencía a Fernando, que estaba decidido a vivir en el sitio donde se había criado.

Tampoco estaba tan mal, o eso era lo que me decía a mí misma. Golden Pont era uno de esos pueblos rurales con cierto encanto. Y la verdad, nuestra casa era una mansión de película digna de aparecer en Harper's Bazaar Interiors. Y además, allí vivían los Parker. Tener como vecinos a una de las familias más acaudalas del país le daba a uno mucho prestigio, para qué engañarnos.

—María —agitó la jarra vacía. En fin, ¿tenía que hacerlo todo yo misma? —. No queda limonada.

María, vestida con el uniforme que le había elegido, llegó corriendo. La miré disgustada. Era ruidosa y demasiado corpulenta. ¿Por qué le gustaba a Fernando?

—La casa es preciosa —me hizo la pelota Sophia, que estaba deseando que le presentara a uno de los amigos de Fernando.

—Ya sabéis lo mucho que me gusta la decoración —dije, y omití contar que el dinero todo lo puede. Fernando había contratado a uno de los mejores interioristas del país.

Fernando, mi futuro marido, era uno de esos caprichos que toda mujer debe permitirse al menos una vez en la vida. En cuanto lo vi, supe que tenía que ser para mí. No quería a uno de esos peleles criados en los Hamptons. Podía tener al que me diera la gana y ninguno me interesaba. Me fascinaba la

idea del joven pobre que había logrado graduarse con honores en Yale. El primero de su clase. La extraordinaria transformación de un Don nadie a un prestigioso abogado. Las mujeres suspiraban por él, y a mí me encantaba ganar. Los hombres de negocio lo respetaban. Los niños de papá con los que me había criado lo odiaban en silencio para luego hacerle la pelota en público. Había cazado al soltero de oro, ¿quién podía pedir más?

Tenía a un hombre atractivo, adinerado y triunfador para mí. La vida era deliciosa. Todo era perfecto.

Contemplé de reojo al estorbo de setenta años que caminaba por el jardín arrastrando los pies.

Excepto por una pequeña razón, repuse para mis adentros.

Allí estaba el condenado viejo. El padre de Fernando, que desentonaba en la vida que yo tenía planeada al milímetro. Y con esas pintas, a la vista de aquellas arpías que me criticarían en cuanto se largaran. Puse una excusa y me levanté con una sonrisa falsa. Manuel se encontraba podando un seto con ese aire distraído que tanto me sacaba de mis casillas. Teníamos servicio, ¿por qué hacía eso? Sabía se sobra que había sido jardinero en casa de los Parker, pero ahora su hijo estaba forrado. ¿Por qué no podía dedicarse a jugar al golf como todos los jubilados con dinero?

—Manuel, querido, deja eso —le dije con suavidad—. Hace mucho calor para que estés trabajando. El jardinero viene dos veces a la semana.

Manuel, con su rostro ajado por el sol y el paso de los años, continuó como si no me viera.

—Me gustan las plantas.

Apreté la mandíbula. La única planta que vería dentro de unos años sería el cactus que tendría en la ventana de su residencia. Él no lo sabía, pero en cuanto me casara con su hijo, lo convencería para que lo metiera en un asilo. Y por su propio bien, me haría caso. Fernando no era más que un títere en

mis manos. Trabaja para el bufete de mi padre, así que más le valía tenerme contenta.

—No quiero ser dura contigo, pero hay visita en la casa. Estás dando mala imagen. ¿Por qué no dejas eso para luego? —insistí, forzando una sonrisa.

El viejo endureció la mirada.

—Tarde o temprano mi hijo se dará cuenta de cómo eres —me espetó.

Me hizo bastante gracia que me tuviera tan calada. Pobre de él, no iba a servirle de nada.

—¿Prefieres que me vaya justo detrás de la piscina, donde no me vea nadie? —preguntó con desagrado.

—Solo si tú insistes —respondí, sin perder la compostura.

Manuel comenzó a alejarse.

—Manuel, querido —lo llamé, y él se detuvo—. Tu hijo me adora, haría cualquier cosa por mí. Nunca lo olvides.

—Lo subestimas — respondió sin vacilar.

Mi sonrisa se esfumó de un plumazo. Eso ya lo veríamos.

10. Mia

Todavía me sentía demasiado impactada por lo que acababa de ver. Madre mía con mi guardaespaldas. Era una mole. Un gigante lleno de músculos. Tenía que reconocer que verlo medio desnudo había sido todo un espectáculo. Casi un metro noventa de abdominales, brazos enormes y músculos. Me podría matar de un abrazo.

Los hombres como él no eran mi tipo, pero tengo que admitir que Logan Prexton era impresionante. Había algo en sus ojos azules que me tenía hechizada. En aquella actitud desafiante y a la vez impasible. Me desagradaba y atraía a partes iguales. Y sus cicatrices... ¿cómo se las habría hecho?

Al principio, tuve la impresión de que había nacido con ellas. Que un hombre de su tamaño y aspecto debía tener heridas de guerra. Sabía de sobra que eso era imposible, así que me moría de curiosidad. ¿Sería el típico guardaespaldas que se interpondría entre una bala y yo? Lo dudaba.

Era evidente que no le gustaba a Logan Prexton. No tenía ni idea de por qué, pero era como si ya se hubiera forjado una imagen de mí. En cualquier caso, yo no le gustaba a él. Y a mí él tampoco me agradaba demasiado. Podía tener un físico imponente y de quitar el aliento, pero ahí se le acababa toda la gracia. Con la expresión de hombre de hielo, sus escasos modales y sus respuestas mordaces jamás se ganaría mi simpatía.

—¿Ya has terminado de instalarte? —me preguntó mi hermano.

—Viajo ligera de equipaje, ya lo sabes.

—Quién te ha visto, y quién te ve.

Me despeinó, como solía hacer cuando era una niña. Ya apenas quedaba nada de esa niña, por desgracia.

—Tampoco me hace falta. Mamá se ha encargado de llenar mi armario

con un montón de vestidos caros —resoplé. Ninguno era de mi estilo—. Todavía sigue queriendo que sea su niñita.

—Y lo seguirás siendo, aunque te pese.

—Me alegra que las cosas entre vosotros estén mejor —dije, y noté que la expresión de él se crispaba un poco—. Es bueno saber perdonar, Matt.

—Lo intento, pequeñaja. Perdonar es fácil, lo complicado es olvidar.

Sentí una punzada en el pecho. Tenía razón. Para perdonar solo hacía falta un poco de voluntad, pero olvidar era tarea del corazón. Y al corazón nadie le daba órdenes.

Al menos, Matt había dado el primer paso. Mamá cometió un gran error cuando intentó separarlo de Harley. Le ocultó todas sus cartas, lo traicionó... y todo por proteger a John, que decía estar enamorado de Harley. De nada había servido, porque en realidad John solo se quería a sí mismo. Desgraciadamente, lo de mi hermano mayor no tenía cura.

—¿Qué tal te va con el Señor Prexton?

—¿Con Robocop? Estupendamente.

—¿Cómo lo has llamado? —a Matt se le escapó la risa.

—Oh, no me digas que no se da un cierto aire. Es parco en palabras y en sonrisas.

—Pero es el mejor en su trabajo. No le pongas las cosas difíciles, te lo suplico.

—¿Yo? —me hice la inocente—. Tranquilo, pondré de mi parte.

—Bien... —Matt hizo aquel gesto que yo conocía a la perfección.

—¿Hay algo más?

—Me gustaría que nos acompañases a la gala anual de la empresa. Eres la cara de nuestra fundación, y sería estupendo que la gente te viese.

Genial. Una reunión social repleta de gente hipócrita.

—Por mí no hay problema —lo tranquilicé, dispuesta a echar una mano.

—Iré Fernando.

Mi mundo se detuvo. Fernando, al que no veía desde hacía diez años.

—¿Vendrás? —se temió.

—Por supuesto —le aseguré, y traté de enmascarar mis emociones—. Lo nuestro terminó hace mucho tiempo, ¿por qué iba a importarme?

—No lo sé —respondió, con cierta duda—. Está prometido, ¿lo sabías?

No lo sabía, y tampoco sé lo que sentí al descubrirlo. Algo en mi interior se quebró. No tenía razón de ser. Llevaba sin verlo y saber de él demasiado tiempo. Lo lógico era que él rehiciera su vida.

—No tenía ni idea, pero me alegro por él.

—Con la hija del socio del bufete para el que trabaja. Johnson&Smith, ¿te lo puedes creer?

—Menudo cambio.

—Se rumorea que se casa con ella por conveniencia, ¿tú también lo crees?

Me puse colorada. Conocía de sobra a Fernando para saber que eso no era cierto. De repente, sentí el impulso de defenderlo.

—No hablaba de eso. No, seguro que se casa por amor. Me alegra que haya llegado hasta donde se merece. Se esforzó mucho para ser un gran abogado.

—Sí, supongo que tienes razón.

Escuchamos unos gritos que provenían del salón. Mis sobrinos. Apuesto a que la pequeña Susan le estaba dando una buena tunda a su hermano.

Matt suspiró.

—¡Niños, será mejor que os calméis antes de que llegue yo! —les

advirtió.

Se dirigió hacia la puerta, pero de pronto se detuvo.

—Ha llegado una carta para ti. Es de la cárcel.

Todas mis alarmas se activaron. John. ¿Cuándo me dejaría en paz?

—Hay una cosa que sigo sin entender... —murmuró Matt, con tono receloso—. ¿Por qué te sigue escribiendo si nunca le contestas?

—No lo sé —mi voz tembló.

Matt empezaba a dudar de mí. Diez años daban para sospechar. Y la vista por la condicional de John estaba a la vuelta de la esquina. ¿Qué pasaría si él abría la boca?

—Sí que lo sabes —respondió sin mirarme, y abrió la puerta—. Lo que no sé es lo que ocultas, pequeñaja.

Cuando se fue me quedé hecha un flan. Contemplé la carta con odio. Maldito fuera John. Él tenía la culpa de todo.

Solo la abrí cuando estuve en mi cuarto. No tenía fuerzas para leerla. Una de las muchas que se quedarían sin respuesta. Pero John seguiría atormentándome, aquel era mi castigo.

Querida Mia,

¿Qué tal estás? He oído que tu vida se ha visto amenazada en los últimos meses. A veces, cuando pienso en la niña que conocí antes de entrar en la cárcel, me pregunto si los extraterrestres te abdujeron y pusieron en tu cuerpo a otra persona. Antes solo te interesaban los zapatos, la popularidad y el bronceado. ¿Sigues siendo la misma? Seguro que sí. Los dos sabemos que todo ese rollo humanitario es un manera de aliviar tu conciencia. ¿Duermes tranquila por las noches? Al fin y al cabo, tú no has

hecho nada malo. ¿No?

Me encantaría que cumplieras tu promesa. ¿La recuerdas? Hace demasiado tiempo que no nos vemos. Hubo una época en la que me querías. Una en la que me prometiste que jamás me abandonarías.

Menos mal que tengo a la abnegada de mamá (¡nótese la ironía!). La pobre sigue pensando que existe remedio para un alma perdida como la mía. Matt y su adorable mujercita, por el contrario, no quieren saber nada de mí. ¿Te conté que una vez vino a visitarme a la cárcel? El bueno de Matt, siempre tratando de hacer las cosas bien. Fue una charla de lo más productiva, por cierto. Casi estuve a punto de contarle nuestro pequeño secreto. Pero, entonces, ¿qué nos quedaría a nosotros?

Se acerca la cuenta atrás, mi querida hermana. Tic, tac, tic, tac...

¿Tienes ganas de verme?

Con amor,

Tu hermano John.

Estrujé la carta con todas mis fuerzas. Temblaba de la cabeza a los pies. Aquello era una advertencia velada. Maldito psicópata. Diez años en la cárcel y aún seguía regodeándose con lo que había sucedido.

Me temí que un día una de esas cartas fuera dirigida a Matt. ¿Y luego qué? Se desataría la tormenta, no podía permitirlo. Mi familia ya había sufrido bastante. Primero la muerte de mi padre, luego John intentando matar a Harley y Matt porque habían descubierto que estaba involucrado en la muerte de aquel chico... si descubrían lo que les ocultaba, no sé qué sería de nuestra familia.

Matt había ido a ver a John a la cárcel. ¿Y si lo perdonaba? ¿Y si le permitía volver a casa? La culpa era mía. Debía haberle contado la verdad cuando tuve la oportunidad, pero... había intentado protegerlos a todos. De la

verdad. Del dolor.

Supé lo que tenía que hacer y me odié por ello. Tenía que ver a John.

11. Sarah

Me gustaba la vieja librería que había junto a la entrada de la boca del metro. Era uno de esos escasos sitios que aún sobrevivían al imperio de los grandes almacenes, donde podías comprarte unos pantalones y el último bestseller de moda. Me agradaba James, el librero. Una de esas joyas que te hacía recomendaciones personales porque conocía a su clientela a la perfección. Y yo empezaba a ser una de sus clientas asiduas.

Me saludó con la mano en cuanto me vio entrar. Estaba oculto bajo una torre de libros que iba colocando en las estanterías.

—¡Sarah, me alegro de verte! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. Llevo un poco de prisa por culpa de mi ajustado horario. Cuando salgo de trabajar, la librería ya está cerrada.

James salió de su escondite y vino hacia mí.

—También abrimos los sábados.

—No puedo esperar hasta el sábado —respondí, con una tímida sonrisa.

James me la devolvió.

—Entonces habrá que solucionarlo —dijo, y me cogió la mano para llevarme hacia un estante.

Casi estuve a punto de soltársela, pero no quise ser maleducada. Empezaba a sospechar que James se mostraba cada vez más cercano.

—Estas son las novedades románticas que acaban de llegar —cogió un libro y me lo tendió—. Me ha encantado, te lo recomiendo.

—Susan Elizabeth Philips siempre es un acierto. ¿Este de qué va?

—Quarterback, una intrépida detective... te va a gustar.

—Eres el único hombre que conozco que lee novela romántica.

—¿Tiene algo de malo?

—¡Qué va! —le guiñé un ojo—. Me gustan los hombres que tienen sentimientos.

—Uf, menos mal. Temí que fueses a decir que soy adorable, o algo por el estilo...

Un segundo, ¿estábamos coqueteando? No había sido mi intención, pero dada mi nula experiencia, decidí cortarlo de raíz.

—Me lo llevo. Me fío de tu criterio.

—Me halagas, Sarah —respondió, y me rozó la mano deliberadamente para quitarme el libro.

Cuando le seguí hacia el mostrador, él se empeñó en hacerme un descuento. No quería que me malinterpretara, así que me negué con toda la educación posible.

—Respeto demasiado tu trabajo como para admitir un trato de favor.

James se encogió de hombros. Antes de que pudiera escapar por la puerta, volvió a la carga:

—Sarah, me preguntaba si te apetecería tomar café algún día.

Me puse colorada. James era encantador y apuesto, pero no sentía nada por él.

—Estoy demasiado ocupada. Ya sabes, el trabajo me tiene absorbida.

—Cuando te venga bien —insistió, sin perder la sonrisa.

Respiré aliviada en cuanto salí de allí. Guardé el libro en el bolso y corrí en dirección al metro. No quería llegar tarde al trabajo, pero supe de sobra que el corazón no se me aceleró por eso. Desgraciadamente, jamás sentiría nada por James. No era el trabajo lo que me tenía absorbida, sino un hombre de ojos oscuros en el que no podía parar de pensar.

Cuando llegué al bufete, Fernando ya estaba en su despacho. Yo llegaba diez minutos antes, pero a saber cuánto tiempo llevaba él allí. Era un hombre que se tomaba muy en serio su trabajo, y tenía la sensación de que ahora necesitaba demostrar que se merecía aquel puesto. Pocos abogados de su edad habrían conseguido hacerse un hueco en Johnson&Smith.

¿Prometerse con Jessica Smith le había ayudado? Por supuesto, de eso no me cabía la menor duda. Como tampoco dudaba de su capacidad para dar la talla.

Mi despacho era el contiguo al suyo, así que tenía que atravesar su jaula de cristal para llegar hasta mi escritorio. Cuando entré, me lo encontré recostado en una de las butacas con aire crispado. No tenía un buen día.

—Buenos días, Señor Sandoval.

Me saludó con la mano. Normalmente estaba de buen humor, pero las pocas veces que lo veía así sabía de sobra que tenía que dejarlo en paz.

—Si necesita cualquier cosa, estaré a su disposición —dije, dirigiéndome hacia mi despacho—. Tiene todo lo importante encima de su escritorio. Debería llamar al Señor Pitt, la vista de su divorcio lo tiene bastante agobiado y ayer insistió en hablar con usted. La cita con el sastre es hoy a las doce y media. Me ha prometido que tendrá el traje para este miércoles.

—¿Algo más? — preguntó con tono aburrido.

—John Parker ha aceptado reunirse con usted. Lo espera el jueves de la semana que viene.

Entonces sí que mostró interés.

—¿Te ha costado mucho conseguirlo?

—Al principio no quiso hablar conmigo. Decía que estaba satisfecho con su abogado y que no quería tener que soportar a otro pelele. Pero en cuanto lo nombré a usted, cambió de opinión.

Fernando apretó la mandíbula. Supuse que aquello sería una buena noticia, pero notaba un desprecio visceral en su expresión al nombrar a John Parker.

—Buen trabajo, Sarah. La llamaré si la necesito. Hoy no me pase llamadas, no estoy para nadie.

—De acuerdo, Señor Sandoval.

—Fernando —me recordó, e hizo el amago de sonreír.

Me mordí el labio. Me costaba tomarme ciertas licencias con él. Quizá fuera porque el traje a medida le quedaba como una percha, por sus ojos oscuros, que siempre me miraban con una intensidad que me hacía sentir desnuda, o por aquel cabello negro azabache que le confería una apariencia algo pícara.

Me tranquilicé en cuanto nos separó aquella pared. A mis veinticuatro años, había tenido pocas relaciones y ningún interés en el sexo contrario. No sé qué diantres tenía Fernando Sandoval, pero en cuanto me miraba me derretía por completo. Había sido uno de esos flechazos que tanto leía en los libros. Por desgracia, lo del final feliz brillaba por su ausencia en esta historia. No era la clase de mujer con la que él se relacionaba. Era plenamente consciente de mis escasos encantos o de mis atributos femeninos, que se limitaban a una belleza clásica y anodina.

Me centré en hacer mi trabajo, la única razón por la que de verdad le interesaba a mi jefe. Era su secretaria, la que le organizaba la vida y velaba porque no se olvidara ningún dato de su agenda. También lo ayudaba con ciertos quehaceres legales, como investigar a clientes, redactar informes, contactar con expertos o hacer cualquier cosa que le facilitara ganar un juicio. Se me daba bien mi trabajo.

Descolgué el teléfono y perdí la cuenta del número de llamadas para las que había tenido que poner una excusa esa mañana.

—Pásame con mi prometido —exigió la inconfundible voz de Jessica.

Si Fernando no le había cogido el móvil, cabía la posibilidad de que tampoco quisiera hablar con ella.

—Un segundo, Señorita Smith. No sé si ha salido a una reunión.

La oí suspirar. Era evidente que Jessica Smith me detestaba, pero a saber por qué. Yo nunca le había hecho nada. Porque, ¿qué podría hacerle yo a una mujer como aquella?

—Señor Sandoval —dije, asomándome a su despacho—. Es su prometida, ¿le paso la llamada? Le he dicho que tal vez había salido.

—Menos mal. No, dile que no estoy y que no sabes cuándo volveré.

Regresé al teléfono.

—Señorita Smith, el Señor Sandoval acaba de irse y no sé cuándo volverá. Le diré que la llame en cuanto regrese. ¿Necesita algo más?

Se hizo el silencio. Habría colgado de no ser por sus palabras.

—Debes de ser muy importante para mi futuro marido. Traerte de Carolina del Norte a Luisiana. No todo el mundo habría aceptado, ¿por qué lo seguiste?

Porque me gusta estar con él.

—Me gusta mi trabajo —respondí, algo irritada por su curiosidad. No entendía a qué venía tal acoso.

—Ya... claro... tu trabajo —murmuró con desdén—. Querida, ten cuidado con a qué aspiras. En esta vida, es más práctico ser realista. No me gustaría tener que hablar con mi padre para que te reubique porque tú no sepas donde están los límites.

Me colgó tras aquella amenaza. Me quedé con el teléfono en la mano, temblando por la impotencia. ¿A qué había venido eso? Jamás le había faltado el respeto a Jessica Smith y no era tan tonta como para demostrar

abiertamente lo mucho que la despreciaba. No era más que una víbora con ganas de poner en su lugar a todo el mundo, me dije. Necesitaba demostrar que estaba al mando, incluso a la insulsa secretaria de su prometido.

—¿Te apetece comer algo? —me preguntó Fernando.

Me había pillado con el teléfono en la mano y cara de boba.

—Yo... supongo que ese es mi trabajo —murmuré cortada—. ¿Qué quiere que le traiga?

Fernando me dedicó una mirada cálida.

—Sarah, me estoy ofreciendo yo. Necesito que me dé el aire, y he pensado que tal vez se te antoja algo. Hay un cantonés a la vuelta de la esquina. Me han chivado que el Chop Suey está de vicio.

—Tomaré lo mismo que usted —respondí con timidez.

—Estupendo —me guiñó un ojo—. Ahora vuelvo.

No debía sentirme especial, eso lo sabía de sobra. Pero me temo que estaba tan colada por mi jefe que cualquier gesto amable me resultaba encantador. Pero él siempre había sido así. Quizá por sus orígenes humildes, Fernando no se comportaba como el resto de socios del bufete. Me trataba con complicidad y se empeñaba en que lo tutease. E incluso me había hecho un regalo por navidad: una caja de bombones y un disco firmado por la mismísima Barbara Streissand, que sabía que me encantaba. Pero... eran simples detalles, ¿no? Gestos que tenía hacia su leal secretaria, la misma pringada que se había mudado de ciudad con tal de seguir a su lado. Obviamente, le resultaba tan útil que quería tenerme contenta.

Y yo era de las que se conformaban con poco.

Regresó al cabo de media hora con una bolsa de comida. Sin decir nada, se sentó en la silla de enfrente de mi escritorio y comenzó a devorar la comida.

—¿Crees que le echarán gato? —bromeó.

—Mi padre te aseguraría que sí. Pero a mí me encanta la comida china.

—A mí también —dijo, y cerró los ojos para saborear la comida—. Jessica la detesta. Lleva una de esas dietas estrictas que a mí me ponen de los nervios.

Me pregunté que pensaría su encantadora prometida si nos viese almorzar juntos. Probablemente me devolvería de una patada a Carolina del norte.

—¿Tú te cuidas?

La pregunta me pilló desprevenida. A veces, mi jefe buceaba por el terreno personal. Lo hacía como quien no quiere la cosa, aunque tenía la impresión de que bajo aquellas preguntas indiscretas se escondía algo más.

—No tanto como debería —murmuré, con las mejillas arrojadas.

Palomitas, cervezas, dulces y las comedias de Jennifer Aniston en lugar de hacer ejercicio. Ese era mi estilo de vida.

—No te creo —respondió, señalándome con el tenedor de plástico—. Estás en forma. Seguro que sales a correr todos los días.

—¿Yo? —se me escapó una risilla—. Odio hacer ejercicio. No es lo mío.

—¿En serio? —se me quedó mirando con expresión confundida—. Entonces tienes una constitución agradecida.

Mi piel se calentó como si acabaran de encenderla con una cerilla. Él me había hecho un cumplido. ¿Mi jefe creía que yo no estaba tan mal? Obviamente, trataba de ser simpático. Sí, tenía que ser eso.

No supe qué decir, y él me miró a los ojos sin pronunciar palabra. No pude soportarlo más y me levanté bastante nerviosa. Comencé a recoger los envases de comida con la intención de separarme de él. Porque de lo contrario, habría notado aquello que yo me afanaba en ocultar con todas mis fuerzas.

Hasta que su mano se posó sobre la mía. Sentí un ramalazo de electricidad que activó todas mis alarmas.

—Deja eso, ya lo hago yo —dijo, sin apartar la mano de la mía—. Tú ya haces bastante por mí.

—Es mi trabajo —musité avergonzada.

Fernando se levantó y me rozó la cintura con el brazo. Me estremecí. Aspiré su perfume, uno masculino y muy sutil. Me apoyé contra el escritorio y mi respiración se aceleró. Hasta que él se apartó para recoger los desperdicios de comida, y una fuerte resignación se apoderó de mí. No le interesaba en ese aspecto, ¿por qué me empeñaba en ver cosas donde no las había?

Cuando terminó de recogerlo todo, pasó por al lado de mi bolso y echó una mirada de reojo. Sobresalía el libro que había comprado aquella mañana en la librería. Lo sacó y comenzó a ojearlo. Estupendo, ahora descubriría que era una romántica.

—¿Te gusta leer?

—Sí —respondí con voz temblorosa.

—La primera estrella de la noche —leyó en voz alta, con una sonrisa sarcástica—. Uhm... novela romántica. No es de mi estilo.

Lo sabía. Se estaba burlando de mí.

—Es mucho más interesante que los libros de derecho.

—Eso seguro —se echó a reír.

—Los hombres os negáis a leer novela romántica porque pensáis que así parecéis menos duros —me atreví a decir.

En cuanto las palabras escaparon de mi boca, me arrepentí de inmediato. Fernando me miró sorprendido.

—¿Tú crees?

—S- sí —tartamudeé.

—Podría ser. Nunca he leído ningún libro romántico, ¿cuál me recomiendas?

—¿Lo leerías? No lo hagas para quedar bien.

Fernando pareció divertido por mi atrevimiento. No sé de dónde había sacado la fuerza para responderle. Puede que por el hecho de que me molestara que ridiculizara mi pasión por la novela romántica.

—Intento poner en duda tu teoría, eso es todo. No son más que clichés sin fundamentos, créeme. El amor no es como lo pintan en esos libros que tanto te gustan.

—¿Cómo lo sabes si nunca has leído ninguno? —lo contradije.

—Me puedo imaginar lo que pone. Hombres atractivos, damiselas en apuros, cursilería barata...

Sacudí la cabeza, pero en el fondo me hizo bastante gracia que pensara de esa forma.

—¿Qué me darás si gano?

Un segundo, ¿acababa de hablarle con semejante descaro? El semblante de mi jefe se oscureció. Maldita sea, la había pifiado. Seguro que ahora me ponía en mi sitio. Me tendió el libro y un brillo travieso se apoderó de su mirada.

—Lo que quieras.

Tragué con dificultad. Lo que yo quería él no podía dármelo.

—Yo... ya lo pensaré. Mañana te traeré un libro. Y te va a gustar, te lo prometo.

—Ya veremos, no cantes victoria tan rápido.

Se dio la vuelta y salió de mi despacho. Casi estuve a punto de desmayarme. ¿Desde cuánto me tomaba tantas licencias con mi jefe?

12. Mia

Era muy temprano, pero en casa ya olía a tarta de manzana. Sabía de sobra que mi madre se estaba esforzando para que echara el ancla de manera definitiva. La pobre no entendía que hacía demasiado tiempo que me había acostumbrado a mi forma de vida. A ir de un sitio para otro con mi maleta roja, el portátil y el bloc de notas. Trabajaba en la fundación, y a distancia en una revista de tirada mensual para dar voz con mis reportajes a quienes más lo necesitaban.

No era de las ilusas que pensaban que podían cambiar el mundo. Me conformaba con aportar mi granito de arena. Y sabía de sobra que la mayoría de la gente no leía los reportajes que escribía con tanta pasión. El mundo prefería ignorar la pobreza extrema en la que vivían algunas personas, la violencia, los genocidios y las injusticias... porque ya tenían una vida con sus propios problemas. Yo tampoco era nadie para juzgar. Hacía diez años había sido una de esas arpías de instituto populares, crueles y odiosas.

La gente cambia, me dije.

Yo había cambiado. Para bien o para mal, jamás volvería a ser la misma.

Me dirigí con curiosidad hacia el lugar de donde provenían las risas. Mis sobrinos parecían estar pasándoselo en grande. Pero lo que no esperaba era encontrar al Señor Prexton siendo el causante de tal alboroto. Allí estaba mi guardaespaldas, que bien podría haber competido en la categoría de pesos pesados. Con su metro noventa de altura y su expresión taciturna, podría haberlo confundido con un militar o con un portero de discoteca con muy malas pulgas. Pero en esa ocasión, en sus ojos grises brillaba una emoción nueva. Algo que me habría pasado desapercibido de no ser porque era muy observadora. Parecía divertido.

—¡Mira lo que hago, Logan! —gritó entusiasmada Susan por ser el

centro de atención.

La pequeña hizo una voltereta y aterrizó con gracia en el sofá.

—Estupendo, pequeña acróbata. Dentro de unos años podrías competir en las olimpiadas —la alentó él.

Me quedé observándolos en el umbral de la puerta con una sonrisa. No me lo podía creer. No quedaba rastro del hombre de hielo.

—¡Lo mío es más impresionante! —la apartó Jack de un empujón.

El niño dio una voltereta, pero su hermana le puso la zancadilla y perdió el equilibrio. Jack le lanzó una mirada iracunda y Susan se partió de risa.

—¡Te vas a enterar, niña de papá! —le advirtió él, sacando a pasear el puño.

—¡Uy, qué miedo me das! —se burló la pequeña Susan—. Soy más fuerte que tú, bobo.

Logan se interpuso entre ambos y su expresión severa bastó para que dejaran de discutir. Vaya, menuda autoridad tenía el sargento de hierro. Creo que Matt y Harley lo habrían envidiado de haberlo visto.

—Los hermanos deben defenderse —los reprendió—. Juntos sois más fuertes.

La niña se puso de puntillas y le palpó la pierna. Me aguanté la risa. Madre mía, Susan ya apuntaba maneras.

—Señor Prexton, ¿quiere decir que el bobo de mi hermano podría llegar a ser tan fuerte como usted? —le lanzó una mirada cargada de adoración.

Jack puso los ojos en blanco. Logan se puso de rodillas hasta quedar a la altura de la niña.

—Incluso tú podrías llegar a ser tan fuerte como yo. Solo necesitas crecer y ejercitarte.

—¡Y entonces le daré una paliza a mi hermano! —exclamó emocionada.

Logan sacudió la cabeza, a pesar de que era evidente que la pequeña Susan ya lo había conquistado. La cogió en brazos antes de que pudiera propinarle una patada a su hermano.

—¡No, bájame, por favor! —la niña se retorció de risa—. ¡Me estás haciendo cosquillas!

—Uhm... me temo que necesitarás la ayuda de alguien. ¿Qué tal de tu hermano?

A Jack se le iluminó la expresión ante la idea de ser útil.

—¡Sí, Jack, ayúdame a derrotar a este gigante! —suplicó la niña entre risas.

Jack se tiró a las piernas de Logan e intentó inmovilizarlo. El guardaespaldas fingió que perdía el equilibrio y cayó sobre el sofá. En ese instante, Susan y Jack unieron sus fuerzas para acabar con él.

—¡Me rindo! —dijo Logan, poniendo las manos en alto—. La unión hace la fuerza. No tengo nada que hacer contra vosotros.

Tuve que hacer algún ruido, porque entonces Logan se volvió y me pilló espiándolos. Y su sonrisa se borró de un plumazo. Se puso de pie como un resorte con su habitual expresión adusta.

—¿Se le ofrece algo, Señorita Parker?

—No pretendía cortaros la diversión —respondí divertida.

Logan no perdió la compostura. Volvía a ser el hombre de hielo. Ese para el que las sonrisas estaban prohibidas.

—¿Podemos hablar fuera? —le pedí, un tanto decepcionada por su frialdad.

No pretendía que fuésemos amigos, pero me descolocaba su actitud. Tampoco era tan ingenua para no notar que le había causado mala impresión. Por alguna razón que escapaba de mi alcance, al Señor Prexton le resultaba

cualquier cosa menos simpática.

—Se le dan bien los niños —le dije, en cuanto nos quedamos a solas.

Él no contestó. Se limitó a observarme con aquella mirada glacial que, para ser sincera, comenzaba a sacarme de mis casillas. A saber lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Tiene usted hijos? —le pregunté con curiosidad.

—No es asunto suyo —me espetó.

—No, no lo es —respondí contrariada, y apreté los labios.

Tuvo que notar mi crispación, porque añadió:

—No pretendía sonar tan taxativo, pero no me gusta hablar de mi vida privada.

—Por supuesto, lo entiendo. No pretendía ser impertinente —le resté importancia, aunque por dentro aún seguía molesta—. Señor Prexton, necesito que me acompañe a la cárcel.

Sus ojos se abrieron un poco por la sorpresa. Supongo que en la imagen que ya se había formado de mí, estaba esperando que le pidiese que me llevase de compras.

—Voy a ir a ver a mi hermano. Confío en su discreción. No quiero que nadie de mi familia lo sepa.

Él no dejó traslucir ninguna emoción.

—Tiene usted mi palabra. Lo dispondré todo y saldremos en una hora —dijo, antes de alejarse.

Observé la espalda ancha de mi guardaespaldas y su cabello rapado. Su apariencia y sus modales contrastaban con lo que acababa de presenciar hacía unos minutos. Qué hombre tan extraño.

Estaba nerviosa. Hacía mucho tiempo que no visitaba a John. Dejé de hacerlo en cuanto asumí que me dolía demasiado. Al principio lo hice por dos razones: para cumplir mi palabra, y porque necesitaba respuestas. Y puede que entre medio de ambas existiera otra que me negaba a aceptar: amaba a mi hermano.

Porque era mi hermano, y punto. Puede que nunca importara lo que había hecho, porque siempre seguiría siéndolo. Y una parte de mí se aferraba con desesperación al John que había conocido siendo una niña. El que se preocupaba por mí, me cuidaba y siempre ofrecía buenos consejos. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde estaba el hombre honorable al que tanto admiraba? A veces tenía la sensación de que nunca había llegado a conocerlo del todo. Daba igual que tuviésemos la misma sangre. Sospechaba que ese John al que tanto quería escondía a un ser oscuro y retorcido. Que todo había sido una fachada.

Había intentado matar a Matt y a Harley. Y todo por culpa de los celos. John jamás aceptaría que Harley estaba enamorada de Matt y no de él. Creía que todos habíamos elegido a Matt, y eso lo había matado por dentro. Para colmo, habíamos descubierto que había estado involucrado en la muerte de un estudiante de su fraternidad.

Y luego... estaba ese secreto que nos unía. Ese que yo me había empeñado en guardar para que la frágil paz que unía a mi familia no se rompiera. A Matt le había costado mucho perdonar a mamá. Ser consciente de que llevaba años separado de Harley porque ella había escondido sus cartas. Que había odiado durante años a Harley sin ningún motivo. Durante un tiempo, yo también le di la razón. ¿Qué clase de madre intentaba separar a un hijo de la mujer de la que llevaba toda la vida enamorado? Pero entonces, en una de mis visitas a la cárcel tratando de encontrar respuestas, descubrí que mi madre lo hizo por una razón: para protegerlos. Y para proteger a John de sí mismo, pues lo conocía tan bien que sabía de sobra que nunca aceptaría que Harley eligiera a su hermano.

Pero... ella no lo conocía tan bien como yo. Porque cuando supe toda la verdad, mis esperanzas de que John se redimiera en la cárcel se arruinaron. No había remedio para alguien como él. Puede que a estas alturas, tampoco lo hubiera para mí. Guardar ese secreto me convertía en su cómplice. En alguien horrible. Y si mi familia se enterara...

Alguien me puso una mano en la espalda. El contacto me sobresaltó. Era mi guardaespaldas.

—Ya puede pasar —me dijo—. Estaré al otro lado de la puerta. Si surge algún problema, solo tiene que avisarme.

—No me pasará nada —respondí con voz trémula.

—Está pálida —advirtió con el ceño fruncido—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —dije, con toda la falsa confianza que pude reunir.

La enorme mano de Logan seguía en mi espalda. Sabía de sobra que solo se preocupa por mí porque su trabajo consistía en velar por mi bienestar. Así que me aparté de él. No quería demostrarle que era una pusilánime. Odiaba la compasión.

—Señorita Parker, ¿se encuentra bien? —insistió con recelo.

Asentí con una sonrisa forzada y le di la espalda. Cuando la puerta se abrió, entré con la cabeza alta y los hombros erguidos. Sabía de sobra que la apariencia lo era todo para él, y no quería que me ganase la partida. Estaba sentado delante de una mesa, sin esposar. Los guardias debían pensar que no era peligroso, y dada su posición, era una manera de mostrar deferencia hacia el apellido Parker. Había adelgazado y llevaba barba. Me impactó su aspecto. No quedaba nada del elegante hombre de negocios, salvo la mirada orgullosa que me ofreció. Parecía un lobo solitario y al asecho. Se me hizo un nudo en la garganta cuando me senté frente a él. No debía dejarme intimidar.

—Hola, Mia —las comisuras de su boca se curvaron en algo parecido a una sonrisa—. Cuánto tiempo.

—¿A qué ha venido esa carta? —le espeté con voz fría.

John se apoyó con los codos en la mesa y se inclinó hacia mí. Entrecerró los ojos y me estudió con detenimiento.

—Siempre directa al grano. No te gusta perder el tiempo, pero olvidas que aquí dentro yo tengo demasiado.

—¿Por eso la escribiste? ¿Para que te hiciera una visita? —pregunté perpleja y con ira apenas contenida.

John me dedicó una mirada vacía.

—No eres tan importante —respondió con sequedad—. Te vi en la tele y me picó la curiosidad. ¿De verdad todavía sigues con el rollo ese de ganar el nobel de la paz? Creí que a estas alturas ya te habrías cansado de jugar a ser la madre Teresa. Te hacía viviendo en los Hamptons, casada con uno de esos ricos que estarían encantados de echarte el guante mientras tú despilfarras el dinero.

No dejé que sus palabras me afectaran.

—Lamento decepcionarte —respondí sarcásticamente—. Pero no he venido a seguirte el juego. ¿Se supone que me tengo que creer tus advertencias? No vas a abrir la boca, pero te encanta asustarme. Y no vas a hacerlo porque eso implicaría que jamás saldrías de aquí.

A John se le cambió la expresión durante una milésima de segundo, lo suficiente para percibir su mirada cargada de odio. Hasta que volvió a enmascararla bajo una sonrisa venenosa.

—Hermanita, vamos, no seas así... solo me preocupo por ti. No me gusta que sigas desperdiciando tu vida de esta manera. Yo estoy en la cárcel, Matt juega a ser el cabeza de familia, y a ti te va el rollo Gandhi... ¿qué ha sido de nosotros? —su risa fría retumbó en las paredes del cubículo—. Reconozco que lo de la fundación fue una jugada maestra, en eso te doy la razón. Tras el escándalo, una parte de la sociedad nos dio la espalda. Sé que

Matt se esforzó en labrarse una imagen, pero lo tuyo sí que tiene mérito. Ahora la prensa está con el apellido Parker, y todo gracias a la abnegada hija menor. ¡Enhorabuena!

—Eres despreciable —le dije, con los dientes apretados.

—¿Qué fue de ti y de nuestro jardinero? Ese latino con ínfulas de comerse el mundo... ¿cómo se llamaba?

—Sabes de sobra que se llama Fernando —respondí furiosa.

—Ah... sí... el Señor Sandoval. Es curioso los golpes que da la vida. De haber sabido que le iba a ir tan bien, puede que no me hubiera opuesto a lo vuestro. Tengo entendido que va a casarse con la hija de uno de los socios del bufete para el que trabaja, desde luego no es tonto. El que no corre, vuela...

—Cállate. No tienes derecho a hablar de él.

John entornó los ojos.

—¿No seguirás enamorada de él? —se burló emocionado—. Lo tuyo sí que es grave, hermanita. La niña rica y el chico pobre que trabaja para su familia. De telenovela barata. A estas alturas ya deberías haberlo superado. Hay una gran diferencia entre los ricos de cuna y los que terminan siéndolo a base de doblar la espalda. Que se esfuerce todo lo que quiera, porque para muchos de nosotros seguirá siendo un Don nadie.

Fui a levantarme.

—No sé para qué he venido...

John me agarró las manos y me atrajo hacia él. El pánico me invadió y traté desesperadamente de soltarme.

—Has venido porque necesitabas mirarme a los ojos para saber si me arrepiento de lo que hice —me provocó con sorna—. Te crees que la cárcel cambia a la gente, pero solo saca lo peor de uno mismo. ¿Qué harás si me da por irme de la lengua? ¿Te crees que no soy capaz? ¡Pobre Mia, sigue siendo una niñata ilusa! Tienes miedo porque sabes que ellos no te lo perdonarían.

En el fondo sigues siendo la animadora popular y cruel. Esa a la que le encanta llamar la atención y que sería capaz de pisotear a cualquiera con tal de conseguir lo que se propone. No somos tan distintos como crees, ni tú eres tan buena como te empeñas en demostrar. Porque bajo toda esa fachada que te has labrado durante estos años, sigues siendo la misma rica caprichosa y malvada. Venga, no finjas, ¡todo lo que has hecho es para redimirte!

—¡Suéltame! —le grité, con lágrimas en los ojos—. ¡Suéltame, pedazo de escoria!

John me soltó las manos y soltó una carcajada. Yo tenía el rostro anegado de lágrimas y temblaba de la cabeza a los pies.

—¡El pasado no se puede cambiar! —me gritó cuando le di la espalda—. ¡Sigues siendo la misma arpía de instituto! Acéptalo de una puta vez.

Golpeé la puerta con desesperación, y escapé corriendo de allí en cuanto la abrieron.

13. Fernando

Llevaba todo el día con un humor de perros. Extendí los brazos para que el sastre pudiera hacer bien su trabajo. Lo peor de todo es que sabía de sobra cual era la razón de mi malestar. Porque tenía un nombre: Mia Parker.

Íbamos a volver a vernos. En unos días, me reencontraría con la joven a la que guardaba tanto rencor. Aunque ya no era una chica de dieciocho años. Pero yo seguía teniendo muchas preguntas. La principal era: ¿por qué te fuiste?

Y luego... había demasiadas piezas que no encajaban. Preguntas sin responder que llevaban atormentándome demasiado tiempo. Luego me había convertido en el hombre que soñaba ser cuando trabajaba como jardinero para su familia. Tenía un buen trabajo, era alguien respetado y estaba comprometido con una mujer despampanante. No me faltaba nada, excepto una respuesta. Y cuando la tuviera, podría seguir mi camino.

Mia ya no era la misma. La había visto en televisión, en el periódico, en numerosas entrevistas... y apenas la reconocía. Yo me había enamorado de la chica popular y rica que escondía un gran corazón. Una a la que le encantaba llamar la atención, pero que en el fondo se sentía muy sola porque había perdido a su padre. La que soñaba con ser periodista e ir a la moda. Era frívola y preciosa, pero a mí me encantaba. Me fascinaba que se tumbara en la piscina a tomar el sol y me provocase con sus comentarios. Sí, éramos muy distintos. Y me volvía loco.

—Ya hemos terminado —dijo el sastre.

Solo tenía ganas de llegar a casa y follar como un loco con Jessica. Cuando lo hacíamos como dos salvajes, reconozco que me olvidaba de todos mis problemas. Jessica era la clase de mujer que necesitaba en mi vida. No me daba demasiada conversación, siempre tenía ganas de marcha y era

ambiciosa. Puede que no tuviésemos mucho más en común, pero compartíamos lo importante.

Recordé a mi adorable secretaria. ¿Qué pensaría Jessica si le contara que iba a leerme una novela romántica? Se burlaría de mí. Mi prometida tenía tantos sentimientos como un cactus.

No sé muy bien lo que me ocurría con Sarah. No era para nada mi tipo. Una joven sencilla y anodinada que estaba lejos de ser la clase de mujer con la que a mí me gustaba relacionarme. Pero tenía su encanto, para qué engañarme. Escondida en sus trajes grises, el moño apretado y las gafas, me daba la sensación de que había una mujer con mucho fuego en su interior.

Sarah era eficiente, discreta y alguien en quien se podía confiar. Llevaba casi un año trabajando para mí y me era indispensable. Puede que a veces jugara un poco con ella y alentara sus esperanzas, pero tampoco lo hacía aposta. Me encantaba coquetear con el sexo contrario, y con ella me pasaba algo muy curioso. Cuanto más nerviosa se ponía, más divertido se volvía todo. Sus mejillas sonrojadas me ponían muy cachondo.

El típico lío entre jefe y secretaria que jamás iba a suceder. No era tan estúpido como para complicarme la vida con una mujer que solo me proporcionaría un placer pasajero y muchos líos. Sarah parecía la clase de ilusa que se enamoraba con facilidad. No tenía ganas de buscarme un problema con Jessica, que podía llegar a ser una verdadera víbora. Así que dejaría las cosas como estaban.

Cuando llegué a mi casa, admiré la enorme fachada y experimenté una creciente oleada de orgullo. Todo eso lo había conseguido yo. Los coches de lujo, la mansión, mi posición... gracias a mi esfuerzo y ambición. Había espabilado a base de relacionarme con niños de papá que me tomaban el pelo. Hasta llegar a ser la clase de hombre que pisotearía a quien hiciera falta para conseguir lo que quería.

Así es la vida. Estudias, te esfuerzas y eres el mejor, pero eso nunca basta. Si quieres algo, tienes que ir a por ello hasta sus últimas consecuencias. Me había costado dejar mis escrúpulos a un lado, pero ahora lo entendía.

Había aceptado quien era.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Jessica con dos copas de vino. Iba completamente desnuda. La recorrí con la mirada y se me puso dura. Dejé el maletín en el suelo, me quité la corbata y caminé hacia ella. Le quité la copa de vino y me la bebí de un trago.

—Nena, me encanta que me recibas así. Pero, ¿y mi padre?

—Ha ido al cine con unos amigos —dijo, y enrolló las manos alrededor de mi cuello—. Tenemos la casa para nosotros solos. ¿Lo ves? Por eso necesitamos intimidad...

Acercó su boca a la mía. Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunté con recelo.

—Cariño... —me rozó el cuello con los labios y comenzó a desabrocharme la camisa—. Fóllame como sabes que me gusta.

Si me lo pedía así... quién era yo para negarme. Deslicé mis manos por su cintura hasta llegar a sus nalgas. La apreté contra mi erección y ella gimió. Ya tendríamos tiempo para hablar. Con una mujer como Jessica, la conversación estaba sobrevalorada.

14. Mia

Respiré con dificultad y me tapé los oídos. Cerré los ojos y traté de olvidar el rostro de John, pero sus palabras rebotaban dentro de mi cabeza. Eran como darnos envenenados que me rasgaban la piel. ¿Y si él tenía razón? ¿Y si todo lo que hacía era para demostrar que era mejor que él? ¿O quizá para reconciliarme con mi pasado?

“En el fondo sigues siendo la animadora popular y cruel. Esa a la que le encanta llamar la atención y que sería capaz de pisotear a cualquiera con tal de conseguir lo que se propone”.

Abrí la boca para tomar aire. Sentí una profunda presión en los pulmones al respirar. La cabeza me daba vueltas y tuve que sentarme en el retrete. De golpe me sobrevinieron los diez años de secretos. El dolor.

“No somos tan distintos como crees, ni tú eres tan buena como te empeñas en demostrar. Porque bajo toda esa fachada que te has labrado durante estos años, sigues siendo la misma rica caprichosa y malvada. Venga, no finjas, ¡todo lo que has hecho es para redimirte!”

Recordé a la cría cruel y superficial. La que se metía con la mitad del instituto mientras trataba de llamar la atención del único chico que no le hacía ni caso. La animadora de la que todo el mundo quería ser su amiga o bien tirársela en el asiento trasero de un coche. La misma a la que la gente despreciaba en silencio. Esa que se emborrachaba hasta llegar tambaleándose a la puerta de su casa, donde Matt la esperaba con expresión decepcionada. La misma que no superaba la muerte de su padre porque el mismo día que murió discutió con él. Ella estaba convencida de haberle provocado el infarto. Todo era culpa suya.

“¡El pasado no se puede cambiar!; Sigues siendo la misma arpía de instituto! Acéptalo de una puta vez”.

Traté de silenciar la voz de John. Mis recuerdos. Todo lo que dolía. Pero fue imposible. Me sentía culpable y descorazonada. No importaba lo que hiciera, porque en el fondo no podía cambiar el pasado. Las decisiones que había tomado siempre me perseguirían.

—¿Señorita Parker?

Me sobresalté por la interrupción. Mi guardaespaldas volvió a llamar a la puerta. Aquel energúmeno la echaría a bajo con sus manazas.

—Mia, ¿se encuentra bien? Necesito saber que sí lo está —su tono era imperioso.

Inspiré profundamente. No tenía fuerzas para enfrentarme a su mirada inquisitiva. Ojalá que el tal Logan Prexton no fuera mi guardaespaldas. Carecía de modales y empatía. Me ponía de los nervios.

—Echaré la puerta abajo si es necesario —me advirtió.

Hablaba en serio, así que me enjuagué la voz.

—¡Déjeme en paz, por lo que más quiera! —le grité, con toda la autoridad que pude reunir—. Estoy bien, solo necesito unos minutos. Por Dios, nadie va a matarme en un maldito aseo de señoras.

Se hizo el silencio, pero noté su presencia detrás de la puerta.

—La estaré esperando fuera —dijo, y un segundo después sus pasos se alejaron.

Respiré aliviada. Al menos había conseguido alejarlo de mí.

Media hora después y algo más tranquila, me lavé la cara y me hice una coleta. Me miré al espejo para comprobar que no se notaba que había estado llorando. Tenía los ojos un poco hinchados, así que me puse las gafas de sol. Me las quité al comprobar mi aspecto porque me sentí absurda. De mala gana, salí del lavabo y me choqué con aquel armario empotrado. El golpe me

lanzó hacia atrás, y estuve a punto de caerme de espaldas de no ser porque él me agarró de la cintura. Me quedé paralizada por la impresión. La enorme mano de Logan me cubría la mitad de la espalda y me calentaba la piel. Apartó la mano en cuanto se dio cuenta de que ya no me caería.

—No lo he visto —dije con voz áspera.

Y eso que era difícil teniendo en cuenta su tamaño. Me sentía minúscula y débil delante de aquel hombre. No me gustaba esa sensación, aunque creo que el que me desagradaba era él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, y me lanzó una de esas miradas impenetrables.

—Perfectamente.

Fue lo único que necesitó para iniciar la marcha. Iba a cruzar la puerta exterior cuando me bloqueó el paso con un brazo. Se estaba comunicando por el pinganillo con alguien, supongo que a la espera de que le aseguraran que el perímetro era seguro. Comencé a impacientarme, a pesar de que sabía de sobra que solo estaba haciendo su trabajo. No estaba acostumbrada a que dirigieran mi vida de aquella manera.

Logan se sentó a mi lado en el asiento trasero. Esa era una de sus estrictas normas: permanecer cerca de mí en todo momento cuando estuviese fuera de casa. Me limité a mirar por la ventanilla durante todo el trayecto y traté de no pensar en John. Buscaba provocarme y yo se lo ponía fácil, ¿por qué no aprendía? No era la primera vez que John conseguía humillarme con sus palabras. Tenía una lengua afilada y una mente de lo más retorcida.

—No debería venir si eso la afecta tanto —dijo de pronto mi guardaespaldas.

Lo miré de reojo y apreté los dientes.

—No debería darme consejos si no me conoce de nada.

Él no se inmutó.

—Tiene usted razón —respondió sin más.

Y tanto que la tenía. A él no le gustaba hablar de su vida privada, y a mí no me daba la gana de aceptar sus consejos de mierda. Me crucé de brazos y deseé llegar lo antes posible. Noté que me observaba de soslayo y hurgué en mi bolso hasta dar con el móvil. ¿Qué coño quería aquella mole? ¿Ponerme nerviosa?

Contesté un mensaje de trabajo. El gigante seguía observándome de reojo. Resoplé y me giré hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Qué? — inquirí.

—¿Le molesta que la mire? —preguntó muy tranquilo.

Herví de rabia. Ni siquiera lo disimulaba.

—Sí.

—Usted también me mira de vez en cuando, no crea que no lo he notado.

¡Encima! Lo que me faltaba por oír.

—Intento discernir si es usted alguien de fiar. Teniendo en cuenta que mi vida está en sus manos y que yo no lo he contratado, comprenderá que estoy en una posición delicada —me defendí exasperada.

—No lo está —me contradijo, mirándome a los ojos—. Se encuentra en las mejores manos. Tiene mucha suerte de tenerme como guardaespaldas.

Me ruboricé no tanto por sus palabras sino por cómo lo dijo. Lo decía en serio. Me acordé de sus cicatrices. Era un hombre peligroso. Quise estar en cualquier lugar menos sentada a su lado. De repente aquel espacio se me hizo muy pequeño.

—Eso lo dice usted —musité.

—Sí, lo digo yo.

Se pasó la mano por la barbilla, algo contrariado. ¿Qué esperaba? No era

de las que brindaban su confianza al primer tipo que se le pusiera delante, por muy grande e intimidante que fuera.

—Pero estoy siendo sincero —añadió con un deje de irritación—. Póngame las cosas fáciles y le aseguro que no tendrá nada que temer. La protegeré con mi vida si es necesario.

Entonces fui yo quien lo miró de reojo. Por extraño que pareciera, tuve la sensación de que Logan Prexton hablaba en serio. Y no supe cómo sentirme respecto a él.

15. Logan

La señorita Parker estaba resultando ser una caja de sorpresas. Me había pillado observándola de soslayo, ¿pero qué culpa tenía yo? Tenía un carácter tan volátil que me tenía intrigado. Hacía unos minutos había salido huyendo despavorida del encuentro con su hermano, y sabía de sobra que había estado llorando en el servicio. Sin embargo, no se amedrentaba con facilidad. Había tratado con muchas como ella, y el resultado siempre era el mismo: jovencitas que agachaban la cabeza, se sonrojaban y coqueteaban tímidamente conmigo. Algunas me observaban con temor, y otras con una fascinación propia de haber visto demasiadas veces *El guardaespaldas*.

Y Mia Parker no se parecía a ninguna de esas ricachonas. Por el momento.

Era evidente que tener guardaespaldas no le hacía ni puñetera gracia. Estaba acostumbrada a moverse a su antojo, pero tenía que entender que quien mandaba era yo. Y tengo que reconocer que su recelo me tocaba los cojones. ¿No me había visto? Sabía el efecto que mi aspecto producía en los demás. Fascinación en las mujeres y respeto en los hombres. ¿Quién se creía aquella mocosa para dudar de mi aptitud como guardaespaldas? Era el mejor, todo el mundo lo sabía.

Y Mia Parker lo averiguaría tarde o temprano, de eso estaba seguro.

Volví a mirarla de reojo. Ahora estaba inmersa en su móvil, y parecía disgustada por alguna razón. Quizá se habían agotado los zapatos de marca que intentaba comprar con el dinero de su riquísima familia. Aunque para ser honesto, si uno le echaba un vistazo se daba cuenta de que no parecía muy interesada en la moda.

Tenía esa clase de elegancia con la que nacen algunas personas. Iba vestida de negro, a excepción del esmalte rosa pálido de sus pequeñas manos

y el collar plateado en forma de corazón que pendía de su cuello. Un jersey grueso que se pegaba a sus curvas y unos pantalones negros que adivinaban unas piernas infinitas. Era una mujer preciosa.

Y para nada mi estilo. Bonita, por supuesto. Probablemente el sueño erótico de cualquier hombre con un poco de imaginación. Pero ahí se le acababa la gracia. ¿Cuántos arreglos de cirugía llevaría encima? Apuesto a que esos pómulos eran obra de un cirujano, o tal vez sus carnosos labios. Entreabiertos y húmedos. Los contemplé ensimismado. Joder, ¿cuánto tiempo llevaba sin acostarme con una mujer? Demasiado, al parecer. Conocía a muchas Mia Parker. Ricas, caprichosas, volubles. Un auténtico coñazo.

El conductor dio un frenazo y el cuerpo de Mia se precipitó hacia delante. Conseguí agarrarla antes de que su preciosa cara se estampara contra el asiento delantero. Mi mano cubría por completo su pequeña muñeca. Ella estaba tan desconcertada como yo y le costó varios segundos recuperarse del susto. Cuando por fin lo hizo, fijó la vista en mi mano con una expresión contrariada. La aparté de inmediato, irritado conmigo mismo por haberla dejado allí como un idiota. ¿Qué se creía? Jamás la tocaría a no ser que fuese estrictamente necesario. Como acababa de hacer para evitar que saliera despedida.

—Gracias —murmuró incómoda.

Apreté la mandíbula. Era mi trabajo, lo sabía de sobra. Para eso me pagaban. Y de todos modos, no cambiaba el hecho de cómo me había mirado antes.

—¿Usted se encuentra bien? —me preguntó.

Aquello me pilló por sorpresa. Qué más le daba como yo estuviera. Es cierto que el movimiento brusco me había provocado un tirón en la espalda. Los años comenzaban a pesarme. Pero no era asunto suyo. Las pijas remilgadas como ella no se preocupaban del estado físico de su guardaespaldas, eso lo sabía por experiencia.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al chofer.

—No lo sé. El coche de Andrew me ha obligado a frenar.

Me comuniqué por el pinganillo ante la atenta mirada de Mia, y escuché aliviado la respuesta. Aun así, no me fiaba del todo. Así que salí a inspeccionar para asegurarme de que no había sido más que un contratiempo. Mia me observó sin decir una palabra.

—Quédese aquí. Y no salga bajo ningún concepto hasta que yo vuelva, ¿entendido?

Ella fue a decir algo, pero al final se limitó a asentir.

Me dirigí hacia el otro coche, donde el resto de mi equipo observaba algo tirado en el suelo.

—¿Qué está pasando? Sabéis de sobra que no podemos pararnos en mitad de la carretera. No es seguro —me quejé.

—Lo siento, Logan. Ha sido ese perro —Stephen señaló un bulto tirado en el suelo—. Estuve a punto de atropellarlo. No hay manera de que se mueva de ahí.

El bulto era un animal tembloroso y lleno de greñas. Fui a apartarlo de la carretera, pero entonces recordé el rostro de April. La imagen de la inocencia y de la felicidad más pura jugando con Max, su cachorro de pastor alemán. El recuerdo me retorció las entrañas y se incrustó en mi pecho, impidiéndome respirar.

No, ahora no.

Stephen agarró una piedra para tirársela al perro, que le enseñó los dientes. Le quité la piedra a aquel imbécil y él se puso pálido.

—¿Qué coño ibas a hacer? —le recriminé, zarandeando la piedra delante de su rostro lívido.

Entonces algo llamó mi atención. Mia estaba detrás de mí con cara de

póker. Contempló horrorizada al perro, a mí y por último a la piedra que llevaba en la mano. Y por supuesto, sacó sus propias conclusiones.

—¡No sea animal! —me gritó indignada.

—Le dije que se quedase dentro del coche —gruñí irritado.

Estaba cabreado porque me mirase de aquella forma. Y joder, ¿por qué no podía obedecerme y quedarse dentro del maldito coche?

—Pues ya ve que no le he hecho caso. Y me alegro. ¿Es que nadie va a ayudar a ese pobre animal? —me lanzó una mirada acusadora—. Tirarle una piedra no es una opción, Señor Prexton.

No me molesté en decirle que justo acababa de evitar tal atrocidad. Me importaba una mierda lo que pensara de mí aquella mocosa. Yo odiaba tanto como ella a quienes maltrataban a los animales. Casi tanto como detestaba a las pijas insufribles como ella.

Mia se agachó para acariciar al perro, que se hizo un ovillo y comenzó a temblar. De nuevo, me dedicó una mirada llameante. Entonces hizo algo que me dejó con los ojos abiertos de par en par. Se quitó el jersey, bajo el que llevaba una fina camiseta de mangas largas que se ajustaba a su silueta. Y fue a cubrir al perro con el trapo cuando la detuve.

—No lo toque —le ordené.

Mia resopló.

—¿Qué va a hacer? ¿Matarme de un mordisco?

Apreté la mandíbula. La señorita Parker no sabía medir las consecuencias de sus actos. Por eso necesitaba protección, porque era una inconsciente.

—Podría tener alguna enfermedad—le advertí.

—Está muerto de miedo —lo cogió en brazos, ignorando mis órdenes—. Tenga un poco de humanidad, ¿o no le queda de ella dentro de esa armadura?

Apreté los puños cuando pasó por mi lado con el perro en brazos y actitud desafiante. Esa chiquilla no tenía ni puñetera idea. Humanidad... ¡qué sabía ella de nada!

Stephen y Andrew la miraron como dos babosos. Era una mujer preciosa, para qué engañarnos. Pero ahí se le acababa la gracia. Su numerito con el perro me había sacado de mis casillas.

—A mí no me importaría ser ese perro —bromeó Andrew.

Me volví hacia él con cara de pocos amigos. Los dos idiotas dejaron de reírse en el acto.

—El próximo que la mire o haga algún comentario fuera de lugar está despedido —les espeté, antes de volver al coche.

Dentro del coche, le ordené al chofer que condujera sin más interrupciones. Mia Parker tenía al perro en su regazo y me miraba de soslayo. Tenía las mejillas arreboladas de indignación.

La contención me duró cinco minutos. No pude soportarlo más.

—Como vuelva a dejarme en evidencia, tendrá que cambiar de guardaespaldas.

—¿Qué es dejarlo en evidencia? ¿Impedir que agreda a un ser inocente? —replicó airada.

—Debería haberse quedado dentro del maldito coche —repliqué, taladrándola con la mirada—. Es usted imposible.

—Yo no soy...

—Se pone en peligro con facilidad, no acepta órdenes, lo cuestiona todo... —enumeré exasperado—. Esto no va a funcionar. Por muy bien que me paguen, soportarla a usted no tiene precio.

Dio un respingo. Sonreí de medio lado. Era evidente que nadie le hablaba así.

—¡Oiga! No le permito que me hable así...

—Le estoy siendo sincero. Si tanto le molesta, despídame. Y si sigue con esa actitud, seré yo quien dimita.

—Pues si tanto le molesta lidiar conmigo, sepa que recibiré su renuncia con agrado —respondió en tono orgulloso.

—Estupendo —grazné, dejándome llevar por la rabia—. Se lo haré saber a su hermano en cuanto lleguemos. Suerte con el próximo candidato. Aguantarla no tiene precio.

—¡Me lo dice el neandertal que ha estado a punto de agredir a este pobre animal! —exclamó, roja como un tomate.

—Ya ha sacado sus propias conclusiones, para qué discutir.

Me miró confundida. Si esperaba que añadiese algo más, es que no me conocía en absoluto. Pasaba de darle explicaciones. Puede que el trabajo estuviera bien pagado, y que con aquel dinero pudiera jubilarme y cumplir mi sueño. El mío y el de April. Pero si seguía aguantando a Mia Parker, el que moriría de un puto infarto sería yo.

—Entonces, ¿dimite?

—Sí.

Ella cuadró los hombros.

—Pues vale.

No volvimos a entablar conversación, lo cual agradecí. El trayecto en coche se me hizo eterno, y las miradas furtivas de la señorita Parker me sacaron de mis casillas. O mejor dicho: ella me sacaba de mis casillas. Reconozco que no era un hombre con mucha paciencia, pero Mia Parker la ponía a prueba constantemente. Por suerte, no volveríamos a vernos las caras. Nunca.

Salí del coche en cuanto llegamos a su ostentosa mansión. Un edificio enorme y lujoso que destilaba vanidad. Los ricos siempre eran iguales. Necesitaban demostrar al mundo que tenían dinero. Aunque puestos a ser sinceros, ¿por qué no gastarlo si lo tenían? Prefería eso a las hipócritas ricachonas como Mia Parker, que jugaban a salvar el mundo. ¿Cuánto tardaría en hartarse de esa imagen que se había fabricado? En el fondo era como todos los de su clase. En cuanto les ponías las cosas claras, intentaban intimidarte con el rollo de *soy yo quien te pago*. Pero eso no le serviría conmigo. Adiós, Señorita Parker. Suerte con el próximo candidato.

Antes de comunicarle mi decisión a su hermano, que me caía mejor que ella, hurgué dentro de mi mochila hasta encontrar la foto de April. Siempre viajaba con ella. Acaricié el rostro de mi hija y algo se quebró en mi interior.

—Lo siento, cariño. Esta vez no va a poder ser, pero me queda poco para cumplir nuestro sueño.

Volví a guardar la foto. El móvil vibró dentro del bolsillo trasero de mis pantalones. Había pocas personas que tuvieran mi número personal, y una de ellas era Keira, mi exmujer. ¿Por qué no cambiaba de número? Así conseguiría que me dejara en paz. Pero en el fondo, sabía que no podía hacerlo. Keira y yo permaneceríamos ligados hasta que...

Leí su mensaje con impotencia. Y dolor.

Por favor, tenemos que hacerlo. Te necesito, Logan. Piensa en tu hija.

Arrojé el móvil sobre el colchón. Joder, eso es lo que hacía. La maldita egoísta era ella. ¿Yo? Un simple padre que deseaba lo mejor para su hija. Que aún mantenía la esperanza, pese a lo que dijese todo el mundo.

Olvidé a Keira. No iba a contestar a su mensaje, eso lo tenía claro. Por el momento, me limitaría a lo más fácil: hablar con Matt Parker. Era la primera vez en mi vida que renunciaba a un empleo.

16. Mia

Odiaba equivocarme, pero tampoco era tan orgullosa como para no admitir que la había cagado. Y tras una breve charla con el equipo de seguridad, me había quedado claro que había juzgado mal a Logan Prexton. Al menos, en lo referente al asunto del perro.

Genial, ahora me tocaba enmendar aquel error. Llamé a la puerta del despacho de mi hermano y acto seguido entré. Abrí los ojos de par en par al encontrármelos de aquella guisa. En cuanto me vieron, Matt se cerró la bragueta y Harley se bajó la falda.

—¡Ay, la leche! —exclamé, tapándome los ojos—. Volveré en otro momento.

—Ya no, ¿para qué? Nos has cortado el rollo —se quejó mi hermano.

Entreabrí los dedos para comprobar que ya habían acabado de vestirse. Harley estaba despeinada y Matt tenía cara de pocos amigos. Me aguanté la risa.

—Lo siento... no debería haber abierto la puerta. Pero... ¿en serio? ¿En el despacho? —me burlé.

Mi hermano me fulminó con la mirada. Harley se encogió de hombros.

—Tenemos hijos. Poco tiempo. Muchas ganas —resumió con una sonrisa.

Fingí una arcada. En el fondo, me hacía bastante gracia que siguieran igual de enamorados después de diez años juntos.

—Os dejo solos para que habléis —se despidió Harley, y me guiñó un ojo.

En cuanto cerró la puerta, le puse ojitos a mi hermano. Él puso mala cara.

—¿Qué?

—Tienes casi cuarenta tacos, ¿te parece bonito?

—¿Te parece bonito a ti despedir al que probablemente sea el mejor guardaespaldas que podía contratar? —me recriminó con dureza.

Touché.

—Técnicamente no lo he despedido. Él ha dimitido.

Puse mi mejor cara de inocencia, pero Matt no se la tragó.

—Seguro que tú has puesto mucho de tu parte para que eso sucediera.

—Oye... no me siento orgullosa —me dejé caer en la butaca con un suspiro lánguido—. Quizás le dije algo que le sentó fatal. De acuerdo, asumo la culpa.

—Qué asumes la culpa... —repitió malhumorado—. Mia, ya hablamos de esto. Dijiste que ibas a cooperar. ¿Por qué tienes que comportarte como una niña?

Me incorporé al escuchar aquella maldita palabra. Detestaba que me tratara como una cría.

—No fui yo quien contrató al Señor Prexton sin preguntarme. Pero estoy aquí por una razón, si eso te deja más tranquilo. Lo he juzgado mal, y considero que lo correcto es que mantenga su puesto de trabajo.

Matt me miró incrédulo.

—Qué generoso de tu parte —ironizó.

—Ve a decírselo —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—No —se negó de manera rotunda—. Tú la has cagado, y tú vas a enmendarlo. Ve a disculparte con él, peque.

—Pero... —me volví hacia él con expresión compungida—. Matt, no me pidas eso... ese armario empotrado me detesta. Seguro que disfrutara del espectáculo.

—Habértelo pensado antes —respondió, sin dejarse ablandar por mis súplicas.

Resoplé. Cuando mi hermano tomaba una decisión, ya no había marcha atrás.

inspiré delante de la puerta. Ni siquiera sabía por dónde empezar. ¿Qué le decía? No le caía bien a Logan. Y él a mí tampoco. Sus palabras aún retumbaban en mi cabeza:

Aguantarla no tiene precio.

Vale, pero yo lo había llamado *neandertal*. Y había desobedecido sus órdenes, dejándolo en evidencia delante del resto de sus hombres. Y para colmo, lo había juzgado a la ligera. Se merecía una disculpa, aunque me apeteciera tanto como cortarme un dedo.

Llamé a su puerta, pero nadie contestó. Volví a llamar, esa vez más fuerte. Sabía de sobra que estaba allí dentro haciendo la maleta. Al menos podría tener la decencia de responder.

—Señor Prexton, necesito hablar con usted.

Nada. Silencio.

Suspiré. Menuda cabeza tan dura. Sabía que no me iba a poner las cosas fáciles.

—Oiga, sé que está ahí dentro —insistí, con mi paciencia pendiendo de un hilo.

Golpeé la puerta por tercera vez. A cabezota no me ganaba nadie, y si quería disculparme, me iba a oír. Quisiera o no quisiera. Vamos, ¿pero quién se creía?

—Sé que piensa que soy insufrible, pero también tengo mis cosas

buenas. Cuando me equivoco, no me cuesta pedir perdón. Y me he equivocado con usted, Señor Prexton —silencio. Temblé de impotencia. Alcé la voz—: Le agradecería que me abriera la puerta para decírselo a la cara. ¡Oiga!

La puerta se abrió de golpe y reulé hacia atrás por el susto. Allí estaba Logan, con su expresión de pitbull con ganas de morder a alguien. Me sacaba tres cabezas. Sus ojos eran fríos como el hielo. Su cabello cortado al cero, de un gris ceniza, le otorgaba cierto aire a un espía soviético. Todo en él emanaba autoridad y mala leche. Empecé a arrepentirme de haber llamado a su puerta, y contuve las ganas de salir corriendo.

—La escucho —gruñó.

—Muy amable por su parte —ironicé, y él me fulminó con la mirada.

—No quiero que me haga perder el tiempo. Decía que quería disculparse. La escucho.

Uf, menudo hombre. Qué modales.

—Sí, así es. Lo juzgué mal y ni siquiera le di la oportunidad de explicarse. No soy de las que se forman una opinión a la ligera de las personas, pero reconozco que con usted me ha pasado —él me escuchó atentamente, sin decir una palabra. No sé qué se le pasaba por la cabeza, así que proseguí con mi discurso—. Tampoco estuvo bien que desobedeciera sus órdenes, teniendo en cuenta que es quien se encarga de mi seguridad. Ni que lo dejara en evidencia delante de sus hombres, por supuesto.

—Me llamó neandertal.

Vaya, no se le pasaba ni una.

—Sí, es cierto. Cosas que se dicen cuando uno está enfadado.

—Pero usted lo piensa.

La certeza con la que lo dijo hizo que fuera incapaz de contradecirlo. Logan me lanzó una mirada feroz, casi desafiante. No era de los que

olvidaban con facilidad.

—Usted también me llamó algunas cosas muy desagradables. Si quiere se las enumero. Si nos ponemos así... —repliqué a la defensiva.

—No hace falta, recuerdo lo que le dije. Es lo que sigo pensando.

Aquello fue un golpe bajo. No estaba acostumbrada a que me hablaran así. ¿Por qué tenía que poner la otra mejilla si aquel neandertal no admitía su parte de culpa? Recordé que se lo había prometido a Matt, así que opté por ignorar la falta de modales de aquel cenutrio.

—Lo que usted piense es cosa suya. Le pido disculpas por lo que dije, ¿las acepta o no? —inquirí irritada.

—Disculpas aceptadas.

Me tendió una mano, gesto que me descolocó. Como no quería ser maleducada, le devolví el apretón. El contacto me resultó desconcertante. La mano de Logan era callosa y enorme, pero apretó la mía con delicadeza, como si temiera hacerme daño. Un calor agradable me fue envolviendo todo el cuerpo. Retiré la mano de golpe, que de repente me ardía.

—Deberíamos ponernos con lo de la lista que le di —dije, por cambiar de tema.

Él enarcó una ceja.

—¿Da por hecho que voy a volver a ser su guardaespaldas?

—Sí —respondí confundida.

Un segundo, ¿no volvía a trabajar para mí? Me había disculpado con él, ¿qué más quería?

—Señorita Parker, dimití — me recordó con aspereza.

—Eso ya lo sé. Pero hemos solucionado nuestras diferencias, pensé que... —me callé de golpe, sintiéndome como una estúpida. Vaya, qué humillación. Asentí con una sonrisa tensa. No pensaba obligarlo a trabajar

para mí. Sí, lo que faltaba. Había muchos guardaespaldas tan grandes e intimidantes como aquel tipo—. ¿Tan insoportable le parezco?

La pregunta lo pilló desprevenido. ¿Qué pasa? ¿Pensaba que no me había dado cuenta?

—Somos muy diferentes, será mejor dejarlo así. Pero le recomendaré a alguien de mi máxima confianza.

—No ha respondido a mi pregunta —insistí indignada.

—Más que insoportable, yo diría que es usted complicada.

—Todos lo somos —murmuré, dándole la espalda—. Que le vaya bien, Señor Prexton.

Mis sobrinos estaban encantados con el perro, al que habían bautizado como Rusty. En cuanto mi hermano se enterara de que teníamos un nuevo invitado en casa, montaría en cólera. No era muy dado a los animales, pero seguro que entre todos lo convencíamos. Al que no había podido convencer era a Logan, hecho que me ponía de malhumor.

¡Qué humillante había sido!

Pateé una piedra, y Rusty se lo tomó como un juego. Corrió hacia la verja y comenzó a escarbar. Estaba intentando hacer un agujero, así que lo llamé.

—¡Rusty, ven aquí! —le ordené.

No me hizo ni caso, así que me acerqué a él. En cuanto me vio, escarbó con más ímpetu hasta que se lo tragó la tierra. Mierda, no me lo podía creer. ¿A dónde había ido? Era un muro de hormigón, así que no podía andar muy lejos. De repente, emergió de entre las zarzas con la piedra en la boca.

—Ven aquí, chico.

Rusty, que era bastante asustadizo, tuvo que tomarse mi orden como una

advertencia, porque echó a correr. Y lo hizo en el mismo instante en el que el coche de mi madre entraba por la puerta. Aprovechó la ocasión para escapar mientras yo gritaba su nombre en vano. Sin pensármelo, corrí detrás de él mientras uno de los hombres de seguridad apostado en la cabina de vigilancia me pedía que me detuviese.

—¡Vuelvo en un segundo! ¡No quiero que se escape!

El perro se encontraba unos metros alejado de la entrada. Tenía las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Me compadecí de él. A saber cuántas palizas habría recibido. Me metí la mano en el bolsillo y le enseñé un trozo de bacon.

—¿Te gusta? Vamos... ven aquí.

Partí un trozo y se lo tiré. Caminó unos pasos en mi dirección, olisqueó el bacon con recelo y se lo comió.

—Tranquilo, no voy a hacerte daño. Solo quiero que entres en la casa. Mira.

Zarandeeé delante de sus ojos otro trozo de bacon. Sabía que si intentaba atraparlo huiría despavorido, así que lancé el bacon hacia la entrada y Rusty corrió detrás de él. Respiré aliviada.

Me puse de pie para regresar a casa, pues sabía de sobra que no podía andar por ahí sin vigilancia. Fue entonces cuando, a lo lejos, observé una figura que emergía de entre los árboles. El sol me cegaba, así que utilicé la mano a modo de visera y entrecerré los ojos. Y vi la pistola.

Mi vida pasó delante de mí en cuestión de segundos. Me estaba apuntando. Me separaban diez metros de la entrada. No me daría tiempo a regresar. Me quedé paralizada por el miedo. No sabía qué hacer. No podía moverme. Y algo me derribó al suelo.

Los disparos levantaron una inmensa polvareda. Comencé a gritar. Un cuerpo cubrió el mío. Todo pasó en una fracción de segundo. El ruido de los

disparos. Un cuerpo pesado encima del mío, casi impidiéndome respirar. El destello de unos ojos grises. Logan sacó su arma y comenzó a disparar mientras yo permanecía hecha un ovillo debajo de él. Escuché el sonido de una moto alejándose de allí a toda pastilla. Y luego, los disparos cesaron.

Temblaba de la cabeza a los pies cuando unas manazas sostuvieron mis mejillas. Mi mirada perdida encontró unos ojos grises que me observaban sin pestañear. Mi ex guardaespaldas acababa de salvarme la vida. Movié mi rostro de un lado a otro, como si buscara alguna herida.

—¿Se encuentra bien? ¿Le han disparado?

Me evaluó de arriba abajo y comenzó a palparme con brusquedad. Se estaba cerciorando de que no me hubieran disparado.

—No... yo... estoy bien —respiré con dificultad.

—¿Puede caminar? Tenemos que volver a la casa antes de que vuelva.

—Sí —musité conmovida.

Pero mis piernas no reaccionaron. Me costaba respirar y tenía la vista nublada.

—Mia, mírame. Todo saldrá bien, te lo prometo. Sigo aquí contigo y no me iré a ninguna parte —me tranquilizó.

Asentí con debilidad. Él me sostuvo por los hombros y el inesperado contacto me sobresaltó.

—¿Puedes andar? No podemos seguir aquí, no es seguro.

Volví a asentir.

Él me tendió una mano, pero las piernas no me funcionaban. Sin previo aviso, Logan me cogió en brazos y a mí se me escapó un grito. En cualquier otra ocasión me habría puesto como una loca, pero entonces me acurruqué contra su pecho. Era enorme, pero olía genial. Su cuerpo era una roca. Y joder, me sentía tremendamente segura en aquellos brazos. Dejé que me

apretase contra su cuerpo y cerré los ojos con fuerza. No fui consciente de lo que sucedía a mi alrededor y el mundo se detuvo. Por primera vez comprendí que allí, con aquel hombre, jamás podría pasarme nada. E hice lo único que me pareció razonable, escondí la cabeza en su pecho y me tragué las ganas de llorar.

Cuando me depositó en el suelo, ya estábamos dentro de la casa. La mirada de Logan se tornó de nuevo dura. Pero había algo más... casi imperceptible, pero estaba allí. Preocupación.

—¿Lo ve? Es una inconsciente, Mia. Podrían haberla matado, ¿en qué estaba pensando?

—No lo sé —murmuré, y de repente sentí unas ganas tremendas de echarme a llorar.

Las contuve como pude. No quería llorar delante de él.

—¿Sigue en pie lo del puesto de guardaespaldas? —me preguntó para mi sorpresa.

—Por Dios, sí.

Solo una idiota le diría que no.

—Con una condición —me advirtió con voz dura—. De ahora en adelante, mando yo.

No pude contestarle, porque de repente la casa se llenó de gritos. Mamá corrió hacia mí y se tropezó cuatro veces antes de alcanzarme. La siguieron Matt y Harley, que gritaban aterrorizados mi nombre.

—¡Cariño! ¿Qué ha pasado? ¡Escuchamos disparos! ¿Estás bien? —preguntó de manera atropellada.

—Sí —respondí, todavía aturdida—. No lo estaría de no ser por Logan. Le debo la vida.

Logan Prexton ni siquiera se inmutó. Seguro que no era la primera vez

que salvaba la vida de alguien. Pero debajo de su cuerpo, mientras las balas nos habían rozado, sentí una emoción desconocida y profunda. Lo achaqué al agradecimiento, porque en aquel momento lo único que deseaba era abrazarlo y darle mil veces las gracias. Pero no lo hice. Ya tendría tiempo para ello, porque fue mi madre quien se lanzó a sus brazos.

17. Mia

Logan Prexton no era un hombre muy sociable. Puso cara de circunstancias cuando mi madre le besuqueó el rostro. No le gustaba ser el centro de atención y creo que estaba deseando escapar de allí. También recibió halagos de Matt y Harley, que lo elogiaron por su actitud. Normal, porque ni siquiera lo había dudado. Me había cubierto con su propio cuerpo y luego se había puesto a disparar. Había sido como en las películas de acción, y yo todavía estaba... sobrecogida.

Aproveché el momento para escaquearme hacia mi habitación. Me temblaba hasta el alma y seguía estando pálida. No era la primera vez que atentaban con mi vida, pero nunca habían llegado tan lejos. Allí, en Luisiana. A las puertas de mi casa. Normalmente se trataban de grupos de guerrilla locales que me amedrentaban en los lugares a los que viajaba con la fundación. Pero aquello...

Un rabo lleno de greñas asomó por debajo de la cama. Levanté las sábanas y encontré a Rusty, que temblaba tanto como yo. El tiroteo debía de haberlo asustado.

—Eh... la que has liado —fui a acariciarlo, pero él se apartó aterrorizado—. No voy a hacerte daño, te lo prometo.

Con bastante desconfianza, Rusty se fue acercando a mí. Le pasé la mano por el lomo áspero y concluí que el pobre animal necesitaba un baño. Bajo toda aquella capa de suciedad, no era tan distinto al resto de personas que conocía. Al final, todos necesitábamos que nos cuidaran en algún momento de nuestra vida.

Tracé un camino de trozos de bacon desde la cama hasta el baño. Rusty los fue devorando hasta que se encontró con la bañera y se detuvo con brusquedad. Cerré la puerta para que no pudiera escapar y él me miró

apenado.

—Tranquilo, no pasa nada —volví a acariciarlo, y él se encogió por el contacto. Me costaría lograr que no me tuviera miedo, pero estaba dispuesta a ganarme su confianza. Y con un poco de suerte, incluso la de mi guardaespaldas. Sí, me los ganaría a los dos—. Es solo agua, ¿lo ves?

Metí la mano dentro de la bañera y luego toqué a Rusty. El perro gimió y a mí se me partió el alma. Había visto con mis propios ojos la crueldad humana. Mi trabajo en la ONG me obligaba a presenciar tragedias, injusticias y verdaderas barbaridades. Pero nunca me acostumbraba. Quizá era mejor así, porque si dejaba de afectarme significaría que me parecía a quienes habían maltratado a Rusty.

—Voy a meterte en la bañera —le dije, cogiéndolo en brazos. El perro comenzó a chillar y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Movié las patas como si eso pudiera defenderlo del agua—. Está a una temperatura muy agradable, ¿lo ves?

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. No sé por qué lloraba. Por los disparos, por haber puesto en peligro a mi familia, por el miedo que había pasado, por John... pero no pude parar. Hasta que Rusty me dio un lametazo y se acercó a mí. Le sonreí agradecida y comencé a lavarlo. Se portó genial, y para mí fue como una especie de terapia. Cuando terminé, lo envolví en una toalla y cogí la maquinilla que le había robado a Matt. A mi hermano le daría un infarto.

Cuando la maquinilla comenzó a emitir su característico ruido, Rusty se tiró al suelo y comenzó a aullar.

—No hace nada, te lo prometo —le dije con voz suave.

Y ahí comenzó mi verdadera pelea para librarlo de las greñas.

Hacía una noche estupenda y Rusty dormía plácidamente debajo de la

mesa. Al final no me había costado convencer a Matt para que lo dejase quedarse. Creo que lo del tiroteo había influido bastante, porque todos se empeñaban en mimarme. No lo soportaba.

Quería marcharme de allí. Matt se había mostrado tajante y yo me había enfadado.

—Matt, me han disparado a las puertas de casa. Es peligroso que me quede aquí —intenté hacerlo entrar en razón.

Él no dio su brazo a torcer. Harley lo apoyaba, como siempre. Eran una piña.

—Es más peligroso que te instales en otro sitio. La casa es segura. Si no hubieras salido sin protección, nada de esto habría pasado. Y ahora sabemos que contamos con el mejor guardaespaldas —insistió mi hermano.

—Joder... no me hagas esto. ¡Piensa en los niños! ¿Y si los estamos poniendo en peligro? —me temí, dejando que mi culpabilidad hablara por mí.

—No juegues esa baza —me advirtió Harley, con el rostro tenso—. El Señor Prexton ha aumentado la seguridad. Ahora tenemos más guardias, hay varios coches rodeando la casa. Cielo, no hagas eso. Somos una familia, nos apoyamos en todo.

—No hay más que hablar —determinó mi hermano, pasándole un brazo a su mujer por encima de los hombros—. Ha sido un día duro para todos. Principalmente para ti, así que deja de atormentarte.

Suspiré. Sabía que no tenía nada que hacer contra aquellos dos. Y mi madre había montado en cólera ante la idea de que me fuera de casa.

—Y tienes a ese chucho —añadió Matt.

—Se llama Rusty —lo corregí.

—Sí, menudo nombre.

—Lo han elegido tus hijos.

Había tenido que pelear duro con ellos para darle un nombre decente. Susan quería llamarlo *Príncipe Harry*, mientras que Jack se decantaba por *Aliento apestoso*. Rusty había sido la mejor opción.

—Por eso digo. Tienen ocho años y demasiada imaginación —Matt me guiñó un ojo—. Puede que él consiga que te quedes cuando se solucione todo. Buenas noches, peque.

Eso era ser demasiado iluso, pero no tuve fuerzas para negárselo. Cuando intenté darle de comer a Rusty, él se apartó de mí y se acostó en un rincón.

—¿En serio? Solo son salchichas. No hay intenciones ocultas aquí, colega.

Rusty me miró de reojo. Aún no me había perdonado lo del baño, y mucho menos lo de la maquinilla. Pero había merecido la pena. Había recuperado el color original de su pelaje, de un marrón chocolate. Y ahora tenía buen aspecto, sin aquellas rastas enredadas y pegajosas.

—Con lo guapo que te he dejado —insistí, enseñándole la comida—. Vamos, ven aquí.

El perro no se movió del sitio. Resoplé.

—¡Vamos, ven aquí! —aplaudí para llamar su atención.

Rusty se metió debajo de la mesa y comenzó a temblar. Me pasé las manos por el pelo. No estaba siendo un buen día.

—Ay, lo siento... —me mordí el labio—. Rusty, yo nunca te haría daño. Confía en mí, por favor.

—La clave está en tener paciencia —dijo la voz de Logan a mi espalda—. No confiará en ti de un día para otro. Parece que lo ha pasado bastante mal.

Me volví hacia él. No lo había oído llegar. ¿Cómo podía ser tan silencioso? Con aquel tamaño, lo normal es que fuera más ruidoso. En el

porche, la luz de la luna le perfilaba las facciones. Tenía la nariz un poco torcida, puede que otra herida de guerra. Le asomaban las primeras arrugas alrededor de los ojos. ¿Qué edad tendría? Treinta y muchos, o puede que ya hubiese cumplido los cuarenta. Y aquellos ojos... casi me perdí en ellos. En el gris azulado y frío desprovisto de emoción.

Logan me tendió una mano. Al principio no supe lo que quería, hasta que reparé en la bolsa de salchichas. Se las di y nuestras manos se rozaron sin querer. Mis manos estaban heladas, pero las suyas eran cálidas. Y enormes, como todo en él.

Logan se acercó a Rusty y este le enseñó los dientes. Normal, ¿no era consciente de su aspecto? Medía casi dos metros y su expresión feroz asustaba a cualquiera. Pero entonces, sucedió algo que me sorprendió bastante. Logan cogió varios trozos de salchicha y los colocó delante de Rusty, que los devoró al instante. Luego, dejó un puñado en la palma de su mano y la extendió delante de Rusty. Eso no iba a funcionar. El perro no comería de su mano, estaba convencida. Le tenía pánico.

Pero Logan no se dio por vencido. Se quedó allí, en cuclillas y con la mano extendida. Hasta que Rusty se acercó a él y comenzó a olisquearlo tímidamente. Primero miró a Logan, que no se inmutó. Y luego, como si estuviera pensando si podía fiarse de él, agarró un trozo de salchicha y se lo llevó a una esquina. En cuanto lo devoró volvió a por más, solo que esa vez los comió directamente de la mano de Logan. Y cuando terminó, le lamió la palma de la mano. Lo miré alucinada. Logan levantó la otra mano para acariciarlo, y Rusty apenas se inmutó. Entonces, me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara.

—Vamos, acarícialo —me instó.

Extendí el brazo con timidez, pues no quería que el perro se asustase.

—Tienes que hacerlo con firmeza. Si siente que tienes miedo, desconfiara de ti.

Logan agarró mi muñeca y la llevó hasta el perro. Su contacto me quemó la piel, pero me centré en lo importante. Sonreí maravillada cuando Rusty no se apartó.

—Se te dan bien los animales. ¿Tienes perro?

Tuve que decir algo malo, porque la mirada de él se endureció.

—Se me olvidaba que no te gusta hablar de tu vida privada —musité—. No pasa nada.

—Tenía. Murió hace un par de años —me contó.

—Vaya, lo siento mucho.

—Es ley de vida —le restó importancia, a pesar de que esa vez no fue capaz de enmascarar sus sentimientos—. Lo importante es que uno los trate bien durante el tiempo que vivan. Ahora Rusty tiene suerte de contar contigo.

—¿Tú crees? Soy complicada —le recordé con una media sonrisa.

Estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo. Vaya, qué decepción. Me juré a mí misma que conseguiría que Logan Prexton me sonriera.

—Complicada o no, Rusty ya ha decidido que eres su dueña —miró al cielo y se puso de pie—. Hace una noche estupenda.

—Sí, pronto llegará el invierno. ¿Le gusta el frío? —le pregunté, por decir algo.

También me puse de pie. A su lado, era como una pulga. Como David contra Goliat.

—Me gusta el sol. Pero también sé apreciar el fuego de una chimenea cuando nieva.

Lo sabía. Tenía pinta de ser de esos ermitaños que vivían en una casa de madera y cortaban leña con el torso desnudo. Imaginé lo calentita que se estaría acurrucada con él en la cama. Aparté aquel pensamiento de mi mente de un plumazo. Era totalmente inapropiado. Uf, que me salvara la vida me

había hecho mirarlo con otros ojos.

—¿Te has podido escapar de mi madre? —bromeé.

—Eh... sí. Es una señora muy amable —respondió de manera educada.

Por su tono de voz, noté que las muestras de afecto lo molestaban.

—No se lo tengas en cuenta. Has salvado a su hija, y ahora averiguará cuál es tu plato favorito y tu número de pie. Incluso puede que te teja una bufanda, ella es así —lo asusté.

Logan me miró de reojo, como tratando de discernir si le estaba hablando en serio. Me hizo bastante gracia que alguien tan intimidante tuviera miedo de una mujer como mi madre.

—¿Me está tomando el pelo?

—Las mujeres complicadas somos así. Nunca se sabe cuando hablamos en serio.

Volvió a lanzarme una mirada de soslayo. Y yo nunca sabría lo que se le pasaba por la cabeza...

Parecía un militar. Pecho hacia afuera, brazos por detrás de la espalda, gesto taciturno pero siempre alerta.

—Gracias por salvarme la vida, Señor Prexton —dije, y me puse delante de él para mirarlo a los ojos—. Y por aceptar de nuevo el empleo. No tuve ocasión de decírselo antes.

—Es mi trabajo —le restó importancia.

—No lo era en ese momento, pero usted no lo dudó. Ojalá pudiera decir algo que estuviera a la altura.

—Eso no es necesario —me habló con suavidad, como si quisiera tranquilizarme—. No quiero que piense que está en deuda conmigo, ¿entendido?

Asentí confundida. No era la clase de hombre que disfrutaba poniéndose

medallas. Cuando me dirigí hacia la puerta, Rusty siguió mis pasos. Lo miré emocionada. Al menos, ya me había ganado a uno de los dos.

—Aunque yo no le resulte del todo simpática, estoy convencida de que conseguiremos llevarnos bien. Sí, tengo un presentimiento.

—¿Significa eso que va a portarse bien?

Algo parecido a una sonrisa se formó en sus labios. Guau, era increíblemente atractivo cuando sonreía. Incluso con una media sonrisa. Imaginé que sería la clase de hombre que ganaba muchísimo cuando sonreía de verdad.

—Me alegra que seas mi guardaespaldas —le dije, antes de meterme dentro de la casa.

Sostenía la pistola con manos trémulas. Lo había visto todo con mis propios ojos. A John, amenazando a Matt y Haley. Había escuchado retales de la conversación, pero lo suficiente para hacerme a la idea de que mi hermano era un asesino. Había matado a alguien de su fraternidad.

Dios Santo... habría matado a Matt y Harley si yo no se lo hubiera impedido. Ahora Matt se desangraba en el suelo y Harley estaba inconsciente. No conocía a ese John. El que en un arrebato de celos y pánico había intentado acabar con la vida de su propio hermano y la mujer a la que amaba.

—Voy a ir a la cárcel —se temió, tan asustado que se arrastró hacia mí y hundió la cabeza en mis pies.

No pude soportarlo más. Arrojé la pistola lejos de nosotros y me agaché para consolarlo. Pobre John, ¿en qué se había convertido? Sí, iría a la cárcel. De nada le había servido intentar callar a Matt y Harley. La verdad se descubriría.

—Ssshhhh... todo irá bien —le mentí.

John se sorbió las lágrimas. A lo lejos, se escuchó el eco de las sirenas. Tiritó de pánico y se aferró a mí, como si yo pudiera protegerlo de todo lo que estaba a punto de suceder. Lo abracé como si fuera un bebé, y John soltó un suspiro trémulo. A pesar de que yo apenas había cumplido los dieciocho y él ya era un hombre hecho y derecho.

—Diles que lo siento, por favor —me suplicó.

Asentí compungida, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas. John acababa de convertirse en una caricatura de sí mismo. En alguien pequeño y débil que se aferraba a su hermana pequeña. Y yo... no sabía lo que hacer. Quería unir las piezas de mi familia. Matt odiaba a mamá porque ella le había ocultado las cartas de Harley en un intento de proteger a sus dos hijos. Y ahora uno de mis hermanos era un asesino.

—Por favor, dime que nunca me abandonarás. Solo te tengo a ti.

Algo se apretó en mi pecho. Pues claro que no iba a abandonarlo. Era mi hermano, pese a las decisiones que había tomado. Lo quería, el amor no era un sentimiento que pudiera cambiar de un día para otro.

—No te abandonaré.

—¿Pase lo que pase? ¿Aunque descubras cosas horribles de mí? Por favor, ¡prométemelo! —insistió angustiado.

Tragué con dificultad. ¿Qué otra cosa podía descubrir? John era un criminal, no había nada peor que eso. Había estado a punto de matar a Matt y Harley, y todo por culpa de los celos.

—Te prometo que siempre estaré a tu lado, pase lo que pase —le respondí con firmeza.

John suspiró, aferró mi mano y una sonrisa casi perversa se plantó en su cara.

—Menos mal, porque no puedo seguir viviendo con este secreto.

Palidecí.

—¿Qué secreto?

Me abrazó con fuerza para que no me escapara y susurró algo a mi

oído. Unas palabras que cambiarían mi vida por completo. Y todo mi mundo se derrumbó.

Me levanté empapada en sudor. No era la primera vez que tenía esa pesadilla. Ojalá solo fuera eso; una pesadilla. Pero era real. Después de diez años, seguía siendo real. Dolorosamente real.

Me hice un ovillo en la cama, como si de esa forma pudiera protegerme de mis propios sentimientos. Pero sabía de sobra que nada me protegería de ellos, y mucho menos de John. Somos las decisiones que tomamos, y yo jamás cambiaría el pasado.

El día que acepté guardar ese secreto cambié mi vida para siempre. No importaba por qué lo había hecho. Me había convertido en alguien como John. Era su cómplice.

18. Sarah

—¿Tú que crees Marie?

La gata me miró desde el sofá. Se estaba acicalando sus patas delanteras, demasiado ocupada para prestarme atención.

—Vamos, no seas así. Es una historia preciosa, seguro que le gustará.

Sostenía en una mano *El amor en los tiempos del cólera*, y en la otra *Cumbres Borrascosas*. Si Fernando iba a iniciarse con la novela romántica, que menos que lo hiciera con un gran clásico.

—¡Oh, vamos, dame una señal! —le supliqué a la gata—. ¿Tengo que abrirte una lata de atún para que me ayudes?

Fue escuchar la palabra atún y giró la cabeza hacia *Cumbres borrascosas*.

—Si, Emily Brönte. Tienes razón, Marie. Esta le gustará.

Volvió a lamerse las patas y me ignoró. En cuanto metí el libro dentro del bolso, me embargó la incertidumbre. Seguro que mi jefe se tomaba aquello como una broma. Llevaba horas devanándome los sesos para encontrar un buen libro, pero para él no era más que un juego.

—Soy una tonta, ¿a qué sí?

Marie no me contestó. Tampoco hacía falta, porque sabía de sobra la respuesta. Fui hacia la cocina y le abrí una lata de atún. La gata saltó del sofá y se frotó con mis piernas antes de hincarle el diente. Al menos Marie era sincera. Me quería por pura conveniencia y no lo disimulaba. Eso podía aceptarlo.

Iba de camino al metro cuando a lo lejos divisé a James, el librero. Aligeré el paso porque no tenía ganas de seguirle el juego. Era un hombre agradable, educado y apuesto, pero mis sentimientos se empeñaban en ir por

otro camino. Como siempre.

—¡Sarah! —me llamó, y corrió hacia mí.

Le dediqué una sonrisa prudente.

—Hola, James. ¿Qué tal estas? Hoy llevo un poco de prisa.

Él siguió mis pasos. Al parecer, no pillaba las indirectas.

—No te preocupes, te acompaño hacia el metro. ¿Qué te ha parecido el libro que te recomendé?

Mis ojos se iluminaron sin que yo pudiera evitarlo.

—Una maravilla. Qué historia tan bonita. Esa autora hace magia con las palabras, ¿no crees?

—Sí, así es.

Llegamos hasta el tornio del metro y hurgué dentro de mi bolso para encontrar el dichoso ticket.

—Claro, te tienes que ir. Solo quería comentarte una cosa.

No me invites a café, por favor.

—James, tengo un poco de prisa...

—He conseguido reunir a un grupo de personas para iniciar un club de lectura. Será los sábados. Nos falta una persona para ser seis, ¿te apuntas?

—Pues... —dudé. Me gustaban los libros, pero no era muy dada a la confraternización social. Lo que venía siendo ser un bicho raro. Aunque desde que me había mudado a Luisiana no me vendría mal hacer nuevos amigos, porque mi vida se limitaba al trabajo y alimentar a mi gata. Sí, un poco triste. Los sueños húmedos con mi jefe no contaban—. Vale, ¿por qué no?

Él ensanchó una sonrisa.

—El sábado a las doce. Qué tengas un buen día, Sarah.

Me despedí de James antes de cruzar el torno. Quizá, entre libros y personas, lograra olvidar a mi jefe. No era sano lo que me hacía sentir. El amor es precioso, sí. Pero es una mierda cuando no es correspondido. Ni siquiera Norah Roberts habría podido escribir un libro con final feliz para mí. Lo mío era un caso perdido.

Aquella mañana llegué antes que mi jefe, así que encendí los ordenadores y me puse a trabajar. Le dejé las notas más importantes organizadas sobre el escritorio, los periódicos del día, café recién hecho y una selección de corbatas que le había encargado para la reunión social a la que asistiría aquella noche. Saqué el traje de su envoltorio de plástico y comprobé que estaba impecable antes de volver a meterlo dentro y guardarlo en el armario del cuarto de baño.

Luego me peleé con algunos clientes porque todos querían que el Señor Sandoval los recibiera esa semana. Hice una selección de los casos más urgentes, es decir, los de quienes tenían la cartera más grande. Luego compré por internet el regalo de cumpleaños de Jessica, una gargantilla de oro blanco con la que deseé que se estrangulara. Lo sé, no tengo remedio. Y me dio tiempo a hacer la reserva en un restaurante carísimo en el que Fernando iría a almorzar con un cliente potencial. Tuve que pelotear bastante al maitre para que me consiguiera una mesa, pues era la clase de restaurante en el que había que reservar con meses de antelación. Por suerte, llevaba haciendo ese trabajo el tiempo suficiente como para saber lo que tenía que decir para que me abrieran las puertas de todos los sitios.

¡Ser secretaria no estaba pagado!

Lo oí llegar antes de que abriera la puerta de su despacho. No sé si era su perfume, pero tenía una especie de superpoder que gritaba “¡Fernando!” si se encontraba a menos de diez metros. Spiderman lanzaba telas de araña y yo olía el perfume de mi jefe en un radio de diez kilómetros. Me lo tenía que

hacer mirar, por cierto. Evidentemente sufría algún tipo de trastorno mental. Se demoró bastante en llamar a mi puerta, supongo que porque estaba comprobando que todo estaba en orden.

—Buenos días, Sarah.

—Buenos días, Señor Sandoval.

Puso los ojos en blanco.

—Te juro que te pondré una mordaza si vuelves a llamarme así.

Me dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras. Argh, qué sexy era el condenado. Puede que fuese lo bien que le quedaba el traje, o esa sonrisa de canalla que debía de funcionarle con todas. De cualquier forma, era el hombre más atractivo que había conocido en toda mi vida.

—Prefiero llamarlo Fernando, señor.

—Muy bien, excepto por lo de señor —me guiñó un ojo—. Luego me tienes que ayudar a elegir una corbata. ¿Sabías que hay más de veinte tonos de azul? Y yo solo sé distinguir entre azul marino y turquesa. Jessica quiere que mi corbata sea azul cerúleo para que vaya a juego con su vestido. Cuando se pone en plan tiquismiquis, es como si me hablara en chino. ¿Qué color es ese?

Me eché a reír mientras lo escuchaba quejarse.

—Azul celestial.

—Si tú lo dices... —de repente puso cara de espanto—. Mierda, acabo de acordarme de que mañana es el cumpleaños de Jessica.

—Ya he encargado su regalo. Llegará hoy por mensajería urgente.

Suspiró aliviado.

—Dios existe y te convirtió en mi ángel de la guardia —se quitó la americana y la arrojó sobre la silla de mi escritorio—. Sé que no tengo derecho a quejarme, porque vosotras ya sufrís bastante con los tacones. Pero

joder, hace demasiado calor para llevar chaqueta. ¿Has conseguido mesa en ese restaurante? Por lo visto a mi nuevo cliente le encanta el punto que le dan a la carne. En fin, como si hacer una chuleta a la plancha tuviera mucho misterio...

—Tiene mesa a la una.

Me miró impresionado.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Has contratado a un sicario? Cuéntame tu secreto, pillina.

—El maitre es fans de los New Orleans Pelicans, y le he conseguido entradas para su próximo partido.

—¿Cómo te enteras de ese tipo de cosas? —puso las manos en alto y una sonrisa socarrona volvió a asomar a sus labios—. Mejor no me lo digas, a veces me das miedo.

Él sí que me daba miedo. Sabía ser encantador a propósito. Era un conquistador nato. La especie de hombre más peligrosa.

—Te dejo trabajar, Sarah —fue hacia la puerta con aire decidido—. No sé qué te has hecho hoy, pero estás muy guapa. ¿Nuevo peinado?

Me llevé las manos al pelo de manera inconsciente. Menudo adulator.

—Sabe que no me he hecho nada —musité, y centré la vista en la pantalla del ordenador.

Lo que yo dijese, un conquistador nato. Le encantaba coquetear hasta con el adefesio de su secretaria.

—¿Sarah? —me llamó desde su despacho.

Faltaba una hora para su reunión. Lo conocía lo suficiente para saber que ese tipo de eventos lo ponían nervioso. Intentaba enmascararlo con un buen humor exagerado, pero allí estaba: el miedo a no dar la talla. Tenía la

sensación de que Fernando siempre temía no encajar. Rodeado de todos esos ricos de cuna, supongo que creía que él tenía que demostrar que era tan bueno como ellos.

Me imaginé que quería que le hiciera el nudo de la corbata, como siempre. Cuando llegué hasta él, se había puesto el traje nuevo. Tenía cara de desesperación mientras ojeaba las corbatas.

—Azul cerúleo, azul celestial...

Cogí dos corbatas que casaban con el tono que le exigía la esnob de su mujer. Una de rayas y otra con un estampado de rombos.

—Cualquiera de estas dos —le dije.

Las miró alternativamente, sin saber cuál elegir.

—¿Cuál te gusta más? — buscó mi opinión.

—La de rayas.

—Pues será la de rayas. ¿Haces tú los honores? No sé qué me pasa hoy, pero soy torpe hasta para hacerle el nudo a una corbata.

Pasé mis manos alrededor de su cuello y traté de fijar la vista en el dichoso nudo. De vez en cuando, se me iban los ojos a su apetitosa boca. Fernando me miraba atentamente, lo que me ponía aún más nerviosa. Le rocé el pómulo sin querer y conseguí terminar el dichoso nudo antes de abalanzarme sobre él y pedirle que me hiciera suya. Lo dicho: patética. Pero en mayúsculas.

—¿Qué tal estoy?

Guapísimo.

—Le sienta bien el traje.

—Odio esas reuniones —masculló de mala gana.

—Lo sé, pero lo hará bien —le alisé una arruga imperceptible del traje —. Mi madre solía decir: *cuando estés nerviosa, coge todo ese miedo y*

mándalo a hacer puñetas. Eres tu peor enemiga, Sarah. No te lo pongas más difícil de lo que harán los demás.

Me miró con interés, como si acabara de contarle algo extremadamente importante.

—¿Y te funcionaba?

—No, porque soy un desastre.

Él soltó una carcajada, y a mí se me encendieron las mejillas. Era tan blanca que seguro que él se daba cuenta de lo colorada que me ponía. Pero si lo hizo, no lo mencionó.

—No eres un desastre, querida Sarah. Eres eficiente, práctica y siempre tienes una solución para todo —tomó mi mano, que seguía sobre su hombro. La llevó a su boca e hizo algo que me dejó sin palabras. Me besó la mano. Mis nudillos. Me besó mientras me miraba a los ojos—. No sé qué haría sin ti.

—Contratar a otra persona —musité con voz débil.

Él sacudió la cabeza, como si eso no entrara en sus planes. Ni por asomo. Seguía cogiendo mi mano y acarició el dorso con su pulgar. Aquella caricia despegó mis pies del suelo.

—Sé que no te lo he dicho nunca, pero debo darte las gracias. Ni siquiera lo dudaste cuando te pedí que siguieras trabajando para mí. Eres imprescindible para mí, lo digo en serio. La mejor secretaria con la que uno podría soñar.

Me desinflé como un globo, y él soltó mi mano. Oh, por supuesto. ¿En qué estaba pensando? No te hagas ilusiones, pedazo de estúpida. Él me halagaba porque le resultaba útil. Y punto. ¿Quién le conseguiría mesa para el condenado restaurante, o le compraría el regalo a su preciosa prometida porque a él se le había olvidado? ¡Yo, su secretaria!

Intenté sonreír.

—¿He dicho algo malo? Hoy no doy pie con bola, no sé qué me pasa.

—No. Yo... me gusta oír que está satisfecho con mi trabajo.

Fui hacia mi despacho y recogí el libro, pues sabía de sobra que se marcharía sin él si no se lo recordaba. En cuanto volví a poner un pie allí, me arrepentí de inmediato. ¿Qué estaba haciendo? Seguro que él lo había dicho en broma. Estaba a punto de esconderlo cuando él lo miró con curiosidad.

—¿Y eso? —hizo un gesto hacia el libro que trataba de esconder.

Todos a la vez: ¡Toooooontaaaaa!

—Me pidió que le recomendara un libro.

Fernando entrecerró los ojos y se quedó pensativo. Lo sabía, ni siquiera se acordaba. Me sentí tan decepcionada que quise estar en cualquier otra parte. Estaba deseando llegar a casa e inflarme a helado de chocolate. Dios santo, qué vida tan triste.

—Ah, el libro que te pedí. Sí, gracias —dijo, con el mismo entusiasmo que un zapato.

—No hace falta que lo lea si no...

Me lo arrebató antes de que pudiera terminar la frase. Leyó el título y frunció el ceño.

—¿Qué te apuestas a que no me gusta?

Me apuesto lo que sea a que no se lo va a leer. Pero eso, obviamente, no se lo dije.

—Pues... ya lo pensaré. Qué tenga usted un buen día, Señor...
Fernando.

Fernando se dirigió a la puerta con el libro en la mano.

—Sarah, me lo voy a leer. ¿Qué te crees? Tengo palabra. Los abogados no somos tan malos como nos pintan —dijo, como si pudiera leerme la mente.

Me lanzó otra de sus sonrisas arrebatadoras antes de marcharse. No era malo, era mucho peor.

19. Logan

La vida está llena de misterios. ¿Cómo se creó la tierra? ¿De dónde venimos los humanos? ¿Qué hay después de la muerte? ¿Por qué cojones había aceptado otra vez el empleo?

Era de los que cuando tomaban una decisión, nada lo hacía cambiar de parecer. Había decidido dejar de trabajar para Mia Parker. Tenía hecha la maleta, e incluso ya había ojeado algunos encargos. Entonces, ¿qué me había hecho cambiar de opinión?

No tenía ni idea, pero me lancé a por ella en cuanto vi que su vida corría peligro. Ni siquiera me lo había pensado, y ya no estaba hecho ningún chaval. Los años me pesaban como a cualquiera, y por culpa de la señorita Parker me dolía la espalda. Casi tuve ganas de echarme a reír. Lo que me faltaba, que me diera el lumbago.

Estaba hecho un puto lío. No soportaba a las de su condición, y sin embargo, me había quedado por ella. Sí, tenía que reconocerlo. Ser consciente de que su vida corría peligro había sacado a relucir mi lado más protector. Vaya... vaya... ¿qué me importaba a mí aquella chiquilla?

No lo sé. Me decía a mí mismo que era como todas las demás. Con una personalidad más pulida que no tardaría en mostrar su verdadera cara. Pero luego me sorprendía mostrando su lado más humano. Preocupándose por un chucho, preguntándome si me encontraba bien. E incluso se había disculpado, aunque eso implicara rebajarse.

¿Y por qué se empeñaba en que nos llevásemos bien? Era testaruda, eso tenía que admitirlo. Como si se hubiera prometido que nos convertiríamos en amigos. *Eso no va a pasar.* El trabajo es trabajo, y yo siempre marcaba los límites. Pero luego me sorprendía a mí mismo hablando de Max, el pastor alemán de April. Joder, se me estaba yendo la cabeza. ¿Demencia senil a los

cuarenta? Lo que me faltaba.

Me estoy haciendo mayor.

Mia Parker sí que era como las demás. Como todas las niñas ricas. Se esforzaba en ser encantadora, pero a mí no me engañaba. Fingía preocuparse por los demás y me trataba con una falsa camaradería, como si fuéramos dos iguales. Todo fachada. Segurísimo.

Me alegra que seas mi guardaespaldas.

Pues claro que se alegraba, ¡le había salvado la vida! Quizá se mostraba tan amable por esa razón. Ya había pasado antes por eso. Gente que me besaba el culo porque les había salvado la vida. Pero... no observaba ese patético agradecimiento en Mia, sino algo más bien sincero. Con sus enormes ojos oscuros mirándome a la cara mientras su voz ronca se deshacía como el caramelo.

Necesitaba echar un polvo. Y cuanto antes mejor.

Entonces la vi aparecer en la escalera, agarrada a la barandilla como una puta diosa. El vestido de cóctel se ceñía a un cuerpo lleno de curvas. Llevaba el pelo en un sencillo recogido, los ojos rasgados pintados con rímel y la boca de un rojo ardiente. No necesitaba más para ser el sueño erótico de cualquier hombre. Se me escapó el aire por la boca.

—Bueno, ¿qué tal estoy? —preguntó con timidez—. Hacía mucho tiempo que no me ponía un vestido.

—No soy estilista —gruñí, de repente malhumor.

Menudo animal. A ella se le cambió la expresión. Quise decir algo para arreglarlo, pero las palabras no brotaron de mi boca.

—Claro, tienes razón —apretó los labios. Estaba disgustada. Y todo gracias a mí. Me merecía una medalla por arruinar la autoestima de una mujer preciosa. Menudo becerro—. Ahora vuelvo. Voy a pedirle opinión a mi madre. Pero como es mi madre, seguro que me dirá que estoy estupenda.

Le miré el culo cuando se dio la vuelta. ¿Qué pensaría de mí si le decía la verdad? Mucho mejor así, repuse para mis adentros. No quería asustarla. Y tampoco necesitaba mis halagos baratos. En cuanto pusiera un pie en esa fiesta, la mayoría de los hombres se lanzarían a por ella como buitres.

20. Fernando

Me dejé caer en el asiento del conductor. Vamos, podía hacerlo. No era la primera vez que asistía a una de esas reuniones sociales. ¿Por qué me preocupa tanto esa noche? Era como todas las demás, me dije. Gente esnob y elitista hablando de golf y cirugía estética. Jessica, tratando de llamar la atención a toda costa mientras me llevaba del brazo como si fuera su puto trofeo. Y yo, camelándome a los asistentes sobre lo bien que se me daba invertir en bolsa, o dándoles algún consejo legal porque su futura exesposa pretendía arruinarlos. Y entre toda esa hipocresía y sonrisas llenas de bótox, cabía la posibilidad de que me reencontrara con alguien.

Mia. ¿Y si iba a la fiesta?

Puede que asistiera. Al fin y al cabo, era el evento anual que organizaba la compañía de su hermano. Y Mia Parker era todo un reclamo. Activista, preciosa y joven, ¿quién no se querría hacer una foto con ella? Ahora que había recibido amenazas, su popularidad estaba por las nubes. Era la mezcla perfecta de chica rica pero humilde. Guapa pero natural. Altiva pero cercana. La prensa se la rifaba y los niños pijos estaban deseando cazar a la niña mimada del apellido Parker.

Pero yo la conocía mejor que nadie. Conocí a la que fue antes. La joven impetuosa y arrogante que era el centro de atención. La que salía con el quarterback del instituto, era la jefa de las animadoras y coqueteaba con su jardinero. Un cliché entre chica rica, chico pobre. Aunque nos habíamos enamorado, y yo todavía seguía preguntándome por qué se había roto. Por

qué Mia se había largado sin darme una explicación. Podría haberme acompañado a Yale, y ahora estaríamos prometidos. Sin embargo, ella decidió apartarme de su lado y cambiar su vida de manera radical.

Jamás la perdonaría. Sí, aún le guardaba rencor. ¿Y qué?

Ella entraba en mis planes. Quería convertirme en un hombre importante para estar a su altura. Y ahora que lo había conseguido, Mia se empeñaba en hacerse la heroína de los pobres. La Robin Hood moderna.

Ya no sentía nada por ella, excepto un profundo despecho. Si iba a la fiesta, me vería con sus propios ojos y se daría cuenta de lo que se había perdido. Ya le había dicho que no a muchas como ella. Lo cierto es que me había puesto las botas con el sexo contrario hasta dar con la candidata adecuada. Pero Jessica era perfecta para mí. Los dos lo sabíamos.

Arranqué el coche y me di cuenta de que llevaba encima el libro que me había prestado Sarah. Lo arrojé de mala manera al asiento de al lado. Se me había olvidado por completo. Por Dios, ¿qué le pasaba a Sarah? Ni siquiera lo había dicho en serio. ¿Acaso se lo tomaba todo al pie de la letra? Por lo visto sí, así que tendría que andarme con pies de plomo con ella.

Sarah era demasiado impresionable. Rebosaba ingenuidad. Yo no quería jugar con sus sentimientos, pero lo de coquetear lo llevaba en la sangre. Vale, puede que a veces se me fuera de las manos. ¡Mea culpa!

Estaba acostumbrado a flirtear con la mayoría de las mujeres que conocía, pero con ella me pasaba algo muy curioso. Notaba el rubor de sus mejillas y eso me ponía bastante. Sarah era adorable. Y para ser sincero, no sé qué haría sin ella. La necesitaba en mi vida. No tenía que pedirle nada porque ella siempre se anticipaba a todo. Como había sucedido con el regalo de Jessica, mi querida secretaria me facilitaba la vida. Y si para tenerla contenta debía agasajarla de vez en cuando, pues...

No me leería el libro, eso ni de coña. Quizá buscara algún resumen por internet para que ella se sintiera especial. Se me daba bien agasajar a las

personas. Pero tenía claro que jamás cruzaría la línea con Sarah. Lo último que necesitaba era que mi encantadora secretaria se enamorara de mí. Sabía lidiar con las mujeres, pero lo de tener a Jessica cabreada era subir a otro nivel. Mi queridísima prometida se las gastaba cuando olfateaba el peligro.

Y hablando de la reina de Roma...

Aparqué delante de nuestra casa. Ella salió por la puerta principal enfundada en un ostentoso vestido rojo. Llevaba tantas joyas encima que alguien podría haber pensado que había robado una joyería.

—Llegas cinco minutos tarde —me recriminó.

Se sentó en el asiento de al lado y se apartó uno de los rizos pelirrojos de la cara. Entonces, levantó el trasero y cogió el libro. Frunció el ceño y una mueca burlona asomó a sus labios.

—Uy, ¿qué es esto? Cumbres borrascosas. Cielo, ¿sabes que esto es un tostón?

—No. ¿Te lo has leído?

—¿Yo? —preguntó, como si estuviera loco—. Ni de coña.

Tiró el libro a los asientos traseros. Casi estuve tentado de decirle que lo tratara bien, pues era de Sarah. Logré contenerme porque no tenía ganas de darle explicaciones. Podía llegar a ser muy incisiva.

—Me lo imaginaba. Entonces, ¿por qué lo criticas?

Jessica resopló.

—Esto es como cuando Roxane lleva unos Louboutin y finge que los está estrenando, aunque yo sé de sobra que son de la temporada pasada. Solo me hace falta echarle un vistazo para saber que es una antigualla, como los zapatos de Roxane. Ese libro huele a ancianidad desde lejos.

Mi prometida, futura psicóloga.

—Tú lees Vogue y yo no me meto contigo —la acusé, y de repente sentí

la necesidad de defender a Sarah.

—Es una biblia femenina. Ofrece consejos más útiles que esa tal Emily Brönte, eso seguro. ¿Qué te puede enseñar alguien que lleva muerto un montón de años?

—¿Y mi padre? —pregunté, al caer en la cuenta de que no nos acompañaba.

—No ha querido venir. Ya sabes lo mucho que detesta este tipo de reuniones.

La observé atentamente por si me estaba engañando. Sabía de sobra que a Jessica no le hacía ni pizca de gracia que mi padre viviera con nosotros. Pero no iba a abandonar al hombre que me había criado solo. Se lo debía todo a él.

Aunque ella tenía razón: mi padre detestaba ese mundo de lujos y apariencias. No podía obligarlo a asistir a la fiesta.

—¿Seguro que has hecho todo lo posible para convencerlo? —insistí, antes de arrancar el coche.

—Cielo... sabes de sobra que tu padre es muy testarudo. Anda, vámonos ya. No quiero llegar tarde.

—Vamos con tiempo de sobra.

Jessica alargó el brazo y comenzó a acariciarme por encima de la bragueta.

—Quizá nos dé tiempo a hacer una paradita por el camino...

Se me puso dura. Al menos, en el sexo siempre congeniábamos.

—Jess...

Y de nuevo, tuve que sacrificarme por la causa. Si Jessica quería hacerlo dentro del coche, ¿quién era yo para negarme a sus deseos?

21. Mia

Necesitaba la opinión de alguien con más tacto que el Señor Cascarrabias. Mi guardaespaldas tenía la misma delicadeza que un cactus. Pero la culpa era mía. ¿Para qué le preguntaba? Supongo que llevaba tanto tiempo sin ponerme uno de esos vestidos que necesitaba la aprobación de cualquiera, incluso de alguien tan frío como Logan.

No le gusto ni un poquito. La revelación me hizo más gracia que otra cosa. Ni siquiera con un Alexander McQueen de dos mil quinientos dólares. Y qué más daba. Yo tampoco me sentía cómoda embutida en aquel vestido verde musgo lleno de pedrería. El generoso escote me resultaba vulgar y el precio del vestido un disparate. ¿Cuántos niños desnutridos podrían comer con lo que costaba el puñetero vestido? Por no hablar de la maldita fiesta a la que asistía por contentar a Matt. Pero todo sea dicho, teniendo en cuenta que la empresa familiar financiaba el trabajo de la fundación, sabía que me tenía que dejar ver de vez en cuando.

—¡Estás preciosa! —chilló emocionada mi madre, en cuanto puse un pie en su habitación—. Mi niña, pero si pareces una princesa.

—Ya no tengo cinco años, mamá...

—Tu padre estaría de acuerdo.

Sentí una punzada en el pecho. Cuánto lo echaba de menos.

—Sigues llevando su colgante —contempló orgullosa la cadena de plata en forma de corazón que pendía de mi cuello. La única joya que siempre llevaba encima—. Él se sentiría orgulloso de ti. De todo lo que has conseguido y de lo mucho que te implicas en la fundación. Apenas contábamos con un par de centros, pero tú lo has convertido en un proyecto enorme con trascendencia internacional.

No, se equivocaba. Lo único que hacía era gastar el dinero que me daban

de la forma más productiva y equitativa. Yo simplemente era la cabeza visible, para qué engañarnos. Y mi padre... dudo que estuviera orgulloso de mí. Donde quiera que estuviera, seguro que me estaba juzgando.

—Bueno, tengo que irme. Gracias por elegirme el vestido, mamá.

—Te queda como un guante.

No era verdad. Se me pegaba al cuerpo como un alga y apenas podía respirar. Era súper incómodo. El maldito protocolo no te dejaba ir en vaqueros, pero ya me encargaría yo de cambiarlo el día que organizara una fiesta. Si es que organizaba una algún día...

Me tropecé con Harley cuando iba a bajar las escaleras. Ella me miró de arriba abajo con aprobación.

—Chica, ¡estás impresionante!

Ella estaba en pijama.

—Un momento, ¿tú no vas?

—¿Yo? Llevo diez años asistiendo a esas horribles fiestas. Voy a ver Frozen por enésima vez con mis hijos. No me podría imaginar un plan mejor.

Ni yo tampoco.

—¿Y por qué mi hermano me obliga a ir si tú no vas? ¡Es una injusticia!

—Porque yo soy su mujer, y hace mucho tiempo que él aprendió a no llevarme la contraria. Además, tú casi nunca vas a las fiestas y siempre te inventas una excusa —me acusó, y contra eso no tuve nada que objetar—. Pásatelo bien, luce ese pedazo de vestido y sonríe a todos los chicos guapos que se te acerquen.

Uf, menudo rollo. No tenía nada en común con todas esas personas. Hace diez años habría sido completamente distinto, pero ahora...

—¿Estará Alan? —me entusiasmé ante la idea de volver a ver a su hermano.

La de Harley y Alan era una larga historia. Ella se había hecho cargo de él cuando Alan tenía nueve años. Alan era... un pelín especial. Pero nos habíamos hecho grandes amigos a pesar de la distancia.

—A mi hermano las únicas fiestas que le gustan son las de la universidad —ironizó ella—. Ya sabes cómo es. La universidad y las mujeres lo tienen muy ocupado. Pero vendrá el próximo fin de semana. Está deseando verte.

—Ya sabes que lo adoro.

—Quién sí que va a ir a la fiesta es Fernando —lo dejó caer como si nada, pero me observó con atención para ver si se me cambiaba la expresión—. ¿Hace cuánto que no os veis?

—Diez años, ¿por? —intenté sonar neutral, pero mi voz adquirió un cariz defensivo.

—Así os ponéis al día. A veces, querida cuñada, hay que coger el pasado y sacudirlo con fuerza. Los recuerdos no se superan hasta que los miras a la cara y te reconcilas con ellos.

Antes de que pudiera responderle, ella bajó las escaleras y se fue directa al salón. Vale, no sé a cuenta de qué venía aquello. Cuando le daba la gana, Harley podía llegar a ser muy enigmática. ¿Y qué si Fernando iba a la fiesta? A mí me traía sin cuidado. Ya no teníamos nada en común. Diez años daban para mucho. Sobre todo, para olvidar a tu primer amor.

Matt me dio una palmadita en la mano cuando se abrió la puerta del coche.

—Lo vas a hacer muy bien.

Yo no las tenía todas conmigo. Vale, había nacido preparada para una vida como aquella. Y en realidad, las reuniones sociales me impresionaban muy poco. Pero... con todo lo que había pasado...

—¿No estarás preocupada por el discurso? —se temió—. Ya te he dicho que no hace falta que salgas al escenario. Solo con dejarte ver es suficiente.

—Voy a aprovechar la ocasión, ya que he venido. Si puedo remover la conciencia de un puñado de ricos con mis palabras... —y era verdad. La fiesta de la empresa era un acto repleto de prensa y personas de renombre. Sabía de sobra que quienes se animaban a colaborar con la fundación lo hacían para mejorar su imagen. Pero lo que contaba era el resultado, y no el porqué—. Venga, vamos. Somos los anfitriones, no podemos llegar tarde.

En cuanto salimos del coche, Matt me puso una mano en la espalda y me susurró al oído:

—Ten cuidado con el hijo de los Williams, me han llegado rumores de que está deseando conocerte. Si se comporta como un pelmazo, me lo dices —dijo, adoptando su tono más paternalista—. Y no te dejas impresionar por Scott Morris, es un cantamañanas. Mucha labia y poco más. No lo soporto.

Me aguanté la risa.

—Matt, sé cuidar de mí misma. En serio —lo tranquilicé—. Y no soy ninguna niña.

—Me da rabia que seas tan guapa. Ojalá fueses un esperpento, así no me tendría que preocupar por todos esos imbéciles.

—¡Oye! —le di un guantazo—. Creí que el ligón de la familia eras tú.

—Estoy felizmente casado, todos lo saben y ya no se me acerca nadie. Gracias a Dios. Pero tú... ¿por qué mamá te ha comprado ese vestido? —se quejó, y entendí a la perfección lo que trataba de decir.

—Porque está deseando que me eche novio. Por cierto, Harley dice que estoy impresionante. Deberías aprender de tu mujer.

—Harley no es tu hermano.

De nuevo, aquel instinto sobreprotector. En el fondo tenía razón, porque mi madre se había pasado tres pueblos con la elección del vestido. Era...

demasiado llamativo por decirlo suavemente.

—No me hagas caso, estás preciosa —me abrazó con fuerza y me besó en la frente—. Estarías impresionante aunque llevaras una bolsa de basura. Me alegro de tenerte en casa, pequeña.

Seguí sus pasos y no pude evitar sonreír. Quería a mi hermano con todo mi corazón. Él siempre intentaba protegerme, al igual que yo al resto de la familia. Pero...

Logan me sostuvo la puerta para que pasara. Observé indecisa el gran salón repleto de gente. Matt ya estaba charlando animadamente con un par de hombres.

—¿Se encuentra bien? —la voz de Logan me sacó de mi ensimismamiento.

—Necesito... tomar el aire antes de entrar. ¿Podemos esperar un segundo?

—Por supuesto.

Antes de retroceder, Logan murmuró algo por el pinganillo. Luego asintió y los dos nos dirigimos hacia el jardín trasero, donde solo había un grupo reducido de personas fumando.

—Tengo que dar un discurso —dije de repente.

Logan, que lo vigilaba todo a su alrededor con expresión seria, me miró un segundo antes de volver a concentrarse en su trabajo.

—No es que eso me preocupe, es solo que... —me retorcí las manos con inquietud. Ni siquiera sabía por qué le contaba aquello. Era obvio que a él solo le interesaba su trabajo, no mis problemas. Pero era la única persona que tenía a mano, y me negaba a preocupar más a Matt—. Bah, ni yo misma me entiendo.

—Su vestido es bonito.

Me lo quedé mirando bastante sorprendida. ¿A cuenta de qué venía aquello?

—Pues... gracias. Pero lo ha elegido mi madre.

—Lo lleva usted y le queda bastante bien.

Sonreí por aquella especie de cumplido. Creo que estaba intentado arreglar su comentario de antes. Tampoco hacía falta, sabía de sobra lo que opinaba de mí. No era necesario que me mintiera, pero no se lo dije.

—No se angustie, lo hará bien.

—¿Usted cree? —lo dudé—. Un centenar de personas esperando a que ponga un pie ahí dentro para incordiarme con sus preguntas. Fingiendo que se preocupan por mí, mientras yo tengo que fingir que agradezco sus palabras de aliento. Criticándome por la espalda mientras me lanzan sonrisas falsas... lo de siempre.

—Si es lo de siempre, ya debería estar acostumbrada.

La compasión no era el fuerte de Logan, pero agradecí su franqueza. A veces era necesario que alguien te pusiera los pies en la tierra.

—Sí, tiene razón.

—¿Qué es lo que le preocupa exactamente? ¿El discurso? ¿La gente? ¿El vestido?

Fernando.

—Da igual. Ya debería estar dentro —dije, y empecé a caminar—. Gracias por escucharme, Logan. No soy de las que andan quejándose todo el día. Se lo juro.

Me puso una mano en la espalda. Sus dedos me hicieron cosquillas en la piel desnuda, justo donde terminaba mi escote. Una corriente de electricidad me recorrió todo el cuerpo y me dejó bastante confundida. Con la otra mano, abrió la puerta y se puso a mi lado.

—Lo hará bien —dijo, antes de dedicarme una media sonrisa enigmática—. Y si alguien la molesta, solo tiene que pedirme que le parta las piernas. Quedaría entre nosotros.

Lo miré alucinada, hasta que comprendí que era una broma y me eché a reír. Así que tenía sentido del humor, menuda sorpresa. Al menos mi guardaespaldas había conseguido que entrara a la dichosa fiesta con una sonrisa.

Me enjuagué la voz antes de hablar. Todos los ojos estaban centrados en mí y los focos de las cámaras me iluminaban sobre el escenario. Apenas llevaba una hora en aquel lugar y ya comenzaba a agobiarme. Matt no se equivocaba. El hijo de los Williams era un auténtico pelmazo, y Scott Morris un embaucador de mucho cuidado. Por no hablar del primogénito de los Davis, que se había pegado a mí como una lapa. O de Serena Clark, la presidenta del club de campo, que se había empeñado en llevarme a un cóctel informal para que ofreciera una charla sobre mi labor en la fundación. *Estamos muy comprometidas con los problemas del tercer mundo y nos encantaría a organizar una subasta.* Dios, no soportaba a esa petarda. Ni la condescendencia con la que me hablaba, como si quisiera demostrarle a todo el mundo lo buena persona que era por subastar algunas antigüedades.

—Señoras y señores, me gustaría agradecer su presencia en nombre de la fundación que dirijo, y por supuesto, en representación de la empresa que mi padre fundó hace más de tres décadas, y que ahora dirige mi hermano de una manera impecable —silencio, apenas roto por el ruido de las cámaras y algunos cuchicheos a lo lejos. No lo había visto, menos mal. Tomé aliento y proseguí con mi estudiado discurso. Como siempre, haría mención de mi familia evitando el nombre de John—. Mi padre sabía que el esfuerzo, la constancia y el trabajo duro son las claves para desarrollar con éxito aquello que te propongas. Nunca imaginé que la labor que inicié hace diez años en la

fundación Parker me llevaría hasta los lugares más recónditos del mundo. Es allí, al mirar a los ojos a quienes no tienen nada, y sin embargo te lo dan todo, cuando te das cuenta de que el horror que aparece en la televisión no es nada comparado con la realidad que les ha tocado vivir. Sí, soy una privilegiada, lo reconozco. Mientras hay quienes luchan por sacar adelante a su familia, darle una oportunidad a sus hijos que ellos nunca tuvieron, o simplemente alimentar a sus bebés recién nacidos, yo jamás he tenido que preocuparme por semejantes cuestiones. Nací en una familia bien avenida que me brindó todas las oportunidades del mundo. Rodeada de amor, con unos padres que me querían y sin que jamás me faltara de nada. E incluso hubo un tiempo en el que mi mayor preocupación era vestir a la moda, estar bronceada o salir con el chico que me gustaba. Pero supongo que a eso lo llamamos adolescencia —. Hice una pausa. Risas. Todo iba bien—. Tengo suerte de ser mujer y haber nacido en un país que me permite ser quien quiero ser. Que no pone impedimentos a mis sueños, ni limitaciones a mi persona. Pero, desgraciadamente no todas las mujeres del mundo viven su vida con plena libertad. A día de hoy se siguen cometiendo abusos, verdaderas atrocidades que el resto del mundo ignora porque no son su problema. Matrimonios forzados, violaciones... ablación femenina. Piensen por un momento en cómo se sentirían si fueran esa mujer que no tiene posibilidad de elegir. En ese padre o esa madre que quiere lo mejor para su hija, a pesar de una sociedad y unas costumbres que la limitan como ser humano. Y ahora, por favor, piense en lo que usted puede hacer. Sí, soy Mia Parker y soy una privilegiada. Pero, si puedo darle voz a todas esas personas que son silenciadas, tal vez este discurso merezca la pena...

Y de repente lo vi. Entre el público, unos ojos oscuros captaron mi atención. Fernando me observaba acompañado por una atractiva mujer pelirroja. Se me secó la boca y me quedé sin palabras. Nos miramos. Pero él no me miraba como lo hacían los demás. Me miraba a los ojos y parecía furioso. El corazón me dio un vuelco y mi pulso se disparó. Se había

convertido en un hombre impresionante. Apenas reconocí al jardinero que vestía con ropa de deporte y que siempre tenía una sonrisa para mí. Estaba distinto, y sin embargo, sus ojos...

Aparté la mirada y me di cuenta de que todo el mundo me miraba con cara rara. Me había quedado callada de golpe. Logré reaccionar antes de que todos empezaran a murmurar.

—... Y la merecerá si he logrado remover su conciencia. Si se están preguntando qué pueden hacer, les diré que una pequeña acción puede cambiar muchas cosas. Y que la suma de pequeñas acciones es lo que mueve el mundo. Encontrarán un folleto informativo en los expositores que hay colocados por toda la sala. Muchísimas gracias por su atención.

Sonreí con educación cuando los aplausos inundaron la sala. A lo lejos, Matt me observaba orgulloso. Perdí la pista de Fernando, cosa que agradecí. Nuestras miradas se habían cruzado unos segundos y eso había bastado para despistarme. Al bajar las escaleras del escenario, Logan ya me estaba esperando. Me ofreció una mano para ayudarme a bajar y la acepté encantada. Caminar con los tacones y el vestido largo era un calvario, y no quería que me fotografiaran cayéndome de boca. La sostuvo con delicadeza, como hacía siempre. Me pregunté cómo un hombre tan enorme podía moverse con tanta elegancia.

—Lo ha hecho bien —lo susurró a mi oído cuando pasé por su lado. Su respiración cálida me hizo cosquillas en el lóbulo de la oreja.

Lo miré agradecida.

—¿Sí? Gracias.

Logan me siguió a una distancia prudencial. Se tomaba su trabajo muy en serio y nunca me quitaba la vista de encima. ¿No le entraban ganas de ir al servicio? Ni idea, pero en cuanto creía que lo había despistado, lo descubría en una esquina vigilándome atentamente. A no más de cinco metros, como si lo tuviera todo estudiado. Era evidente que llevaba mucho tiempo

desempeñando aquel trabajo.

—Mia, ¡cuánto tiempo! —alguien a quien no había visto en toda mi vida me plantó dos efusivos besos—. Un discurso espectacular.

—Muchas gracias.

—Deberías dejarte ver más —me dijo otra persona.

Fui rodando por la sala como una pelota que se pasaban de mano en mano. Foto por aquí, apretón de manos por allá, risas falsas...

—Ha sido increíble —alguien me agarró del brazo y me atrajo hacia él. Noté que Logan se crispaba y se abría paso entre la multitud. Como un pitbull que intentaba proteger a su dueño. Le hice un gesto para que se detuviera. Solo era el pelmazo del hijo de los Williams, que volvía a atacar de nuevo—. En serio, ni he pestañado. Quizá me podrías dar unas clases personales para hablar en público.

Mis labios se curvaron en la sonrisa más hipócrita del mundo.

—¿Cómo lo haces? No he visto que llevases apuntado el discurso —volvió a sobarme.

Lo fulminé con la mirada, pero él ni se inmutó.

—Supongo que... —aparté con disimulo su mano de mi cintura—, la clave está en decir lo que sientes. Pero oye, si tanto te interesa lo que he contado...

Le planté un folleto informativo en el pecho.

—Léetelo, y seguro que puedes ayudar en algo. He oído que tus padres piensan invertir en una empresa textil de la India. Un buen comienzo sería que no se acogieran a esos convenios basura, contrataran a mujeres en riesgo de exclusión social y no les pagaran una miseria, ¿no te parece?

A él se le cambió la expresión.

—Pues...

—Mia Parker, cuánto tiempo sin verte —aquella voz...

Las palabras me recorrieron la columna vertebral. Me giré hacia el hombre que acababa de pronunciar mi nombre con una voz que conocía a la perfección. Y me encontré de bruces con Fernando. El corazón me palpitó de prisa mientras trataba de enmascarar mis sentimientos. No estaba preparada para tenerlo tan cerca. Observé el hombre en el que se había convertido. Con un traje que le sentaba como un guante y unas facciones que se habían endurecido con el paso de los años. Joder, era muy atractivo. Y él lo sabía. Había una sonrisa de arrogancia en su boca, como si acabara de adivinar el efecto que había producido en mí.

—Hola, Fernando. Sí, hace mucho tiempo.

Me acerqué a él para darle dos besos. Se me erizó el vello de la piel cuando su boca me rozó la mejilla. Seguía oliendo como siempre, a pesar de que trataba de enmascararlo bajo un perfume más caro. Me separé acalorada y el fuego se esfumó de inmediato. Me miraba de una manera muy fría.

—Un gran discurso —había una sutil ironía en su tono que no me pasó desapercibida.

Fingí que no lo había notado.

—Muchas gracias —le ofrecí una sonrisa que él no me devolvió—. Me han dicho que te has convertido en un gran abogado. Graduado con honores en Yale. Es... increíble.

—Sí, supongo.

—Aunque no me sorprendió en absoluto. Ya me lo esperaba.

—En cambio, tú no dejarás de sorprenderme —su acritud se me clavó en las costillas—. Estás muy cambiada.

Nos batimos con la mirada durante unos segundos. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Se podría decir que mi vida ha dado un giro algo radical, sí —bromeé,

con tal de que la tensión se distendiera. Pero él seguía ofreciéndome esa mirada dura. Impenetrable—. ¿Qué tal está tu padre? ¿Sigue viviendo en Golden Pont? Lo vi algunas veces cuando vine de visita, y me entristeció enterarme de que ya no vivía con nosotros. Aunque me alegro mucho por vosotros, de verdad. Te lo mereces.

—Ahora vive conmigo —fue toda su respuesta.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Me acuerdo de que siempre reservaba para mí las primeras rosas blancas que florecían. Qué hombre tan encantador.

Fernando habría sonreído de no ser por la estruendosa voz de una mujer, que lo agarró del brazo y se acopló a nosotros. Era la exuberante pelirroja con la que lo había visto acompañado.

—¡Cariño, estás aquí! —me inspeccionó de la cabeza a los pies—. No me puedo creer que estés hablando con la anfitriona de la fiesta y no nos hayas presentado.

—No he tenido ocasión —repuso, y me dio la impresión de que no le hacía ninguna gracia que nos conociéramos.

—Encantada de conocerla, señorita... —comenté con prudencia.

—Jessica Smith —me informó con petulancia, como si su nombre tuviera que sonarme de algo—. Aunque tal vez debería empezar a presentarme como futura Señora Sandoval.

Su sonrisa artificial se ensanchó como la de un payaso. Vaya, así que esa era su prometida.

—Enhorabuena a los dos —los felicité.

Fernando no dijo nada, pero Jessica se apretó más contra él. Era como si estuviera orgullosa y al mismo tiempo me lanzara una advertencia.

—¿Y... de qué estabais hablando? —se interesó con fingida inocencia. Se inclinó hacia mí y me habló en tono confidente—. ¿De la generosa donación que vamos a hacer para su proyecto? Fernando es un hombre sumamente altruista, y en cuanto me lo comentó estuve de acuerdo. ¡Cómo no aportar nuestro pequeño grano de arena!

El aludido la miró de reojo, parecía sorprendido.

En cuanto a mí, ya empezaba a formarme una opinión de la futura señora Sandoval. Estaba claro que le encantaba darse importancia.

—Qué generoso por su parte —la adulé con falsedad—. Ojalá hubiera más personas como ustedes en el mundo.

—Jessica, creo que no deberíamos acaparar la atención de Mia. Es evidente que todo el mundo la reclama —murmuró Fernando, con un sarcasmo que solo entendimos los dos.

Se estaba pasando de la raya, pero lo dejé estar. Me despedí de ellos y volví a confraternizar con el resto de la gente. Pero no pude recuperarme del pellizco en el estómago. Ni de la impresión de haber conocido a la tal Jessica Smith. Ni mucho menos del reencuentro con Fernando. Porque, ¿en quién se había convertido?

22. Mia

Me iba a explotar la cabeza como no saliera de allí. No soportaba a más gente falsa ni comportarme como una actriz de primera. Fingir que tenía algo en común con todas aquellas personas era agotador. Tenía el servicio a pocos metros, así que me fui directa hacia el baño antes de que alguien me acaparase.

Una persona entró detrás de mí y cerró de un portazo. Me volví impresionada hacia Fernando. ¿Qué coño hacía allí dentro?

—Es el servicio femenino —dije con voz áspera.

—Ya me he dado cuenta. Te he seguido.

El espacio en el que nos encontrábamos se me antojó pequeño y asfixiante.

—Haz el favor de salir de aquí. No es apropiado. ¿Y si entra alguien y se piensa lo que no es?

—Me importa una mierda lo que piensen un atajo de desconocidos.

Ajá, allí estaba el Fernando que yo conocía. ¿Dónde había mandado al hombre del traje?

—¿Y lo que piense tu futura mujer? —me tembló la voz—. Parece maja y peligrosa, ten mucho cuidado.

—¿Estás celosa? —una sonrisa ladina asomó a sus labios.

—Por favor... no saques las cosas de contexto.

Apoyó un brazo contra la pared cuando intenté hacerme a un lado. Lo fulminé con la mirada. ¿Qué pretendía? ¿Montar un escándalo?

—Te ves bien —me evaluó de arriba abajo con descaro. Me sentí desnuda—. Cambiada, más mayor... pero bien. Aunque a ellos los engañas, a mí no. ¿Sigues bebiendo?

Sus palabras se clavaron en mi piel como cuchillos.

—Te estás pasando —le advertí—. Por ahí no. Entiendo que estés... furioso conmigo. Pero no tienes ningún derecho a hablarme así.

—¿Furioso? —soltó una carcajada atónita—. Puede que me sintiera así hace diez años. Ahora, sinceramente, me trae sin cuidado. Pero me pica la curiosidad, y exijo una explicación. Creo que me la merezco después de tanto tiempo.

¿Qué quería que le dijera? Si era sincera con él tenía que serlo con todo el mundo. Él no entendía nada. ¿No se daba cuenta de que lo había ignorado porque era el único que podía hacer que me quedara?

—Estás cambiado —fue toda mi respuesta.

—Mira quién fue hablar.

Su voz bullía de rabia. Me abracé a mí misma porque me dolía que me tratara así. Me negaba a admitir que una historia tan bonita como la nuestra se resumiera en aquel odio. Él había sido mi primer y único amor. Lo recordaba como un chico amable y dulce, ¿ya no quedaba nada de él? Porque el hombre que tenía delante era...

—Mia, solo quiero una explicación —agachó la cabeza y su expresión se tornó atormentada—. Y te juro que te dejaré en paz para siempre. Estoy prometido con una mujer maravillosa. ¿Por quién me tomas? Ya no quiero nada de ti.

Aquella verdad me escoció. No eran celos lo que sentía, sino algo más profundo y complicado. Me dolía no reconocerme en sus ojos. Comprender que ya no le quedaba ni una pizca de amor por mí.

—Porque sí —me armé de valor y construí una mentira—. Porque quería ver mundo. Porque... no estaba dispuesta a atarme cuando solo tenía dieciocho años. Quería conocer a otros hombres, salir de casa... no ligarme para siempre al primer tío que me había desvirgado.

—Maldita mentirosa —gruñó, antes de abalanzarse sobre mí.

Me empujó contra la pared y sostuvo mi rostro entre sus manos. El corazón me dio un vuelco. Y tuve miedo. Fui consciente de que si intentaba algo no le pararía los pies. Joder, ¿en serio? ¿Todavía seguía sintiendo algo por él?

—Suéltame o te juro que chillo.

—¿Y a quién vas a llamar? —se burló, aunque lo traicionó la ira que no lograba contener—. ¿A esa mole que no te quita la vista de encima?

—Pues sí. Es mi guardaespaldas y podría partirte las piernas.

—No lo harás —deslizó sus manos hasta mis hombros.

Me perdí en su mirada. En su olor. En lo mucho que lo había necesitado todos esos años. Me dolía tenerlo tan cerca y que fuera de otra mujer.

—¿Ah, no?

—No. ¿Y sabes por qué? Porque estás deseando que te bese.

Cerré los ojos cuando él me cogió de la cintura para acercarme a su boca. Y entonces la puerta se abrió. Fernando se apartó de golpe y yo fingí que rebuscaba algo dentro del bolso. Una mujer nos lanzó una mirada acusadora, pero no dijo nada.

—Vaya, se ha equivocado de servicio. El masculino está justo en frente —murmuré, y me encerré dentro de un lavabo.

Me quería morir. ¿Qué había estado a punto de suceder? ¿Por qué se lo había puesto tan fácil? ¿Qué había sido de la mujer fuerte que no cedía el control? Me temía que se había largado por ahí en cuanto había visto llegar a Fernando.

Me llegó un mensaje al móvil.

Como no salga en medio minuto, entro yo mismo a buscarla.

Era Logan.

Salí bastante mareada y me lo encontré en la puerta. Me miró sin decir nada. Lo que había dentro de su cabeza solía ser un misterio para mí, pero aquella vez me imaginé lo que podía estar pensando.

—Sáqueme de aquí ahora mismo —le ordené.

—¿No esperamos a su hermano?

—No.

Logan no se movió del sitio. Parecía contrariado.

—Tal vez deberíamos...

—¡Qué me saque de aquí! —estallé, perdiendo el poco control que me quedaba—. ¿Es mi guardaespaldas o el suyo?

No dijo nada. Se limitó a echar a andar mientras yo lo seguía. Respiré aliviada en cuanto estuve dentro del coche. A la mierda la fiesta. A la mierda aquella panda de hipócritas. A la mierda Fernando.

Miré de reojo a Logan, que seguía en silencio. Me deshice el peinado y me quité los tacones, sin importarme que él estuviera delante.

—Lo siento, no debería haberle hablado así. No sé qué me ha pasado, pero eso ha estado fuera de lugar.

Había perdido los papeles, pero esperaba que no se repitiese de nuevo. Lo de pedirle disculpas iba siendo una constante entre nosotros.

—¿Va todo bien?

—No debería haber venido —musité para mis adentros.

—¿Es por ese hombre? El que la siguió hasta el servicio. Teniendo en cuenta que mantuvieron una conversación antes, supuse que se trataba de una cuestión privada. Siéntase libre de pedirme que intervenga la próxima vez.

Me sentí como la mujer más tonta del mundo. Logan lo sabía. Y sacaría sus propias conclusiones, por supuesto. No tuvo sentido que intentara negar

la realidad, así que me limité a decir:

—No se le pasa ni una.

—Es mi trabajo.

Nos sumimos en otro silencio. Sí, era su trabajo. Y me hacía sentir incómoda. Una perdía su intimidad cuando tenía un guardaespaldas tan concienzudo como Logan.

—Pero no le puedo pedir... ya sabe. Sería un poco raro. Son cosas mías.

—Mi trabajo es velar por su bienestar. Se sorprendería de lo que me han llegado a pedir.

Le lancé una mirada curiosa.

—¿Cómo qué?

Volvió a reprimir otra sonrisa. Argh, qué rabia.

—Hay de todo.

Ese *todo* podía englobar muchas cosas. ¿Le habrían pedido sus anteriores clientas algo fuera de lugar? Como, por ejemplo, que se las follara en todas las posturas del kamasutra.

—Vamos, no sea así. Me siento en clara desventaja. Cuénteme una anécdota, aunque sea.

—Trabajé para un matrimonio que estaba pasando por una crisis. Me pedían cosas como: *Dile a Cinthia que me pase la sal. Dile a Paul que saque a pasear al perro. Dile a Cinthia que deje de follar en nuestra cama con su profesor de pilates.* Y lo hacían el uno delante del otro, conmigo como testigo. Sobra decir que era bastante incómodo. Cinthia y Paul son nombres ficticios, por cierto. Soy un guardaespaldas discreto.

—¡Venga ya! —me partí de risa.

De nuevo, él estuvo a punto de sucumbir a su sonrisa. Pero lo lograría, de eso no me cabía la menor duda. A cabezota no me ganaba nadie, y

sospechaba que Logan tenía una sonrisa espectacular.

—En otra ocasión, trabajé para un tipo con demasiados aires de grandeza. Un día me pidió que condujera trescientos kilómetros para pedirle perdón a su hermano. Yo solo, en su nombre. Y una mujer me contrató para robarle el perro a su exmarido porque según ella se lo había quedado para torturarla. Me negué. Pobre animal. Y como olvidar cuando trabajé para una pareja que se negaba a reñir a sus hijos si hacían algo mal. *Ríñales usted, Señor Prexton. No queremos que nos guarden rencor cuando crezcan, podrían meternos en un asilo. Dile a Molly que deje de pegarle a su hermano.*

Lo contemplé atónita.

—Hay gente para todo. Y usted diciendo que yo soy complicada... ¿qué ha tenido que sufrir por mí? ¿Un tiroteo de nada?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. Al parecer, mi comentario le había hecho gracia. Tres minutos más y conseguiría una sonrisa de verdad.

—Ya hemos llegado —dijo, abriendo la puerta.

Salí del coche y Logan volvió a ofrecerme su enorme mano. La acepté y me agradó el contacto. Me sentía muy segura con él. Me gustaba aquella sensación.

—Buenas noches, Logan.

—Buenas noches, Señorita Parker.

Empecé a caminar, pero me detuve de pronto.

—¿Sabes? Teniendo en cuenta que me salvaste la vida, podríamos empezar a tutearnos. Si a ti no te importa, claro — me costaba mantener las distancias y me parecía ridículo. Cada vez pasábamos más tiempo juntos.

—Prefiero seguir como estamos — repuso con sequedad.

Intenté no parecer decepcionada. ¿Tanto le molestaba que nos

tuteáramos?

—Vale, como quiera. Hasta mañana, Señor Prexton.

Creo que jamás lo entendería del todo. Logan Prexton era una incógnita para mí.

No podía pegar ojo. Pensaba en el extraño comportamiento de Logan, siempre empeñado en marcar las distancias. En construir ese muro de formalismos entre nosotros. ¿Para qué? Me parecía ridículo tratar de usted a alguien que empezaba a apreciar.

Aunque lo que de verdad me quitaba el sueño era Fernando. El jodido, apuesto y peligroso Señor Sandoval. Casi había estado a punto de caer en sus brazos. Me destapé y me levanté de la cama. Quizá era pronto para juzgarlo, pero no me gustaba en lo que se había convertido. Ni su vanidosa prometida. Y sin embargo... todo eso me había dado igual en cuanto me había puesto las manos encima.

Fui hacia mi mesita de noche y cogí la cajita musical en la que guardaba mis recuerdos más preciados. Una foto con mi padre. Otra con mis sobrinos. Otra con John, cuando éramos unos críos, que me negaba a tirar porque me encantaba torturarme a mí misma. El retrato que me había regalado Harley cuando cumplí dieciocho años...

Y la última carta de Fernando. Distinta a las demás. Nunca las respondí, pero en esa él se despedía de mí.

Querida Mia,

Llevo un año escribiéndote, y he llegado a la conclusión de que no vas a responderme. Duele darse cuenta de que la persona a la que amas te ha

desechado como si no valieras nada. Sé que vas de visita a Golden Pont cuando te cercioras de que yo estoy en Yale. Descuida, no pienso acosarte más. Te pondré las cosas fáciles, porque esta es la última carta que te escribo. Ningún reclamo más, ninguna pregunta.

La última vez que nos vimos me dijiste que lo que teníamos era demasiado bueno como para estropearlo. Pero Mia, no lo ha estropeado la distancia, lo has estropeado tú.

Ojalá hubieras tenido el valor suficiente para mirarme a la cara y decirme que eso era un adiós definitivo. No un hasta luego, como tú lo maquillaste. Te deseé que fueras feliz, y sigo deseando que allá donde vayas encuentres la felicidad que mereces. Yo te prometí que me convertiría en abogado, y eso es lo que pienso hacer.

Te prometo que me olvidaré de ti.

Pero yo no me había olvidado de él. Porque en el fondo, deseaba volver a ser la chica de dieciocho años que había sido feliz a su lado. La de la vida sencilla. Con amor. Con ambición. Sin secretos.

23. Fernando

El encontronazo con Mia me había dejado traspuesto. ¿Desde cuándo me metía en el baño de señoras a acosar a una mujer? Conduje en silencio y con un malhumor creciente. Jessica estaba tan ensimismada con el móvil que ni siquiera se percató. Joder, se me había ido la puta cabeza. Yo, que siempre mantenía el control.

Pero ver a Mia había sido...

Apreté el volante con fuerza. No estaba preparado para que ella actuara como si tal cosa. ¿De qué coño iba? Se atrevía a preguntar por mi padre, me trataba como si entre nosotros no hubiera pasado nada. ¡Cómo si no me hubiera estado evitando todo este tiempo!

No sé qué fue lo que me pasó. Pero para cuando quise darme cuenta, ya la seguía como un poseso hasta el baño. Solo quería una explicación. Algo, lo que fuera, que me permitiera pasar página de una puta vez. ¿En qué momento la había tocado? Sí, conocía el detonante. Había sido su respuesta.

Quería conocer a otros hombres, salir de casa... no ligarme para siempre al primer tío que me había desvirgado.

Aquello me enloqueció. Lo dijo como si tal cosa. Como si yo le hubiera importado una mierda. Maldita embustera.

Había perdido el poco control que me quedaba porque quería demostrarle con un beso que me estaba mintiendo. Menos mal que aquella señora nos interrumpió, porque por mucho que Mia se las diera de digna, no me había frenado. Y yo... no sé hasta donde habría sido capaz de llegar.

Mierda. Jessica me mataría si se enteraba. Necesitaba hablar con Sarah y que averiguara quién era la mujer del servicio. Con un poco de suerte... puede que todavía no se hubiera ido de la lengua. Porque como aquello llegara a oídos de mi prometida, ya podía ir despidiéndome del bufete.

Me tenía en sus manos. Odiaba esa sensación. Primero trabajaba para los Parker, y ahora trabajaba para mi futura mujer. ¡Qué cosas!

Salí del coche en cuanto aparqué delante de casa, y Jessica me siguió con aire distraído. Lo de aquella mujer era increíble. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de trepar en el escalafón social. Y si tenía que arrastrarme con ella le daba igual.

—¿De qué demonios iba eso? —le reocriminé, en cuanto cruzó la puerta—. ¿Una donación a su fundación? No recuerdo haber hablado del tema.

Ella ni siquiera se inmutó. Comenzó a quitarse todas las joyas con parsimonia, ignorando que a mí me hervía la sangre.

—Porque no lo hicimos, cielo. A veces siento que hay que explicártelo todo —su tono cargado de desdén me sacó de mis casillas—. En este mundo

en el que nos movemos, las apariencias lo son todo. Le hacemos una donación y luego recogemos los frutos.

—No quiero hacer ninguna jodida donación.

Ella resopló, como si él que comenzara a hartarla fuera yo.

—Es solo dinero. Nos sobra, ¿qué más da?

—¡Me da igual el dinero! —grité exasperado—. No es por eso, Jess. Simplemente no pienso hacer una donación para caerle bien a los Parker.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues ya está ordenada.

—Eres imposible.

Dejó las joyas de cualquier manera sobre la encimera de la cocina. Si alguna se perdía, le echaría la culpa a la pobre María, como hacía siempre.

—Soy práctica. Yo vivo en el mundo real, ¿y tú?

—En uno en el que las decisiones se hablan. Dime una cosa, ¿vas a seguir haciendo lo que te da la gana? Los matrimonios de verdad se cuentan las cosas. No puedes andar por ahí como si...

Me detuve al ver que no me prestaba atención. Se estaba mirando la manicura. La puta manicura de los cojones.

—Jessica, ¿me estás escuchando?

—Cómo no hacerlo, querido. A estas alturas te habrá escuchado hasta el servicio —se acercó a mí y me atrajo por la corbata, pero me aparté molesto. No, esa vez no íbamos a arreglar nuestros problemas con el sexo. Ella me fulminó con la mirada y elevó el tono de voz—. Lo hago por ti. ¿Sabes lo importante que es esa familia? ¡Pues claro que lo sabes, trabajaste para ellos! ¿Has visto como todo el mundo miraba embelesado a esa niñata con su discursito barato?

—No la llares así.

Jessica entornó los ojos.

—¿Por qué no? ¿Acaso te importa? —me traspasó con la mirada.

Era una acusación velada, pero lo suficiente certera para que me la tomara en serio. A Jessica no se le escapaba ni una. Si no jugaba bien mis cartas, tendría un serio problema.

—¿A mí? ¡Pero si hace diez putos años que no la veo! Joder, por lo que más quieras, no me cambies de tema. Estábamos hablando de nosotros —me hice el indignado.

Ella se lo tragó. Por el momento.

—Sí, nosotros. ¿Quieres ser alguien en la vida? Tú dedícate a tu trabajo, y las relaciones sociales déjamelas a mí. Te ha costado mucho llegar a donde estás, querido. No la cagues ahora. ¿Quién te iba a decir que pasarías de ser el jardinero de esa niña a un abogado de renombre?

—Supongo que el esfuerzo también cuenta —me defendí malhumorado.

—El esfuerzo... —bufó—. Lo que cuenta es cómo te ven los demás, no lo bueno que seas.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense todo el mundo?

—Nos importa a los dos. Solo que yo tengo el valor de ser sincera, y tú te sigues comportando como si te diera igual. Venga ya, no me vengas ahora con el rollito de la humildad. Somos tal para cual, querido.

Me plantó un beso frío en los labios, dando por zanjada la conversación. Pero esa noche no tuve ganas de seguirla hacia el dormitorio. Me quité la corbata de mala gana y la tiré encima de sus joyas. ¿Cuánto dinero podía llevar encima aquella arpía? Unos diez mil dólares como mínimo. Jessica tenía razón; el dinero no era un problema para nosotros. Y ella estaba dispuesta a utilizarlo para conseguir lo que quería.

¿Acaso no me había comprado a mí? Porque sí, podía reconocerlo cuando nadie me oía. El bufete para el que trabajaba en Carolina del Norte

estaba genial. Me pagaban bien y me encantaba trabajar allí. Pero Johnson & Rabbit eran palabras mayores. Allí no importaba que fueras el mejor, porque solo se entraba por enchufe. Y sí, prometerme con Jessica me había catapultado a la cúspide de la pirámide. Ahora era yo el que miraba por encima del hombre a todos esos niños de papá que habían intentado pisotearme en Yale.

Dejé la chaqueta sobre el taburete y me serví una copa de Whisky. Recordé irritado que había llamado borracha a Mia. Yo, que sabía de sobra que ella se había refugiado en el alcohol cuando era una adolescente para superar la pérdida de su padre.

Te has superado, Señor Sandoval.

No podía dormir, y no era precisamente por falta de camas. Sabía de sobra que Jessica no se dignaría a pedirme que fuese al dormitorio, pero podía utilizar cualquiera de las cuatro habitaciones libres.

Fui hacia la biblioteca y me dejé caer sobre la butaca de cuero. Llevaba la botella en una mano y el vaso en la otra. Me serví otro trago en cuanto me terminé la copa. Ni siquiera reparé en mi padre, que entró en la biblioteca con su habitual andar pesado. No llegaba a los setenta y cinco años, pero parecía un anciano. Los años de trabajo duro le habían pasado factura.

—¿No puedes dormir? No creo que el whisky sea lo mejor para el insomnio.

—Estaba pensando en cosas del trabajo. ¿Qué haces todavía despierto?

Él ojeó el amplio catálogo de la librería hasta que encontró un libro que era de su agrado. La librería, otro de los caprichitos de Jessica. Le gustaba terminar la visita de los invitados en aquel lugar porque le otorgaba un toque distinguido a la casa. Pero no se había leído ni uno de los libros que había allí.

—Me gusta leer antes de irme a la cama. ¿Qué tal ha ido la fiesta?

—Bien.

—Tengo entendido que la organizaba la familia Parker. Un día de estos me pasaré a saludarlos.

Levanté la vista hacia él. No me hacía ni pizca de gracia que mi padre fuera a mendigar la atención de aquella familia. Sí, lo habían tratado todo lo bien que se podía tratar a alguien que trabajaba para ellos. Pero me tocaba la moral que mi padre siguiera pensando que les debía algo. Su vida de servidumbre se había acabado. ¿Por qué se comportaba como si los lujos que yo le ofrecía no significaran nada?

—¿Por qué vas a hacer tal cosa? No digo que los evites si te los encuentras por casualidad, pero no les debes nada. Si tantas ganas tienen de verte, que vengan ellos aquí.

—Saludar a tus viejos jefes no te hace menos digno, hijo. La familia Parker siempre se portó muy bien con nosotros. Incluso se comprometieron a pagar tus estudios, cosa que habrían hecho si tú no te hubieras negado.

Porque no quería deberles nada. Odiaba la compasión que generaba en la gente de su clase. Para ellos nunca sería su igual.

—Porque no necesitaba su dinero. Obtuve una beca, trabajé por las noches. Todo lo que tengo es gracias a mí.

—Nadie lo pone en duda —respondió con suavidad. Mi padre me miró apenado y sacudió la cabeza—. ¿Qué he hecho mal contigo? Creí que te había educado bien.

Se me tensaron los músculos y apreté la copa con fuerza.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De tu ambición y tu falta de humildad. ¿Es por esa chica? Cambiaste cuando ella se marchó.

—¿Qué chica? —pregunté furioso, a pesar de que sabía de sobra a quién se refería.

—Mia Parker, obviamente. ¿La has visto en la fiesta?

—Sí —acaricié el reposamanos de la butaca. Mia Parker no tenía nada que ver con mi cambio de actitud—. Te manda recuerdos, por cierto.

—Ah, qué muchacha tan encantadora. Puede que un día de estos me acerqué a saludarla.

Iba a marcharse cuando lo detuve.

—¿Tanto te he decepcionado?

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Pero no me pidas que aplauda algunas de tus decisiones. ¿Por qué vas a casarte con esa mujer?

—Jessica es perfecta —me puse a la defensiva.

—Oh, sí... desde luego que lo es. Buenas noches.

Me quedé un buen rato allí, bebiendo en la oscuridad. Hasta que me puse de pie de un salto y salí de la casa. Estaba furioso con mi padre porque él no entendía nada. O puede que estuviese molesto conmigo mismo, no lo tenía del todo claro. El caso es que abrí la puerta trasera del coche, cogí el puñetero libro y volví a entrar.

—Cumbres borrascosas —leí con desinterés—. Allá vamos.

No sé por qué lo hice. Puede que porque necesitara distraerme. Puede que porque no podía conciliar el sueño. O quizá porque me atormentaba una idea que comenzaba a golpear mi cabeza: tenía todo lo que había soñado. Y de repente, a pesar de tenerlo todo, sentía que me faltaba demasiado.

Me sumergí en la historia de un tal Heathcliff y una tal Catherine. Al principio me pareció un verdadero tostón. Una historia triste, oscura y deprimente. ¿Esa eran las clases de novelitas románticas que le gustaban a Sarah? Elevé las cejas y puse los ojos en blanco varias veces. Cursilería, romanticismo barato... pero, cuando quise darme cuenta, llevaba más de la mitad del libro y no podía dejar de leer. Sí, era un libro romántico, pero también destilaba pasión y amargura. E incluso tuve ganas de meterme dentro

del puto libro para zarandear a aquel par de imbéciles y pedirles que se dejaran de tonterías y aceptaran que se amaban de una vez por todas. Estaba sufriendo, pero no podía parar. La lectura me tenía tan absorbido que ni siquiera me fijé en que los primeros rayos de sol se colaban por la ventana.

24. Logan

No me extrañaba que a Mia no le gustaran ese tipo de fiestas. Como guardaespaldas me había visto obligado a acompañar a mis clientes a eventos del estilo, pero era la primera vez que observaba una reacción tan visceral. Normalmente, las jovencitas a las que protegía estaban encantadas de ser el centro de atención, e incluso algunas hacían cualquier cosa con tal de que hablaran de ellas. Pero yo, que no le había quitado la vista de encima durante toda la noche, había comprobado que a Mia Parker no le hacía ninguna gracia confraternizar con los de su clase. La veía poner esa expresión de hastío cuando creía que nadie la observaba. Arrugar la nariz cuando el desconocido de turno hacía algún comentario que le molestaba. Sonreír con frialdad si algún hombre intentaba coquetear con ella.

Incluso me había visto tentado a intervenir en alguna ocasión. Por suerte logré contenerme, pues sabía donde estaban mis límites. Mi trabajo era protegerla de posibles amenazas, no quitarle de encima a futuros pretendientes. Aunque reconozco que lo habría hecho con mucho gusto si ella me lo hubiera pedido. Me irritaba contemplar que la mitad de los hombres de la fiesta caían como buitres sobre ella a la menor oportunidad. Y la cara de ella era un poema. Aunque intentaba ser amable, se notaba a leguas que comenzaba a hartarse de que todos intentaran llamar su atención. Era como si fuese una especie de trofeo: rica, bella y de una familia con un buen apellido. ¿Alguien da más? Y por supuesto, ella era consciente de que todos se le acercaban por interés.

Casi me compadecí de ella. A pesar de que vivía en un mundo privilegiado, me daba la sensación de que no era como el resto de clientas para las que había trabajado.

Me había gustado su discurso porque fue correcto y sincero. Quizá la había juzgado con dureza y de verdad estaba implicada en su trabajo. Quién

sabe. ¿Estaba tan comprometida como parecía, o simplemente se limitaba a aparentar? No tenía ni idea, pero Mia comenzaba a plantearme demasiados interrogantes.

Luego vi a aquel tipo. El moreno con traje y una pelirroja espectacular que se pegaba a él como una lapa. No había parado de mirar a Mia en toda la noche, pero solo se acercó a ella cuando consiguió quitarse de encima a la pelirroja. Llevaban anillos de compromiso, así que sumé dos más dos.

Mia lo había tratado de manera distinta al resto. Desde mi posición, a menos de cinco metros de ella, no pude escuchar su conversación. Pero sí percibí el rubor de sus mejillas y la expresión tensa de él. Ya se conocían.

La pelirroja se unió a la pareja, como si hubiera olfateado el peligro. Sonrisas falsas y una despedida apresurada. Al tipo se le había acabado la fiesta y Mia parecía aliviada. Luego la siguió al servicio, y tuve que hacer otro esfuerzo, esa vez enorme, para no cortarle el paso. ¿Quién era yo para interponerme entre lo que fuera que hubiera entre ellos? Pero si le hacía daño a Mia, se las vería conmigo.

Dos minutos dentro. Iba a entrar. ¿Y si intentaba algo en contra de su voluntad? El tipo salió echando chispas y yo volví a mi posición. No sé qué demonios había pasado ahí dentro, pero me lo podía imaginar. ¿Mia era de las que coqueteaban con hombres comprometidos? Tampoco era asunto mío.

Tardó demasiado y empecé a impacientarme. El único lugar completamente seguro para ella era su casa, y ya se lo había explicado de sobra. Le mandé un mensaje. No era su padre, ¿por qué me lo ponía tan difícil?

Deseché aquel recuerdo porque ya sabía lo que venía después. Ella perdiendo los nervios, y yo fingiendo que me traía sin cuidado. El trayecto en coche, sus preguntas y mis respuestas. ¿Por qué había entrado al trapo? No lo sé, pero me gustó verla sonreír. Ser consciente de que se había olvidado de

aquel tipo gracias a mí. E incluso estuve a punto de devolverle la sonrisa. Yo, que llevaba demasiado tiempo sin sonreír por algún motivo.

Pero volví a poner distancia en cuanto ella quiso derribar el muro. No sé a cuento de qué venía lo de tutearnos. Era como si se empeñara en ser mi amiga. No tenía ningún sentido. Trabajaba para ella y ahí se acababa nuestra relación. Se empezaba por ahí, y luego se traspasaban otros límites. No tenía intención de cruzar la línea.

Y seguía reiterándome en lo que pensaba: Mia Parker era complicada. Demasiado complicada para mí.

Apareció en la sala de estar con unas ojeras considerables que había intentado maquillar en vano. ¿Era por el desconocido de la fiesta? Llevaba un jersey azul marino de cachemir, unos pantalones del mismo color y unas deportivas blancas. El pelo recogido en una coleta y aquel collar en forma de corazón que nunca se quitaba. Me gustaba más así que con el vestido verde. Es cierto que había tenido que esforzarme para no mirarle las tetas, pero Mia no necesitaba tantos adornos para sacar a relucir su belleza. Me di cuenta de que la miraba con cara de bobo, pero ella no se inmutó. Estaba tirándole la pelota a Rusty, que prefería jugar con los cordones de su zapatilla izquierda.

—Buenos días, Señor Prexton. Voy a por un té y nos ponemos al lío. ¿Quiere que le traiga algo? No quiero sonar pretenciosa, pero dicen por ahí que hago un café delicioso.

Era imposible no contagiarse con su buen humor. Traté de no sonreír. ¿Lo haría a propósito para caerle bien a la gente?

—Entonces tendré que probarlo —respondí de manera educada.

—Estupendo, ahora vuelvo.

Desapareció como una exhalación y la oí trastear en la cocina. Ya olía a la tarta casera de su madre. Desde luego, eran una familia un tanto peculiar. ¿No tenían servicio? El dinero les sobraba para contratar a una decena de

empleados.

—¡Ya estoy aquí! —regresó con dos tazas y dos pedazos de tarta.

En la mía ponía: *sonríe, hoy puede ser un gran día*. ¿Era una indirecta? La miré de reojo. Ella me observaba atentamente, a la espera de algo. No sé qué hice mal, pero frunció el ceño un tanto decepcionada.

—Solo le pedí café.

—En mi casa, rechazar la tarta de mi madre es de mala educación. Esta es mi favorita, tarta de manzana con crumble —se acercó a mí y susurró, como si estuviéramos compartiendo un secreto—: la prepara porque piensa que así conseguirá que me quede a vivir aquí. Pero no vamos a decirle que deje de insistir, eh. Podría comer esto a todas horas.

Su boca me rozó la mejilla y un mechón de pelo me hizo cosquillas en la barbilla. Aspiré su olor y me eché hacia atrás, irritado por su cercanía. ¿Por qué se empeñaba en tratarme como si fuéramos amigos?

—Engordaría si comiera siempre tarta de manzana —le solté bruscamente.

A ella se le cambió la expresión. Joder, ¿por qué tenía que ser tan bruto? Hasta que de repente entornó los ojos y me dedicó una sonrisa traviesa. Le miré la boca como si fuese una fruta apetitosa.

—Ah, es usted un bromista. Ya me olvidaba de que tiene un humor un tanto... peculiar.

—No tengo ninguna clase de humor —le espeté.

—Claro que sí, solo que se empeña en ocultarlo para resultar... un tipo duro. A mí no me engaña, Señor Prexton. Solo hay que rascar un poco, pero seguro que saldrá tarde o temprano.

Ahora resultaba que me conocía mejor que nadie. Me comí la tarta de dos bocados con tal de dejar de escucharla. Estaba deliciosa, no me extrañaba que fuese su favorita. Ella me miró encantada.

—La vida sabe mejor con un trozo de tarta, ¿a qué sí?

No supe qué responder a eso. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Centrémonos en lo importante.

Señalé la lista que había sobre la mesa.

—Ah, sí, alguien intenta matarme. Vaya tela, eh —intentó bromear, pero sabía de sobra que aquello la preocupaba—. ¿Cree que hago bien en quedarme aquí? Mi familia no quiere que me vaya, pero tengo miedo de ponerlos en peligro. Sea sincero conmigo, por favor. No me gustaría que les sucediera algo malo por mi culpa.

Noté que sus ojos se ponían vidriosos. Casi me dieron ganas de consolarla, pero me reprimí. Un abrazo habría estado fuera de lugar. *La línea*, me recordé. *No cruces la línea*.

—Esta casa es completamente segura. Yo mismo he supervisado todo el perímetro, y hemos aumentado las medidas de seguridad desde lo del tiroteo. Nadie podría acercarse sin ser visto en un radio de veinte kilómetros. Hay hombres vigilando cada esquina, cámaras de seguridad, control de acceso, e incluso se ha puesto escolta a los niños cuando van al colegio. Le aseguro, Señorita Parker, que su familia no corre ningún peligro. Jamás le mentiría ni le prometería nada que no puedo cumplir.

Ella me miró impresionada, saltó de su silla y me abrazó con fuerza. Me pilló tan desprevenido que no supe reaccionar. Y para cuando pude hacerlo, comprendí que habría sido todavía más raro apartarla, así que me quedé completamente inmóvil. Mia Parker olía a café y flores frescas y sus pechos se apretaban contra mi torso. Me rodeaba el cuello con las manos y su cuerpo, esbelto y curvilíneo, se acoplaba a mí. Me rozó el cuello con la boca y noté que sus ojos estaban húmedos. Joder, empezaba a tener demasiado calor. ¿No era consciente de que era una mujer muy atractiva?

—Gracias, muchas gracias. Gracias, de verdad. Era todo lo que

necesitaba oír —susurró contra mi oído, antes de separarse de mí.

—¿Ya está más tranquila? —mi voz sonó dura, aunque no fue mi intención.

Estaba más molesto conmigo mismo que con ella. *La puta línea*, me recordé. La próxima vez no dejaría que me abrazara porque no me pillaría desprevenido.

—Sí —musitó, bastante avergonzada—. No he podido reprimir el impulso de abrazarlo. ¿No lo habré molestado?

No me había molestado, había estado a punto de causarme una jodida erección. ¿En qué mundo vivía aquella chiquilla? Sospeché que lo hacía a propósito. Sí, cabía la posibilidad. Puede que Mia estuviera jugando conmigo para luego cotillear con sus amigas que al imbécil de su guardaespaldas se le ponía dura cuando ella se dejaba querer.

—Pues sí que me ha molestado. Si necesita un abrazo, se lo pide a su madre —le solté sin poder contenerme. Ella abrió los ojos de par en par, pero no dijo nada. Ahora estaba furioso con los dos. Con ella por ponerme las cosas difíciles, y conmigo por permitirselo—. No me pagan para eso. Y ahora...

Le acerqué la lista con brusquedad.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre esos nombres.

Intenté que no se notara lo impresionado que estaba por todo lo que me contaba. Con solo veintiocho años, Mia ya había viajado a los lugares más recónditos del mundo. Antapur, Dharavi, Costa de Marfil, Nigeria, Burundi, Sudán del Sur... y claro está, había recibido numerosas amenazas de los distintos colectivos. Desde presiones para que dejara de dar charlas educativas en contra de la ablación femenina o el matrimonio infantil, hasta amenazas de muerte por parte de señores de la guerra que utilizaban a niños

para formar sus ejércitos.

— Pero siempre cesan cuando me voy de allí — me contó con tono inexpresivo—. No voy a negar que he pasado miedo en más de una ocasión, pero nunca llegaron más allá de sus fronteras. Lo de que atentaran contra mi vida a las puertas de mi casa me ha impactado muchísimo. Es la primera vez que sucede.

—Supongamos que esos grupos de presión a los que se refieren no tienen tanto poder como para dar un salto internacional. ¿Quién nos queda?

—Kevin Wood —repuso, señalando el único nombre americano de la lista.

Lo del Señor Wood había sido un escándalo. Era embajador de Naciones Unidas y había sido nominado al premio nobel de la paz. Un famoso tenista jubilado que había dedicado su retiro a ayudar a los más desfavorecidos. La mitad de su fortuna se la había gastado en construir escuelas, orfanatos y centros médicos. Era un hombre respetado y la prensa lo adoraba. Y una de las voluntarias de su fundación lo había denunciado por una supuesta agresión sexual. ¿A quién llevaba como testigo aquella mujer? A Mia Parker.

Los medios de comunicación y las redes sociales habían ardidido con la noticia. Y desde que trabajaba para la familia Parker, había tenido que extremar la precaución para que los periodistas no molestaran a Mia. La gente estaba dividida: ¿era Kevin Wood un depredador sexual? ¿Mia Parker se había compinchado con aquella joven para destruirlo? Había quienes pensaban que Mia actuaba de forma mezquina para ganar popularidad y que el Señor Wood no se merecía lo que le estaba pasando. Pero... por lo poco que conocía a Mia, sabía de sobra que no era la clase de persona que se inventaba algo semejante.

—¿Crees que Kevin Wood está detrás de todo esto?

—No lo sé —admitió con voz queda—. No tengo ni idea de quién está detrás de todo esto. Para ser sincera, me ha llamado un par de veces.

Llamadas impersonales... y un tanto molestas para mi gusto. Intenta impedir que testifique en el juicio, pero siempre por las buenas. Chantaje emocional, un discurso muy estudiado... ese tipo de cosas. Pero nunca me ha amenazado, creo que es demasiado listo para hacer eso. Y seamos honestos, si esa chica prueba lo de la agresión, ¿de verdad se piensa la gente que el Señor Wood entrara en la cárcel? Como mucho tendrá que pagarle una indemnización y su reputación estará arruinada, pero logrará recomponerse. Lo llaman el mundo civilizado, pero en el fondo no se diferencia tanto de los lugares que visito. Sigue siendo una mierda —su voz destilaba rabia.

No le pregunté sobre lo que había visto. Me pareció una pregunta insolente, y la prensa no paraba de preguntarle por lo mismo.

—¿Hay algo más que quieras contarme? No he terminado de leer todas las amenazas de tu correo electrónico. La gran mayoría son de gente aburrida, pero... creo que me ocultas algo.

—Se lo he contado todo —respondió con dureza.

Creo que me mentía. Había algo más, ¿qué me ocultaba?

—¿Seguro? —insistí. No podía hacer bien mi trabajo si ella no era sincera conmigo.

—Señor Prexton, ahí tiene todo lo que me pidió. Los nombres, el acceso a mi email, mi móvil... —enumeró exasperada—. ¿Qué más quiere?

—La verdad.

Ella se levantó airada.

—Eso es todo —determinó, cada vez más furiosa .

Sabía que me había pasado tres pueblos diciéndole que no me pagaban por abrazarla, pero en el fondo era lo que pensaba. Y aunque ella no había dicho nada, sabía que mis palabras le habían escocido.

—Quiero hacer bien mi trabajo, pero no podré hacerlo si usted me oculta algo. Sea lo que sea, quedaría entre nosotros —le aseguré.

—Es todo lo que hay —repuso, dirigiéndose hacia la puerta—. Ya lo dijo usted. Le pagan para eso, no para recibir abrazos. Si se tiene que devanar los sesos para encontrar al culpable, es problema suyo. No me culpe a mí de su ineptitud.

Se marchó dejándome con la palabra en la boca. Sí, definitivamente lo de mandarla a abrazar a su madre no le había sentado muy bien. Pero sabía discernir cuando alguien me mentía, y estaba convencido de que Mia Parker ocultaba algo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en averiguar su secreto.

25. Sarah

Era la primera vez que veía a mi jefe con tan mal aspecto. Siempre pulía su imagen, pero aquel día su apariencia no era impecable, sino más bien descuidada. Tenía cara de no haber dormido en toda la noche y expresión de perro rabioso. Su pelo era un desastre, por no hablar de cómo había conjuntado su ropa (totalmente arrugada, por cierto). ¿Traje gris Oxford, camisa azul y corbata de cuadros? ¿Quién le había asesorado aquel día? ¿Su peor enemigo?

Una buena secretaria sabe cuándo mantener la boca cerrada, pero también ofrecer consejos sin sonar impertinente. Incluso si su jefe no parecía tener un buen día.

—Sarah —asomó la cabeza por la puerta de mi jaula sin ventanas. Ni buenos días ni sonrisas. Sí, estaba de malhumor—. Necesito que encuentres a alguien.

Lo miré con curiosidad.

—Por supuesto, ¿de quién se trata? —cogí la agenda rotativa que tenía para los clientes, ordenados alfabéticamente por el apellido.

—No, eso no te hará falta. No es ningún cliente, sino una mujer. Asistió a la fiesta de anoche.

Intenté que la expresión no me traicionara. Puse mi mejor cara de secretaria obediente que no se mete donde no la llaman, aunque por dentro ya lo estaba tildando de infiel. Ahora me utilizaba para ponerle los cuernos a su mujer, qué desfachatez.

—Dígame su nombre e intentaré localizarla en la guía telefónica.

—No sé cómo se llama.

Lo miré extrañada. ¿Y qué quería que hiciera yo?

—¿Su apellido?

—Tampoco.

¿Qué se suponía que quería que hiciera? ¿Consultarlo con el oráculo? Él tuvo que leerme la mente, porque añadió con tono imperioso:

—Ya sé lo que estás pensando, pero es muy importante que me ponga en contacto con ella.

Él no tenía ni idea de lo que yo pensaba. Una sola palabra: traidor.

—Por favor, Sarah, necesito que obres tu magia —me pidió, y me pareció bastante desesperado—. Si hay alguien que puede encontrar a esa mujer, esa eres tú.

Ya sé que confiaba en mí, pero a veces se creía que yo era el genio de la lámpara de Aladdin. Mis habilidades tenían un límite. Sinceramente, lo mío no estaba pagado.

—Uhm... bueno... —vale, lo veía tan deshecho que comencé a devanarme la cabeza para ofrecerle alguna solución—. Defínamela.

Se rascó la cabeza, tratando de hacer memoria. Entonces me quedó bastante claro que no se trataba de un asunto de cuernos. No estaba interesado en aquella mujer por esa razón, porque de ser así no se habría olvidado de su aspecto. Aquello me alivió, aunque no sé por qué. Yo no era su prometida, ¿qué más me daba si le era infiel?

—Era... no muy alta. De unos cincuenta, o tal vez sesenta años. Rubio oxigenado con un peinado a lo Martha Stewart.

Vale, no era gran información. Pero mi mente ya se había puesto a trabajar a toda velocidad.

—¿Cómo iba vestida?

—De rosa, creo —dudó, no estaba del todo seguro—. Pero me fijé en su cartera de mano. Un bolsito de lentejuelas plateadas.

Me miró esperanzado, y contuve el impulso de pedirle que me subiera el sueldo.

—¿Sabe si iba acompañada de alguien?

—Ni idea —resopló y se frotó el rostro—. Ya sé que te estoy pidiendo un milagro. En fin, haz lo que puedas.

—Fernando —lo llamé, antes de que regresara a su despacho—. Su ropa... no quiero meterme donde no me llaman, pero hoy tiene la reunión con el Señor Robinson. Y a las doce y media tiene que ir al juzgado. Quizá debería cambiarse.

—¿Tan mal estoy? —se echó una mirada a sí mismo y torció el gesto.

No se lo tomó tan mal, así que aproveché el momento para acercarme a él.

—Tiene una camisa blanca en el armario del cuarto de baño —le dije, quitándole la americana sin preguntar—. También le guardo una selección de corbatas por si las moscas. Yo elegiría la azul cobalto. Voy a plancharle la chaqueta en un momento.

Comencé a alisar el despropósito de arrugas en el que se había convertido su americana.

—A la jueza Anderson no le gustan los animales —le dije, recordando el juicio por la custodia del chihuahua de su clienta—. Tengo entendido que es demasiado seria y que en un juicio similar se tomó fatal que le hicieran perder el tiempo de esa manera. Fueron sus palabras textuales. Se puede imaginar a favor de quién falló.

Él me escuchó atentamente sin decir una palabra, así que me animé a continuar. No solía darle mi opinión sobre los juicios a los que se enfrentaba, pero en aquella ocasión tenía una corazonada.

—Quizá debería llegar a un acuerdo con el exmarido —fui hacia mi escritorio y agarré la carpeta con la información que había recopilado —.

Estuve investigando por mi cuenta y descubrí que la mascota de su actual pareja pasó varios meses sin estar vacunado ni con chip hasta que la multaron. Quizá lo podría asustar con eso y evitaría que fueran a juicio.

Fernando se me quedó mirando durante un buen rato, así que comencé a arrepentirme. Eso me pasaba por meter las narices donde no me llamaban. Luego me quitó la carpeta y ojeó toda la información.

—Sabes que este no es tu trabajo.

—Yo... lo sé.

—Pero es increíble que hayas averiguado todo esto por tu cuenta —respondió impresionado—. Puede que tengas razón, lo tendré en cuenta. Gracias.

Fue hacia la puerta cuando de repente se detuvo y se giró hacia mí. Mi jefe me miró sin reaccionar, algo impropio viniendo de él.

—La americana —me pidió.

—Todavía se la tengo que planchar.

—Es evidente que tu talento está desaprovechado en este bufete —dijo, antes de quitarme con delicadeza la chaqueta—. Deja, ya lo hago yo. Puedo planchar mi propia ropa, Sarah.

—Como quiera —respondí, algo atribulada por su cumplido.

Volví hacia mi escritorio y me puse a buscar a la mujer de la discordia. En primer lugar, me las apañé para conseguir la lista de invitados del evento. No me fue fácil, porque en la prensa solo aparecían los nombres más famosos. Y Mia Parker lo hacía en primera plana. A la prensa le encantaban los escándalos, y que ella fuera la testigo principal en la acusación contra Kevin Woods la había puesto en el ojo del huracán. No la conocía de nada, pero seguía de cerca su trabajo y me inspiraba. Tan solo tenía veintiocho años y había ayudado a muchas personas. ¿Por qué iba a mentir sobre una acusación tan grave? Las opiniones estaban divididas, pero mi intuición me

decía que Mia Parker no era ninguna mentirosa. Aunque... vete tú a saber.

Lo de la lista de invitados me costó bastante, pero al final conseguí hacerme con ella. Hice varias llamadas, peloteé a algunas personas y... *voilà!* Ya la tenía en mis manos. Lo de encontrar a la mujer misteriosa me llevó más tiempo, pero contaba con una baza a mi favor: a los ricos les encanta aparecer en internet. Por lo visto, no eras nadie si al poner tu nombre en Google no aparecían una decena de resultados, así que fui introduciendo uno a uno el nombre de las posibles candidatas. Filtré la búsqueda entre las mujeres de entre cuarenta y sesenta años, así que la lista se redujo a treinta y cuatro aspirantes. Dejé para el final aquellas que no arrojaban resultado, y fui descartando las fotos del buscador de imágenes que no concordaban con la descripción de Fernando. Conseguí tres e imprimí sus fotos. Ojalá que fuese una de ellas, porque si no me tocaría descolgar el teléfono y preguntar por aquellas que no aparecían en internet.

Mi jefe contemplaba la pantalla de su ordenador con expresión hastiada cuando llamé a su puerta.

—¿Es alguna de ellas? —le pregunté, extendiendo las fotografías sobre el escritorio.

Repasó las imágenes y agarró la tercera como si fuese un billete de quinientos dólares.

—Esta. Es esta —me miró alucinado, se levantó y me dio un fuerte apretón que me dejó sin respiración. Me ruboricé un poco, pero él no se dio cuenta. Tomó mi mano entre las suyas y la besó. Me derretí como el chocolate y fui incapaz de apartar la mano, a pesar de que aquello estaba fuera de lugar—. Sarah, eres extraordinaria.

—Solo hago mi trabajo —le resté importancia.

—Pero lo haces muy bien, eres la mejor y no sé qué haría sin ti. Podrías dedicarte a ser investigadora privada, yo te contrataría antes de que sacaras a la luz todos mis trapos sucios —bromeó.

—Ahí tiene toda la información —seguía cogiéndome la mano. Quizá no se había dado cuenta. Sentí un cosquilleo en el estómago que intenté aplacar con mis palabras—. Su nombre completo, dirección postal y un teléfono de contacto que no sé si estará actualizado.

—En realidad te iba a pedir que la llamases tú.

—De acuerdo, dígame lo que necesita.

Fernando hizo una larga pausa, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas para lo que iba a decirme.

—Mira, sé que esto que voy a contarte sonará un poco mal, pero confío en tu discreción y en tu buen juicio. Resulta que en la fiesta me metí en el servicio de señoras por equivocación. Estando allí me encontré de sopetón con una vieja amiga de la infancia a la que hacía años que no veía. La estaba saludando cuando entró esa señora, y creo que tuvo que hacerse una idea equivocada, porque nos miró fatal. Ya sabes cómo son estas cosas. Alguien dijo algo... comienzan a circular rumores que no tienen nada que ver con lo que sucedió en realidad, y luego a nadie le importa la verdad. No quería... que esto llegara a oídos de Jessica. Es una mujer muy sensible y no es justo para ella.

Observé a mi jefe sin decir ni una palabra. No es que sonara un poco mal, sino que no me tragaba su versión de la historia.

—¿Me está pidiendo que la convenza de que mantenga la boca cerrada?
—fui todo lo directa que él no era capaz.

—Dicho así, haces que suene fatal.

—Solo quiero saber lo que usted se propone. De lo contrario, no sabré lo que tengo que conseguir de esa señora.

Hice el ademán de regresar a mi despacho. De repente me sentía muy enfadada con él. Ya sé que era su secretaria, pero tampoco hacía falta que me incluyera en sus tejemanejes extramatrimoniales. Que se ocupara él de

ponerle los cuernos a su mujer.

Me cogió del codo antes de que me marchara.

—Sarah, ¿estás cabreada conmigo?

La pregunta me pilló desprevenida. Y a él qué más le daba de ser así.

—No, señor. ¿Por qué iba a estarlo? Lo que sucediera en ese servicio no es asunto mío —respondí con voz áspera.

—Porque acabas de llamarme señor, otra vez. Y porque tienes cara de... de estar cabreada —concluyó, y me soltó.

—No se ofenda, Fernando. Pero no me hace ni pizca de gracia tener nada que ver con sus problemas personales —dije *problemas personales* por decir algo, aunque me moría de ganas de llamarlo por su nombre: infidelidad —. No sé qué voy a decirle a esa mujer, pero como su secretaria, haré lo que esté en mi mano para solucionarle ese problema.

No me detuve a contemplar su expresión, aunque supe de sobra que mi reacción lo sorprendía. Era la primera vez que me enfrentaba a él.

No estaba enfadada con Fernando, sino conmigo misma. Admiraba a mi jefe porque era la clase de hombre hecho a sí mismo que había conseguido llegar hasta donde estaba a base de trabajo duro. Pero empezaba a sospechar que al final era un oportunista como todos los demás. Un hombre sin escrúpulos que utilizaba a su mujer para llegar hasta lo más alto. En el fondo me compadecía de Jessica. Bueno, vale, ella me daba exactamente igual. Quizá lo que me ofendía era haber idealizado a Fernando como el caballero noble y con principios que se merecía todo lo que tenía.

Conseguí convencer a la tal Catherine, la mujer que lo había visto en el servicio. Fue un hueso duro de roer porque la señora estaba deseando hablar de aquello con alguien. Antes hice mi trabajo de campo, como siempre. Averigüé que su hijo acababa de graduarse en periodismo y utilicé los

contactos de Fernando para conseguirle una entrevista en un periódico local. Favor por favor y todos salían ganando. Catherine dejó de hacerse la dura y me prometió que aquel secreto se iría con ella a la tumba. Teniendo en cuenta que ahora el trabajo de su hijo dependía de que ella mantuviera la boca cerrada, sabía de sobra que jamás hablaría del tema.

Me moría de ganas de saber quién era la extraña con la que había pillado a Fernando en una situación comprometida, pero no se lo pregunté. Eran las seis de la tarde cuando cruzaba el despacho de Fernando y él regresaba del juicio.

—No va a hablar —le expliqué, intentando colocarme el abrigo con la mano libre. En la otra sostenía el bolso.

Fernando se acercó para ayudarme y me quitó el abrigo. Se puso a mi espalda y me lo colocó con facilidad. Su respiración me hizo cosquillas en la nuca.

—¿Hay algo para lo que no tengas solución? —bromeó, volviendo a mi lado—. Tenías razón. He conseguido llegar a un acuerdo con su exmarido.

—Me alegra oír eso —respondí, dirigiéndome hacia la puerta. No quería perder el metro y no tenía ganas de hablar con él.

—Antes de que te vayas...

Me tendió un paquete envuelto en celofán rojo. Ni siquiera me había fijado que lo llevaba encima.

—No sé por qué lo he comprado, pero lo he visto y me he acordado de ti. Es un detalle —parecía nervioso, algo impropio de él.

Rasgué el envoltorio y descubrí una caja del chocolate suizo que tanto me gustaba. Sabía de sobra que solo se vendía en tiendas exclusivas, así que había tenido que visitar varios comercios hasta encontrarlo.

—Gracias, pero no hacía falta —musité, sin saber dónde meterme.

Aquello estaba fuera de lugar. Él no tenía que regalarme nada por hacer

mi trabajo. Pero...

—¿Cómo sabía que son mis preferidos?

—No eres la única que sabe observar. Los guardas en una cajita sobre tu escritorio, y te comes todos los días uno, como si los estuvieras reservando.

Me puse colorada, pero traté de enmascarar mis sentimientos. Así que se había fijado.

—¿Me está comprando?

De nuevo, aquella sonrisa ladina en su rostro. Pensé que no era justo que fuese tan atractivo, porque así era imposible enfadarse con él.

—Tómalo más bien como una disculpa. Ya sé que no te ha sentado bien lo que te he pedido. Y quiero que sepas que te aprecio, Sarah. Lo suficiente para cruzarme toda la ciudad en busca de ese chocolate si sé que te hará feliz —admitió con naturalidad.

Mi corazón dio un vuelco, pero traté de no hacerme ilusiones. Lo hacía para tenerme contenta, ¿no? En eso consistía todo.

—No es que yo me quiera meter donde no me llaman, de verdad. Ni tampoco lo estoy juzgando. Pero no me siento cómoda con lo que sea que me ha pedido.

—Piensas que tengo la cara muy dura —adivinó, sin perder la sonrisa.

—Sí.

Vaya, ¿acababa de responder yo eso?

—Me gusta tu sinceridad. Es una cualidad que se aprecia poco hoy en día —fue hacia su escritorio y cogió un libro. Era el que yo le había prestado —. Casi se me olvidaba, el libro que me prestaste.

Enarqué una ceja y cogí el libro.

—¿Me tengo que creer que ya se lo ha leído?

—Pues... no te lo vas a creer. Te juro que mi intención era descargar

un resumen y fingir que no me había gustado —aquella revelación no me sorprendió en absoluto, y él continuó como si nada—. Pero anoche no podía dormir y me picó la curiosidad. Pensé que sería un auténtico coñazo y que me entraría sueño.

—Eres un monstruo.

—Cuando quise darme cuenta no podía parar de leer. He venido a la oficina sin dormir, me siento patético.

Su confesión me dejó sin palabras. Estaba siendo sincero y un escalofrío de placer me recorrió todo el cuerpo.

—¿Y qué le ha parecido?

—Teniendo en cuenta que me lo he leído en una noche, no te puedo engañar. Me ha encantado.

No pude contenerme. Solté una carcajada victoriosa mientras él me contemplaba divertido y con las manos metidas en los bolsillos.

—¡He ganadoooo! —exclamé orgullosa.

—Sí, listilla. Venga, disfruta de tu victoria. Te lo mereces.

—Me dijo que me daría lo que yo quisiera —le recordé.

—Sí, es verdad. Así que dime, querida Sarah. ¿Qué es lo que quieres?

A ti.

—Pues... ¿puedo pedir lo que quiera?

—No me pidas la luna, me vería en un serio problema.

Me mordí el labio. Ni siquiera lo había pensado porque suponía que él no se lo leería.

—Quiero un día libre —decidí.

—¿En serio? ¿Solo eso? —pareció defraudado. ¿Qué quería que le pidiera? ---. Aprovéchate ahora que puedes.

—Sí. Hay un restaurante en Shreveport que me encanta, pero solo abre de lunes a viernes, y me pilla demasiado lejos para ir por las noches cuando salgo de trabajar.

—Muy bien, te invitaré.

Pensé que bromeaba hasta que me di cuenta de que lo decía totalmente en serio. Noté el fuego de sus ojos y mis piernas se convirtieron en gelatina. Puede que lo hubiese malinterpretado y solo se estuviese ofreciendo a pagar la cuenta.

—¿Cómo dice? —me tembló un poco la voz.

—Que voy contigo —respondió muy tranquilo—. Si es tu restaurante favorito, seguro que es bueno.

Me quedé tan cortada que no supe qué decir. Mi jefe y yo. En un restaurante. Fuera del trabajo. Los dos solos.

—A no ser que cenar con tu jefe te resulte muy desagradable —añadió, al ver mi cara de terror—. Entonces eres libre de ir con quien tú quieras.

Teniendo en cuenta que todavía no conocía a nadie en esa ciudad, terminaría yendo sola. Y la compañía de Fernando siempre era... placentera.

—Sarah —dijo con suavidad—. No te estoy obligando a cenar conmigo. Por favor, olvídalo. No pretendía...

—De acuerdo —respondí, antes de que pudiera arrepentirme.

Su sonrisa se ensanchó y me acompañó hasta la puerta. Puso su mano en mi espalda y me calentó la piel a través de la ropa. Respiré con dificultad. ¿Por qué quería ir a cenar conmigo? No entendía nada.

—Me tienes que aconsejar otro libro. Pero esta vez nada de dramones. Algo que tenga un final feliz, o me entrarán ganas de cortarme las venas y te quedarás sin un jefe que pierda apuestas contra ti.

Me hizo tanta gracia su tono dramático que tuve que sonreír.

—Seguro que encuentro algo.

Iba a despedirme de él cuando puso las manos en mis hombros y me dio un beso en la mejilla. Me quedé congelada y aspiré su olor. Tuve que contener el impulso de acariciarme allí donde sus labios me habían besado. Me entró tanto calor que miré al suelo, consciente de que mi expresión avergonzada me traicionaría.

—Hasta mañana, Sara.

—Adiós, Señor San... Fernando. Adiós.

Me apresuré a escapar de allí antes de que me diera un infarto. Se leía mi libro, me invitaba a cenar, se despedía de mí con un beso. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Qué le estaba pasando? Aferré mi bolso y corrí en dirección al metro.

No te hagas ilusiones, le pedí a mi corazón. Está prometido, no va a pasar.

Pero, como siempre, mi corazón optó por bailar una balada e ignorarme. Los dos habíamos leído demasiadas novelas románticas sobre jefe y secretaria para no tener un resquicio de esperanza.

26. Jessica

Tenía que deshacerme de aquel viejo. A Fernando y a mí nos había ido bien cuando vivíamos en Carolina del Norte. Follábamos mucho y conversábamos poco. Éramos la pareja perfecta, pero nuestra relación se había resentido desde que nos habíamos mudado a Golden Pont. Me encantaba la casa, aquel no era el problema. Sino el espectro se setenta años que me lanzaba miradas hostiles. Sí, era una mala influencia para su hijo. Le inspiraba humildad y le recordaba sus orígenes pobres, todo lo que yo quería que él olvidara. Para convertirse en el gran hombre que estaba destinado a ser, Fernando tenía que dejar atrás a su padre. Luego nos casaríamos y estaríamos en la primera plana de todas las revistas de sociedad. Roxane y las demás se morirían de envidia.

¿A qué venía ponerse así por un poco de dinero? No era estúpida, lo estaba perdiendo. Hacía ocho meses que había decidido que aquel hombre era mío. Podría haber estado con cualquiera, pero Fernando había sido mi capricho. No le permitiría que estropeará mis planes. Y si para eso tenía que sacrificar a su padre, pues...

Ojeé el catálogo de residencias. No podía meterlo en una en contra de su voluntad, a no ser que convenciera a Fernando. Pero sabía de sobra que él jamás accedería, a no ser que yo se lo pusiera más fácil.

Mi amiga Ninette me había dado la solución.

—¿Por qué no le haces ver que es por su bien?

Tenía que demostrarle que su padre estaba demasiado mayor. Sí, sería la clase de nuera preocupada por la salud de su suegro. Entonces Fernando no podría negarse y yo lo tendría para mi sola. Sin su padre, conseguiría de él todo lo que me propusiera. En el fondo éramos tal para cual. Cuanto antes lo viera mucho mejor.

27. Mia

Mi guardaespaldas era el hombre más desagradable sobre la faz de la tierra. Qué le pidiera un abrazo a mi madre, ¡qué a él no le pagaban para eso!... ¿pero quién se creía que era?

Lo del abrazo había sido una reacción espontánea. Me sentía muy aliviada por sus palabras y me había salido del alma. Si tanto le molestaba, había formas más elegantes de pedirme que no volviera a hacerlo. Pero claro... ¿qué podía esperar de un bruto como aquel? Yo solo pretendía que nos llevásemos bien. Sacarle una sonrisa con un poco de suerte. No obstante, si él prefería que nuestra relación fuese estrictamente profesional, no sería yo quien le pusiera las cosas difíciles. De hecho, acababa de llegar a la conclusión de que Logan era imposible. Probablemente contaba con algún tipo de mecanismo interno que lo obligaba a autodestruirse si sonreía.

Menudo sieso de pacotilla.

Vale, le estaría eternamente agradecida por haberme salvado la vida... pero ahí se le acababa la gracia. Adiós, Logan. Hola, Señor Prexton.

Y encima tenía la osadía de echarme en cara que no era del todo sincera con él. ¿Qué pretendía? ¿Qué le contara cosas que nadie sabía? No, por ahí no pasaba. Sabía todo lo que necesitaba saber.

Pensé en Kevin Woods y en la expresión que puso Logan cuando le narré la historia. Seguro que pensaba que no era más que una embustera con ganas de notoriedad pública. Eran muchas las personas que me habían recriminado mi actitud alegando que el Señor Woods había ayudado a mucha gente. Y aunque así fuera, aquello no cambiaba lo que yo había visto. No

cambiaba la posibilidad de que Woods fuera un cerdo misógino que debía enfrentarse a lo que había hecho. Todo se remontaba a abril del año pasado, cuando coincidimos en una conferencia que se celebró en un hotel de los Ángeles. Estaba entusiasmada ante la idea de conocer al Señor Woods porque admiraba su trabajo. Me decepcionó encontrarme con un hombre demasiado pagado de sí mismo, más interesado en que le hicieran fotos que en otra cosa, y con las manos muy largas. No me dejé amedrentar y lo rechacé sin contemplaciones. Regresaba a mi habitación cuando me tropecé con Rachelle, que salía huyendo despavorida de la habitación de Kevin Woods. Llevaba la ropa rasgada y lloraba a mares. Eso es lo que yo había visto y eso era lo que contaría en el juicio. No tenía ni idea de lo que había sucedido allí dentro, pero el abogado de la defensa me había llamado como testigo y era mi obligación contar la verdad.

Las personas nunca son lo que parecen, eso lo sabía de sobra. Hasta mi hermano tenía dos caras. Me daba exactamente igual que un sector de la prensa me criticara, o que las redes sociales me acusaran de oportunista. Tenía la oportunidad de hacer lo correcto o complacer a los demás. E iba a hacer lo correcto.

Entonces me pregunté si fue lo que hice hace diez años. Si al guardar aquel secreto estaba protegiendo a mi familia o escogiendo el camino más sencillo. Suspiré. Nunca lo sabría y el remordimiento me acompañaría para siempre.

Contemplé estupefacta la invitación de papel verjurado repleta de filigranas. Era ostentosa, como la prometida. Y no tenía ni idea de por qué había llegado a mis manos. Estaba fuera de lugar que asistiese a aquel evento teniendo en cuenta mi escasa relación con los novios. Pero mi madre se había tenido que meter donde no la llamaban, como siempre.

Primero había llegado por mensajería la invitación, y se había armado

un gran revuelo con el equipo de seguridad para comprobar que era un paquete seguro. Luego había sostenido en mis manos la tarjeta con una mueca sardónica.

Nos complace invitarlos a la fiesta de compromiso del Señor Fernando Sandoval y la Señora Jessica Smith.

Sabía de sobra que aquello no había sido idea de Fernando. Teniendo en cuenta nuestro tórrido encuentro en el servicio, lo lógico era que intentara mantenerme alejada de su futura esposa. Yo no tenía la menor intención de contarle lo sucedido a aquella mujer, por cierto. Pero lo normal era mantener las distancias.

Entonces llamaron por teléfono y lo cogió mamá. La escuché parlotear desde la cocina. Al principio no presté atención a la conversación, hasta que me di cuenta de con quién estaba hablando y todas mis alarmas se activaron.

—¿Señorita Smith? No me suena... —una larga pausa—. ¡No me diga! Sí, por supuesto que me acuerdo de Fernando, ¡cómo iba a olvidarlo! En casa le tenemos mucho cariño. A él y a su padre. ¿Qué tal están? —silencio otra vez—. ¡Me emociona oír eso! ¡Cuánto me alegro por él! ¿A su fiesta de compromiso? Estaré encantada de asistir —otro largo silencio—. ¿Mia y Matt? ¿Qué Fernando se alegraría de verlos? Bueno, supongo que asistirán. Si es tan importante para él...

Corrí hacia mi madre y le hice gestos para que pusiera alguna excusa. Ella me miró extrañada y no pilló mis indirectas.

—Oh, pero si está aquí mi hija. Sí, pues claro que irá. ¿Quiere que se ponga? Un segundo, ahora mismo se la paso.

Mi madre me tendió el teléfono y yo la fulminé con la mirada.

—¿Jessica? —me temí.

—Hola, querida, ¿qué tal estás? Estaba charlando con tu madre, que es un encanto, por cierto. Me ha dicho que vendréis a nuestra fiesta de compromiso. ¿Cuento con vosotros, no? A Fernando le encantaría que vuestra familia asistiera.

—Yo... verás... Jessica —busqué una salida elegante—. Tengo demasiados compromisos y no sé si podré asistir.

—¿Compromisos? Tengo entendido que estás encerrada en tu casa con un equipo de seguridad que vigila quién entra y quién sale. No quiero ser indiscreta, pero el mensajero me comentó que tuvo algunos problemillas para que aceptaran el paquete —Dios Santo, aquella mujer no era indiscreta, sino algo mucho peor—. Querida, sé que temes por tu seguridad, pero te prometo que nuestra casa es como un bunker. Tus guardaespaldas pueden venir antes para organizarlo todo y comprobar la seguridad. Por nosotros no hay ningún problema, nos encantaría colaborar para facilitarte las cosas. Sé que Fernando y tú fuisteis muy amigos. Al fin y al cabo, os criasteis juntos y estudiasteis en el mismo instituto. Alguien tan importante para él no podría perderse nuestra fiesta de compromiso.

Mierda, ¿y si sabía lo de nuestra relación? Parecía la clase de persona a la que le encantaba bucear en los secretos ajenos. O puede que Fernando se lo hubiera contado. De ser así, le daría a entender algo peor si no asistía a su puñetera fiesta.

—Yo... tengo que hablarlo con mi equipo de seguridad... no sé si...

—Oh, no te preocupes por eso. Acabo de ponerme en contacto con tu guardaespaldas. Un hombre sumamente profesional, por cierto. Dice que mientras que pueda visitar la casa unos días antes y disponerlo todo, por él no habrá ningún problema.

Maldito Logan, ¿quién se creía que era para tomar decisiones en mi nombre? Se iba a enterar.

—Ah, ¿en serio? Qué gran noticia.

Jessica no paró de charlar durante diez largos minutos en los que yo tuve ganas de pegarme un tiro. Qué mujer tan superficial e insoportable. Pretendía que fuéramos grandes amigas, así, como quien no quiere la cosa. Que ella estaba muy preocupada por los niños desnutridos de África y que estaría encantada de ayudar a la causa. *Por cierto, tengo entendido que Mariah Carey cantó en una de tus galas benéficas... quizá podrías convencerla para que cantara en mi boda. ¿Qué tal si vamos este jueves a tomar café al club náutico? Las chicas se mueren porque les cuentes tu último viaje. Por cierto, ese Alexander Mcqueen que llevaste el otro día era una pasada...*

Cuando conseguí despedirme de ella, sentí más alivio que si acabara de quitarme unos tacones de quince centímetros después de una larga caminata. ¿Qué había visto Fernando en aquella mujer? Apenas la conocía y ya sabía de sobra que era una interesada. De no haber llevado el apellido Parker jamás me habría dirigido la palabra. Pero claro, ahora le resultaba muy útil a las petardas como ella. Llevaba meses apareciendo en las revistas y dejarse ver conmigo aumentaría su popularidad. Uf, estaba harta de la gente que se acercaba a mí por interés.

Logan. La culpa la tenía él.

Lo busqué por toda la casa para cantarle las cuarenta. Se jactaba de ser un profesional y mantener las distancias, pero había tomado sin consultarme una decisión que me afectaba. Estaba furiosa. Por cómo me había tratado, porque Fernando se casara con una mujer odiosa, porque hubiera estado a punto de besarlo en el servicio, por Kevin Woods, John y aquel secreto que me impedía pasar página. Y caminé decidida hacia él cuando lo vi charlando con alguien de su equipo.

—Señor Prexton —lo llamé.

Logan le dijo algo a Andrew, que nos dejó a solas. Luego se volvió hacia mí. Me sacaba tres cabezas, era corpulento y tenía un aire circunspecto que te obligaba a respetarlo. Pero a mí no me amedrentaba.

—Buenas tardes, Señorita Parker. ¿Qué se le ofrece?

—Se me ofrece que deje de meter sus narices en mis asuntos —le espeté.

Sus ojos se abrieron un poco, pero se contuvo.

—Disculpe, creo que me he perdido. ¿De qué está hablando?

—Vamos hombre, ¡no se haga el tonto! —me quejé exasperada—. Mucho mandarme a abrazar a mi madre, como si yo tuviese la lepra, pero para tomar decisiones sin mi consentimiento no le importa cruzar la línea.

Los ojos de Logan echaron chispas y no pudo disimular su irritación. Mejor, porque estaba harta de aquella frialdad bajo la que enmascaraba todo lo que sentía.

—Es evidente que está molesta conmigo por lo que sucedió entre nosotros. Me reitero en lo que dije, aunque tal vez debería haberlo expresado con más tacto.

Que me lo recordara como si nada me tocó la moral. Me lo estaba restregando con la elegancia que no había tenido antes, ¡aquello era el colmo!

—El tacto se lo mete usted por donde le quepa. Y la próxima vez que acepte una invitación en mi nombre, sepa que está despedido. Que me salvara la vida una vez no le da derecho a tomarse tantas licencias.

Logan apretó la mandíbula y me fulminó con la mirada. No me dejé impresionar, a pesar de que sus ojos grises destilaban rabia y estaba tan tenso que la vena de su cuello sobresalía peligrosamente.

—Lo mínimo que puede hacer cuando acusa a alguien es tener pruebas, pero qué puedo esperar de usted. No es la primera vez que me juzga sin ofrecerme el beneficio de la duda —me dedicó una mirada cargada de desdén antes de darme la espalda—. Descuide, voy a llegar al fondo de este asunto. Ya tendremos tiempo de que me diga a la cara todo lo que piensa de mí, Señorita Parker.

Me dejó con la palabra en la boca y cara de póker. Fui a replicar algo, pero tuve la sensación de que había vuelto a equivocarme con él. Genial, lo que faltaba. Otro punto más para que Logan se creyera con el derecho a tratarme como una niñaata.

No había sido Logan, sino uno de sus hombres. Al parecer, Jessica había estado acosando a Andrew durante la fiesta para sonsacarle información. Y Andrew, probablemente embaucado por el atractivo de la pelirroja, había cantado como un pajarito. Logan me lo estaba explicando con una crispación que no me pasaba desapercibida.

—He despedido a Andrew.

—Tampoco hacía falta que lo despidiera. Habría bastado con una amonestación y la promesa de que eso no volvería a suceder.

—Cuando uno de mis hombres traiciona mi confianza, no le concedo una segunda oportunidad. Sobre todo, cuando uno de sus errores puede perjudicar a la persona que estamos protegiendo. La discreción es una condición inquebrantable en mi trabajo.

En el fondo tenía razón, así que no pude objetar nada. Tampoco era nadie para decirle que no despidiera a uno de sus empleados si él lo consideraba oportuno.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mi subordinado.

—No ha sido culpa suya... —me sorprendí diciendo. Pero era la pura verdad. Lo había juzgado a la ligera porque estaba cabreada con él. Logan podía ser un tipo serio, pero por ahora no me había fallado como guardaespaldas.

—Por supuesto que lo es —determinó tajante—. Yo respondo por mis hombres. Si alguno comete un error, es mi culpa no haberlo previsto.

—No tiene importancia, se lo repito.

Estuve tentada a disculparme por cómo lo había tratado, pero el orgullo me lo impidió. Me sentía demasiado humillada por sus palabras como para dar el primer paso. Él me miró fijamente, como si esperara algo de mí.

—Le dije que después de llegar al fondo del asunto, podría decirme a la cara todo lo que piensa de mí. Adelante, la escucho.

No era un hombre que se andaba por las ramas.

—Señor Prexton, dejémoslo para otro día. Ahora mismo me siento tan enfadada que diría cosas de las que luego me arrepentiría.

—Ya sé que le molestó que reaccionara de una forma tan desabrida. Puede que mis formas no fueran las correctas, pero...

—Mantiene lo que dijo. Sí, ya lo sé. Me lo dijo antes —respondí irritada. Me acerqué a él, que estaba apoyado con despreocupación en la mesa del porche. Allí recostado quedábamos a la par, así que aproveché nuestra igualdad para mirarlo a la cara. Recorrí sus facciones duras y la cicatriz de su ceja. Él me devolvió la mirada con expresión desafiante. Era un hueso duro de roer—. Señor Prexton, ya sé que no le caigo bien.

Abrió la boca para decir algo, pero yo puse una mano en alto.

—Ni se moleste en tratar de fingir lo contrario.

—Iba a decir que tiene usted razón —respondió con tranquilidad.

Argh, qué tipo tan...

—Sí, bueno... ¿lo ve? Yo hago todo lo que está en mi mano para que nos llevemos bien. Pero usted es... un tipo tan complicado como yo, ¿vale? —enarcó una ceja, quizá porque no estaba de acuerdo con mi comparación. Pero yo iba a probar mi teoría—. Sí, soy obstinada y me encanta llevar la razón. Pero usted también es terco, y estoy convencida de que ya se forjó una opinión sobre mí mucho antes de conocerme. Me culpa a mí de no concederle el beneficio de la duda, ¿pero acaso me concede usted alguna oportunidad?

Con los brazos cruzados sobre el pecho y un aspecto feroz, Logan Prexton me miró sin decir nada. No tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero tampoco me importó.

—Sí, quizá lo de abrazarlo estuvo fuera de lugar. Pero sabe de sobra que me encontraba con el ánimo por los suelos y que me salió de dentro. Estaba agradecida con usted y muy aliviada porque me tranquiliza que sea mi guardaespaldas. No es como si tuviera que ir escondiéndose de mí porque tema que vaya a saltar a sus brazos, eso los sabemos los dos. Lo mío fue humano, lo suyo no. Pero descuide, no se repetirá. Si tanto le molesta todo lo que represento, le aseguro que de ahora en adelante nuestra relación se limitará a lo estrictamente profesional. Eso es todo lo que tengo que decirle.

—Me parece bien.

Mis palabras no le habían afectado lo más mínimo. Era como hablar con una roca. Traté de no mostrar mi decepción y me eché hacia atrás cuando él se puso de pie. Me sentí como una pulga delante de aquel hombre tan intimidante e inexpresivo.

—Si no requiere nada más, tengo trabajo que hacer —dijo, y comenzó a alejarse de mí.

28. Logan

Hacía días que no podía pegar ojo. Soñaba con April, y a veces incluso con Keira. En lo felices que habíamos sido los tres antes de que todo se fuera a la mierda. Nunca fui un hombre de grandes ambiciones. Me gustaba mi trabajo, llegar a casa y encontrarme con las dos mujeres de mi vida. En eso se resumía mi felicidad.

Tampoco era de los que se lamentaban cuando ya era demasiado tarde. Me sentía afortunado y siempre daba gracias por ello. Es increíble como la vida podía dar un vuelco de un día para otro. Y luego lo perdías todo: tu trabajo, tu familia, tu dignidad... hasta convertirte en alguien que tachaba con orgullo los días que llevaba sin beber.

Casi un año sin probar una gota de alcohol. Cuatro años desde que mi vida se hizo pedazos. Un matrimonio roto por mi culpa.

Y Mia Parker tocándome los cojones. Me hacía gracia que una chiquilla que lo tenía todo intentara darme lecciones. Ella había nacido en un entorno privilegiado y jugaba a salvar el mundo. Era rica, joven y con una legión de pretendientes besando por donde pisaba. Sí, tenía un hermano en la cárcel que se merecía podrirse allí de por vida, pero al que el dinero sacaría pronto de allí. No tenía ni idea de lo que era sufrir. De recomponer los

pedazos de tu vida, intentar unirlos y saber que ya nunca volverías a ser el mismo. No sabía nada.

Me traía sin cuidado que me tildara de duro o creyese que no tenía sentimientos. Que me juzgara como un cretino que se formaba opiniones a la ligera —algo en lo que ella era una experta, por cierto—, o que entornara los ojos cada vez que le respondía con frialdad. Todos no podíamos ir repartiendo abrazos por el mundo y sonriendo como idiotas. Eso se lo dejaba a ella, que había nacido para ser el centro de atención.

Me recosté en una de las butacas del porche y admiré el cielo cuajado de estrellas. Ya era demasiado viejo para pedirle un deseo a una, pero a veces me sorprendía a mí mismo cerrando los ojos con fuerza y rogando algo que en el fondo sabía que no tenía solución. Cuando los abrí, Mia estaba de espaldas a mí y contemplaba el horizonte. No me vio. Vestía un fino camisón de seda que insinuaba cada una de sus curvas. Sentí la boca seca y traté de apartar la mirada de aquella condenada mujer. Se volvió de repente y ahogó un grito al verme. Luego se llevó una mano a la boca y suspiró aliviada al ver que era yo.

—No lo había visto.

—No quería asustarla. Parecía concentrada.

—Tan concentrada que no he visto a un hombre que mide casi dos

metros.

Ese era yo, y tenía la sensación de que mi apariencia la desagradaba. Como si fuese demasiado grande y hosco en comparación con la mayoría de hombres trajeados que la cortejaban. El pensamiento me llenó de una rabia que me desconcertó. Me daba igual lo que pensara de mí. Me traía sin cuidado no resultarle atractivo.

—¿No puede dormir? —le pregunté, al ver que seguía allí parada como un pasmarote.

—Pues no.

Noté que miraba con indecisión la butaca que había a mi lado. No necesitaba mi permiso para sentarse, estaba en su casa. ¿O es que me tenía miedo? No, no era miedo. No era de las que se amedrentaban con facilidad. Puede que le resultase incómodo sentarse al lado del bruto de su guardaespaldas.

—¿Quiere que me vaya? —le pregunté. De nuevo, aquel tono huraño que maldije para mis adentros.

Ella enarcó las cejas.

—No, Señor Prexton. Está usted en su casa, no tiene por qué irse a ningún lado.

Era educada por naturaleza, eso lo sabía de sobra. Todos los modales

que me faltaban a mí los tenía ella. Excepto cuando perdía los nervios y se comportaba como una fierecilla.

Fue hacia la butaca y se dejó caer como si pesara una tonelada. El camisón se le subió hasta los muslos y le miré las piernas sin poder evitarlo. Sus piernas eran morenas e infinitas. Me imaginé como sería perderme entre sus muslos y mi polla respondió con un espasmo. Joder, necesitaba urgentemente echar un polvo.

—De pequeña me daba miedo la oscuridad, pero hay que reconocer que las cosas más bellas solo se ven cuando está todo oscuro —señaló las estrellas con una sonrisa enigmática—. Como el cielo que tenemos ahora sobre nuestras cabezas. Como las personas que he conocido gracias a mi trabajo. Es increíble que quienes menos tienen son los que más aprecian la vida. Han aprendido a necesitar menos para ser más felices. Yo los admiro.

—No estoy de acuerdo.

Me gané una mirada curiosa por su parte. No sé por qué tuve que responderle, pues le estaba dando pie a una conversación. Probablemente ella hablaría hasta con las piedras. Lo que sí sabía era que cuando todo estaba oscuro era muy difícil ver la luz. Había que ser demasiado optimista para ver la vida como ella la estaba pintando.

—Esas personas a las que usted ayuda se consuelan con su realidad

porque es lo que tienen. Pero la pobreza, la muerte y las injusticias no tienen nada de bello. Aceptan su vida porque quejarse aumenta su sufrimiento. En la oscuridad no hay belleza.

—Eso es porque usted lo mira todo con ojos demasiado críticos. He estado en lugares donde la gente se muere de hambre, y aun así comparten su comida contigo. La bondad es bella. La sonrisa de un niño en mitad del desierto... que te acojan en su casa como si fueses de su familia...

—No vamos a ponernos de acuerdo en eso —la corté exasperado—. Usted mira la vida de una forma, y yo de otra.

—En realidad yo miro la vida más o menos como usted, pero envidio a los que son capaces de ser felices con lo que tienen. Creo que deberíamos aprender mucho de ellos.

—Si te pasan cosas malas, odias todo lo que te rodea. Pero me sorprende que usted, y permítame el atrevimiento, me diga que nos parecemos en algo. Su mundo y el mío son muy distintos.

—Eso no lo dudo —concedió con amargura.

Se abrazó a sí misma y noté que tenía la piel de gallina.

—Parece que es alguien que ha sufrido mucho —musitó, y me irritó que supiera leerme tan bien a pesar de todas las capas con las que yo me vestía para enfrentarme al mundo—. Ojalá que algún día encuentre la paz que

necesita para dejar de fruncir el ceño.

Me di cuenta de que arrugaba la frente y detesté con toda mi alma a Mia Parker.

—Usted no tiene ni idea...

—No, no la tengo — me interrumpió con suavidad—. A veces me pongo a desvariar, será la falta de sueño. No me lo tenga en cuenta.

Me levanté como un resorte. Ya le había dejado bastante claro que no íbamos a ser amigos, e incluso ella se había mostrado tajante al respecto. Pero se colaba en mi mente con una facilidad que me asustaba.

—¿Ya se va a dormir? Qué tenga una buena noche. Me da que a mí me va a costar conciliar el sueño — me dijo.

—¿Tiene frío?

—Sí, tendría que haber cogido una manta. Ya empieza a refrescar.

No sé por qué lo hice, pero me quité la chaqueta y fui a cubrirla. Mia me miró desconcertada y yo me quedé a medio camino, sintiéndome como un imbécil. Inclinado sobre ella, que me miraba con los ojos muy abiertos. Era una jodida belleza que de cerca te eclipsaba. Ninguno de los dos se esperaba aquel amago de intimidad. Su olor era delicioso y me perdí en sus ojos castaños repletos de motitas doradas. En aquella boca carnosa y entreabierta que me tentaba demasiado. Ya no podía retroceder, porque aquello habría

sido todavía más violento. Así que le eché la chaqueta por encima y le rocé los hombros. Ella se estremeció. Su piel era suave y estaba helada. Me costaría olvidar lo que había sentido al tocarla. Me aparté con brusquedad porque me dolía tenerla tan cerca.

—Muchas gracias —me sonrió con timidez y se arrebujó bajo la chaqueta.

Era muy pequeña en comparación conmigo, así que casi la tapaba por completo.

—No es nada. Le queda mejor que a mí.

¿Qué le quedaba mejor que a mí? Joder, me estaba luciendo. Ella no dijo nada, pero noté que su sonrisa se ensanchaba.

—Hasta mañana, Mia. Espero que consiga descansar.

Me largué de allí antes de que pudiera volver a cagarla.

29. Fernando

No me entendía ni yo. A veces llegaba a la conclusión de que era un cabrón al que le importaban muy poco los demás. O era eso, o debía buscar otra explicación para haber invitado a cenar a Sarah. Porque no tenía ningún sentido. Una cosa era cruzarme toda la puta ciudad para encontrar su marca de chocolate preferido con tal de aplacarla, y otra muy distinta pedirle una cita. Lo del chocolate me había autoconvencido de que era una burda treta para que dejara de estar enfadada. Pero tuve que reconocer que aquella sonrisa no tuvo precio.

O puede que la idea de perderla me diera pánico. Me decía a mí mismo que Sarah me era demasiado útil como para dejarla marchar. Y sí, admiraba lo bien que se le daba facilitarme la vida, para qué engañarme. Sarah siempre tenía una solución para mis problemas. Pero había algo más de lo que no había sido consciente hasta ese preciso instante: Sarah era de las pocas personas en mi vida a las que apreciaba de verdad. No solo confiaba en ella, sino que también le había cogido cariño. Sí, puede que me hiciera la vida más fácil, pero temía llegar un día a mi despacho y no encontrarla allí. Porque la echaría de menos.

Ella no lo sabía, pero la observaba cuando no se daba cuenta. Se creía que me conocía muy bien, pero lo nuestro era recíproco. Sus manías me resultaban familiares y adorables. Me había acostumbrado a verla comer chocolate a escondidas, teclear en su ordenador con el ceño fruncido y mordisquearse la uña del dedo pulgar cuando no encontraba la solución a algo.

Y joder, me había tocado la moral que me observara con recelo. Estaba habituado a su admiración, así que la decepción que noté en ella era algo para lo que no estaba preparado. Por qué no admitirlo si no me oía nadie: me importaba lo que mi secretaria pensara de mí. Ya está, ya lo había dicho.

Ahora podía fingir lo contrario y regresar a mi vida como si nada.

John Parker ya me estaba esperando, pero todavía no me atrevía a abrir la puerta. Llevaba diez años sin verlo, y recordaba que nunca le había causado demasiada simpatía. A diferencia de Matt, él no veía con buenos ojos que su hermana pequeña se relacionara con el hijo del jardinero. Presentarme ante él era saborear una victoria que me merecía.

¿Qué pensaría Mia de aquello? Sé que lo sucedido con John la había tenido hundida durante una temporada. Suponía que ya era agua pasada y que tal vez quería que su hermano saliera de la cárcel. En ese caso, me estaría agradecida. O cabía la posibilidad de que siguiera culpándolo por haber intentado asesinar a Matt y su cuñada. Torcí una sonrisa. Las rencillas familiares son como el cuñado pesado de turno, nunca se superan aunque uno lo intente. De todos modos, yo no le debía nada a Mia. Se había largado hacía diez años y ya no sentía nada por ella, a excepción de un profundo rencor. Mi polla tenía otros planes, pero siempre podía tenerla metida en el pantalón. Mientras que no volviéramos a vernos...

Cuando abrí la puerta, me encontré a un hombre más delgado y viejo. Seguía teniendo aquel aire orgulloso y me observaba con una sonrisa sardónica.

—Adelante, Fernando —dijo, como si las órdenes todavía las diera él—. Nunca imaginé que las cosas se dieran así.

—¿Qué tú estuvieras en la cárcel y yo me convirtiera en abogado?

—Lo de la cárcel se veía venir —me evaluó con la mirada y torció el gesto—. Lo tuyo no.

—No he venido hasta aquí para que me insultes. Ya no trabajo para tu familia.

Él puso las manos en alto, fingiendo una disculpa que no sentía.

—Vamos, Fernando... ¿o prefieres que te llame Señor Sandoval? No te

pongas a la defensiva. Creí que ya habrías madurado lo suficiente como para que no te importara la opinión de un presidiario. Sí, te traté mal cuando trabajabas para mi familia. Los ricos somos así. Necesitamos hacer distinciones para que los que son como tú no aspiren a más. ¿Y Mia? ¿Os seguís viendo?

Lo fulminé con la mirada. No había ido hasta allí para hablar de su hermana, y lo que nosotros tuviéramos no era asunto suyo. Nunca lo había sido.

—No es asunto tuyo —le esperé, colocando el maletín sobre la mesa—. ¿Vas a hacerme perder el tiempo? Porque en el fondo, sé que estás tan desesperado por salir de aquí que has decidido acudir a mí.

La sonrisa de John se esfumó. Ahora era mío.

Cuando entré en mi casa, Jessica me estaba esperando en el sofá con expresión angustiada. Se levantó en cuanto me vio y corrió hacia mí con los brazos extendidos. Se me cayó el maletín al suelo y traté de tranquilizarla mientras ella lloraba como una magdalena.

—Cariño, menos mal que estás aquí. No sabía que hacer... ha sido todo tan...

Se tapó el rostro con las manos y volvió a estallar.

—Jess, ¿qué pasa? Vamos, tranquilízate. Ya estoy aquí. Eh...

Nunca la había visto así, por lo que debía haber pasado algo grave. Ella enterró la cabeza en mi pecho y comenzó a temblar, así que la abracé.

—Tu padre...

La cogí de los hombros y la aparté de mí.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —la zarandeeé cuando ella no me

respondió—. Jessica, ¿dónde está?

—Está bien. El médico lo está inspeccionando y le ha dado un tranquilizante. Dios mío, ha sido horrible. María estaba limpiando su habitación cuando se dio cuenta de que había manchado las sábanas. Ya sabes que ella es muy discreta y que jamás lo pondría en evidencia, así que no le dije nada. Estaba cambiándole las sábanas cuando él se puso hecho una furia. Dijo que ella era una mentirosa, que seguro que se le había derramado un vaso de agua... —el rostro de Jessica se contrajo en una mueca apesadumbrada y bajó la voz—. Intentó pegarle. Cuando escuché los gritos, fui corriendo y tuve que intervenir. Ninguna de las dos fue capaz de calmarlo y tuvimos que llamar a un médico. Lo siento mucho, cariño.

La miré consternado. Eso no tenía ningún sentido. Conocía a mi padre y jamás le pondría la mano encima a nadie.

—Mi padre no es una persona violenta —lo defendí airado.

Jessica se apartó dolida y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—¿Crees que te estoy mintiendo? ¡Por quién me tomas! —me chilló—. Ya sé que las cosas entre nosotros no han ido muy bien últimamente, pero yo no soy... yo jamás...

Me arrepentí de inmediato. No estaba interpretando ningún papel. Puede que Jessica fuese un poco frívola y ambiciosa, pero tampoco podía juzgarla con esa dureza. De repente me sentí como una mierda. Mi futura mujer estaba llorando a mares y yo era incapaz de consolarla. ¿En qué clase de persona me convertía aquello?

—Jessica...

—Si no me crees, ve a hablar con María. Seguro que su palabra te merece más respeto que la mía —replicó indignada—. La pobre está muerta de miedo. Las dos nos hemos llevado un buen susto.

—Oye, eso no es...

Cuando el médico bajó las escaleras, me acerqué a él para preguntarle qué tal estaba mi padre. Me contó que ahora se encontraba estable, pero que había tenido que administrarle un calmante porque sufría una crisis nerviosa.

—Todavía es pronto para darle un diagnóstico. Puede que se trate de un hecho aislado o de demencia senil. Sería conveniente que lo trajesen a la consulta cuando antes para hacerle unas pruebas.

—Por supuesto, doctor —intervino Jessica—. Gracias por haber llegado tan pronto. Lo acompaño a la puerta.

María también secundó la versión de Jessica. Estaba atemorizada y decía que mi padre había intentado golpearla. Me quedé tan desecho que fui a verlo, pero él ya dormía plácidamente gracias al calmante que le habían administrado. Me costó vislumbrar al hombre violento y me sentí como una mierda. Quizá era culpa mía por no estar atento a sus achaques. Mi padre era una persona mayor, ¿cuándo fue la última vez que lo había llevado al médico? En los últimos años había envejecido bastante, pero yo ni siquiera me había fijado. Y a veces tenía algún que otro despiste, algo a lo que yo restaba importancia. ¿Y si la culpa era mía, por no haber estado lo suficiente pendiente? Mis años en Yale, en Carolina del Norte, mis escasas visitas por culpa del trabajo... era un mal hijo.

Me arrastré hacia el dormitorio. Jessica se estaba desvistiendo y a mí ni siquiera se me puso dura. También era un mal novio, y un futuro marido de mierda. ¿Qué clase de hombre coqueteaba con su secretaria e intentaba besar a un amor del pasado? Caminé hacia ella y la rodeé con mis brazos. Ella no se apartó.

—Lo siento mucho —me disculpé apesadumbrado—. Siento haber dudado de ti.

—Siempre estaré a tu lado —dijo, antes de besarme.

Pero no sentí nada, a pesar de que intenté concentrarme. Pese a que Jessica era atractiva y cualquier otro hombre habría envidado mi suerte.

Porque cuando la besé, imaginé otro rostro y supe que estaba perdido.

30. Mia

Me desperté envuelta en la chaqueta de Logan. Me había quedado dormida en la cama con ella puesta. Olía a él. Mi guardaespaldas podía ser un bruto, pero siempre olía de maravilla. Me di cuenta de lo fuera de lugar que estaba dormir abrazada a su ropa y me la quité de encima. Tan fuera de lugar como el haberse quitado la chaqueta para taparme. No entendía nada. Logan se empeñaba en mantener las distancias, pero a veces...

No era para nada mi tipo. Era enorme, intimidante y tenía los modales de un cactus. Pero también sabía mostrarse amable, protector y con una delicadeza como la de anoche que, para qué engañarme, me había abrumado. Tenía la sensación de que era un hombre que había sufrido muchísimo, y que bajo aquella armadura se escondía un gran corazón. Y era aquel contraste el que me desconcertaba. Porque Logan Prexton era la clase de persona que te salvaba la vida y luego te mandaba a abrazar a tu madre.

Sí, me tenía hecha un lío. Me recordaba a cómo me sentía cuando tenía dieciocho años y Fernando pasaba de mí. A la rabia y la pasión que combatían para ganar la partida. Eché de menos ser amada y querer sin medidas. Al chico joven que estaba lleno de sueños y que bebía los vientos por mí. Nuestra historia había sido preciosa porque él fue mi primer amor. Y ahora... ahora había vuelto a verlo y no sabía ni lo que sentía. Fernando me odiaba y yo todavía buscaba en él algo que me recordara a la chica de dieciocho años que había sido feliz a su lado.

Cerré los ojos y recordé uno de nuestros muchos momentos. Estábamos en su casa, la construcción que había detrás del invernadero. Yo era la inexperta y él estaba teniendo una paciencia infinita conmigo. Me moría de ganas de hacer el amor con él, pero me asustaba no saber qué hacer.

—Sabes a tarta —me susurró después de besarme.

—Ve despacio —le pedí.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero dejó las manos quietas y me miró a los ojos. Así era Fernando, un chaval demasiado noble para su edad. Quizá había sido eso lo que me había enamorado de él. Era tan distinto a los chicos con los que me relacionaba. A mi exnovio, el estúpido quarterback que solo quería meterme mano...

—Si hago algo que no te guste me lo dices. Puedo parar cuando tú quieras.

Asentí nerviosa.

Me besó el cuello y luego fue deslizándose la boca por mi garganta. Me acarició la espalda y me pegué a él de manera inconsciente. Nunca me habían tocado de aquella manera tan íntima y me gustaba muchísimo. Hasta que noté el bulto que me apretaba el vientre y me quedé paralizada.

—¿Qué es eso? —pregunté con un hilo de voz.

Fernando se quedó tan cortado que dejó de tocarme.

—Pues... es lo que pasa cuando me gusta como me tocas.

¡Ya sabía lo que era! Pero me puse colorada como un tomate y lo fulminé con la mirada.

—¡Ya sé que es una erección! No soy idiota.

—Bueno, pero has preguntado... —murmuró perplejo, sin saber cómo acertar.

Hice el amago de levantarme, pero él me agarró por la cintura.

—Oye... haremos las cosas a tu manera, te lo prometo. Jamás haría algo que te hiciera sentir incómoda, de verdad. Si quieres que nos besemos, nos besamos. Si quieres ir un paso más allá, puedo seguir hasta donde tú me digas. Lo último que quiero es que me tengas miedo.

Esquivé su mirada. Qué vergüenza. Seguro que pensaba que era una pardilla.

—No te tengo miedo, solo estoy algo nerviosa.

—Eso es normal —dijo con suavidad.

*—Pero tú tienes más experiencia que yo. Me siento algo tonta cuando...
—hice un gesto con las manos porque fui incapaz de acabar la frase.*

Pero Fernando me entendió. Cogió mi rostro y me obligó a mirarlo. Me miraba con una ternura infinita. Y sí, puede que ese fuera el momento preciso en el que comprendí que me había enamorado de él.

—¿Y qué? Me siento como un crío cuando me besas. Si crees que para mí eres una más, te juro que te equivocas. Llevas tantos años volviéndome loco que no sé... no sé por dónde empezar. Para mí también es difícil.

Deseché aquel recuerdo. Qué poco tenía que ver aquel joven con el hombre que me había encontrado en el servicio. Uno era cariñoso y delicado, y el otro, por mucho que me sintiera atraída por él, no tenía nada que ver con el primero.

Iría a su fiesta de compromiso. Y no por una cuestión masoquista, sino porque haciéndolo me obligaba a pasar página. Cuando mirase a Fernando a los ojos y no reconociera en él al hombre del que me había enamorado, todo se habría acabado. Había sido bonito mientras duró, ¿y qué? La gente cambiaba, yo lo había hecho. Cuanto antes lo asimilara mucho mejor para los dos. Así él reharía su vida con su futura mujer y yo seguiría con la mía, sin dejarme arrastrar por un recuerdo que no me hacía ningún bien.

Era la noche de Jessica Smith, eso no era discutible. Aquella mujer pelirroja estaba deslumbrante y entendí por qué Fernando iba a casarse con ella. Yo me había decantado por un sencillo vestido negro que me llegaba hasta las rodillas. Me había dejado el pelo suelto y no llevaba joyas. De repente me sentí fuera de lugar entre tanto vestido largo y deseé con todas mis fuerzas escapar de allí. ¿Qué pintaba yo en aquella fiesta de compromiso? ¿Qué más me daba lo que pensara la tal Jessica? ¿Es que nunca aprendía? Puede que en el fondo fuese igual que todos aquellos a los que criticaba. Que me encantara sentirme especial con mi estilo de vida, pero no

estuviera preparada para admitir las críticas.

—¿Mia? —una voz conocida me saludó por detrás—. Estás igual de guapa que siempre. Jovencita, cuánto me alegro de verte.

Era el padre de Fernando. En cuanto lo vi, me eché a sus brazos y lo estreché con fuerza.

—Señor Sandoval, cuánto tiempo sin verlo. ¿Qué tal está?

—Un poco más viejo que tú —me guiñó un ojo. Tuve la sensación de que estaba algo triste—. No sabía qué venías a la fiesta de compromiso de mi hijo. ¿Seguís siendo buenos amigos?

—Hace mucho que no nos vemos, pero coincidimos el otro día en la fiesta anual de la empresa de mi hermano. Jessica invitó a toda la familia, y no queríamos perdérselo.

Noté que torcía el gesto al escuchar el nombre de su futura nuera.

—No sé dónde estarán mi madre, Matt y Harley, pero seguro que se alegrarán mucho de verte. Se habrán perdido en esta casa tan grande —bromeé, y él me devolvió la sonrisa—. Nos dio pena que te marcharas. Ojalá hubiera estado allí para despedirme de ti, pero ahora somos vecinos. Y me alegro mucho por vosotros. De ver lo bien que le van las cosas a tu hijo. Se ha esforzado mucho y se lo merece.

—Sí, así es. Pese a todo.

—¿Pese a todo? —pregunté sin entender.

Él se arrepintió de inmediato.

—No me eches cuenta. Todos los días no es la fiesta de compromiso de tu hijo. Echaba de menos una cara conocida entre tanto rico al que no conozco.

Lo entendí a la perfección. Debía sentirse fuera de lugar rodeado de gente desconocida que, en otra ocasión, jamás se habría dignado a dirigirle la

palabra.

—Es curioso cómo cambia la vida... —murmuró, estudiándome con ternura—. Hubo un tiempo en el que creí que, cuando Fernando se graduara y tú te establecieras en Golden Pont, volveríais a estar juntos.

—Supongo... que la vida da muchas vueltas, como usted dice —respondí con educación.

—Sí, así es. Y las apariencias engañan, Mia. El tiempo nos hace más viejos, pero lo que fuimos siempre nos acompaña. Solo se trata de encontrar tu camino entre tanto atajo.

Lo miré sin entender, y él fue a añadir algo. Pero entonces lo interrumpió un hombre que se acercó a él.

—Te estaba buscando, papá. Jessica va a dar un discurso y quiere que... —la voz de Fernando se detuvo en cuanto me vio. Parecía muy sorprendido, como si no tuviera ni idea de que yo estaba haciendo allí—. Hola, Mia.

Dos palabras, una manera muy elegante de enviarme al infierno. Le ofrecí una sonrisa glacial. No estaba allí por gusto, sino por culpa de la entrometida de su prometida.

—Hola, Fernando. Os dejo solos, que veo que os reclaman.

—En realidad, me gustaría hablar contigo de algo. Ahora vuelvo, papá —me agarró de la muñeca antes de que pudiera escaquearme y comenzó a arrastrarme hacia la cocina.

Intenté zafarme, pero me sujetaba con fuerza y no quería llamar la atención.

—Suéltame —gruñí en voz baja—. ¿No tuviste suficiente con lo de la última vez?

—No hasta que hablemos —determinó con voz dura.

Estaba alterado y me hacía daño. Cruzamos la cocina ante la atenta

mirada de los empleados y salimos por otra puerta. Me di cuenta de que me arrastraba hacia uno de los baños de la primera planta e intenté frenar.

—¿Tú y yo en un baño? No, gracias. Ya tuve suficiente de eso.

Ignoró lo que le dije y me empujó dentro. Cerró la puerta y acto seguido me fulminó con la mirada.

—¿Qué coño haces aquí?

La violencia de sus palabras me echó hacia atrás.

—¿Disculpa?

—¿Has venido a ponerme en evidencia delante de Jessica? —me recriminó, como si la culpa fuese solo mía.

—Para eso no me necesitas, ya te bastas tú solo.

—¿Entonces qué haces aquí? —el recelo de su voz seguía allí.

Ladeé la cabeza y entrecerró los ojos, entendiendo por donde iba. ¿Me estaba tomando por una amante despechada?

—Un segundo —la voz me tembló de impotencia—. ¿Qué estás queriendo decir? ¿Insinúas que he venido hasta aquí para irme de la lengua con tu mujer?

—No lo sé, dímelo tú. Te encanta llamar la atención, Mia.

Apreté los puños. Sabía dar golpes bajos. Allí estaba otra vez, recordándome el pasado para hacerme daño.

—Eres un cretino —le escupí a la cara, cada vez más furiosa—. Fue tu prometida quien le sonsacó información a uno de mis guardaespaldas, mandó un mensajero a mi casa y luego me llamó por teléfono prácticamente poniéndome en un compromiso para que viniera.

Al principio se quedó de piedra, pero luego se limitó a reírse con ironía. Estaba vestido y peinado para la ocasión, pero no fue su apariencia lo que me dejó estupefacta, sino su actitud. Su fachada arrogante, la mirada fría, la

sonrisa presuntuosa...

—Sí, seguro que te puso una pistola en la cabeza para obligarte a venir.

—Intuyo que estás muerto de miedo ante la idea de que te arruine el chiringuito. Pero tranquilo, no he venido a montar ninguna escena. No voy a contarle a Jessica que estuviste a punto de besarme en la fiesta.

—Te montas tus propias películas. No iba a besarte, sino a pedirte una explicación. Y según recuerdo, tampoco me lo pusiste muy difícil cuando te puse las manos encima. Venga ya, pero si lo estabas deseando.

Inspiré con fuerza. Se estaba pasando tres pueblos. ¿Quién era el hombre que tenía delante? ¿Dónde estaba el chico amable del que me enamoré?

—Eres... eres...

—¿Qué soy? —exigió saber con chulería.

—No lo sé, pero ya me voy haciendo una idea. Ojalá me creyera que te vas a casar con esa mujer porque estás perdidamente enamorado de ella. Desgraciadamente, estoy llegando a la conclusión de que eres un oportunista. Me das pena.

Su expresión se oscureció. Ajá, había dado en el clavo. Fernando me lanzó una mirada repleta de odio.

—Cuidado con lo que dices.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer?

Dio un paso hacia atrás. De repente se sentía confundido y puso las manos en alto.

—Nada, joder. No sé quién te crees que soy, pero me conoces lo suficiente para saber que yo nunca... jamás... te tocaría si tú no...

Y allí estaba, el chico del que me enamoré hace diez años. Lo veía en sus profundos ojos castaños y en la forma tan familiar en la que se destrozaba el peinado.

—Fernando, vamos a dejar de hacernos daño. Por favor —musité apesadumbrada—. Lo nuestro ya pasó. Ahora tú tienes tu vida. Una que era la que querías, y que parece estar muy bien.

—No, no pasó. Te alejaste tú y no me diste ninguna opción. Yo te quería —me recriminó, con la voz rota por el dolor.

—Yo también te quería —mi voz sonó apagada.

Quería. Pasado. ¿O tal vez no?

—¿Y qué demonios nos pasó? —se acercó a mí y no se lo impedí. Luego extendió una mano y me acarició la mejilla como hacía cuando éramos dos adolescentes—. No puedes decir que lo nuestro ya pasó y quedarte tan tranquila. Porque en el fondo, sabes que aún tenemos una cuenta pendiente.

Me atrajo hacia él e intentó besarme, pero aparté la cara. Sus dedos me quemaban la piel y estaba algo mareada. Quizá por las dos copas de champan, o puede que por tenerlo tan cerca después de tanto tiempo.

—Para... esto no está bien —le pedí con voz débil.

No me hizo caso. Bajó una mano hasta mi cintura y con la otra me cogió de la nuca. Nuestras bocas se rozaron y yo entrecerré los ojos.

—Pero lo estás deseando.

—No podemos... —me tembló la voz.

—¿Por qué no? ¿Por qué me voy a casar con una mujer a la que no amo y tú le haces ojitos a tu guardaespaldas?

Le di un empujón y lo fulminé con la mirada. No tenía derecho a hablar de él.

—He visto cómo lo miras, ni te esfuerces en negarlo. Era como me mirabas a mí hace diez años. Aunque dudo que él te haga sentir lo mismo que yo cuando te beso.

Me besó con dureza antes de que pudiera reaccionar. Quise resistirme, o

al menos lo intenté. Pero de pronto volví a sentir que tenía dieciocho años y sucumbí a él. Me dejé arrastrar por el deseo y le devolví el beso con ferocidad. Con un hambre que me atravesó todo el cuerpo y me dejó aturdida. Él me agarró de las caderas, me subió al lavabo y se metió entre mis piernas.

—Nos van a oír —me temí, respirando con dificultad.

—A la mierda todo —gruñó, y me quitó las bragas.

No sé lo que sucedió entonces. Él perdió los papeles, y yo no se lo impedí. Me tiró del pelo cuando me penetró con fuerza. Yo le mordí el hombro y luego todo se volvió borroso. Nuestros gemidos ahogados. Sus embestidas. El rencor. Lo pagó con mi cuerpo mientras yo trataba de reconciliarme con su recuerdo. Fue un sexo sucio, salvaje y violento que me dejó vacía. Ni siquiera me corrí, y él se apartó de mí en cuanto terminó. No fuimos capaces de mirarnos a la cara. Me sentía rota y dolida.

Me tragué las ganas que tenía de llorar mientras los dos nos vestíamos en silencio. ¿Qué habíamos hecho? Allí, en el baño de su casa. Habíamos ensuciado un bonito recuerdo por culpa de algo que, acababa de descubrir horrorizada, no merecía la pena.

—Qué hemos hecho... —susurré espantada—. Tú te vas a casar y yo... yo ni siquiera te reconozco. Ya no sé quién eres.

—Yo tampoco sé quién eres tú. Has cambiado, ya no eres la misma. Te fuiste hace diez años y yo seguía buscando una explicación. ¿Pero sabes qué? Ya ni siquiera me importa. La chica de la que me enamoré no eres tú —me espetó con voz fría.

Agarró el pomo de la puerta y ni siquiera me miró a la cara.

—Adiós, Mia.

31. Mia

Logan lo sabía. Lo había visto a lo lejos, vigilándome con expresión dura, antes de que Fernando me metiera en el servicio. Salí de allí con la cabeza gacha y me dirigí hacia el coche, donde él ya me estaba esperando. No intercambiamos ninguna palabra, ¿para qué? A esas alturas ya debía haberse formado una opinión de mí. Hasta yo la tenía.

Me sentía sucia, utilizada y herida. Profundamente herida. No solo me había acostado con un hombre comprometido, sino que además no había merecido la pena. Acababa de estropear el recuerdo que tenía de Fernando por un revolcón de mierda.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Deseaba estar sola y llorar hasta que no tuviera lágrimas. Pero Logan estaba a mi lado, observándome de reojo sin decir nada. Y de repente me sentía juzgada.

—Venga, ¡di algo! ¡Lo estás deseando! —estallé, rota por el dolor.

—¿Qué quiere que le diga? —su voz glacial. Su mirada inexpresiva.

Como si no le importara. Como si yo no importara nada.

—Tú lo has visto todo. Sé lo que estás pensando. Por mucho que lo disimules, vi tu cara antes de que... —dejé la frase sin acabar.

—¿Antes de que se metiera en el servicio con ese hombre? —su voz estaba llena de una calma peligrosa—. Mi trabajo no es juzgar lo que usted hace.

—¡No! —me reí sin humor—. Pero... te vi la cara. ¿Qué pasa? ¿Soy lo peor, a qué sí? Bien, te doy la enhorabuena. Esto confirma tus pensamientos sobre mí.

—Será mejor que se calle —una advertencia, o tal vez un consejo.

—Sí, será mejor. Para qué preguntar. Ya sé lo que piensas de mí.

—Usted no tiene ni idea de lo que pienso.

Me volví para mirarlo, y noté que sus ojos destilaban rabia. Mis lágrimas se esfumaron y me quedé sin respiración. No, no lo sabía. Pero...

—Soy una imbécil... —dije para mí misma, agachando la cabeza.

Deseaba meterme en la cama, llorar acurrucada a Rusty y olvidar lo que acababa de suceder.

—Todos cometemos errores —dijo él.

Había compasión en su voz, pero también ira contenida. No sabía descifrar lo que ocultaban sus palabras. Y me miraba de una forma extraña. Una mirada profunda que me hacía sentir pequeña.

Habíamos llegado.

—Eso es una constante en mi vida —me limpié las lágrimas con el dorso de la mano—. Ojalá no me hubieras visto. A veces tengo la sensación de que no puedo dejar de hacer el ridículo delante de ti.

Abrí la puerta del coche, deseando escapar de allí.

—Mia — me llamó.

No pude soportarlo más y eché a correr hacia la casa. Quería olvidarme de todo. Beberme una botella entera de ron. Buscar respuestas al mar de preguntas que ahogaban mi cabeza. Y entre ellas había una que sobresalía: ¿por qué me importaba tanto lo que pensara él?

Harley se había atrevido a entrar en mi habitación. Tenía la cabeza escondida bajo la almohada y no quería ver a nadie, pero dentro de las posibilidades: mi madre, Matt... ella era la más tolerable. Se sentó en el borde de la cama y me puso una mano en la espalda.

—Por favor, déjame en paz — le pedí con voz ahogada.

—Ya sé que quieres estar sola, pero necesito que sepas que esto no es el

fin del mundo.

—¿A qué te refieres? Ni siquiera sabes lo que me pasa.

—Me lo puedo imaginar, cielo. Te has acostado con Fernando y... la cosa no ha tenido que salir muy bien, por lo que veo.

Levanté la cabeza de la almohada y la miré desconcertada.

—¿Lo saben Matt y mamá? — me asusté.

—Se preocuparon cuando te fuiste sin avisar, pero no tienen ni idea de por qué te has encerrado en tu habitación. Tranquila, esto quedará entre nosotras.

—¿Qué pasa? ¿Qué soy un libro abierto? —me quejé apesadumbrada.

—Mia... yo también tuve tu edad y me equivoqué muchísimo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo mío no tiene comparación. Me he acostado con el futuro marido de otra persona en su propia casa —apreté los labios y respiré con dificultad. Si lo decía en voz alta sonaba mucho peor—. Me siento fatal. Ni siquiera es culpabilidad lo que siento... no, no es eso. Me siento sucia. Como una mierda.

Ella me escuchó sin decir nada. Sabía que necesitaba desahogarme.

—Me siento utilizada. Él se ha acostado conmigo para desquitarse. Para enterarse de una puta vez de que ya no siento nada por mí. Qué bonito, me ha follado a modo de despedida. Dios mío, me siento patética.

—Vamos, no digas eso.

—Es la verdad.

—Creo que los dos os habéis utilizado.

Dejé de llorar y la miré sin dar crédito. Ella me apretó la mano y me ofreció una sonrisa comprensiva.

—Sí, no me mires así. No te sientas culpable, por mucho que lo niegues, por algo que tenía que suceder tarde o temprano. Os habéis utilizado mutuamente porque necesitabais ponerle punto final a lo vuestro. Y ya está, se ha acabado. No has matado a nadie, Mia. Simplemente te has arrojado a los brazos de alguien a quien amaste muchísimo. Supongo que esperando sentir lo mismo que hace diez años.

La escuché atentamente. Quise decirle que no, pero en el fondo tenía toda la razón que a mí me faltaba.

—Yo... tal vez sí... pero me duele.

—Claro que sí. Te duele comprender que ya no hay nada entre vosotros. Y hoy no podrás dejar de llorar. Pero mañana, con un poco de suerte, te darás cuenta de que era lo mejor que podría haberte pasado.

—¿Follar con él? —ironicé.

—Decirle adiós de una vez por todas.

—Lo quise muchísimo, de verdad que sí. Es solo que...

—Has crecido. Ya no buscas las mismas cosas, ni quieres de la misma forma, o te enamoras de la misma persona. ¿Y qué? Cuando te reconcilias con tu pasado puedes mirar por fin hacia adelante. Llevas demasiado tiempo mirando atrás, no me digas que no.

—Diez años.

—Eres lenta, como tu hermano. Supongo que eso os viene de familia.

De pronto las dos nos echamos a reír.

—Necesitas estar sola. Le diré a los niños que no te molesten y trataré de aplacar a Matt, que está deseando venir a verte —fue hacia la puerta, pero se detuvo al ver la chaqueta de Logan sobre una silla—. Oye, ¿esa no es la chaqueta del Señor Prexton? A lo mejor deberías devolvérsela y tener una charla con él. Ya sabes, por eso de mirar hacia adelante...

Apoyé la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos con fuerza. Sí, claro. Lo que me faltaba. Complicarme más la vida con mi misterioso guardaespaldas. Y de todos modos, a esas alturas y visto lo visto, él ya no querría saber nada de mí. Me lo tenía merecido.

Harley tenía razón. No debía echarle la culpa a Fernando, porque en eso estábamos empatados. Nos habíamos utilizado mutuamente. Él para ponerle punto final a lo nuestro, y yo buscando sentir lo mismo que cuando éramos unos adolescentes. Pero solo había encontrado desamor y desprecio. Porque el hombre que conocía ya no estaba, y porque lo nuestro ya formaba parte del pasado. Uno que habíamos manchado metiendo la pata hasta el fondo.

32. Fernando

Jessica se estaba despidiendo de los últimos invitados. Yo le había sugerido que hiciéramos una celebración íntima, pero ella había decidido organizar una fiesta de compromiso por todo lo alto. Había gente a la que no había visto en mi vida, amigos de los amigos de nuestros amigos y demasiadas personas a las que estrechar la mano por compromiso. Le encantaba lucirse y ser el centro de atención. ¿Pero acaso podía culparla?

Acababa de follar con Mia. En nuestra casa. Mientras Jessica me buscaba como una loca para dar nuestro discurso. Sí, le había sido infiel con un amor del pasado. Y ni siquiera me hacía sentir mejor el hecho de haberlo hecho con alguien especial. Joder, Mia tenía razón. ¿Qué cojones habíamos hecho? No me reconocía en el hombre que se la había tirado como un salvaje sobre el lavabo. Y ella... ella ni me había mirado a la cara cuando habíamos terminado. ¿Para qué? Me sentía frustrado conmigo mismo. Había tocado una piel que ya no respondía a mis caricias. Había destrozado el recuerdo de algo que fue hermoso. Nuestra historia había culminado con un revolcón en el cuarto de baño.

No quería hacerle daño, pero nos lo había hecho a los dos con mi actitud. Mi despecho había hablado y de repente me había sobrado todo lo demás. Y... ese era el resultado. Ese era yo: el que le hacía daño a dos mujeres. A su primer amor y a aquella con la que iba a casarse. Incluso me daba igual que Jessica se enterara de mi infidelidad. ¿Y qué? La conocía tan bien que sabía de sobra que lo que más le importaría sería la apariencia. Correría a desquitarse con el primero que se le cruzara por delante y luego fingiría que entre nosotros todo iba perfectamente.

Así era ahora mi vida: un exceso de lujo y frivolidad en el que las cosas de verdad brillaban por su ausencia. *La vida que tú siempre quisiste* me dijo Mia. Sí, puede que tuviera razón. Pero también la había imaginado a ella a mi

lado, volviendo a mis brazos al darse cuenta de lo que se estaba perdiendo.

¡De lo que se estaba perdiendo! Una mueca sarcástica me cruzó la cara. Era evidente que Mia ya se había dado cuenta de lo que se perdía, y acababa de decidir que no valía la pena. No la culpaba, para qué mentir. Su expresión decepcionada fue un duro golpe para mi orgullo. Sí, me había convertido en un abogado de prestigio que vivía en una casa increíble. ¿Y qué? Para ella no significaba nada porque me había convertido en todo lo que ella aborrecía. La revelación me hizo tanta gracia que comencé a reírme en voz alta.

—¿Se puede saber qué diantres te pasa? —preguntó irritada Jessica.

Me volví hacia mi futura mujer, que lucía espectacular con un vestido rojo que dejaba poco a la imaginación.

—¿Ya se han ido todos?

—Sí, menos mal. Antes de que tú pudieras montar un espectáculo —me repasó con la mirada y su rostro se contrajo en una expresión desabrida—. Has bebido demasiado.

—No lo suficiente —me volví a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me recriminó indignada.

—Oh... todo. Esta gran fiesta que has montado —extendí los brazos y señalé los restos de copas y aperitivos que había por toda la casa—. ¿Estás contenta, mi amor? Para qué tener en cuenta mi opinión, eh. Era tu día. Yo solo soy... un complemento.

Ella me lanzó una mirada vacía.

—Deberías darme las gracias. He sido yo la que ha hecho todo el trabajo mientras tú te centrabas en tus cosas, como siempre.

—Bueno... el trabajo lo ha hecho el organizador de bodas al que has contratado con mi dinero.

—Algo tendrías que aportar tú —repuso con sequedad, como si mis

palabras no le afectaran lo más mínimo—. En vez de quejarte como un mediocre, podrías vislumbrar lo que esto supondrá para tu carrera y nuestra vida social. ¿A cuántas personas importantes has estrechado la mano hoy? Todo esto lo hago por ti, maldito desagradecido.

—Todo esto lo haces por ti —la corregí con frialdad—. Lo de invitar a la familia Parker ha sido una jugada maestra. Para qué ibas a preguntarme, qué más da. Por si me resultaba violento tener en casa a mis antiguos jefes, con los que hace que no hablo desde...

—¿Follarte a Mia Parker en el baño no te ha resultado violento?

Ella lo preguntó como si nada. A mí me dieron ganas de vomitar. Lo sabía, joder. Ella lo sabía. Me quedé con los ojos abiertos de par en par, asimilando que ella lo había descubierto. Acojonado por su reacción. Pero Jessica ni siquiera parecía afectada. Enarcó una ceja y sonrió con suficiencia, como si quisiera dejar claro que ella siempre iría unos pasos por delante de mí. Fue entonces cuando descubrí lo peligrosa que era mi prometida.

Pese a su indiferencia, mi primer instinto fue negarlo todo.

—Yo... no sé de qué estás...

—Ni lo intentes, querido —me dijo muy tranquila. No estaba herida, ni siquiera enfadada. Había una serenidad inquietante en su semblante—. Por mucho que el esperpento de tu secretaria intente cubrirte las espaldas, no va a estar siempre ahí para enmendar tus errores.

—No metas a Sarah en esto —me tembló la voz.

Ella puso los ojos en blanco.

—La próxima vez sé más discreto. Los hombres sois muy predecibles y pensáis con la polla —se quitó la gargantilla de oro blanco y la tiró sobre la encimera de la cocina con desdén, como si no valiera nada—. Yo también tengo mis escarceos, pero sé llevarlos con más elegancia que tú.

La revelación me dejó con dos palmos de narices. Ni siquiera supe lo

que decir. Me quedé observando impresionado a la desconocida con la que iba a casarme. No sé si era peligrosa o una cínica. Puede que ambas.

—¿A qué viene esa cara? —se burló de mí, y ahora parecía tremendamente divertida de ver el efecto que habían obrado en mí sus palabras—. Esto es una sociedad, no una novelita cursi en la que nos prometemos amor eterno.

—Jessica... ¿quién eres? —le pregunté con un hilo de voz.

Ella suspiró exasperada, se acercó a mí y me plantó un beso en los labios.

—Tu futura mujer —me advirtió—. No me tomes por tonta, querido. En esto de hacer negocios te llevo años de ventaja. Por cierto, tu padre ha vuelto a orinarse en la cama. Deberías ir planteándote una solución.

Había visto los folletos informativos de residencias en su mesita de noche. Pensaba aprovechar el estado de salud de mi padre para quitárselo de encima.

—No voy a meterlo en una residencia.

Ella comenzó a subir las escaleras con aire distraído.

—Somos una sociedad, cielo. Claro que no. Entre los dos buscaremos una opción —se volvió hacia mí con una sonrisa sibilina—. No soy tu enemiga, Fernando. Sabes de sobra que juntos podemos conseguir lo que siempre has querido. Nos necesitamos, y cuanto antes lo entiendas mucho mejor.

Empezaba a entenderlo ahora. Siempre había pensado que era yo quien la utilizaba a ella, pero empezaba a sospechar que Jessica era mucho más inteligente que yo. Era ella quien me había elegido. Menudo ingenuo, me tenía a su merced. Me tenía en sus manos.

33. Logan

Me hervía la sangre y tenía ganas de romper algo. Lo peor de todo es que sabía que no tenía ningún derecho a sentirme así. Si Mia se acostaba con aquel tipo no era asunto mío, por mucho que hubiera tenido que controlarme para no derribar la puerta y llevármela por la fuerza lejos de aquel imbécil.

Joder... ¿en qué estaba pensando? Sí, era libre de acostarse con quién quisiera. Pero en la fiesta de compromiso de otra persona... ¡y con el prometido! ¿Por qué no pensaba antes de actuar? Vale, yo tampoco era quien para juzgar a nadie. Yo, que llevaba cuatro años viviendo en un estado de negación y los tres primeros ahogando mis penas con el alcohol.

Me sentí patético. No, no tenía ningún derecho a reclamarle nada. Pero me carcomían los celos y mis sentimientos iban por libre. Tampoco estaba enfadado con ella, pues aquello carecía de sentido. Estaba enfadado conmigo mismo por darle tanto poder a aquella chiquilla. Le sacaba más de doce años y me tenía a sus pies. Tenía que ser un mal chiste. Llevaba bastante tiempo huyendo de la compañía femenina, y de repente suspiraba por una veinteañera malcriada que no merecía la pena. Nuestros mundos eran incompatibles, y al parecer nuestra forma de ver la vida no tenía nada que ver.

Ojalá no me hubieras visto. A veces tengo la sensación de que no puedo dejar de hacer el ridículo delante de ti.

Mia se equivocaba, al menos en una cosa. Sí, ojalá no la hubiera visto arrojar a los brazos de aquel hombre. Pero el que estaba haciendo el ridículo era yo. A ella le preocupaba que la juzgara, pero no se daba cuenta de que a mí me carcomían los celos.

No podía seguir así. Era mi día libre e iba a enmendarlo. Pagaría mi frustración con el sexo y dejaría de pensar en ella. Sí, eso era lo que me

pasaba. Llevaba tanto tiempo sin tocar a una mujer que empezaba a pasarme factura. Sexo con una desconocida, y luego Mia dejaría de importarme. No me gustaba. Era su cuerpo lo que me volvía loco, ¿no?

Sí, tenía que ser eso. ¿Qué me iba a gustar a mí de aquella niñata temperamental? ¿Su sonrisa? ¿Las pecas doradas que le recorrían la nariz? ¿Su amabilidad?

Sacudí la cabeza. Sexo. Y punto. Una mujer con la que pasar un buen rato. Tenía necesidades como todo hombre e iba a satisfacerlas.

Era de noche y la casa estaba repleta de guardias, así que no me costó organizarlo todo antes de marcharme. Golden Pont era un pueblo pequeño, así que conduje doce kilómetros hacia un bar de carretera bastante alejado. Estuve tentado de pedirme una copa, pero al final me contuve y me decanté por una coca cola. El camarero me miró extrañado, pero no dijo nada. Sí, era un tipo de metro noventa bebiendo una coca cola en un bar de mala muerte a las dos de la madrugada.

Ojeé el local con desinterés. Había pocas mujeres y ninguna me interesaba. La verdad es que una mujer como Mia te ponía el listón muy alto en cuanto a belleza. Tampoco es que a mí me hubieran faltado las candidatas. Siempre conseguía compañeras de cama atractivas y agradables, y seguro que aquella noche no sería diferente.

Observé a la pelirroja que entraba por la puerta con expresión de oler a mierda. Esa estaba bien. La cascada de cabello rojo le llegaba hasta la cintura y era despampanante. Se ganó varias miradas lascivas por parte del resto de los hombres, pero ella los ignoró con una mueca cargada de desprecio. Echó un vistazo a su alrededor, disgustada por lo que veía. Hasta que centró sus ojos en mí y caminó hacia la barra. Iba buscando lo mismo que yo.

—Un Cosmopolitan con una rodaja de pepino —pidió con arrogancia.

El camarero la miró con cara de pocos amigos.

—Señora, aquí no tenemos de eso.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues tráigame ginebra. Algo decente. Que no sea esa mierda que le pone a todo el mundo.

La miré de reojo. Joder, era Jessica Smith. Al principio no la había reconocido sin una gota de maquillaje. Vestía unos vaqueros y un jersey holgado. Estaba irreconocible, y casi estuve tentado de decirle que se dejara de tantos artificios. Ganaba más al natural.

—¿Coca cola? Creo que es usted un extraterrestre —me repasó con la mirada y le gustó lo que vio.

Las vueltas que daba la vida. Allí estaba yo, ahogando mis penas en coca cola con la prometida del hombre con el que se había acostado Mia. Menuda ironía.

—Pensé que los abstemios eran un mito en el siglo XXI.

—Un año sobrio.

Ella me miró sorprendida.

—Vaya, eso es digno de celebrar —alzó su copa y la chocó con la mía—. Yo no podría sobrevivir sin el alcohol. Y mi futuro marido tampoco, por mucho que se haga el digno. ¿Quién podría hacerlo si va a casarse?

La amargura de su voz me sorprendió.

—¿Los que están enamorados?

—El amor —bufó, y apuró la copa de un trago—. El amor es una utopía, Señor Coca cola. El amor se acaba tarde o temprano, como todas las cosas buenas de este mundo. ¿Y entonces que te queda? Un calvo de incipiente barriga que te culpa por todo y al que le prometiste que lo acompañarías de por vida en lo bueno y en lo malo.

—Visto así... —sacudí la cabeza—. ¿Entonces por qué se casa?

—Porque yo lo he elegido a él. Y no voy a permitir que nadie trunque mis planes. Nadie, ¡nadie! Ni siquiera la pazguata de su secretaria o todas las Mia Parker del mundo. No, ni hablar. Esta es la vida para la que he nacido.

—Pero no parece muy satisfecha con ella... —me atreví a contradecirla.

—No se trata de eso, sino de fingir delante de todos que te va genial. Las apariencias son... —se calló de pronto y me observó con recelo—. ¿Lo conozco de algo? Me suena mucho su cara.

Sí, soy el guardaespaldas de la mujer con la que le ha engañado su prometido.

—No, no nos conocemos. Nunca olvidaría a una mujer como usted.

—Ah, ¡zalamero! —me golpeó y estuvo a punto de caerse, así que la agarré del brazo—. Me gustan los hombres que no se andan por las ramas. Aquí lo más bonito que te pueden decir es: ¿a qué horas abren esas piernas? —hizo un mohín de disgusto con la boca—. Puto pueblo de mierda...

Fue a coger la copa, pero le puse la mano encima con delicadeza.

—Creo que ya ha bebido demasiado.

—¡Ojalá! Cómo diría el inútil de mi prometido: no lo suficiente... —lo imité con voz masculina.

Intenté controlar una sonrisa.

—Bueno... Señor Coca Cola —se inclinó hacia mí y enrolló las manos alrededor de mi cuello—. Creo que has venido buscando lo mismo que yo, así que a no ser que tengas algún inconveniente, hay condones en el baño...

—¿Cómo te llamas, Señor Coca cola?

Jessica me palpó los bíceps y recorrió mi cuello con su boca. Luego me agarró una mano y la metió por dentro del jersey. Agarré unos pechos enormes mientras ella me besaba la garganta.

—Eso da igual.

—Ah... sin nombres, mucho mejor...

Me empujó contra la puerta del servicio y comenzó a desabrocharme la bragueta. Allí estaba, con una mujer preciosa y sin que mi polla respondiera. Arrugué la frente, ¿qué demonios me pasaba? Besé con furia a la pelirroja, que respondió encantada a mi beso.

—Grandullón, eres todo lo que necesitaba esta noche...

Intenté concentrarme y la agarré de las caderas. Nada. Eso no me podía estar pasando a mí. Jessica gimió y metió la mano por dentro de mis calzoncillos.

—¿Qué tenemos aquí...

—Para —le ordené, apartándome de ella con brusquedad.

Ella me miró desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque esto no está funcionando.

—¿Qué coño dices? —sus ojos se llenaron de rabia—. ¿Tú me has visto bien? Soy el sueño de cualquier hombre. Los tíos de ahí fuera se morirían por estar conmigo.

—Sí, te he visto y eres una mujer preciosa —concedí, intentando no herir su orgullo—. Pero no puedo, lo siento.

Intentó agarrarme cuando abrí la puerta del baño.

—¡Ven aquí ahora mismo!

No me volví. Estaba desconcertado y no entendía lo que me estaba pasando. Sí, quería echar un polvo. Pero no así. No con una desconocida en un cuarto de baño cutre. No cuando me venía a la mente el rostro de Mia.

—Te puedo llevar a tu casa si quieres —me volví hacia ella con una mirada de disculpa—. Oye, lo siento mucho. Eres una mujer preciosa y no te

mereces pasar el resto de tu vida con un hombre que no te valora.

Ella se irguió y trató de fulminarme con la mirada.

—Pero tampoco te mereces lo que estábamos a punto de hacer, lo digo en serio. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Vete a la mierda —me espetó, antes de empujarme con el codo y salir de allí hecha una furia.

Me froté el rostro y contemplé en el espejo al tipo apagado que me devolvió la mirada. ¿Quién era ese imbécil? ¿Desde cuándo decía no a un revolcón con una mujer atractiva? Emití un gruñido y miré hacia abajo, justo a la raíz del problema.

—No vuelvas a hacerme esto —le ordené a mi polla.

Aunque empezaba a sospechar que el problema tenía otro rostro. De ojos oscuros, pelo castaño y piernas infinitas.

34. Sarah

Ir al club de lectura había sido todo un acierto. Solo éramos seis personas contando con James y yo. Pero había conocido a Nicole y Theo, dos jóvenes bastante majos con los que había hecho buenos migas, a Isabel, una viuda encantadora, y a Paul, un reciente jubilado que no dejaba de coquetear con Isabel.

El club de lectura se había alargado hasta las tantas y al final nos habíamos ido a almorzar a un bar cercano. Era una sorpresa agradable descubrir que ya no estaba tan sola en esa ciudad, y que podía relacionarme con personas con las que tenía algo en común. Lo sentía por Marie, pero mi vida no se podía limitar a alimentarme de comida rápida, leer novelas románticas, las comedias de Jennifer Aniston y fantasear con el buenorro de mi jefe. Además de la compañía de mi gata, necesitaba gente real en mi vida si quería pasar página.

Del almuerzo pasamos a las copas. Yo cerveza sin, pues el alcohol me sentaba falta. A las dos de la madrugada solo quedábamos James, Isabel (que a su edad tenía más marcha que todos los universitarios del planeta juntos) y yo. James no paraba de lanzarme indirectas y hacerme ojitos, pero yo no terminaba de ceder. Era un hombre educado y tenía una sonrisa bonita, pero ...

—No te quita la vista de encima —me susurró Isabel en cuanto él se dirigió a la barra—. Es un joven encantador, ¿no crees?

—Sí, es agradable —respondí con educación.

—¡Ah, agradable! —exclamó, negando con la cabeza—. O sea, que no te gusta.

Me puse colorada como un tomate. Isabel me dedicó una mirada audaz. ¿Quién podía engañar a la tercera edad? Tenían más experiencia y recorrido

que uno. Jugaban con ventaja.

—Yo... ahora no estoy para novios, Señora Jones.

—¿Ahora? —enarcó las cejas—. No quiero que me tomes por una vieja metomentodo, querida. Pero te he observado lo suficiente para saber que tú de novios, ahora o antes, más bien poco.

Tenía razón. Y me sentí tan tonta que no supe qué decir. Mi vida sentimental siempre había sido escasa y deprimente. A ver, no era virgen. Pero mi experiencia con el sexo contrario dejaba bastante que desear. Ella me dio una palmadita amable en la mano.

—Vamos... vamos... no pongas esa cara. Yo solo digo que la vida es demasiado corta para malgastar el tiempo. Y te lo digo yo, que antes de ayer tenía diecinueve años y bebía los vientos por mi Johnny —se llevó una mano arrugada a la cadenita que pendía de su cuello—. Cuarenta y tres años de casados. Eran otros tiempos. Ahora vais de aquí para allá, pero yo no os culpo. Tenéis mucho donde elegir y nada que os ate. Mi Johnny y yo fuimos muy felices. Muy muy felices...

Cerró los ojos y esbozó una sonrisa nostálgica. Me pregunté cuándo me pasaría a mí algo como lo que había vivido Isabel.

—Y no te creas que fue fácil, jovencita. Johnny era el primogénito de una familia rica, y yo no era más que una costurera pobre a la que sus padres no veían con buenos ojos. ¿Y sabes lo que pasó? —yo la escuché con atención, tremendamente interesada por su historia—. Nos despedimos a los dieciocho años y cada uno decidió hacer su vida. Yo, porque temía no encajar en su familia y que nunca me aceptaran. Y él, presionado por sus padres. Un año después iba a casarme con un buen joven al que no habría amado nunca. Me estaba probando el vestido de novia cuando lo vi todo claro. Me miré al espejo y le pregunté a aquella joven: ¿de verdad vas a desperdiciar tu vida al lado de un hombre al que no amas? Así que corrí calle abajo con el vestido de novia puesto.

—No me lo puedo creer...

La voz de Isabel se llenó de energía. La escuché con la boca abierta y ella prosiguió orgullosa.

—Llamé a la puerta de Johny y me abrió su madre. A la pobre mujer por poco le dio un infarto. Se armó una buena hasta que Johny consiguió aplacar a sus padres. Cuando por fin lo tuve delante, lo miré a los ojos y le dije: *o te casas ahora conmigo o no lo haces nunca. No voy a esperarte cuando me haga vieja y no me queden fuerzas para besarte.* ¿Y sabes qué respondió?

Hizo una pausa dramática y yo sacudí la cabeza con energía.

—¡Pues qué iba a decir! Me cogió de la mano y me llevó a la iglesia más cercana. Tonto no era. Sabía que si me decía que no me perdería para siempre. Fue todo un escándalo. Sus padres lo echaron de casa, todo el mundo habló de nosotros durante un buen tiempo... —suspiró ensimismada y me cogió la mano—. Y luego una chica del pueblo se quedó embarazada y todo el mundo se olvidó de nosotros. Así funcionan las cosas, entonces y ahora. Ay... qué felices fuimos mi Johny y yo. Tres hijos sanos, una vida feliz a su lado...

—¿Y sus padres?

—Terminaron perdonándolo y me aceptaron cuando nació Jane. Yo sabía que tarde o temprano tendrían que hacerlo, pero tampoco es que me importara demasiado la opinión de los demás.

Envidié a Isabel. No solo por lo que había vivido, sino por su actitud. Ella se enfrentaba a la vida con la valentía que a mí me faltaba.

—La vida es corta, querida Sarah. Un día estás vivo y rebosante de salud, como mi Johny. Y al siguiente te da un infarto y... —sus ojos se volvieron vidriosos. Temí que se pusiera a llorar, pero se recompuso con entereza—. Bah, para qué hablar de cosas que ya no se pueden arreglar. Lo que quiero decir es que no hay que desperdiciar la vida. Ya sé, ya sé que

estarás pensando que me meto donde no me llaman...

—No, de verdad que no. Me gusta escucharla.

—Paul es un hombre muy interesante. Sí, creo que le daré una oportunidad. Si Johny estuviera vivo querría que yo me divirtiera el tiempo que me queda. Y yo quiero bailar, y reírme, y poder ir al cine con alguien — me guiñó un ojo y yo le sonreí—. ¿Y tú qué es lo que quieres de la vida, Sarah? Porque leer libros está muy bien, pero la vida hay que vivirla.

—Pues... —me mordí el labio—. Me encantaría enamorarme de James, pero no puedo.

—Al corazón nadie le da órdenes. ¿De quién estás enamorada?

—De alguien que me hará daño. Y que no es para mí, porque va a casarse con otra. Es un caso perdido.

—¿Y cómo sabes que es un caso perdido si no lo intentas? —me contradijo—. Mira, James es un encanto. Pero todas nos merecemos a alguien que cuando nos bese el corazón nos dé un vuelco. Un amor como ese solo se vive una vez...

Miró el reloj de su muñeca y puso cara de espanto.

—¡Madre mía, qué tarde es! Mis hijas se van a enfadar muchísimo. Llego más tarde que ellas a casa. Esta juventud que no sabe divertirse como Dios manda...

—¿Ya se va, Señora Jones? —James acababa de llegar con un par de cervezas.

—Sí. Acabo de tener una charla de lo más productiva con Sarah. En fin, pasadlo bien.

James se sentó muy cerca de mí en cuanto Isabel se marchó. Le sonreí con prudencia y me toqué el pelo. No era el nerviosismo típico de estar con alguien que te gusta, sino el de no saber cómo romper el hielo. Ojalá me hubiese enamorado de alguien como James, que seguro que te ofrecía una

vida tranquila y llena de niños.

—¿Una charla de lo más productiva? Espero que no te haya estado atosigando con sus historias.

—A mí me gustan sus historias. Es una mujer encantadora.

—Sí, por supuesto. Lo es. Casi tanto como tú.

No supe dónde meterme.

—Lo del club de lectura... ha sido una idea estupenda —dije, por romper el momento que acababa de formarse entre nosotros.

—Si te soy sincero... solo lo hice para estar cerca de ti —James me miró a los ojos con ternura—. Sarah, no sé si he sido lo suficiente claro contigo, pero debo admitir que me...

Mi teléfono sonó y me levanté como un resorte. No sabía quién me llamaba a las dos de la madrugada, pero agradecí que lo hiciera. Al menos tenía una excusa para no escuchar lo que James tenía que decirme.

—Lo siento —me levanté con un gesto de disculpa—. Si me llaman a esta hora... debe de ser importante.

James asintió de mala gana. Me alejé unos metros y descolgué el teléfono sin ni siquiera mirar quién era.

—Sarah...

—¿Quién es?

—Soy yo... tu jefe —una carcajada al otro lado del teléfono—. ¿No te habré despertado?

Arrastraba las palabras y le costaba vocalizar. Estaba borracho.

—¿A las dos de la mañana? ¿Por qué iba a estar dormida? —mi voz sonó dura. No sé a qué venía aquello.

—Agh... estás de fiegta. ¡Cuánto te envidio, pillina! —otra carcajada.

—Fernando, no sé qué te propones, pero...

—Solo... necesitaba hablar con alguien —noté que su voz se quebraba al otro lado y sentí un pellizco en el estómago—. Y... no sé por qué, pero he marcado tu número. Solo tenía ganas de hablar contigo.

Inspiré profundamente. Sabía de sobra que tenía que colgarle, pero no pude.

—Ya estás hablando conmigo. Y ahora, ¿por qué no te vuelves a la cama?

—Estoy muy lejos de casa. Primero tengo que conducir...

—¿Conducir? ¿Estás dentro del coche? —me asusté. Estaba borracho, no podía conducir. ¿Y si tenía un accidente? —. Oye, no te muevas de ahí.

—Run... run... run... —imitó el motor de un coche.

Puse los ojos en blanco. Pues sí que estaba mal.

—Fernando, te prohíbo que arranques el coche. Pásame tu ubicación por Whatsapp y estaré allí en lo que pueda conseguir un taxi. ¿Me has oído? Ni se te ocurra mover el coche o te quedas sin secretaria.

—¡Sí, jefa!

Lo escuché reír antes de colgarle. Ni siquiera lo pensé. Fui hacia James y recogí mi bolso. Él me miró decepcionado.

—Oye, lo siento muchísimo. Pero es una emergencia.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

—¡No! —le di un beso en la mejilla—. Nos vemos otro día. ¡Adiós!

Fernando estaba apoyado en su coche con la camisa abierta y el pelo revuelto. Sabía que esa noche había sido su fiesta de compromiso, ¿qué había pasado para que estuviera así? Me bajé del taxi y caminé hacia él. En cuanto

me vio, deambuló hacia mí y conseguí agarrarlo antes de que se cayera.

—Ya... ya sé lo que estás pensando — me dijo, borracho como una cuba.

—No tienes ni idea.

Rebusqué en el bolsillo trasero de su pantalón y él abrió los ojos de par en par.

—¿Vas a abusar de un pobre borracho? De acuerdo, me rindo. Si te pones así...

Conseguí hacerme con las llaves de su coche y él torció el gesto.

—¿Dónde te llevo?

—Así que solo has venido a buscarme porque te preocupaba que tuviera un accidente...

—No quería quedarme sin jefe —repuse de manera práctica—. Ahora el trabajo está fatal.

—Pero estás aquí.

Alargó un brazo y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Me estremecí por el contacto y aparté la cara. No quería que me tocara. O puede que me gustara demasiado que lo hiciera. Pero estaba borracho. Muy borracho.

—Nunca te había visto con el pelo suelto —comentó maravillado, y enredó un dedo en un mechón suelto—. Me gusta mucho como te queda. Deberías llevarlo más así.

Le agarré la mano con delicadeza y se la devolví a su sitio. Él ladeó la cabeza y esbozó una mueca desabrida.

—¿Tanto te molesta que te toque?

—Sí —le mentí—. ¿A dónde te llevo?

Él no respondió. Fijó la vista en el coche y apretó la mandíbula.

—Siento haberte tocado. No he podido remediarlo. Será tu pelo, o tal vez...

—¿Dónde te llevo? —insistí, al borde de la taquicardia—. ¿A tu casa? No sé dónde es, pero si me das la dirección, conduciré hasta allí y de vuelta pediré un taxi.

—A mí casa no —se arrastró hacia el coche y forcejeó con la puerta del copiloto—. No, a mi casa no. Con esa bruja... Dios, nunca te cases. Yo todavía no me he casado y ya me arrepiento.

Lo miré sin saber qué decir. Parecía desesperado y abatido. Debía sentirse muy solo si me llamaba a mí a las dos de la mañana. Decía que era la única persona con la que quería hablar, pero en su estado seguro que exageraba.

Le abrí la puerta del coche y él se dejó caer en el asiento. Fui a cerrarla, pero él me agarró la mano y me acarició los nudillos.

—Gracias —susurró, y sus ojos oscuros me traspasaron—. Sé... que no me merezco que estés aquí conmigo. No quería estar solo. Lo siento. Joder, cierra la puerta y llévame a donde sea, por favor.

No sé por qué diantres lo llevé hasta mi casa. Lo hubiera dejado en cualquier hotel, pero Fernando no llevaba la cartera encima y yo no tenía la tarjeta de crédito. Y lo veía tan deshecho que no pensaba dejarlo a su suerte. Allí estaba mi jefe, el tipo seguro de sí mismo que destilaba arrogancia. Tirado en mi sofá con cara de haber visto tiempos mejores. Marie pasó por encima de él y le bufó cuando intentó acariciarla.

—Vaya... no le gusto, menudo genio.

—No te lo tomes como algo personal. A ella no le gusta nadie.

—¿Cómo se llama?

—Marie —fui hacia un armario y cogí una manta—. Ya sé que no es

nada del otro mundo, pero te puedes apañar en el sofá.

—¿No me vas a ofrecer la cama? En plan buena anfitriona. Me puedo acurrucar a tu lado, te prometo que seré bueno.

Le tiré la manta a la cara.

—Auch, lo pillo.

Se levantó con bastante dificultad y fue hacia la biblioteca. Ojeó con curiosidad el amplio catálogo de libros y me miró de reojo sin decir nada. Sabía lo que estaba pensando. Me crucé de brazos en actitud defensiva.

—¿Qué? —repliqué.

—Eres toda una romántica —se volvió hacia mí con una sonrisa pícara—. Pero eso ya lo sabía.

—¿Y qué tiene de malo? —me hizo la digna.

Él cortó la distancia que nos separaba hasta que se puso tan cerca de mí que su respiración cálida me acarició la punta de la nariz. Desvió la mirada hacia mis labios y a mí se me secó la garganta. Solo fue un segundo, hasta que volvió a posarla en mis ojos con aquella arrogancia innata.

—Supongo que no tiene nada de malo. Pero en mi mundo los finales felices no existen.

—Pues escribe tú uno.

—Si lo hiciera cambiarían mucho las cosas —dijo con voz queda.

Me lanzó una mirada cargada de intenciones que me sonrojó. Quise decir algo, pero no supe qué responder a lo que fuera que significaba lo que acababa de decirme. En lugar de ello lo miré. A sus ojos oscuros y profundos. Al fuego que destilaban.

—Estás preciosa con el pelo suelto y la ropa de alguien que no intenta ocultarse. Mucho mejor que en la oficina.

Apreté los labios y me aparté de él.

—Voy a prepararte algo de comer, a ver si así se te pasa la borrachera.

—Lo mío no tiene cura, Sarah —lo oí decir cuando me metí en la cocina.

Sabía de sobra que parte de su falta de vergüenza —por no decir toda—, no era culpa del alcohol. Pero puede que dejase de decir tantas tonterías con el estómago lleno. Regresé al cabo de unos minutos con un sándwich y una taza de chocolate. Devoró la comida con tanta hambre que pareció que llevaba una eternidad sin comer.

—Le he sido infiel a Jessica en nuestra fiesta de compromiso. Con Mia Parker, ¿qué te parece? —me soltó de pronto.

Mi cara fue un poema. Me senté a su lado en el sofá y lo miré de reojo.

—Sí, ya sé lo que estás pensando. ¿Qué clase de persona hace algo así? Pues yo, que soy un capullo —no lo decía para que me compadeciera de él. Hablaba totalmente en serio—. No me la merezco. Y no me refiero a Jessica, que es tan mala como yo. Me refiero a Mia, está mejor sin mí y ella lo sabe. Joder, no sé por qué lo hice. Eso es lo peor, que no lo sé.

—Deberías descansar —lo corté, sin ganas de saber lo que tuviera que decirme. Me dolía escucharlo. Saber que tenía aquel concepto de sí mismo porque temía que fuera verdad.

—Solo... una cosa más —apretó mi mano, como si tuviera miedo de que yo lo abandonara. Nos miramos a los ojos y lo que vi en los suyos me devastó—. Sobre todo, sé que no te merezco a ti. Eres demasiado buena para mí. Lo sé, Sarah. Y sé que tú lo sabes.

Me costó respirar y aparté la mirada. Pero él me acarició la mejilla con la mano libre y me obligó a mirarlo.

—Dios... Sarah...

Se inclinó hacia mí y me rozó el pómulos con la boca. Mi cuerpo reaccionó por completo a su beso, o a lo que fuera aquello. Cerré los ojos y

tragué con dificultad. No sé por qué se lo permitía, pero no podía pararlo. Ni quería. Me gustaba tanto que me hiciera aquello...

—Eres preciosa. ¿Por qué te haces esos moños tan horribles? —metió una mano dentro de mi pelo, cerró los ojos y aspiró mi olor—. Hueles genial, ¿qué perfume usas?

Me costó encontrar mi voz. No entendía lo que me estaba haciendo, pero me gustaba muchísimo. Demasiado.

—Valentina —conseguí decir.

—Sospecho que no olería igual en otra mujer...

Su boca me recorrió el cuello. Y entonces me lamió la garganta con la lengua y mi pulso se disparó. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Fernando me cogió la barbilla con dos dedos y me obligó a mirarlo. Estaba contrariado.

—¿Qué es lo que me haces?

—¿Yo? —pregunté confundida—. ¿Qué me hace usted?

—No lo sé. Fréname. Es evidente que se me ha ido de las manos.

Sus palabras decían una cosa, pero sus manos hicieron otra cuando me agarró de la cintura y me acarició el costado. Respiré con dificultad. Yo no podía detenerlo porque llevaba demasiado tiempo deseando que me tocara. Lo miré a través de mis gafas y me perdí en sus ojos oscuros. Fernando me devolvió la mirada y pareció devastado. Se miró las manos y las apartó de golpe de mí, como si no creyese lo que acababa de hacer. Soltó un juramento y suspiró.

—Será mejor que me dejes aquí con Marie, o de lo contrario no podré apartar mis manos de ti —dijo con voz ronca, alejándose de mí—. Esto... no está bien.

Me sentí rechazada y desconcertada. Y no me moví.

—Me importas demasiado para hacerte daño a ti también. Y te juro... que le pondré remedio, Sarah. Tú te mereces mucho más que ser mi secretaria.

—¿De qué estás hablando? —mi voz tembló de rabia. De repente me sentía muy cabreada con él.

—De ti, de mí y de...

—No, nunca se trata de mí —le susurré con voz tensa, y me levanté con violencia—. Buenas noches, Fernando. A partir de mañana, te ruego que me dejes en paz. Quiero ser tu secretaria, solo eso. Espero que te hayas largado antes de que me despierte.

Me encerré en mi habitación dando un sonoro portazo. Por su bien, esperaba que me hiciera caso.

35. Mia

No era tonta. Sabía de sobra que mi relación con Logan se había resentido después de acostarme con Fernando. Tampoco entendía por qué. Él se empeñaba en marcar las distancias y no parecía demasiado interesado en mí. Sí, a veces me desconcertaba con sus repentinos ataques de amabilidad, pero luego se recuperaba de ellos y volvía a la normalidad.

Supongo que ver como yo hacía el ridículo lo había distanciado de una vez por todas. Ahora me contestaba con monosílabos cortantes y me evitaba siempre que podía. En el fondo me lo merecía. Había acabado dándole la razón. Seguro que pensaba que era la clase de egocéntrica dispuesta a destrozar un matrimonio liándose con el novio. Y de todos modos, ¿por qué me importaba tanto lo que pensara mi guardaespaldas?

Uf, menudo lío el que tenía en la cabeza.

Fui hacia la entrada de la casa al ver la comitiva de seguridad que se había montado. Estaban inspeccionando al ostentoso descapotable rojo y a su dueño, que no paraba de quejarse. La visita me sacó una sonrisa y corrí hacia allí.

—Es de la familia. Todo esto no hace falta —le expliqué a Logan.

Él torció el gesto.

—No hago distinciones con nadie —repuso con voz fría.

—Déjalo, qué más da. ¿Has mirado dentro del capo por si esconde una ametralladora? —bromeó Alan.

Logan lo fulminó con la mirada, pero no logró borrar la sonrisa chulesca de Alan.

—Dejadlo pasar —ordenó irritado mi guardaespaldas.

Alan aparcó el descapotable en la entrada. El coche hacía juego con él.

Provocativo, como su dueño. Alan estaba encantado de conocerse y le encantaba llamar la atención. Había heredado el cabello trigueño de su hermana, tenía facciones de modelo y unos ojazos azules con los que conquistaba a todo el mundo. Alan sabía que era atractivo y lo utilizaba en su propio beneficio. Lo había conocido cuando no era más que un mocoso impertinente de diez años. Ahora tenía veintiuno, estaba en pleno apogeo de su sexualidad y para mí era como mi hermano pequeño.

—Y luego dices que soy yo al que le encanta llamar la atención... — dijo, caminando hacia mí con su eterna sonrisa de seductor nato—. Vaya comitiva de bienvenida que me has montado. ¿Lo haces con todo el mundo?

—Solo con los chulitos como tú.

Me estrechó con fuerza y yo lo llené de besos. Adoraba a Alan y no tenía ni idea de por qué le había cogido tanto cariño. Desde la primera vez que lo vi, sentí que aquel chiquillo desgarbado le echaba demasiado morro a la vida porque se había forjado una coraza para no sufrir. Alan se había criado en un internado hasta los diez años, cuando Harley se enteró de que tenía un hermano y se hizo cargo de él. Entonces pasó a formar parte de nuestra familia, y a todos nos costó ganarnos el afecto de aquel chico desconfiado.

—Terminator acojona un poco. ¿Por eso lo has contratado? Es parco en palabras, eh —se refería a Logan, que lo escudriñaba desde lejos con cara de pocos amigos.

—Hace bien su trabajo, no te metas con él.

—No pienso meterme con esa mole. Es como uno de esos porteros de discoteca que te asesinan con la mirada. Podría matarme de un puñetazo — puso cara de horror. Luego me repasó de arriba abajo y silbó—. Mia, ¿cómo es que aún no tienes novio? ¿Te estás reservando para mí?

Puse los ojos en blanco.

—Somos como hermanos, eres un cerdo.

—Que yo sepa, no llevamos la misma sangre —me pasó un brazo alrededor de los hombros y me atrajo hacia sí—. En serio, ¿por qué te sigues resistiendo? Hacemos buena pareja y tendríamos unos hijos de catálogo.

Me eché a reír y lo dejé por imposible. Llevaba toda la vida así. Le encantaba coquetear hasta con las piedras.

—Te saco ocho años, pequeñín.

—Lo de abajo no lo tengo tan pequeñín, si quieres te lo enseño.

Le di un guantazo y él soltó una carcajada.

—En serio, ¿eso te funciona con alguien?

—Pues la verdad es que sí —respondió encantado—. A las mujeres les encantan los hombres con sentido del humor. Quizá el problema lo tienes tú...

—Las manos donde yo pueda verlas —le ordenó Harley.

Alan puso cara de circunstancia y aceptó el abrazo asfixiante de su hermana.

—¡Socorro!

—Vamos, so tonto. Deja de ligar con Mia y saluda a tus sobrinos. Te ven tan poco que a veces creen que eres una alucinación.

—No me gustan los niños —me susurró al oído él antes de que Harley lo arrastrara hacia la casa—. Soy selectivo. Si me ven poco me echarán de menos. Si lo piensas bien es una buena idea.

Estaba contenta de tener a Alan en casa porque hacía demasiado tiempo que la familia no se reunía al completo. Ahora estábamos todos y tenía que reconocer que me sentía muy feliz. Apenabas paraba en mi casa porque me dolía recordar, pero empezaba a sospechar que poner distancia había sido un

completo error. Ellos no se merecían mi ausencia, pero tampoco podía explicarles el motivo de esta.

Alan intentaba huir de mis sobrinos a la menor oportunidad, y Harley y mi hermano aprovechaban la oportunidad para hacer manitas. Yo estaba ayudando a mi madre a preparar la cena. Ella era de la idea de *mejor que sobre a que falte*. Así que más que una cena de familia aquello parecía un banquete para trescientos espartanos hambrientos.

—Pondré un plato más para el Señor Prexton —me dijo de repente.

—No sé si es buena idea, mamá.

—¿Invitar a nuestra mesa al hombre que te salvó la vida? Pues yo creo que es una idea estupenda. Sí, es lo menos que podemos hacer para agradecerle su trabajo.

—No estaba diciendo que no fuera bien recibido, sino que quizá a él no le apetece cenar con nosotros.

—¿Y por qué no le iba a apetecer? —refunfuñó mi madre.

A veces, hablar con ella era como hacerlo con una pared.

—Porque es muy reservado. No deberíamos ponerlo en un compromiso.

Mi madre volvió a meter las manos en la masa.

—Anda, ve a decirle que la cena estará preparada dentro de una hora. Y dile que me encantaría que cenara con nosotros.

Resoplé.

—Mamá...

—Mia Parker, por una vez en tu vida, haz lo que te digo. Seguro que al Señor Prexton le agradará saber que apreciamos mucho su presencia.

Cuando no me moví, mi madre me dio una palmadita en la mejilla y me lanzó una mirada tajante. De mala gana, fui a buscar a Logan a sabiendas de que la invitación no sería bien recibida. Para mi sorpresa, me lo encontré

charlando animadamente con Alan. Aunque para ser honesta, era Alan quien no paraba de cotorrear mientras Logan lo escuchaba con expresión circunspecta. Vaya, seguro que Alan sufría otro ataque de incontinencia verbal. Le pasaba a menudo.

—Ah, aquí está la reina de los periódicos. Le estaba contando a Logan lo de tu secuestro exprés en la selva.

—No fue un secuestro, no exageres —le pedí, con las mejillas ardiendo al ver la mirada profunda que me dedicaba Logan—. Intentaron secuestrar el cargamento de ayuda humanitaria que transportábamos, que no es lo mismo. Y las autoridades actuaron al instante.

—Ah, para ella siempre es poca cosa. ¡Cómo si eso le pasara a todo el mundo! Menudo trabajo le estará dando, eh Logan —le dio un guantazo en el hombro a Logan, que lo fulminó con la mirada.

Alan ni siquiera se inmutó.

—¡Y tú recibiendo balas por su culpa! Vaya, pensé que esas cosas solo sucedían en las películas —continuó Alan, y volvió a golpear a Logan. Mi guardaespaldas apretó la mandíbula—. Por lo menos te habrá subido el sueldo...

—No me tienen que subir el sueldo por hacer mi trabajo —le espetó él.

—Sí, ¡pero menudo trabajo! Quizá me he equivocado de carrera y lo que de verdad vuelve locas a las mujeres son los guardaespaldas. ¿Has tenido muchos rollos con tus clientas? —nos lanzó una mirada indiscreta a los dos.

—¡Alan, no seas maleducado! —lo censuré avergonzada—. ¿Por qué no te vas a jugar con los niños?

Puso cara de espanto.

—¿Con esos demonios? Llevo una hora con ellos y ya tengo ganas de suicidarme.

—Cómo te escuche su madre...

—¡Tito Alan! —lo llamaron desde lejos.

A él se le descompuso la expresión y echó a correr por el pasillo. Logan lo siguió con la mirada sin decir nada. Dios, no me podía creer que Alan hubiera dado a entender que nos habíamos acostado.

—Eh... discúlpalo, le encanta sobreactuar. Estudia periodismo y lo de hacer preguntas lo lleva en la sangre —le dije.

—Lo de irse de la lengua también. Me ha contado varias cosas sobre ti.

Me miró a los ojos y a mí se me calentó toda la piel.

—Eh... uhm... ¿sí? —. Me puse nerviosa y no lo pude disimular —. No le eches mucha cuenta. Dramatiza todo el rato, ya lo has visto... — balbuceé abochornada.

Él me observó con una media sonrisa enigmática que me puso de los nervios.

—¿Qué te ha contado? —exigí saber.

—Qué más da. Como ya has dicho, no debo echarle cuenta.

Asentí de mala gana, aunque por dentro deseaba estrangular a Alan. A saber lo que le había contado de mí.

—A mi madre le gustaría que cenases hoy con nosotros. No tienes que decir que sí por compromiso, pero quería que lo supieras.

—De acuerdo.

Me lo quedé mirando con dos palmos de narices. ¿Ya está? ¿Así de fácil?

De repente, se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla con un dedo. Entrecerré los ojos y un intenso calor me recorrió todo el cuerpo. Me faltó el aire, hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo y me desinflé como un globo.

—La tenías manchada de... —se llevó el dedo a la boca. Mis ojos se

quedaron clavados en sus labios y sentí un anhelo desconcertante en mi estómago—. Pudding de chocolate. Está delicioso.

—Ah... me alegro —musité con cara de boba.

Uf, ¿se podía ser más patética?

—Tengo cosas que hacer. He descubierto un patrón en sus emails, pero me gustaría cerciorarme antes de ponerla al tanto —otra vez el tono mecánico. La intimidad, o lo que hubiera sido aquello, se había vuelto a romper—. Hasta la cena, Mia.

Lo vi marchar y no supe qué pensar. Mi madre lo invitaba a cenar y él aceptaba sin reservas. Quizá el problema era yo.

—Estaba todo riquísimo, Señora Parker —dijo Logan.

—Por favor, llámame Penélope.

Había sido una cena estupenda, e incluso mi guardaespaldas había intervenido en la conversación de vez en cuando. Aquello reafirmo mis sospechas: lo de cruzar la línea solo se refería a mí. ¿Por qué?

—Estás en buena forma —lo halagó Alan—. ¿Haces mucho ejercicio?

—Pues... lo normal para mi trabajo —respondió Logan.

Logan no sabía dónde meterse. Matt sacudió la cabeza y Harley resopló. Madre mía, Alan llevaba toda la cena coqueteando descaradamente con él. El pobre Logan parecía bastante desconcertado porque desconocía que Alan era bisexual. Y que tenía muy poca vergüenza.

Le di una patada a Alan por debajo de la mesa para que lo dejara en paz.

—Ay, ¿por qué me pegas? —se quejó, y yo lo fulminé con la mirada—. ¿Temes que te lo quite?

Logan carraspeó incómodo. Yo me pregunté cuántos años me caerían por apuñalar a Alan con el tenedor. Era lo peor.

—Alan —lo censuró su hermana.

—Pues sí —admití ufana, ante el asombro de todos—. Valoro mucho el servicio del Señor Prexton. Así que cierra el pico antes de que salga huyendo por tu culpa.

Todas las miradas se centraron en mí. Mierda, ¿había admitido eso en voz alta? Noté que Logan no me quitaba la vista de encima y me empezaron a sudar las manos.

—Bueno hija... si te pones así... —Alan sonrió de medio lado. Lo iba a matar. Joder, había caído en su juego. Me había tendido una trampa para dejarme en evidencia delante de Logan. Aquello no se lo perdonaba—. Solo bromeaba, Logan. No dejes a Mia solita, que te va a echar mucho de menos.

Le pequé otra patada por debajo de la mesa.

—No me voy a ir a ninguna parte —zanjó Logan, y a mí el corazón me dio un vuelco.

—¡Pues claro que no, aún queda el postre! —exclamó mi madre.

La pobre no se enteraba de nada, pero agradecí su intervención. Pudimos terminar el postre en paz y mis sobrinos se empeñaron en jugar al escondite.

—¿Jugamos por parejas? —suplicó Susan—. Mamá y papá, la abuela y Alan, y Mia y Logan. ¡Yupiiii!

—Yo no quiero que me toque la vieja, así perderé seguro —se quejó Alan.

Mi madre le soltó una colleja.

—¡A quién llamas tú vieja!

—A nadie, bombón. Cómo son las mujeres de esta familia...

—Anda Susan, ya es muy tarde. Y puede que a Logan no le apetezca jugar al escondite —intercedí yo.

Ella hizo un puchero al que se unió su hermano. Luego vinieron las súplicas.

—A mí no me importa —concedió él.

Lo miré sorprendida. Parece que la niña era su talón de Aquiles. Pues vale, definitivamente lo de cruzar la línea solo me incluía a mí. Empecé a mosquearme y traté de enmascararlo. ¡Quién entendía a mi guardaespaldas!

—¡Uno, dos, tres, cuatro...! —empezó a contar Jack.

Se escuchó un estruendo de sillas y acto seguido toda mi familia echó a correr como si aquello fuera una estampida. Logan se quedó perplejo, así que me levanté y lo agarré del brazo.

—Así funcionan las cosas en esta casa de locos —le expliqué con una sonrisa—. ¡Corre, los últimos friegan los platos! Conozco el escondite perfecto.

Logan frunció el ceño, pero cuando creí que se negaría, me dio la mano y me siguió sin rechistar. Corrimos hacia la parte trasera de la casa en dirección al invernadero. Cuando estuve delante de la puerta, me detuve de golpe y recordé los momentos que había vivido allí dentro con Fernando. Un conflicto de emociones luchó en mi interior.

—¿Entramos?

—Sí —decidí, tirando de él hacia el fondo—. Es allí detrás, bajo el montón de sacos de abono.

—Huele un poco mal.

—Vaya... vaya... y dicen que la malcriada soy yo —bromeé.

A mi lado, noté que él casi sonreía. ¿Lograría alguna vez que sonriera de verdad?

Escuché un correteo de pasos y tiré de él hacia el fondo. Nos sentamos entre un montón de utensilios de jardinería y varios sacos amontonados de abonos. Cuando escuché a Susan gritar órdenes a su hermano, apreté por inercia la mano de Logan. Fue entonces cuando me di cuenta de que aún estábamos cogidos de la mano. Pero él no me soltó. Con nuestros dedos entrelazados, sentí que por extraño que resultara encajábamos de una forma muy desconcertante. Me eché hacia un lado para hacerle hueco en nuestro escondite, y a él no le quedó más remedio que pegarse a mí para no revelar nuestra posición. Su rodilla contra mi muslo, nuestros hombros rozándose y mi mano libre sobre su pantorrilla. Estaba más duro que una piedra y me entraron ganas de pedirle permiso para tocarlo a mi antojo. Seguro que en su estómago se podían partir nueces.

—Alan y tú parecéis muy amigos —susurró contra mi oído.

Su respiración me hizo cosquillas en la oreja. Me volví hacia él y noté que estábamos demasiado juntos. Sus ojos grises me miraban sin su característica frialdad. No sé qué había en ellos, pero me desconcertaba y atraía a partes iguales.

—Lo conocí cuando era un crío impertinente. Lo quiero muchísimo y me preocupo por él. Por mucho que se las dé de listo, en el fondo está más perdido... —me mordí el labio—. Oye, lo que ha dicho cuando estábamos cenando... le encanta dejar en evidencia a todo el mundo.

—¿Tanto valoras mi servicio como para temer que salga huyendo?

—Me gusta tu compañía —admití con un hilo de voz.

—Bien, porque no pienso irme a ningún lado.

Me derretí como el caramelo y su mirada se oscureció. No sé qué había en sus ojos, pero ahora me miraban de una manera distinta. Cada vez estábamos más cerca y ahora mi mano se apoyaba en su muslo sin reservas.

—Vale. Sí, está bien que te quedes —logré decir.

¿Está bien que te quedés? ¡Pues claro que se iba a quedar! Era mi guardaespaldas, su trabajo era mantenerse pegado a mí todo el tiempo.

Él arrugó la frente y sospeché que la había fastidiado con mis palabras. Hasta que me apretó la mano y comenzó a acariciarme los nudillos. No sé si se daba cuenta de lo que hacía, pero lo hacía muy bien. Tocarme se le daba de maravilla.

—Alan dice que eres una experta en meterte en problemas.

Alan podría cerrar la boca o tendría que amordazarlo.

—Alan exagera.

—¿Lo hace? —dudó con una media sonrisa—. Se te da bien poner en riesgo tu vida, Señorita Parker.

Dios, me encantaba cómo sonaban aquellas dos palabras en su boca. Con esa voz ronca que me volvía loca.

—Pues menos mal que te tengo a ti, ¿no? —me acerqué a él con cierto recelo, pero no se apartó—. ¿Ahora sí me tuteas?

—Me cuesta no hacerlo —admitió con pesar—. Nunca paras de sorprenderme, y a veces se me olvida que soy...

Tu guardaespaldas. Pero no lo dijo. Y a mí no me importaba. ¿Y qué?

—Las mujeres complicadas es lo que tienen. ¿Tan distinta soy al resto de tus clientes? Pensé que todos los ricos éramos iguales.

Él me miró con una profundidad que me dejó sin aliento.

—Tú eres distinta a todas las mujeres que conozco.

El corazón me palpitó con fuerza y me armé de valor.

—Cuanto te he visto hoy con mi familia... he pensado en algo. Tengo la impresión de que lo de guardar las distancias es solo conmigo —estudié su reacción, pero se limitó a observarme sin decir nada. Inspiré con fuerza y decidí proseguir—. La parte más sensata me dice que es porque no me

soportas. Pero... luego hay otra parte que...

Logan tiró de mi mano y me atrajo hacia él. Me pegó a su pecho y me acarició la espalda con la otra mano. Seguro que podía notar mis latidos acelerados contra su pecho. La mano que tenía sobre mi jersey me traspasó la piel y me llenó de calor.

—¿Qué es lo que te dice esa otra parte? —preguntó.

—Pues... dice que quizá te esfuerzas en mantener la distancia conmigo porque te sientes atraído por mí.

Dejó de acariciarme de golpe. Vaya, quizá me había colado. Pero Logan no se apartó. Noté el conflicto de emociones de su expresión y sospeché que había dado en el clavo.

—Tienes un alto concepto sobre ti misma — dijo con voz apagada.

—No lo sé, Logan. Corrígeme si me equivoco.

Él suspiró, me cogió de los hombros y me acercó a su boca.

—Me encantaría hacerlo, pero...

Me rozó los labios con suavidad, casi pidiéndome permiso. Cerré los ojos y temblé de anticipación. Quería que me besara. Dios, lo deseaba muchísimo. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Me estaba torturando con aquella caricia y yo me moría de deseo. Logan lo notó y sonrió contra mis labios, sin llegar a besarme del todo.

—Pero no puedes. Así que bésame —le pedí excitada.

Logan soltó un gruñido antes de apretarme contra su cuerpo. Fue a besarme cuando unos gritos infantiles invadieron el invernadero. Nos quedamos petrificados y nos apartamos como si estuviéramos haciendo algo malo. En realidad fue él quien se alejó de mí, porque yo me quedé allí, esperando un beso que nunca llegó a suceder. Cuando me di cuenta de la situación, me levanté abochornada y noté que Logan evitaba mi mirada.

—¡Pillados! —exclamó Jack.

Susan se cruzó de brazos y nos lanzó una mirada acusadora, pero no dijo nada.

Todo el mundo se había ido a dormir y nosotros estábamos fregando los platos. No sabía cómo sentirme, porque Logan no me daba opción a hablar del tema. Me daba la espalda mientras fingía estar muy ocupado fregando una olla.

—No hace falta que lo hagas tú. Eres el invitado de mi madre, no creo que a ella le guste.

—Hemos perdido y a mí no me importa.

Era imposible hablar con su espalda. ¿Es que pensaba fingir que entre nosotros no había pasado nada? ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre?

Pues yo no pensaba permitirselo. No era la clase de persona que ignoraba los problemas —o lo que fuera aquello—, así que le quité el estropajo y él se volvió hacia mí. Ahora tenía su atención.

—No puedo fregar sin él.

—No quiero que friegues los platos, quiero que hablemos.

Me lanzó una mirada fría como el hielo, pero no me dejé impresionar.

—¿De qué quieres que hablemos?

—¡De lo que ha pasado hace unos minutos! Casi me has besado.

—Tú eras la que iba a besarme —me acusó con desdén.

Intenté que sus palabras no me afectaran, pero su indiferencia comenzó a resquebrajar mi orgullo.

—Un beso es cosa de dos —lo contradije molesta—. ¿Qué ha sido lo que nos ha pasado antes? Me gustaría que fueras sincero, Logan. Lo necesito.

Se secó las manos con un trapo y lo tiró sobre la encimera.

—No ha sido nada —dijo, dándome la espalda—. Tienes razón, no tengo por qué fregar los platos.

—¡Sí, lárgate, cobarde de mierda! —le grité, herida y motivada por la rabia.

Noté que sus hombros se tensaban. Pero era un cobarde, ambos los sabíamos.

—Buenas noches, Mia. Por cierto, me tienes que devolver la chaqueta.

Le arrojé el trapo con el que se había secado las manos, que cayó en el pasillo sin ni siquiera rozarlo. Así me sentí yo, como un maldito trapo. Como un trapo al que ni había usado antes de decidir que no merecía la pena. Pero me dije a mí misma que no volvería a pasar. Era la última vez que cruzaba la línea con mi guardaespaldas.

36. Logan

Mierda.

Jo-der. ¿Pero qué cojones me pasaba? ¡Había estado a punto de besar a Mia! De hecho, la habría besado de no ser por la oportuna aparición de sus sobrinos. ¿Y luego qué? Probablemente habría sido incapaz de tener las manos quietas y me la habría follado entre un montón de sacos de estiércol. Ni siquiera el olor a mierda conseguía relajarme la polla.

Me froté el rostro mientras regresaba de mi paseo por los jardines de la casa. Sí, era un cobarde de mierda por no admitir la verdad. Pero antes muerto que demostrarle a Mia lo mucho que me afectaba. Cuando llegué a mi habitación, la chaqueta estaba colgada en el pomo de la puerta. Sonreí de mala gana. Apuesto a que ella había maldecido mi nombre antes de devolvérmela. Me encerré dentro de mi habitación y tiré la chaqueta sobre una silla.

Mierda.

La línea, me recordé. La puta línea no servía de nada con Mia. Ella lo sabía y lo había utilizado en mi contra. Ella Sospechaba que solo guardaba las distancias porque en el fondo me sentía atraído por ella, y me había arrojado la verdad a la cara sin despeinarse. Y entonces yo había querido besarla. Y joder, ella había estado receptiva. Percibir su deseo había sido una sorpresa deliciosa a la que no pude resistirme. Me enfrenté a ese beso con miedo, como si jamás hubiera besado a ninguna mujer. Y luego me volví loco al darme cuenta de que ella se derretía en mis brazos.

Mierda.

No, no se repetiría. Aunque me ganara su odio y aquello me consumiera lentamente. No podía dejarme llevar con ella porque en el fondo sabía que no era bueno para ninguno de los dos. Mia sentía algo por el tal Fernando, no era

tan tonto como para no darme cuenta. Y yo... no tenía ganas de complicarme la vida con una mujer que sentía cosas —lo que fuera— por otro hombre. Además, no estaba preparado para volver a sentir. Ni a sufrir. Ya había sufrido bastante y me merecía llevar una vida tranquila. Sin complicaciones, ni mujeres, ni ataduras...

Tenía otro mensaje de Keira. Uno más que se sumaría a su larga lista de mensajes sin contestar. Aquel era más tajante. Más exigente. Como si ella tuviera derecho a exigirme a mí algo.

Tenemos que hacerlo. Quiero saber cuándo vuelves a tu casa para que podamos tomarnos un café y charlar como dos personas civilizadas. Me enteraré de tu regreso si no me lo cuentas. Y entonces cogeré un avión y nada te salvará de tener una conversación conmigo. Estoy harta de que te compadezcas y te regodees en tu vida de mierda. No voy a sentir más lástima por ti. Tú nunca la sentiste por mí. Me culpaste por todo y así lograste salir adelante (o como quieras que llame a la mierda de vida que llevas ahora). Siempre te querré, Logan, pero esto tiene que acabar. Tenemos que hacerlo.

Solo tenía razón en una cosa: jamás me había compadecido de ella. ¿Por qué iba a hacerlo? No se lo merecía. Ni yo. Los dos habíamos fallado como padres.

Apreté el móvil contra la palma de la mano. *Tenemos que hacerlo.* Tres palabras que flotaron en mi cabeza y que llevaban atormentándome demasiado tiempo. *Tenemos que hacerlo.* Ella hacía que pareciera fácil, pero no lo era.

Era la decisión más difícil de mi vida.

¡Y yo malgastando mi tiempo con Mia Parker! Ella podía quedarse con el tal Fernando. En mi vida no había espacio para ella. Solo quedaban los

recuerdos y el dolor. Todo lo demás sobraba.

37. Sarah

No fui a trabajar el viernes. Era la primera vez que faltaba al trabajo y ponía una excusa, pero sabía de sobra que Fernando lo entendería. No tenía ganas de verle la cara. ¿Para qué? A esas alturas ya había llegado a la conclusión de que mi jefe me utilizaba a su antojo. No significaba nada para él, y probablemente se divertía demostrando que podía tenerme postrada a sus pies.

Pero la culpa era mía, eso lo sabía de sobra. Era la persona con menos autoestima del planeta, y él solo tenía que descolgar el teléfono para que yo me pusiera a sus pies. Me lo tenía merecido, aunque no entendía una cosa: ¿por qué no me había besado? ¿Por qué no se había aprovechado de la situación y me había desnudado en el sofá?

Ah, puede que para él fuese tan poca cosa que ni siquiera mereciera tal esfuerzo. Aunque había notado su deseo. Sus ganas. Quizá porque estaba borracho, no lo sé. Según él; le importaba demasiado para hacerme daño a mí también.

¡Ja, qué yo me lo creía!

Tú mereces más que ser mi secretaria.

Menuda tontería. Los dos sabíamos que le resultaba muy útil y que haría cualquier cosa con tal de que yo siguiera comiendo de su

mano.

El sábado y el domingo los había pasado encerrada en casa. Aprovechando la soledad para lamerme las heridas y fingir que me había llevado tal decepción que ya no sentía nada por él. Recordaba la amargura con la que me había contado que se había acostado con Mia. Como si no hubiera significado nada para él. Y sin embargo, había sido capaz de engañar a su prometida con otra. ¡En su fiesta de compromiso! ¿Qué clase de persona hacía algo así?

Recibí un mensaje suyo el domingo por la mañana. No le contesté, pero lo releí varias veces con el ceño fruncido. A eso me refería. Cuando Fernando olía el peligro, se comportaba como si yo le importara de verdad. Como si temiera perder a Sarah, y no a su secretaria. Maldito embustero.

Ya sé que no tengo ningún derecho a preguntar, pero necesito saber que estás bien. Puedes tomarte los días que necesites de descanso. Lo que pasó en tu casa fue inapropiado, y lamento de corazón si te hice sentir incómoda. No sé lo que me pasa contigo, pero te prometo que todo lo que te dije iba en serio. Me importas demasiado, Sarah. Lo suficiente para no jugar también contigo. No debería haberte llamado el otro día, y ni siquiera sé por qué lo hice. Quizá porque me siento bien cuando estoy contigo. Tremendamente bien. Ya sé lo que piensas de mí y no te estoy pidiendo una segunda oportunidad. Solo quiero que estés bien, aunque eso implique que sea yo el que tenga que apartarse.

No entendía la última frase. ¿Qué quería decir con lo de que

fuera él quien tuviera que apartarse? ¿A qué diantres se refería?

Estaba llegando a la oficina, así que no tardaría en resolver mis dudas. Le plantaría cara y le diría que se dejase de tonterías. Que dejase de intentar demostrar que se preocupaba por mí y empezáramos a tener una relación jefe secretaria. Y punto.

Me estaba envalentonando cuando me crucé con una mujer joven que salía de su despacho. Llevaba un traje de dos piezas y me sonrió con cordialidad. Me la quedé mirando muy desconcertada. ¿Quién era? Fernando estaba tecleando en el ordenador, pero levantó la cabeza en cuanto me vio. Tenía aspecto de haber dormido poco.

—Buenos días, Sarah. Pensé que te tomarías algunos días más. Me alegra ver que ya has vuelto.

Aquella voz, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si no hubiera estado a punto de besarme. Le sonreí con frialdad.

—No me encontraba bien el viernes, pero no le dije que me fuese a tomar unos días de descanso — respondí irritada.

—Sí, ya, es solo que... —se puso de pie y rodeó su escritorio. Noté que intentaba tapar una pila de documentos—. Pensé que tendría más tiempo.

—¿Más tiempo para qué? —repliqué con tono huraño.

La mujer que acababa de salir de allí, los documentos que él estaba cubriendo...

Abrí los ojos de par en par. No me lo podía creer.

—¿Está buscando una nueva secretaria? —le recriminé sin dar crédito.

Fernando se levantó y caminó hacia mí, pero puse las manos en

alto. No lo negaba.

—Ni me toques —bramé, sacudiendo la cabeza con energía. Todo lo que había hecho por él... todo lo que me había implicado en el trabajo... para que ahora me desechara como una colilla. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos con rabia—. No me merezco esto. Soy la mejor y jamás encontrarás a nadie como yo.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó abatido—. Puedo leer cientos de curriculums, que sé de sobra que nunca encontraré a nadie como tú. Y no me refiero a lo buena secretaria que eres, Sarah. Ya sabes de lo que estoy hablando.

Me abracé a mí misma. No iba a llorar delante de aquel impresentable.

—¿Y por qué lo hace? —exigí saber—. Me merezco una explicación y no voy a irme de aquí sin ella.

—Lo hago por ti.

—Por mí... — repetí con rabia.

Fernando acortó la distancia que nos separaba y me cogió las manos antes de que pudiera reaccionar. Me solté furiosa y le di un empujón.

—¡Qué no me toque!

—Lo hago por ti — insistió desesperado, mirándome a los ojos —. Porque te mereces mucho más que pasarte el resto de tu vida encerrada en una mierda de despacho sin ventanas. Eres demasiado cobarde para tomar esa decisión, así que solo te estoy dando un empujón para que espabiles.

—¡Quién eres tú para tomar decisiones por mí! —le grité, y me

aparté cuanto intenté tocarme—. Tú solo te preocupas por ti mismo. No finjas... no te atrevas a decir que todo esto lo haces por mí.

—Tienes razón, no soy más que un miserable —admitió, escocido por mis palabras—. Pero si tengo la oportunidad de hacer las cosas bien, aunque solo sea por una vez... voy a dejar de mirar por mí y hacerlo por otra persona. Y esa persona eres tú, aunque te cueste creerlo.

—Lo único que quieres es deshacerte de mí porque...

—¿Por qué? —preguntó con una mueca sarcástica—. Adelante, dímelo tú. Llevo preguntándomelo varios días y te aseguro que la respuesta siempre es la misma.

—¡Porque ahora soy un problema para ti! —le escupí con resentimiento.

Fernando se pasó las manos por el pelo y dio un manotazo a la pila de carpetas que había sobre el escritorio. Los curriculums se esparcieron por todo el despacho y él soltó una maldición. Nunca lo había visto así.

—Tienes razón, te has convertido en un problema —repuso con frialdad—. Pero con lo lista que eres, tenía la esperanza de que te dieras cuenta de algo más.

De algo más. El pulso me latió deprisa en las sienas. Estaba mareada. No, ese no era el motivo. Me echaba porque ya no le resultaba útil.

—Voy a recoger mis cosas.

Me cogió del brazo. Sentí un profundo calor que se extendió por todo mi cuerpo. Respiré con dificultad. Me ponía las manos

encima y todo mi mundo explotaba. Odié ser tan débil. Odié derretirme como el chocolate caliente cuando él acercó sus labios a mi oreja.

—Eso puede hacerlo otra persona. Ahora tienes una cita con el Señor Johnson.

Lo miré desconcertada. Los ojos de Fernando se posaron una fracción de segundo sobre mis labios antes de soltarme con brusquedad. Los dos retrocedimos impactados por aquella sensación.

—¿Por qué? ¿Para la carta de recomendación? No la quiero — me hice la digna.

—Te va a hacer una entrevista. Ya te dije que te mereces ser más que mi secretaria. Hay un puesto vacante como investigador privado y estoy convencido de que tú estás a la altura.

Salió del despacho tras decir aquellas palabras. Me quedé desecha y sin poder reaccionar. No entendía nada.

El interés del señor Johnson en mi currículum me dejó impactada. De repente tenía la posibilidad de optar a un ascenso. El doble de sueldo, la mitad de la jornada y una mayor iniciativa. Era la clase de trabajo con el que siempre había soñado, pero al que nunca me había animado a postular. Al fin y al cabo ¿quién era yo? Graduada en empresariales en una universidad pública y con experiencia como secretaria. Imaginaba que se reirían de mí si intentaba aspirar a algo más. Pero allí estaba, la oportunidad que siempre había estado esperando. Y todo gracias a...

—El Señor Sandoval nos ha hablado muy bien de usted.

Admite que lo ha estado ayudando más allá de sus tareas como secretaria, y que tiene la capacidad suficiente para desempeñar este puesto. Estaría en periodo de prueba, pero si es tan buena como él dice, seguro que no le costará ganarse nuestro beneplácito. Dice que es usted capaz de descubrir cualquier cosa.

—Bueno... —me acaricié el brazo con timidez—. Todo tiene un límite, pero si me da una oportunidad, daré lo mejor de mí.

—Ah, y además modesta. Bienvenida a su nuevo puesto como investigadora del bufete, Sarah.

Creí que estaba soñando, pero entonces él me estrechó la mano. Luego me llevó hacia un despacho luminoso y lleno de ventanas. ¡Ventanas!

—No se parece en nada al que tenía antes. Espero que sea de su agrado.

—Lo es —respondí alucinada.

—Firmaremos el contrato mañana y ya tendremos tiempo de hablar de las condiciones, pero le aseguro que le parecerán más que razonables. Tómese el resto del día libre, Sarah.

—Muchas gracias, Señor Johnson.

No sé por qué volví a mi antiguo despacho, pero me puse a recoger mis pertenencias como si así pudiera organizar mi mente. Había pasado de ser secretaria a tener un puesto de mayor responsabilidad en cuestión de una hora. Y allí estaba, observando con nostalgia todo lo que me rodeaba. Porque en el fondo tenía mucho miedo de no dar la talla.

Y todo gracias a Fernando.

Seguía sin entender nada. Pensaba que se estaba deshaciendo de mí, pero se había limitado a hablarle bien de mí a sus superiores. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había renunciado a su secretaria? Me había hecho a la idea de que era un maldito egoísta que siempre me utilizaba a su antojo, pero ahora...

—¿Una sola caja? —me preguntó, al ver que había conseguido meter mis pertenencias allí dentro.

Me encogí de hombros. No quería llevarme nada que me recordara a él, así que había metido en la caja lo indispensable.

—Solo lo más importante. Le he dejado todo lo demás a tu nueva secretaria. Si necesita que la ponga al día cuando se incorpore, le echaré un cable. Solo tiene que decírmelo.

—Sí, ya se lo comentaré cuando la encuentre.

Dejé la caja en el suelo. Por la pila de curriculums que tenía sobre el escritorio, tenía muchos candidatos entre los que elegir.

—¿Aún no te has decidido?

—Es más complicado de lo que parece. Cuando por fin encuentro a alguien que encaja, me pregunto si será igual de bueno que tú. Y siempre llego a la conclusión de que eso es imposible. Has dejado el listó muy alto —dijo con una sonrisa triste. A ti te ha ido bien con Johnson, pero eso ya lo sabía.

—No tenías ningún derecho a decidir por mí.

—¿Sigues enfadada?

—No... no lo sé. Un poco, es extraño. Sé que tengo que darte las gracias por esta oportunidad, pero no puedo. No estaría siendo sincera.

Suspiró. Se levantó y rodeó el escritorio hasta ponerse delante de mí,

—No me las tienes que dar.

—Me hubiera gustado que antes lo hablaras conmigo. Pero en el fondo sigo pensando que lo has hecho para librarte de mí.

Entrecerró los ojos y chasqueó la lengua. Me crucé de brazos, dispuesta a seguir en mis trece.

—Sarah... —susurró mi nombre con amargura—. Te quieres muy poco a ti misma.

—Deja de insultarme —le ordené con los dientes apretados—. No soy una pobre damisela en apuros que necesita que vengan a salvarla. Y mucho menos cuando no te he pedido ayuda.

—Solo te he ofrecido un puesto a tu altura. La oportunidad que te mereces, y no un trabajo mediocre en un cuartillo anexo a mi despacho para que trabajes a mi sombra. Tú brillas con luz propia — insistió, con un súbito ataque de ira.

—Aun así... no pretendas darle la vuelta a la tortilla.

—¡Ya sé que te debería haber consultado! —estalló fuera de sí, y acortó la poca distancia que nos separaba—. Y si no lo hice fue porque me acojonaba la idea de que pudieras decir que no. ¿Por qué no puedes verlo? ¡Pensé que eras más lista!

Fue entonces cuando lo descubrí. El temor que se reflejaba en sus ojos. La pasión con la que me miraba. Lo que él intentaba ocultar apartándose de su lado. Y aunque deseé odiarlo con todas mis fuerzas, una sensación poderosa me apretó el estómago y me armó de valor.

—Estás huyendo de mí.

Fernando dejó caer una mano, pero no lo negó.

—¡Y qué si lo hago! Te estoy dejando escapar porque quiero que seas feliz. Los dos sabemos que nunca lo serías a mi lado.

—Eso déjame decidirlo a mí —le pedí en un susurro, cogiéndole la mano—. Creo que no eres tan malo como te empeñas en demostrar. No necesitas protegerme de ti.

—¿No? —me contradijo con una sonrisa ladina—. Te equivocas porque eres la clase de persona que siempre ve lo mejor de los demás.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

Tiró de mi mano y me arrastró hacia él. Choqué con su pecho y él bajó la otra mano para aferrarme con fuerza de la cintura. Se me aceleró la respiración cuando recorrió mi cuello con sus labios. Mi pulso se disparó y él me mordió la piel, como si quisiera marcarme. Luego dejó un reguero de besos cálidos y húmedos desde mi cuello hasta la garganta.

—Estás deseando que te bese —murmuró con voz ronca, apretándome contra su cuerpo.

No lo negué. No pude. Me tembló todo el cuerpo cuando una de sus manos se coló por dentro de mi jersey y me acarició la espalda.

—Ahora mismo podría hacer contigo lo que me diera la gana —me advirtió con voz peligrosa, y luego sus ojos oscuros se posaron en los míos una fracción de segundo. El corazón me dio un vuelco cuando acercó su boca a la mía—. Dime que me equivoco, Sarah.

—Yo...

Me perdí en sus ojos y en el deseo que percibí en ellos. Estaba tan excitada que apenas lograba reaccionar.

—Dime que no podría hacer contigo todo lo que yo quisiera — me ordenó con tono duro, mientras sus manos resbalaban por mi piel y me calentaban todo el cuerpo—. Que no podría tumbarte sobre mi escritorio, quitarte la ropa y follarte como sé que estás deseando.

La voz se atascó en mi garganta cuando intenté responder. Di un paso atrás, pero Fernando se abalanzó sobre mí y me besó con dureza. Y mi mundo se detuvo. Gemí contra sus labios y me aferré a su cuerpo. Sucumbí a un beso salvaje que lo tomó todo de mí. La boca de Fernando se fundió con la mía y me besó a caballo entre la rabia y la desesperación. Tomándolo todo de mí mientras yo me rendía por completo. Susurré su nombre y volví a gemir cuando él me mordió el labio. Emitió un gruñido, me levantó a horcajadas y me tiró sobre su escritorio. Volvió a besarme mientras sus manos me acariciaban por todas partes. Sobre la ropa, con mis piernas abiertas y su erección apretándose contra mi vientre. Comenzó a desabrocharme la blusa y su cabeza se perdió en mi canalillo. Lamió el borde de un pezón que sobresalía del sujetador de encaje y yo eché la cabeza hacia atrás. Una de sus manos se enredó en mi pelo y la otra bajó hasta mis muslos, intentando quitarme las medias. Me besó los pechos y succionó un pezón. Solté un grito de placer y le apreté el brazo. Todo lo que me hacía era delicioso. Era suya. Completamente suya.

Fernando me miró nublado por el deseo. Volvió a besarme, aquella vez con una urgencia que me desarmó. Su boca se aplastó contra la mía y lo besé como llevaba tanto tiempo deseando en sueños. O él me besó, no lo sé. Todo era confuso y devastador. Estaba excitada y mi cuerpo palpitaba por cada una de sus caricias. Consiguió bajarme

las medias y comenzó a desabrocharse la bragueta. Abrí los ojos de par en par y fui consciente de que íbamos a hacerlo allí, en su despacho. Él se detuvo un segundo para mirarme a los ojos. No sé por qué lo hizo. No sé lo que buscaba. Solo sé que, de repente, se quedó completamente inmóvil.

—¿Estás...?

Mi voz lo sacó del trance. Se apartó de mí con brusquedad y se pasó las manos por el pelo. Me sentí tan desubicada que me cubrí los pechos. Allí estaba, encima de su escritorio con la falda levantada y las medias por las rodillas. Mis mejillas se tiñeron de rojo cuando él se cerró la bragueta y me lanzó una mirada vacía.

—¿Lo ves? Podría hacer contigo lo que me diera la gana, ya lo has visto —me espetó con dureza. Sus palabras me golpearon hasta lo más profundo de mi orgullo. Me dio la espalda y habló sin mirarme. Su voz era fría—. En el fondo te estoy haciendo un favor. No necesito una secretaria que esté enamorada de mí.

Me bajé del escritorio casi tambaleándome. Él lo sabía. Dios mío, lo sabía. Acababa de utilizarme para demostrar que me tenía en sus manos. Me vestí a toda prisa con él dándome la espalda.

—¿Has acabado? —preguntó, antes de darse la vuelta.

Lo fulminé con la mirada. Él me dedicó una sonrisa cargada de suficiencia. No pude contenerme. Lo abofeteé con todas mis fuerzas y le marqué la cara. La sonrisa de Fernando se esfumó, y en su lugar solo quedó una mirada vacía.

—No voy a fingir que no me lo merezco —dijo con ironía.

—Eres... eres... —no encontré en el diccionario ninguna

palabra para lo que quería gritarle.

—¿Lo peor?

—Un cabrón de la peor calaña —le escupí con despecho.

Fernando evitó mi mirada, como si pareciera repentinamente arrepentido. Pero yo sabía que no era así. Me había hecho sentir como un trapo, y todo con tal de demostrar que él tenía razón.

—Tenías razón. Veo lo mejor de los demás. Gracias por demostrarme que eres un miserable —le dije con rabia. Pasé por su lado y lo golpeé con el hombro. Él ni siquiera se inmutó—. Lo de cenar juntos queda cancelado, aunque supongo que no hacía falta mencionarlo. No quiero volver a saber nada de ti. Hasta siempre.

38. Mia

Allí estaba con Alan, ahogando mis penas con alcohol porque me escocía admitir que Logan había pasado de mí. Aunque aquello último no lo tenía tan claro. Habíamos estado a punto de besarnos en el invernadero, pero luego él había fingido que entre nosotros no había pasado nada. Así, como si no le importara. Pero tampoco era tonta. Noté que su deseo era casi tan grande como el mío. Uf, aquel hombre me tenía completamente desconcertada. Y de todos modos, ¿a mí qué más me daba? En cuanto testificara en el juicio regresaría a mi vida y no tendría espacio en ella para Logan.

Alan me sirvió otro chupito de tequila. Me lo bebí de un trago y el líquido me quemó la garganta. Abrí la boca para respirar y los ojos se me llenaron de lágrimas. Él se echó a reír.

—Nena, olvidaba que eres una abstemia.

Aquella noche me daba igual. Llevaba casi dos semanas intercambiando monosílabos cortantes con Logan. Recordando todo lo que me dolía al pasar tanto tiempo en casa. Y para colmo, hoy era el aniversario de la muerte de mi padre y en la casa flotaba un ambiente bastante melancólico. Y yo me sentía una traidora, como de costumbre.

—Por un día tampoco pasa nada —dije con voz áspera, y bebí a morro de la botella.

—¡Oyeeee! —Alan intentó quitarme la botella, pero me puse de pie y caminé tambaleándome hacia la cama.

—¿Qué? —repliqué airada. Ya se me empezaba a trabar la lengua—. Soy mayor que tú, no puedes darme órdenes, renacuajo.

—Pff... —Alan estaba casi tan borracho como yo. Consiguió llegar

hasta la cama y se tendió a mi lado—. ¿Esto es porque estáis todos tristes por lo de tu padre, o por el jueguito que te traes con Robocop?

Lo miré de reojo y apreté la mandíbula. Intenté alzar la botella y parte del contenido me salpicó la cara. Alan me la arrebató y suspiré derrotada.

—No lo llames así.

—Ah... así que tengo razón. Te gusta el hombre de hielo —sonrió con suficiencia y le pegué un guantazo.

—Es complicado.

—¿Por qué es tu guardaespaldas?

—Porque... es complicado.

—Eres un libro abierto. Vamos nena, suéltalo ya. Te gusta tu guardaespaldas, ¿y qué? No eres la primera ricachona que se encapricha del tipo que tiene que protegerla —me evaluó con la mirada durante medio minuto—. ¿O es más que un capricho pasajero?

—No lo sé —admití en un susurro.

Alan se recostó de costado y me miró con interés.

—Vaya... eso sí que no me lo esperaba. ¿Qué hay de Fernando? ¿Ya lo has olvidado?

—No lo sé —repetí con amargura—. Me he llevado una decepción, aunque supongo que no puedo culparlo teniendo en cuenta cómo lo traté. Es solo que... no lo reconozco. Ni tampoco me esperaba toparme con alguien como Logan. Me descoloca en todos los sentidos.

—Que te pone perraca, ¿no?

Volví a golpearlo y él soltó una carcajada.

—Eres lo peor.

—Tengo razón —zanjó con una sonrisa de suficiencia—. La cuestión es... ¿qué vas a hacer al respecto?

—Ay... no lo sé. Y de todos modos da igual. Dentro de poco testificaré en el juicio y volveré a mi trabajo con la fundación. No tengo tiempo para nada más.

Alan puso los ojos en blanco.

—Es una gran excusa para seguir siendo cobarde —me dio una palmadita en la mano—. Qué decepción, nena. De pequeño te tenía en un pedestal.

—¿Disculpa? —me incorporé con gran dificultad—. No soy ninguna cobarde.

—Claro que sí. No te atreves a tener una conversación con Fernando porque temes seguir sintiendo algo por él. Pero si lo hicieras, pasarías página de una puñetera vez y también le permitirías a él hacerlo. Y tienes miedo de dar un paso adelante y plantarle un beso a tu guardaespaldas. Aunque por como lo miras, yo diría que más que un beso tienes ganas de marcha.

—No me hables así —le advertí con voz temblorosa.

—Te hablo como me da la gana —dijo, y me besó en la mejilla—. Si no lo hago yo, ¿quién va a hacerlo?

—Cómo se nota que eres hermano de Harley... —refunfuñé de mala gana—. ¡Ahora resulta que la culpa es mía! Tú no conoces a Logan. Es... desconcertante. Un día se comporta como si le interesara, y al siguiente me trata como si le importara una mierda.

—Pues díselo —me animó—. Ahora que estás borracha y vas a decir cosas de las que mañana te arrepentirás.

—¿Qué clase de consejo es ese? —lo miré atónita.

Se encogió de hombros.

—Mis consejos son así, ¿qué más quieres?

Me tendió la botella y se levantó de la cama.

—Nena, puedes seguir regodeándote en tus penas o tomar el toro por los cuernos. Tú veras. Pero teniendo al tío que te gusta bajo el mismo techo... lo primero es de pringada —cerró la puerta antes de que pudiera contestarle.

Hice lo único que podía hacer en aquel momento: seguir bebiendo. Al primer chupito pensé que Alan tenía una lengua afilada que decía verdades como puños. Al segundo chupito comencé a mosquearme con Logan por ser tan cambiante. Al tercer chupito me levanté de la cama y me pegué la hostia del siglo contra la alfombra. Cuando conseguí ponerme de pie, caminé con paso renqueante hacia la puerta y decidí que ni era una pringada ni una cobarde. Era una Parker e iba a dejarle las cosas claras a Logan.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llamé a su puerta. Una de las pocas ventajas de estar borracha es que pierdes el sentido del ridículo. Entonces te parece buena idea aporrear la puerta de alguien a las tantas de la madrugada hasta que te abre. Y cuando lo hace con cara de querer matarte, pones expresión de digna y le sueltas:

—¿Por qué has tardado tanto?

Logan me observó con cara de sueño. Le costaba abrir los ojos e iba sin camiseta. Me echó un vistazo rápido hasta que detuvo la mirada en la botella de tequila que pendía de mi mano. Su expresión se endureció mientras me evaluaba con frialdad.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

—Hola, Señor Prexton. ¿Sabía usted que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

Logan puso cara de pocos amigos, hasta que sacudió la cabeza y se frotó el rostro.

—Mia, ¿por qué no te vas a tu habitación? —sugirió con tono cansado.

—Porque...

No sé lo que iba a decirle, pero de repente me entraron unas ganas tremendas de tocarlo y le recorrí el torso con la mano libre. Era como acariciar a una roca. Estaba durísimo y repleto de cicatrices. Era una mezcla peligrosa y atractiva. Logan abrió los ojos de par en par y retrocedió.

—¿Qué haces? —preguntó con voz áspera.

Percibí un temor casi invisible en él. Pero allí estaba, por mucho que intentara enmascararlo con su ceño fruncido.

—¿Cómo te has hecho todas esas cicatrices?

Logan me agarró la mano cuando le acaricié el pecho. La apartó con delicadeza y noté que se estremecía. ¿Me tenía miedo?

—No hagas eso, por favor —me pidió con voz trémula.

—¿Por qué no?

—Porque está fuera de lugar.

—¿También estaba fuera de lugar cuando íbamos a besarnos? —lo contradije con picardía.

Por primera vez, él no lo negó. Se limitó a apartar la mirada y darme la espalda.

—Entra, pero haz el favor de portarte bien.

Sonreí triunfal y pasé dentro. Logan cerró la puerta y me cogió del brazo hasta acercarme a su cara. Los efectos del alcohol empezaban a pasarme factura y tuve que agarrarme a sus hombros para mantenerme en pie. Era un gigante con un cuerpo duro y un par de ojazos azules que quitaban el aliento. Intenté acariciarle la tableta de chocolate, pero Logan resopló y atrapó mi mano. Luego me llevó hacia la cama, me empujó con un dedo y me caí de culo. No sé por qué me hizo tanta gracia, pero estuve un buen rato riéndome mientras Logan me observaba contrariado.

—¿Qué es lo que pretendes? —exigió saber, en cuanto paré de reírme.

—Siéntate a mi lado.

Me observó con el ceño fruncido. Era evidente que no se esperaba eso de mí.

—Mia...

Alargué el brazo y le toqué la mano. Él se sobresaltó, pero no se apartó. Entrelacé mis dedos con los suyos y noté que un calor muy placentero me recorría todo el cuerpo. Me pregunté si siempre sería así. Si cada vez que nos tocáramos mi piel explotaría en mil sensaciones.

—¿Tanto miedo te doy? —adiviné.

Él me miró de reojo y apretó la mandíbula.

—Tendría que ser yo quien te diera miedo —me advirtió con voz ronca.

—No me lo das... —admití, buscando su mirada—. ¿Cómo te hiciste todas esas cicatrices?

Tiré de su mano para que se sentara a mi lado. De mala gana, tomó asiento a mi lado y el peso de su cuerpo sobre el colchón me empujó más cerca de él. Nuestros muslos se tocaron y aproveché la situación para ponerle una mano sobre la pantorrilla. Joder, era una roca. Puede que tuviera músculos hasta en el dedo meñique del pie. Era la clase de hombre que podría partirme en dos de un abrazo, y sin embargo, no le tenía ningún miedo. Lejos de intimidarme, Logan cada vez me atraía más. Quería saberlo todo de él y descubrir qué se ocultaba bajo aquella fachada impenetrable.

—Tus cicatrices... tienes muchas...

—¿Tanto te horrorizan? —preguntó con sorna. A pesar de la ironía, percibí el rastro de la amargura en su voz.

—No he dicho que me horroricen. En realidad, me intrigan. ¿Cómo te las hiciste?

—¿Te irás de aquí si te lo digo?

—No lo sé.

Logan respiró profundamente, apretó mi mano y la llevó hacia su costado. Le acaricié con el dedo índice la línea rosada que llegaba desde las costillas hasta la mitad de la espalda. Él entrecerró los ojos y apretó los labios. No sé si le gustaba que lo tocara o le dolía que lo hiciera.

—Una puñalada cuando perseguía a un atracador. Por aquella época era policía —cogió mi mano y le recorrí el abdomen hasta la pelvis. Entonces fui yo quien se estremeció—. Un disparo con orificio de entrada y salida. Tuve suerte y no perforó ningún órgano. Me dispararon cuando descubrieron mi tapadera en un cartel de drogas y logré escapar por los pelos.

Me lo quedé mirando boquiabierta.

—Lo cuentas como si fuera algo normal.

—No pretendo hacerme el valiente. En su momento pasé mucho miedo, pero ya he aprendido a convivir con ellas. Pasó hace mucho.

—No sabía que habías sido policía...

Noté que él se tensaba. Al parecer, acababa de pisar un terreno pantanoso.

—Lo fui. Qué más da eso ahora —respondió de manera esquiva.

Decidí dejarlo estar porque no quería obligarlo a hablar de algo que parecía escocerle.

—Nunca te he preguntado si tú... —intenté encontrar la forma más elegante de preguntarlo. Él me observó intrigado—. Ya sabes... debe ser difícil para alguien lidiar con un hombre con un trabajo como el tuyo. Yo tendría miedo todo el tiempo.

—¿Me estás preguntando si tengo pareja? —dijo, y una sonrisa ancha se plantó en su cara.

Me puse colorada como un tomate. Qué manera de hacer el ridículo y dejarme en evidencia. Y sin embargo, allí estaba. Su sonrisa. Una de verdad. Una que formaba arruguitas muy sexis alrededor de sus ojos y que evaporaba aquella expresión glacial. Logan era impresionante cuando sonreía. Impresionantemente atractivo.

—Eh... no... a ver... no es asunto mío —musité abochornada.

—No tengo pareja.

—Ah —fue todo lo que pude decir.

Pero no pude disimular el alivio que sentí. Él volvió a sonreír, probablemente haciéndose a la idea de lo patética que era yo.

—Es que... tiene que ser complicado. Eso de convivir con la posibilidad de que un día te den malas noticias.

—Estuve casado cuando era policía y supongo que tienes razón. Para ella nunca fue fácil. Pero ya da igual.

Había estado casado. Una vez una mujer ocupó su corazón. ¿Qué había pasado?

—Yo no soportaría que te pasara algo por mi culpa —le dije de repente.

Sus ojos azules encontraron los míos. Me quitó la botella y la dejó en el suelo. Luego me acarició la mejilla con dulzura y sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Pero yo daría mi vida por la tuya si fuera necesario.

—Porque es tu trabajo.

—Y porque me importas —añadió, haciendo su caricia más intensa—. Mia, ¿qué haces aquí?

Le miré la boca de manera involuntaria y él lo notó. Me humedecí los labios y tragué con dificultad. Su mano bajó desde mi mejilla hasta mi espalda, calentándome la piel hasta llegar a la parte baja de mi espalda. La

dejó allí y me atrajo hacia él. Mi pulso se aceleró y me morí de ganas de besarlo.

—Cuando era una adolescente bebía porque pensaba que mi padre murió por mi culpa. Tuvimos una discusión el mismo día que él sufrió un infarto, pero luego... —no me atreví a continuar, así que inspiré con dificultad y le dije—. Hoy es el aniversario de su muerte y yo llevaba casi diez años sin beber. Soy una tonta, ¿no?

—Media botella de tequila no marcará la diferencia. Te lo digo por experiencia.

No sé a qué se refería.

—No voy a fingir que estoy aquí porque me siento triste. Yo... supongo que me apetecía mucho verte y aclarar las cosas —me atreví a ser sincera.

—Aclarar las cosas —repitió con ironía—. Mia, sé que sientes algo por el tal Fernando. No me pidas que...

—Tienes razón —admití de mala gana—. Lo sentía hace muchísimos años. Pero ahora estoy tratando de averiguar qué es lo que siento por ti. Desgraciadamente me lo pones muy difícil, robocop.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo me has llamado?

Uy.

—Robocop. No te enfades —le pedí, evaluando su reacción. A él no le hizo demasiada gracia—. Se me ha escapado. Es que a veces... pareces una máquina.

—Una máquina no se comportaría como lo hago yo contigo —me contradijo de mala gana.

Se me iluminó la expresión y me acerqué más a él. Puede que el alcohol me hubiese desinhibido por completo y despojado de la vergüenza, porque

Logan me observó impresionado cuando comencé a acariciarle la pierna.

—Pues sí, porque no paras de descolocarme. Dime... que todo forma parte de mi imaginación. Que veo cosas donde no las hay y que lo que sucedió en el invernadero solo fue cosa mía. Entonces me iré y te prometo que no volveré a molestarte.

—No puedo.

No sé qué se apoderó de mí cuando me senté a horcajadas encima suya e intenté besarlo. Logan ladeó la cabeza y me apartó con delicadeza. Lo miré abochornada y me mordí el labio.

—¿Tan horrible te parezco que no quieres besarme? —pregunté compungida.

Logan echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, me miró a la cara y noté su deseo.

—Me muero de ganas de besarte, pero jamás me perdonaría haberlo hecho cuando cabe la posibilidad de que te arrepientas al día siguiente.

Sentada encima de él, le acaricié el pecho y noté que él respiraba con dificultad.

—Yo... no lo haría.

—Mía, estás borracha.

—Sí, un poquito. ¿Eres tan caballero que jamás te aprovecharías de una mujer borracha?

Logan me cogió de la cintura y me dio la vuelta sin que yo pudiera reaccionar. Solté un grito de sorpresa y el corazón me dio un vuelco cuando él se colocó encima de mí. Su cuerpo duro se apretó contra el mío y el deseo fue doloroso.

Acercó su boca a mi oreja y susurró contra mi piel:

—Quizá me gustas demasiado como para permitir que nuestro primer

beso sea contigo estando ebria.

Y me mordió el lóbulo de la oreja. Me tembló todo el cuerpo y traté de asimilar sus palabras. Y las sensaciones que me producía tenerlo encima.

—Ah... ¿pero vamos a besarnos algún día? —pregunté emocionada.

La boca de él recorrió mi cuello y luego sonrió sobre mi piel. La excitación me recorrió todo el cuerpo.

—Puede.

—¿Y va a gustarme?

Él se separó de mí y me miró a los ojos. El azul de los suyos se había teñido de un mar oscuro que me arrastró hacia el abismo.

—Nadie te besaré como yo.

Se inclinó sobre mí y cerré los ojos cuando creí que me besaría. Sus labios se posaron sobre mi frente y me dio un beso desconcertante. Cargado de anhelo. Uno que me traspasó la piel y marcó una promesa excitante. Apenas logré recomponerme de la sensación cuando volvió a besarme en la mejilla. Un cosquilleo muy agradable me recorrió la piel. Luego me besó la barbilla, y antes de que pudiera reaccionar, me cargó en brazos y me llevó hasta mi habitación.

Me tiró encima del remolino de sábanas que era mi cama y me tapó hasta la punta de la nariz.

—Por lo que más quieras, quédate aquí dentro o te juro que no voy a poder contenerme más —me suplicó angustiado.

Caminó deprisa hacia la puerta.

—Adiós, robocop.

Pese a que no respondió, estuve convencida de que me oyó antes de cerrar la puerta.

Siempre me había jactado de ser un hombre de palabra, pero estaba claro que iba a tener que replantearme algunos conceptos. ¿Qué clase de hombre prometía no cruzar la línea y luego le abría la puerta de su habitación a Mia?

Joder.

Volví a dar otra vuelta en la cama y comprendí que no podría conciliar el sueño. La botella de tequila seguía en la mesita de noche, así que la cogí y fui hacia el cuarto de baño. Sin dudarlo, vacié el contenido en el lavabo y me sentí un poco mejor. Hace no mucho tiempo habría ahogado mis penas en el alcohol y luego me habría arrepentido de ser un miserable. Ahora seguía teniendo penas y un puñado de dudas, que era mucho peor.

Respiré con dificultad. ¿Qué coño me pasaba con Mia? Le sacaba casi doce años, pertenecíamos a mundos opuestos y mi vida era un puñetero caos. Un divorciado cuarentón, ex alcohólico y que se negaba a afrontar la realidad. Y, sin embargo, me olvidaba de todo cuando estaba con ella.

Mia me provocaba un conflicto de emociones muy difícil de gestionar. Me animaba a pasar página de una vez por todas, y al mismo tiempo me causaba un profundo miedo. O quizá la palabra adecuada fuera pánico. A sufrir otra vez y reabrir viejas heridas. Apenas me había recuperado —si es que lo había hecho—, de mi vida anterior. ¿Cómo iba a permitirle a Mia entrar en la que trataba de construir ahora?

Por no hablar del tal Fernando, por el que Mia no había negado sentir algo. Y luego había admitido sentir algo por mí. Joder, y había intentado besarme. Y me había tocado. Y yo, como un idiota, había bajado las defensas y le había contado parte de mi vida.

¿Por qué le había dicho que fui policía? ¿O que había estado casado?

Joder. Me había lucido.

Eran las seis de la mañana cuando me animé a escribirle a Keira. No sé por qué lo hice. Puede que porque lo que empezaba a sentir por Mia abriera la posibilidad de una reconciliación. Aunque en aquel momento el rencor me pesaba tanto que necesitaba perdonar. Zanzar el pasado era la mejor forma de seguir adelante.

Antes de enviar el mensaje, abrí el primer cajón de la mesita de noche y cogí la foto de April. Los ojos se me llenaron de lágrimas y reprimí el impulso de estrellar el móvil contra la pared. Necesitaba hacerlo, pero dolía demasiado. El rostro dulce de April, sonriente y enmarcado por unos rizos dorados, me hizo flaquear. Me sentí culpable y como una puta mierda.

Cada vez que intentaba pasar página, me hacía la misma pregunta: ¿era un mal padre?

¿Se haría Keira la misma pregunta cada vez que me presionaba para que lo hiciera? No tenía ni idea, pero si le enviaba aquel mensaje, tendría la oportunidad de preguntárselo a la cara.

Lo envié. De repente sentí que me había quitado un peso de encima. Me tranquilicé a mí mismo diciéndome que no estaba decidiendo nada. Simplemente tendríamos esa conversación que llevaba tanto tiempo postergando. Sí, hablaríamos. Y luego... luego ya vería lo que haría. Releí el mensaje por última vez.

Vuelvo dentro de un mes, cuando acabe el trabajo. No hace falta que vengas a buscarme. Tomaré un vuelo y me reuniré contigo. No te estoy diciendo que sí, eso tenlo claro. Pero necesito tener esa conversación tanto como tú.

Ya estaba. Ahora me quedaba la segunda parte. ¿Qué iba a hacer con Mia? Mientras trataba de conciliar el sueño, comprendí que aquella noche

fantasearía con unas piernas infinitas y unos ojos oscuros.

40. Mia

Lo primero que hice al despertarme fue vomitar. Luego me pegué un buen rato bajo la ducha y me froté todo el cuerpo con brío mientras los recuerdos de la otra noche me atormentaban. Tuve ganas de reír y de llorar a partes iguales. ¿Por qué le había hecho caso a Alan? Primero al creer que solo serían un par de chupitos de tequila. Y luego al pensar que estaba haciendo bien al llamar a la puerta de Logan. Madre mía, qué vergüenza.

Repasé todo lo que lograba recordar entre el cacao mental que tenía:

- Logan me había abierto sin camiseta y yo lo había acariciado.
- Admití que me gustaba.
- Había intentado besarlo y él me había rechazado.

Me envolví en la toalla y me senté en el borde de la cama. Me quería morir. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Un segundo, habían pasado más cosas. Intenté hacer memoria y recordé que él me había contado que fue policía y estuvo casado. Y luego había dicho:

Quizá me gustas demasiado como para permitir que nuestro primer beso sea contigo estando ebria.

No, eso tampoco me lo había imaginado. Aunque al principio Logan había intentado pararme los pies, después no pudo resistirse y me llevó a mi

habitación porque no quería hacer nada conmigo estando borracha. Sí, eso también había sucedido. Y me daba cierta esperanza, a pesar de que ni yo sabía lo que quería.

Vale, puede que aún siguiera sintiendo algo por Fernando. No tenía ni idea de qué, pero la verdad era que me había desencantado. Y de repente llegaba mi guardaespaldas, un tipo con el que no tenía nada en común, para romper todos mis esquemas.

Me vestí con lo primero que encontré en el armario; unos leggins negros y un jersey extragrande de color gris. Me hice una coleta deshecha y contemplé mi aspecto en el espejo. No quería parecer una muerta, así que camuflé mis ojeras con un poco de corrector y me apliqué colorete en las mejillas. Al menos con eso bastaría para no parecer alguien que acababa de pimplarse media botella de tequila.

¿O lo hacía por Logan? ¿Cabía esa posibilidad? ¿De verdad empezaba a gustarme tanto que me maquillaba para él?

Ay... hacía más de diez años que no me maquillaba para conquistar a ningún hombre. Ahora sí que estaba hecha un lío.

Bajé a desayunar con el estómago revuelto. Olía a café recién hecho y a uno de los bizcochos caseros de mi madre. El aroma no me abrió el apetito y me senté en un taburete con cara de haber visto tiempos mejores. Hasta que Logan entró en la cocina y mi cara pasó a ser la de querer morirse. Escondí la cabeza detrás del paquete de cereales para que no me viera.

—Buenos días —me saludó.

Puse cara de circunstancia y no fui capaz de mirarlo a los ojos. No sabía ni qué decirle, así que opté por un tímido:

—Hola.

Logan me dio la espalda para servirse una taza de café.

—¿Quieres uno?

Contuve una arcada.

—No, gracias. No voy a desayunar.

Se apoyó en la encimera y me miró de reojo. Era la clase de mirada que decía: *ya sé que estás de resaca*. Para colmo, sonrió de medio lado y aquello me hizo sentir más patética.

—¿Qué tal te encuentras?

Al menos ya nos tuteábamos. Era lo más lógico teniendo en cuenta lo que había estado a punto de suceder en su habitación si él no me hubiera parado los pies.

—Fatal —preferí no mentir—. Hacía demasiado tiempo que no me emborrachaba. Olvidaba lo que se siente.

—Me dijiste que diez años.

Ah, conque también le había contado mi adolescencia de juerguista borracha. Estupendo. La cosa mejoraba por momentos.

—Te vendría bien comer algo para no tener el estómago vacío —me aconsejó, y yo sacudí la cabeza con vehemencia—. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó ayer?

Lo miré impresionada. Sospechaba que sería él quien dejaría correr el tema, como hacía siempre que entre los dos había un acercamiento.

—Espero no haber hecho nada de lo que tenga que arrepentirme —musité abochornada.

—Intentaste besarme.

No supe dónde meterme. Genial, a Logan le apetecía hablar las cosas y aprovechaba el momento en el que mi autoestima estaba por los suelos.

—Sí, uhm... a eso me refería —dije, intentando buscar una salida—. Esperaba que hubiera sido un sueño, o que se te hubiera olvidado por arte de magia, o que tuvieras la delicadeza de no mencionarlo es voz alta. Esto ya

es... demasiado bochornoso para mí.

—Puedo hacerlo. Fingiremos que no ha sucedido. ¿Te parece bien?

Pese a su amabilidad, Logan parecía contrariado y yo no supe qué decir.

—Si es lo que tú quieres...

—No —acepté de mala gana, y me levanté para estar a su altura—. Es decir, que estoy muerta de vergüenza y si hubiera un agujero me metería dentro. Pero no quiero fingir que no fui a tu habitación e intenté besarte.

Respiré profundamente. Ya está, ya lo había dicho.

—Mia —pronunció mi nombre con gravedad y me miró a los ojos—. ¿De verdad crees que no voy a admitir que yo también quería que pasara algo?

Lo miré impresionada y noté un cosquilleo en el estómago.

—¿Querías? —musité ilusionada.

—Tanto como quería besarte en el invernadero. Estoy harto de fingir lo contrario.

Acortó la distancia que nos separaba y el pulso se me disparó al ser consciente de que iba a besarme. Me puse de puntillas y cerré los ojos. Ansiosa. Expectante. Sintiendo que el corazón se me aceleraba cuando él me pasó un brazo por la cintura y con la otra mano me acunó el rostro. Y entonces la puerta se abrió de par en par y nos quedamos congelados, como si acabaran de pillarnos haciendo algo malo. Allí estaba, abrazada a mi guardaespaldas en el cliché romántico más cursi de la historia. Era uno de los hombres de Logan, que nos miró desconcertado. Logan mantuvo la distancia y yo me desinflé como un globo.

—Señorita Parker, siento molestarla — se disculpó.

Noté que Logan lo fulminaba con la mirada. Maldije a aquella casa repleta de gente y la escasa intimidad que teníamos. Era la segunda vez que

nos interrumpían.

—Tiene una visita. Es una tal Jessica Smith. Ya le hemos dicho que no puede entrar a la casa a menos que usted lo apruebe. Pero ella no para de insistir y...

Suspiré. Aquella condenada mujer otra vez. ¿Y ahora qué quería?

—Sí, dile que pase —le pedí, dispuesta a zanjar aquella situación cuanto antes.

Me volví hacia Logan y los dos sonreímos con cara de circunstancia. Acababan de cortarnos el rollo.

—Voy a hablar con ella. Ahora vuelvo.

Logan me cogió la mano antes de que me fuera.

—Mia, no me arrepiento de nada de lo que te he dicho. Hablamos luego —dijo con determinación.

Asentí nerviosa antes de marcharme a hablar con la dichosa Jessica Smith.

—¡Mia, querida! —Jessica me saludó con dos besos que no llegaron a rozar mis mejillas.

—Hola, Jessica. Siento haberte hecho esperar, pero el protocolo de seguridad exige que apruebe las visitas antes de que crucen el perímetro —me disculpé por educación.

No tenía ganas de hablar con aquella mujer y la despacharía cuanto antes. Me sentía incómoda en su presencia, sobre todo teniendo en cuenta que me había acostado con su prometido en su fiesta de compromiso. Sí, era lo peor. Pero tenía la impresión de que Jessica Smith no era mucho mejor que yo.

—Oh, no pasa nada. Sabía que me dejarían pasar en cuanto tú se lo dijeras —le restó importancia con una sonrisa superficial—. ¿La fundación ha recibido la donación que hicimos? Pronto se publicará un artículo en una revista de sociedad, pero quería estar completamente segura de que todo fue bien. Ya sabes cómo son estas cosas, a veces los periodistas llaman a tu puerta y una debe ser educada...

Vamos, que había sido ella quien había buscado alguna revista para ricos con ganas de notoriedad pública. Solo le faltaba el cartelito en la frente que dijese: *¡mirad lo buena y generosa que soy! ¡Ayudo a los pobres del mundo!*

—Sí, fue muy generoso por vuestra parte —le dije con sequedad.

Ella me cogió las manos con teatralidad.

—Cuando se tiene una vida acomodada, lo justo es ayudar a quienes más lo necesitan.

Traducción: doy lo que me sobra para aparentar que soy una persona maravillosa.

—¡Pero qué te voy a contar a ti! Haces una labor increíble con tu trabajo. Tu entrega es admirable. Ojalá algún día pudiera acompañarte en uno de tus viajes, pero con la boda y queriendo formar una familia...

La dejé hablar durante un buen rato mientras fingía escucharla con curiosidad. Me habló de sus planes de futuro, su intención de ser madre muy pronto y la lujosa luna de miel en Islas Mauricio. Me dio la impresión de que lo hacía con cierto retintín, como si quisiera dejarme claro que Fernando era suyo. Pero no tenía ningún sentido teniendo en cuenta que desconocía lo que había existido entre su prometido y yo.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunté, ejerciendo de perfecta anfitriona—. Hay tarta casera de mi madre y puedo preparar chocolate.

Ella puso cara de espanto.

—¡Ay, no! Necesito caber en mi traje de novia. Cuando lo veas, ¡vas a alucinar! Es una pieza única y hecha a medida.

—Seguro que estarás preciosa —le dije convencida. Jessica era una mujer muy atractiva, eso no se lo podía quitar nadie—. Pero todavía no me has dicho a qué se debe el motivo de tu visita.

—Ah, es verdad. Qué despiste el mío. Es que me causa tanta curiosidad ver el entorno en el que se crio mi querido Fernando... —soltó un suspiro lánguido y observó con los ojos entornados la decoración del salón—. Unos muebles preciosos, ¿dónde los habéis comprado?

—A mi madre le encanta restaurar muebles. La gran mayoría son de mercadillos o tiendas de segunda mano.

Le cambió la cara. Vaya, parece que no era lo que esperaba oír. Si buscaba muebles con precios de cuatro cifras se había equivocado de casa. Puede que fuésemos una familia bien avenida, pero los Parker nunca habíamos sido de aparentar. Eso me lo habían enseñado mis padres desde pequeña.

—Fascinante... —musitó con desdén—. Verás, a mis amigas del club de campo les interesaría mucho organizar una subasta benéfica. Todo lo recaudado iría a parar a vuestra fundación. Tú podrías hacerte algunas fotos con nosotras para darnos cierta publicidad. Nada demasiado ostentoso... sería algo así como un reportaje sobre una asociación de mujeres que realizan actos para diversas causas benéficas. Yo encabezo la portada de la revista.

Me la quedé mirando con cara de póker. ¿Pretendía utilizarme para hacerse publicidad a sí misma? Por ahí sí que no pasaba.

—La verdad... no estoy acostumbrada a asistir a reuniones de ese estilo. Quizá otra persona fuese más indicada —rehusé con educación.

A ella se le cambió la cara y su sonrisa se esfumó.

—Eres la persona perfecta.

—Si estáis interesadas en los proyectos que lleva a cabo la fundación, puedo ir a dar una charla informativa.

—No es eso lo que te estoy pidiendo —insistió de mala gana—. ¿Qué tiene de malo? Sería bueno para las personas a las que ayudas y bueno para nosotras. Todos salimos ganando.

—Solo pretendes lucirte —la corté irritada, sin poder contenerme más—. Lo siento, pero conmigo no cuentas. No me gustan ese tipo de espectáculos en los que la gente juega a ser el colmo de la generosidad por un par de fotos y la portada de una revista.

Jessica me miró atónita, hasta que enarcó una ceja y una sonrisa malévola se formó en su cara.

—Vaya, por fin muestras tus garras. Pensé que siempre tendrías esa cara de mojigata que nunca rompe un plato.

Sus palabras no me pillaron por sorpresa. Llevaba bastante tiempo esperando conocer a la verdadera Jessica Smith.

—Jessica, he intentado ser amable contigo. Agradezco la donación que has realizado porque ese dinero va a ir a parar a personas que lo necesitan. Pero no voy a dejar que me incluyas en tus reuniones ni tengo la menor intención de ser la cabeza visible de un proyecto frívolo que solo sirve para darte notoriedad. Por ahí no paso.

—Ya... porque tú eres el colmo de la bondad personificada... —murmuró con ironía—. La niña rica que juega a salvar el mundo y se cree mejor que los demás. ¿Cómo te ibas a mezclar con alguien como yo? Tú eres mucho más noble, ¿a qué sí?

—¿Hemos terminado? —la corté, sin ganas de entrar en su juego.

—Tienes una gran imagen, eso no lo niego. Felicita de mi parte a tu asesor de imagen, porque lo ha bordado. Pero dime una cosa, ¿crees que afectaría mucho a tu reputación si se supiera que te acostaste con mi futuro

marido en nuestra fiesta de compromiso? Eso tiene un nombre, bonita. Con esto y lo del juicio la prensa te va a hundir. Tu imagen de niña buena que ayuda a los huerfanitos se irá al traste.

La miré sin dar crédito. Joder, lo sabía. Lo sabía y era capaz de utilizarlo contra mí para conseguir lo que quería. En ese momento lo tuve claro. A aquella mujer no le importaba la infidelidad. Ni siquiera estuvo segura de que quisiera a Fernando. Tan solo le importaba su imagen. No estaba allí para montarme una escena de celos ni recriminarme que me hubiera acostado con su prometido, que habría sido lo más lógico. Estaba allí para chantajearme.

—Adelante, díselo a todo el mundo —decidí con vehemencia—. Aunque sospecho que no vas a abrir la boca, porque te importa demasiado el qué dirán. Prefieres seguir viviendo con un hombre al que mangoneas y que te importa una mierda.

Me miró con odio.

—Cómo te atreves...

—¿Hemos terminado?

—Tú no me conoces... no sabes de lo que soy capaz —me advirtió.

—Me lo imagino, por eso no voy a ceder a tu chantaje. Son amenazas vacías, querida —imité aquella palabra suya con ironía—. No vas a decir nada porque romperías esa imagen de pareja feliz y rica que tanto te has esforzado en construir. Y aunque lo hicieras, yo no soy como tú. Me da exactamente igual lo que opinen de mí.

—¿Mereció la pena acostarse con un hombre que te ha desechado como si no valieras nada?

—Largo de mi casa —le espeté con rabia.

Ella se dio la vuelta y caminó con la espalda erguida hasta la salida. La seguí para evitar que montara un espectáculo. Cuando se tropezó con Logan, se detuvo de golpe y lo miró como si ya se conocieran.

—¿Señor Coca Cola? —lo saludó.

Fruncí el ceño. ¿A qué demonios venía aquello?

Logan no dijo nada. Se limitó a mantenerle la mirada con expresión incómoda. Entonces Jessica se volvió hacia mí y me soltó:

—Tienes un guardaespaldas que sabe cómo tocar a una mujer. Pruébalo si todavía no lo has hecho. Quizá así se te quiten las ganas de acostarte con el hombre de otra mujer.

Me quedé de piedra mientras asimilaba lo que acababa de decirme. No entendía nada. Observé que se montaba en el coche y me giré hacia Logan, que ya me estaba mirando.

—¿Te has acostado con Jessica? —le grité, y no me importó que nos oyeran.

Él ni siquiera se sorprendió. O sea, que sí. La furia me recorrió las venas mientras luchaba contra la incredulidad.

—Déjame que te lo explique.

—¡No hay nada que explicar! —exclamé furiosa—. Ya sé que eres un hombre libre, eso ni lo menciones. Pero... pero lo has hecho para vengarte de mí porque yo me acosté con Fernando. ¡La elegiste a ella por eso!

—¿Qué?

Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera medirlas. Me sentía herida y traicionada y lo peor es que sabía de sobra que no tenía derecho a sentirme así.

—Eres lo peor. Espero que el polvo al menos te dejara satisfecho.

—Haz el favor de calmarte. Tienes razón, soy un hombre libre y no tengo por qué darte explicaciones. Pero de todos modos, si me dejas te las voy a dar.

—¡No las quiero! —tuve ganas de llorar, pero me contuve.

Él respiró profundamente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para controlarse.

—Mia, te estás equivocando.

—No, lo veo todo clarísimo. Sabías que acostándote con ella me hacías daño. Por eso lo hiciste.

—¿De verdad me crees capaz de algo así?

No me lo pensé.

—Sí.

—Hemos terminado.

Me dio la espalda con los puños apretados.

—¡No se puede terminar lo que no ha empezado!

—Tienes razón. Me alegra haberme dado cuenta antes de que eres una niñata.

Tras aquello me dejó con la palabra en la boca y se largó. Yo me había acostado con Fernando, y él lo había hecho con Jessica para desquitarse. Estaba todo muy claro, ¿no?

41. Fernando

Mi nuevo secretario todavía no se había hecho con el control se la situación, pero supuse que tenía que concederle algo de tiempo para que se pusiera las pilas. Sarah había dejado el listón muy alto y sabía de sobra que sucesor, fuera quien fuese, jamás conseguiría igualarla.

De aquello hacía ya un par de semanas. Sarah pensaba que me había

desecho de ella, pero la realidad era muy diferente. Había renunciado a ella. Y lo había hecho porque por primera vez en mucho tiempo me preocupa más por otra persona que por mí mismo. Necesitaba mantenerla lejos porque sabía de sobra que de lo contrario me la habría tirado tarde o temprano. Y luego ella habría querido algo más que yo jamás podría darle. Joder, me iba a casar con Jessica. Y ni siquiera entendía por qué de repente Sarah se clavaba en mi alma y no podía echarla de allí.

Era absurdo.

¿Sarah y yo? Ni de coña. Ella era dulce, ingenua y bondadosa. Todo lo contrario al cabronazo sin escrúpulos en el que yo me había convertido. No me la merecía.

Y ni siquiera sé cuándo había empezado a mirarla con otros ojos. Puede que siempre hubiera estado ahí y yo me hubiese dado cuenta en el último momento. No lo sé. El caso es que de repente, tenía la impresión de que no conseguiría ser feliz si ella no estaba en mi vida. Algo completamente surrealista teniendo en cuenta que había sido yo quien la había apartado.

Tampoco soportaba que ella me evitase constantemente. Tenía la habilidad de esfumarse si nos tropezábamos por casualidad. Me ignoraba si nos cruzábamos por el pasillo, me saludaba con una mirada fría si coincidíamos en el ascensor y me daba la espalda si entraba en la sala del café. Su indiferencia me estaba matando y era algo para lo que no me había preparado.

Estaba acostumbrado a ver a Sarah todos los días. A observarla a mi antojo sin que ella se diera cuenta. A sus manías tan adorables. A charlar con ella sobre cosas triviales y descubrir fascinado que era una mujer muy inteligente. Y de repente, yo renunciaba a ella en un alarde de estupidez y comprendía que la echaba mucho de menos.

Fui hacia la salita de estar del bufete, una habitación pequeña y sin ventanas con una cafetera y un par de sillones. Sarah estaba allí sirviéndose

un café. Observé su figura delgada, ataviada bajo uno de esos trajes sosos que no le hacían justicia. Tuve que hacer algún movimiento, porque ella miró de reojo por encima de su hombro, cogió la taza de café y se dirigió hacia la puerta con cara de pocos amigos.

Aquella vez no, me dije.

—Sarah —la cogí del codo y ella me fulminó con la mirada—. ¿Podemos hablar?

—Ya no eres mi jefe. Así que no, no podemos hablar —se zafó de mi agarre con expresión airada.

Sus ojos castaños echaban chispas y sus mejillas estaban arboladas. Sabía de sobra que le había hecho daño y me lo tenía merecido. Joder, la había tratado como una mierda. Solo pretendía hacerle ver que le iría mejor si me tenía lejos, pero se me había ido de las manos y había estado a punto de follarla sobre mi escritorio. ¿De qué cojones iba?

—No te quiero hablar como tu exjefe, sino como alguien que te debe una disculpa.

Ella sostuvo la taza con las dos manos y supuse que estaba deseando tirármela a la cara.

—¿Crees que eso cambiaría algo las cosas? ¿Lo que hiciste? —replicó dolida.

Sus ojos se tornaron vidriosos y fui consciente de que la había cagado demasiado. Nada de lo que pudiera decirle la haría olvidar. La había herido.

—No, no cambiaría nada, ya lo sé —admití frustrado conmigo mismo—. Pero necesito decírtelo. Necesito que sepas que...

—¡Ah, tú lo necesitas! —exclamó casi riéndose—. Lo que tú necesites ya no es asunto mío. Lamento mucho que no sea lo suficiente estúpida como para compadecerme de ti. Pues claro que necesitas pedirme perdón para lavar tu conciencia y estar tranquilo contigo mismo. ¿Pero sabes qué? ¡Qué ni lo

quiero ni lo necesito! Me trataste como una mierda y no te lo voy a perdonar nunca.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y reprimí el impulso de abrazarla. Necesitaba mirarla a los ojos y pedirle perdón. Asegurarle que no quería dejarla en evidencia, sino hacerlo conmigo mismo. Pero ella tenía razón; ni siquiera me merecía disculparme.

—Tienes razón.

Ella enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se quitó las gafas para limpiarse con furia las lágrimas y se apartó de mí cuando intenté tocarla. No lo hice aposta. Me moría de ganas de consolarla y no podía controlarme.

—Tengo que volver al trabajo. Te lo dije una vez y no quiero volver a repetírtelo; déjame en paz.

—Antes de que te vayas... —me acerqué a ella y noté que se ponía nerviosa. No la toqué, pero la miré a los ojos para que supiera que estaba siendo sincero—. ... sé que nos vas a creerme, pero quiero que sepas que lo que sucedió en mi despacho no fue con la intención de dejarte en evidencia. Me vuelvo loco cuando te tengo cerca y no pude controlarme. Quería demostrarte que no te merezco, pero lo que demostré es que soy un imbécil. Y esa... supongo que esa es la principal razón por la que no me merezco tu perdón.

A ella le temblaron las manos y percibí que parte de su coraza se resquebrajaba.

—Vale.

—Lo último que quería era herirte o que sintieras que podía utilizarte. Porque no es verdad, Sarah. Eres tú quien me tiene en sus manos. Creo... que siempre ha sido así.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—El que me tenía en sus manos eras tú. Cómo se nota que eres

abogado... qué habilidad para darle la vuelta a la tortilla... —murmuró con rabia.

—Sarah...

—¡No! —exclamó furiosa—. Tengo muy claro lo que pasó en tu despacho y no fue lo que tú intentas hacerme creer ahora. Reconozco... que por un momento me has hecho dudar... ¡eres muy bueno! Pero se acabó, Fernando. Me tuviste a tus pies, sí, pero ya no es así. Gracias por enseñarme a odiarte. Lo necesitaba.

—Sé que estás enfadada. Tienes todo el derecho del mundo a estarlo y me merezco todo lo que me estás diciendo —le dije con tristeza. Entonces la miré a la cara con determinación—. Pero mantengo todo lo que te he dicho porque es la verdad. Tú puedes creer lo que quieras. Estás en tu derecho.

Ella vaciló durante unos segundos.

—Vete a la mierda.

Se dio la vuelta y se marchó con paso acelerado.

Me lo merecía, y aun así, era incapaz de rendirme con ella. Quería pedirle perdón y tarde o temprano tendría que oírme. Necesitaba que Sarah supiera que ella me importaba más de lo que creía.

Cuando entré por la puerta, Jessica ya me estaba esperando. Llevaba un conjunto que revelaba sus intenciones y estaba bebiendo una copa de vino junto a la chimenea. Era extraño sentirse fuera de lugar dentro de tu propia casa, pero así me sentía yo. Hacía no mucho tiempo, Jessica había sido todo lo que yo quería en la vida. Una mujer atractiva, una vida llena de lujos y el trabajo con el que siempre soñé. No fue amor a primera vista, pero nos divertíamos y el sexo era una pasada. Pero cuando la miré, me pregunté quién era aquella desconocida con la que iba a casarme. Y lo que más me asustaba,

¿de qué era capaz?

—Hoy he ido a ver a Mia Parker —me dijo con suficiencia.

Le encantaba llevarme la delantera, y se regodeó en mi cara de sorpresa.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté asustado.

—Oh... tranquilo —caminó hacia mí y me quitó la chaqueta—. No le he montado ninguna escenita de celos. Sabes de sobra que ese no es mi estilo.

No supe ni lo que pensar. A aquellas alturas, me esperaba cualquier cosa de aquella mujer.

—¿Para qué has ido a verla? —exigí saber.

—Porque quería hacer negocios con ella. Pero resulta que es más cándida de lo que yo pensaba. Menuda necia, ¿de verdad te gusta tanto esa chica?

Me estudió durante un largo instante, como si tratara de buscar una respuesta en mi expresión. Hasta que soltó una carcajada atónita y yo me la quedé mirando con cara de póker.

—Querido... tú solo te quieres a ti mismo —comentó fascinada—. Pobrecita, la utilizaste para desquitarte por un amorío de la infancia. En cuanto la vi supe que se sentía como una basura, pero necesitaba que tú me lo confirmaras.

—Basta ya —le pedí con impotencia.

—¿Por qué? —alzó la barbilla desafiante—. Somos tal para cual. Gracias por aclarármelo.

—Qué va, cariño. Jamás estaré a tu altura. Cada vez lo tengo más claro.

Me lanzó una mirada vacía y me tendió la copa. La cogí por inercia y le di un trago.

—Pues es una lástima que pienses así... —murmuró con desgana, y añadió—: estoy embarazada.

La copa se me cayó al suelo.

—Felicidades papá.

Me dio un beso en los labios. Empecé a marearme y tuve que agarrarme al sofá. Jessica puso los ojos en blanco.

—No esperaba una fiesta por todo lo alto, pero...

—¿Vamos a ser padres? —le pregunté con un hilo de voz.

No supe cómo sentirme. Aquello era lo último que me esperaba en ese momento.

—Sí —determinó satisfecha—. Vamos a tener que adelantar la boda. No pienso casarme pareciendo un huevo kínder. Dentro de un mes, o a lo sumo dos, cuando todavía no se me note.

Entrelazó su mano con la mía y me atrajo hacia ella.

—Sonríe, querido. Esto es lo que querías. Un buen trabajo, una casa impresionante, y una familia de la que poder presumir.

En ese instante no lo tuve tan claro. Pensé que sería la clase de hombre que se alegraría cuando le dijese que iba a ser padre. Sin embargo, en aquel momento solo pensé en la mujer que acababa de perder para siempre. Este era el paso definitivo para que lo nuestro fuera imposible.

42. Jessica

Fernando estaba muy equivocado si pensaba que podía deshacerse de mí a estas alturas. No se atrevía a mostrarme sus dudas, pero yo era lo suficiente perspicaz para haberlas notado. Nuestra relación pendía de un hilo y yo no estaba dispuesta a renunciar a él cuando acabábamos de anunciar nuestro compromiso. ¿Qué diría la gente? ¿Con qué cara miraría a las arpias de mis amigas? No podría soportar tal humillación.

Lo del embarazo había sido una idea maravillosa. Ahora volvía a tenerlo en mi mano pero, ¿por cuánto tiempo? Necesitaba dejar de tomar la píldora y acostarme con él para quedarme embarazada de verdad. Pero teniendo en cuenta que llevaba varios días rehuyéndome...

La culpa la tenía la condenada Mia Parker. Aquella jodida niñata había tenido la poca vergüenza de acostarse con mi prometido en mi propia casa y en nuestra fiesta de compromiso. Pero no era eso lo que me fastidiaba, sino su arrogancia. La prepotencia con la que había desechado mi propuesta, como si yo no estuviera a su altura para relacionarme con ella. Se creía mejor que yo, pero se la tenía jurada. Tenía pensado devolvérsela y se arrepentiría de todo lo que me había hecho. Acostarse con Fernando había sido una nimiedad comparada con despacharme sin contemplaciones.

Ah, pero estaba el tema de su guardaespaldas. Menuda sorpresa me había llevado al comprender que el Señor Coca Cola trabajaba para ella. Sentía un profundo resentimiento por aquel tipo después de que me hubiera rechazado en aquel bar de mala muerte. Y ahora tenía la oportunidad de devolvérsela a los dos. Un dos por uno, ¡qué suerte la mía!

Ser observadora era otro de mis puntos fuertes. Le había lanzado una indirecta a Mia, que la había recibido con los ojos abiertos. Y luego, montada en mi coche, había presenciado como ella le recriminaba algo a su

guardaespaldas. ¿Estaban juntos? No estaba del todo segura, pero pensaba aprovecharlo para destruir la reputación de aquella hipócrita. Al final las mosquitas muertas eran las peores.

Y para mosquita muerta, el adefesio de secretaria que tenía Fernando. Con esas gafas enormes y ese aspecto triste... ¿por qué me atormentaba tanto la posibilidad de que pudiese tener algo con mi prometido? Era ridículo y, sin embargo, aquella idea tan absurda llevaba rondándome la cabeza desde hacía bastante tiempo. Al fin y al cabo, Fernando había puesto una única condición para incorporarse al bufete: que ella fuera su secretaria. No, no podía ser. Lo de Mia Parker podía entenderlo porque era una belleza y tenían un pasado en común. Al fin y al cabo, yo también tenía mis escauceos de vez en cuando. No era para tanto. Pero Fernando y su secretaria... ¿y si el roce hacía el cariño? ¿Por qué la defendía constantemente si yo osaba meterme con ella?

Inspiré profundamente. También haría algo al respecto, por si las moscas. Aquel esperpento de mujer no era rival para mí.

Lo del padre de Fernando ya estaba solucionado. Apenas me había costado convencer a María. Primero le advertí que se las vería conmigo si no me ayudaba a fingir que a Manuel se le había ido la cabeza. Y luego le expliqué que era mejor tenerme de su parte. *Me he enterado de que tu sobrina intenta cruzar la frontera, ¿quieres que te ayude a conseguirle los papeles?*

Ay... el iluso de Fernando. A estas alturas todavía no entendía que todo el mundo tiene un precio.

Marqué el teléfono de Marco, la persona que contrataba para solucionarme algunos problemas. Respondió al segundo tono, como siempre.

—¿Qué se te ofrece?

—Un tal Logan. Trabaja de guardaespaldas para Mia Parker. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre él.

Colgué el teléfono y esperé los resultados. Quien ríe el último ríe mejor. Mia Parker estaba a punto de averiguar de lo que era capaz cuando alguien se interponía en mi camino.

43. Mia

Me sentía fatal después de mi discusión con Logan. Yo le había gritado y él me había llamado niñaata. Jessica Smith era una mujer horrible, ¿cómo había podido acostarse con ella? Los celos me carcomían por dentro mientras trataba de tranquilizarme a mí misma en vano.

—Te has pasado tres pueblos, bombón —me acusó Alan.

Me volví hacia él con cara de que lo dejara estar. Era un alcahuete. Obviamente lo había oído todo.

—¿Por qué no le has dado al pobre hombre la oportunidad de que se explique? —insistió él.

—Cállate, Alan. Lo último que necesito en este momento son tus consejos de pacotilla.

—Oye reina, conmigo no lo pagues si estás cabreada.

—¿Por qué no te callas de una puñetera vez y te metes en tus asuntos? —le espeté con rabia.

Alan apenas se inmutó. No era de los que se enfadaban con facilidad. Él solía decir que perder la compostura en público era de ordinarios. A él se le daba mucho mejor ser el que prendía la mecha y se dedicaba a contemplar el espectáculo.

—Porque tu vida es mucho más interesante. Te lías con Fernando y

tienes los santos ovarios de recriminarle a Logan que él se acueste con otra mujer. Cómo se nota que eres una Parker. Lleváis el orgullo en la sangre.

—Yo no le recrimino nada —repliqué a la defensiva, a sabiendas de que llevaba razón—. Puede acostarse con quien le dé la gana. A mí qué más me da.

—Pues no se nota...

Lo fulminé con la mirada y fui directa a mi habitación. No me podía creer que Logan se hubiera acostado con semejante arpía. Vale, él no me debía nada. Pero en serio, ¿con Jessica? Se la veía venir de lejos, y algo me decía que no era para nada su tipo. ¿Lo había hecho para vengarse de mí? Se había lucido.

Rusty se acostó a los pies de mi cama. Al mirarlo, recordé que no era la primera vez que juzgaba a Logan a la ligera. ¿Y si me estaba equivocando de nuevo? Cerré los ojos y dejé que el día pasara. No entendía a cuento de qué venía mi ataque de celos. Y lo peor de todo es que sabía de sobra que no tiene derecho a sentirme así. Mi enfado con Logan estaba fuera de lugar. Él podía acostarse con quien le diera la gana, y sin embargo...

Era de noche cuando salí de mi habitación con un hambre voraz. Entonces escuché unas voces en el pasillo de los dormitorios y me escondí por inercia detrás de una esquina. Escuché la vocecilla de Susan.

—No puedo dormir —se quejó la niña.

—¿Has tenido una pesadilla? —le preguntó Logan.

Asomé la cabeza para ver mejor. Mi sobrina vestía un pijama rosa y abrazaba con cara de sueño a su conejito de peluche. Logan se agachó hasta quedar a su altura. Era curioso como a pesar de su aspecto no le daba miedo a la niña. Parecía que los críos se le daban bastante bien.

—Sí, una pesadilla horrorosa —admitió la niña haciendo un puchero.

—¿Sabes que si me la cuentas no se hará real?

Susan abrazó con fuerza a su conejito.

—He soñado que le pasaba algo terrible a la tita Mia —le contó con lágrimas en los ojos—. Que un hombre malo entraba en la casa y se la llevaba muy lejos.

Se me formó un nudo en el estómago. Me había empeñado en distanciarme de mi familia, pero ellos me querían y se preocupaban por mí. Incluso la pequeña Susan, que me veía en contadas ocasiones. Comencé a sentirme culpable porque no sabía cómo arreglarlo.

—Eso no va a pasar, te lo prometo. Yo estoy aquí para cuidar a Mia —la tranquilizó Logan.

—¿También me cuidarás a mí?

—Por supuesto que sí, princesa. Te prometo que te protegeré y que no te pasará nada malo.

Susan suspiró aliviada. La inocencia infantil es maravillosa, aunque en el fondo estuve convencida de que Logan era sincero.

— ¿Cómo se llama tu conejo de peluche?

—Se llama Señor Roger.

—¿Qué te parece si te llevo a la cama y te cojo la mano hasta que te duermas? Luego le puedo pedir al Señor Roger que te vigile y me llame si pasa algo, ¿de acuerdo?

Susan asintió satisfecha y le dio la mano. Vi que lo llevaba hasta su habitación y escuché que Logan le contaba un cuento. Tres minutos después, dejé de oír su voz y comprendí que la niña ya se había quedado dormida. Cuando salió de la habitación se tropezó conmigo. Más que enfadado, Logan pareció agotado al verme.

—Se te dan bien los niños —le dije maravillada.

Logan nunca dejaría de sorprenderme. Era grande, intimidante y seco. Pero había cierta sensibilidad en su interior que me tenía hechizada.

—Tengo experiencia.

Lo miré intrigada, así que él añadió.

—Tengo una hija.

—Me encantaría conocerla. ¿Se parece a ti? —le pregunté con interés.

—Por suerte más a su madre que a mí.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es evidente? —sonrió de mala gana.

—No —lo contradije convencida—. ¿Es demasiado tarde para dejar que te expliques?

Puse las manos en alto cuando él fue a hablar.

—Ya sé... que no me debes nada. Me gustaría que me acompañaras a un sitio. Está muy cerca de la casa. A unos quinientos metros junto al estanque.

Me contempló con recelo y se lo pensó durante un buen rato.

—Bien, pero le diré a mis hombres que aseguren el lugar antes de que vayamos.

Escuché que mantenía una breve conversación por el pinganillo. Acto seguido, se llevó la mano por inercia a la cartuchera que guardaba su arma y siguió mis pasos. No sé por qué lo llevaba hasta allí, pero necesitaba hacerlo. Para mí era una manera de romper con todo y liberarme de aquella carga tan pesada. Harley tenía razón. El pasado pesaba menos si hablabas de él con alguien. Y por alguna extraña razón, yo quería que ese alguien fuese Logan.

Señalé la casita del árbol que había junto al estanque. A pesar de los años, la construcción seguía manteniéndose en pie. Me constaba que Matt se había encargado de su mantenimiento todo este tiempo. Siempre sería parte de su vida y reflejo del amor que sentía por Harley.

—¿Jugabas ahí dentro cuando eras una niña? —preguntó desconcertado.

—No exactamente. ¿Subimos?

Él suspiró.

—Si es lo que quieres...

Trepé por las escaleras mientras él me seguía. Cuando empujé la puerta, la nostalgia se apoderó de mí. Todo seguía tal y como yo lo recordaba.

—Llevo diez años sin pisar este lugar —le conté, y pasé mis dedos por las letras que había sobre la madera. En ellas se podía leer: *Harley, Matt y John, juntos para siempre*. — Mis hermanos y Harley jugaban aquí cuando eran unos niños. John siempre estuvo enamorado de Harley, pero ella en realidad quería a Matt. Luego... se separaron durante trece años y cuando volvieron a encontrarse a mi hermano lo carcomieron los celos. Mi madre guardó todas las cartas que Harley le escribió a Matt porque pensaba que así protegía a sus dos hijos. Supongo que ya sabes todo lo que se va diciendo por ahí de mi hermano. Lo que la prensa no sabe es que además de matar a un estudiante de su fraternidad, cuando Harley lo descubrió, estuvo a punto de acabar con ella y con Matt. Fui yo quien se lo impidió.

Respiré profundamente. No había vuelto a hablar de ello con nadie. Logan me escuchó atentamente.

—Por aquella época yo era una niñata que se emborrachaba y trataba fatal a la gente. Siempre pensé que era yo quien le había provocado el infarto a mi padre porque la noche que murió habíamos discutido. Así que luego me convertí en alguien odiosa... y a veces me pregunto si todo lo que hago... si el trabajo en la fundación... es la forma que he elegido para sentirme mejor conmigo misma. Puede que Jessica tenga razón y lo mío no sea más que una imagen.

—No es verdad.

Su determinación me dejó sin palabras.

—Cuando te miro veo a alguien que se preocupa por los demás. No dejes que los errores de tu pasado te persigan toda la vida —me miró a los ojos con una ternura que me desarmó por completo—. Llevo mucho tiempo diciéndome a mí mismo que eres como el resto de señoritas para las que trabajé de guardaespaldas. Pero me equivocaba, Mia.

Me acerqué a él sin poder evitarlo.

—¿Ah, sí?

Él asintió con una mezcla de emociones contradictorias. Parecía luchar consigo mismo para controlarse, pero finalmente no pudo.

—Definitivamente sí. Me vuelves loco y ya ni quiero ni puedo reprimir lo que siento. Me muero de ganas de besarte, Señorita Parker.

Sus manos me recorrieron los hombros hasta llegar a mi cintura. Me atrajo hacia él y me rozó los labios en una caricia tímida que me caldeó todo el cuerpo. Me estremecí de la cabeza a los pies.

—No seré yo quien se lo impida, Señor Prexton...

Eché la cabeza hacia atrás cuando él me besó la garganta. Suspiré de placer y le metí las manos por dentro de la camisa. Su piel era como una roca bañada por el sol. Dura y caliente.

Me miró a los ojos con cierto temor. Como el que llevaba ocultando todo ese tiempo bajo esa fachada impertérrita que se había construido para relacionarse con los demás.

—Necesito saber qué es lo que hay exactamente entre tú y Fernando. No puedo dar el paso si creo que estás enamorada de otro hombre.

Me mordí el labio. Él tenía derecho a saberlo. A decidir si merecía la pena arriesgarse.

—Fue mi primer amor. Íbamos juntos al instituto y vivía en la casita que hay detrás del invernadero. Llevo enamorada de él toda la adolescencia... pero él me veía como una niña malcriada. Hasta que se convirtió en algo

mutuo y empezamos a salir juntos. Luego se acabó... y reconozco que no me porté muy bien con él. No... no puedo contarte más. Llevaba diez años sin verlo cuando coincidí con él en esa fiesta. Me guarda mucho rencor y no puedo culparlo. No sé lo que siento por él, pero está muy lejos de parecerse al amor que sentía cuando tenía dieciocho años. Ambos hemos cambiado.

—No sé si era lo que quería oír —admitió con voz queda.

Sabía que debía ser duro para él. Asimilar que cabía la posibilidad de que yo aún guardara en mi corazón cierto espacio para Fernando.

—Tienes miedo —le dije.

Él me miró a la defensiva, pero no lo negó. Allí estaba, el hombre más imponente que había visto en toda mi vida temiendo que le partieran el corazón. Y no había nada que yo pudiera decirle para tranquilizarlo. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Cuando te dije que eras una mujer complicada...

—¿Tenías razón? —adiviné con una media sonrisa.

—No te conté que yo también lo soy. Que hay cosas que no sabes de mí y que me han hecho ser como soy. Puede que me tenga más miedo a mí mismo que a ti. Ya sé lo que es pasarlo mal, y no sé si podría superarlo otra vez. No lo sé —sacudió la cabeza y su expresión se ensombreció—. ¿A quién quiero engañar? Ni siquiera lo he superado todavía.

—¿Superar qué? —le pregunté con un susurro.

Logan exhaló profundamente. Le cogí una mano y él apretó la mía con fuerza. Como si temiera que me fuese a escapar y lo dejase solo con sus demonios personales. Pero no me iba a ir a ningún lado. Sabía lo que era que el pasado te persiguiera sin que tú pudieras hacer nada por sobrevivir a tus recuerdos. Unos que te rasgaban el alma y te impedían avanzar.

—Cuando te vi con Fernando, decidí que acostarme con otra mujer era lo mejor que podía hacer para desquitarme —admitió con rabia—. Luego me

encontré por casualidad con Jessica. Y sí, casi estuve a punto de acostarme con ella. Pero no pude.

Lo escuché sin saber qué decir. Lo creía.

—Hace mucho tiempo que no tengo una relación seria. Ya no sé lo que es querer a nadie —me confesó.

—¿Sigues enamorado de tu exmujer? Es por eso que...

—No, no es por eso —negó con rotundidad—. A Keira he sido yo quien le ha hecho daño. Ella intentó que lo nuestro funcionara después de...

Se le quebró la voz y no pudo continuar. Lo miré compungida. No tenía ni idea de lo que escondía, pero su dolor era palpable.

—Ella me quería, pero yo no supe estar a la altura. Cuando nuestra hija sufrió el accidente, nos culpé a ambos y decidí que estábamos obligados a sufrir por lo que le había pasado —me miró a los ojos y vi su consternación. Lo que ocultaba seguía carcomiéndolo. Inspiró profundamente y comenzó a hablar con voz trémula—. April tenía seis años. Estaba jugando en el parque mientras que Keira y yo discutíamos. Llevábamos un tiempo bastante mal porque a mí el trabajo me tenía absorbido. Ella quería que dejase mi trabajo como agente encubierto y me dedicara a un rol en la policía que no fuese tan peligroso. Decía que no podía dormir por las noches, que temía que un día le dieran una mala noticia, que era un egoísta por no pensar en ella y en mi hija...

Sus palabras estaban llenas de desolación. No sé lo que iba a contarme, pero a día de hoy seguía culpándose a sí mismo. Aferré su mano y lo dejé continuar, consciente de que para él era muy difícil abrirme su corazón.

—... cuando me llamó egoísta yo me puse como un loco. Le eché en cara que ella hubiese tenido una aventura con un compañero de trabajo. Algo que supuestamente yo le había perdonado a sabiendas de que se sentía muy sola por culpa de mi trabajo. Ella comenzó a llorar, pero yo estaba tan furioso

que fui incapaz de dejarlo estar. Nos enzarzamos en una discusión en la que nos dijimos cosas horribles... y luego... —apretó los ojos con fuerza y su cara fue una máscara de dolor. Cuando los abrió, fue como si acabara de perderse en un camino del que nunca conseguía regresar—. ... todo es borroso para mí a partir de ahí. Solo sé que ninguno de los dos estaba prestando atención a April. Llevo cuatro años preguntándome qué habría pasado si uno de los dos hubiese dejado de discutir para comprobar que nuestra hija seguía en el columpio. No sé si Keira y yo nos habríamos dado otra oportunidad o habríamos acabado divorciándonos, eso ya me da igual. Pero lo que me tortura... lo que me hace sentir un miserable... es que si hubiese prestado atención a mi hija, ella no habría cruzado la carretera y ningún coche la habría atropellado.

El impacto de sus palabras me dejó enmudecida. La amargura, la frustración y la impotencia brillaban en el rostro de Logan. No supe qué decir. No había nada que pudiera decirle para paliar todo su sufrimiento. Jamás me hubiera imaginado una historia tan triste. Perder a un hijo era lo más doloroso que te podía pasar en la vida. Y él se culpaba a sí mismo de ello.

—Luego me divorcié de mi mujer, perdí mi trabajo porque me convertí en un alcohólico...

Lo escuché mientras se me caía el alma a los pies. Y yo había ido a verlo con una botella de tequila. Joder. Era una imbécil.

—... me costó casi dos años conseguir que alguien me diera una oportunidad. Nunca me ha gustado trabajar como guardaespaldas, me encantaba ser policía. Pero se me da bien proteger a los demás. Es irónico, ¿no crees? Soy capaz de proteger a personas que ni siquiera me importan, pero no pude proteger a la persona más importante de mi vida. ¿En qué me convierte eso?

—Logan...

Sentí ganas de echarme a llorar. Ahora lo entendía todo. Su forma de ser, su frialdad...

—Llevo un año y medio sobrio. Lo mío me costó comprender que el alcohol no iba a solucionarme la vida, sino todo lo contrario.

—Siento mucho haberte pedido que me presentaras a tu hija. Dios mío, lo siento muchísimo. No sé qué decir —le dije horrorizada.

—No podías saberlo. Y es verdad que todavía tengo una hija. Desde entonces April está conectada a una maldita máquina que la mantiene con vida. Los médicos no nos dan ninguna esperanza, pero yo soy incapaz de tomar esa decisión. Me siento un mal padre cuando considero la posibilidad de perderla para siempre...

Joder, lo entendía perfectamente, y al mismo tiempo no podía hacerme una idea de su sufrimiento. No solo había perdido a su hija, sino que debía tomar la decisión de desconectarla para siempre. Y entre aquella decisión tan doloroso flotaba el rastro de la culpabilidad. Sospechaba que después de cuatro años, Logan eran incapaz de despedirse de su hija porque pensaba que la estaba traicionando. Le puse una mano en la espalda. No sabía qué decirle ni cómo consolarlo. Debía ser una decisión demasiado dura.

—No eres un mal padre. Te he visto con Susan y Jack. Sé que fuiste un padre maravilloso.

—No lo sabes —replicó con aspereza.

—Sí que lo sé. Me lo dice el corazón.

Me acerqué a él y le cogí el rostro con las manos. Sus ojos estaban vidriosos e intentaban apartar la mirada. Estaba dolido, furioso consigo mismo y avergonzado. Sabía de sobra que para él debía ser terrible haberme mostrado aquella parte tan íntima. Que temía que lo juzgara, y al mismo tiempo él era su peor enemigo. Se sentía vulnerable y expuesto.

—A veces es bueno dejar que otros cuiden de nosotros... —le dije con

suavidad, y apoyé mis labios contra los suyos. Apenas un contacto que nos estremeció a ambos. Una caricia abrumadora que me traspasó la piel y me llevó a otro nivel. Logan respiró con dificultad y se echó hacia atrás. Había sido una sensación muy intensa para los dos—. Lo sé porque yo me siento bien cuando estoy contigo. Me siento segura. Me siento tremendamente bien. Haces que me olvide de todo y solo pueda mirar hacia el futuro... ¿por qué no me dejas cuidar de ti?

Él se apartó de mí con brusquedad. Creí que me alejaría de él y se negaría a aceptar mi consuelo. Pero en vez de eso, me cogió una mano y la besó. Luego acarició el dorso con su pulgar y me dedicó una mirada apasionada.

—Te dejaría que cuidaras de mí toda la vida. Y eso es lo que más miedo me da. Acostumbrarme a ti y no estar preparado para dejarte marchar si tú...

Le robé un beso que me supo a poco. Un beso corto y a la vez repleto de promesas. Fue como si un volcán se formara en mi interior y arrasara con todo. Los ojos de él se oscurecieron y comprendí el efecto que había causado en Logan.

—No quiero ir a ningún lado —le prometí.

—Mia Parker, ¿qué estás haciendo conmigo? No eres una mujer complicada, sino una muy peligrosa...

Me cogió de la cintura y me acercó hacia él. Su boca me rozó la mejilla mientras sus manos me recorrían la espalda.

—Estoy harto de resistirme a ti.

—Pues no lo hagas —le pedí en un susurro.

Sus ojos encontraron los míos y me perdí en su deseo.

—¿Y quién dice que vaya a hacerlo?

Me besó con una urgencia que me desarmó. Cuando la boca de Logan encontró la mía, fue como si todo encajara de una forma deliciosa. Me besó

con premura, como si yo fuera todo lo que necesitaba en aquel momento. Y yo le devolví el beso con un hambre que me sorprendió a mí misma. Nunca me habían besado a sí. A caballo entre la rudeza y la delicadeza más exquisita... como si yo fuese lo que más deseaba y al mismo tiempo temiese hacerme daño. Abrí las piernas para que él se acomodara encima de mí y el deseo explotó cuando su lengua tomó la mía. Gemí desesperada y comencé a quitarle la camiseta mientras él me llenaba el cuerpo de besos. Cogió mi muñeca y me detuvo.

—Espera —me ordenó—. Quiero que sea lento. Quiero tomarme el tiempo que me dé la gana.

Asentí consternada y a la vez más excitada de lo que había estado en toda mi vida. Logan me torturó con sus besos hasta llevarme al abismo. Me recorrió el cuello con besos cortos y húmedos. Presionó su erección contra mi sexo haciéndome enloquecer de ganas. Y luego volvió a encontrar mis labios para besarme con desesperación. Como si llevase demasiado tiempo conteniéndose y quisiera abarcarlo todo. Entrelacé mis manos alrededor de su cuello y disfruté de sus labios. Logan tenía una boca carnosa que me besaba con dedicación, como si quisiera demostrarme lo mucho que me deseaba. Como si tuviese todo el tiempo del mundo para deleitarse con mi cuerpo y estuviese dispuesto a aprovecharlo.

—Me estás matando... —susurré excitada.

—Esto no es nada para lo que te espera —me prometió, besándome la barbilla—. Hoy eres mía. Llevo tanto tiempo soñando con este momento que podría correrme con solo mirarte.

—Logan... por favor... —arqueé las caderas, buscándolo.

Él me apretó los pechos y deslizó la lengua hacia mi canalillo.

—¿Quieres esto? —presionó su erección contra mis muslos mientras yo me retorció de placer. El contacto me provocó una explosión de deseo que me recorrió todo el cuerpo.

—Sí... —le rogué enloquecida.

Él me mordió el lóbulo de la oreja.

—Yo lo quiero todo de ti —me dijo con voz ronca.

Volvimos a besarnos con desesperación. Logan metió las manos por dentro de mi jersey y comenzó a acariciarme la espalda. Forcejeé con él hasta que conseguí ponerme encima. Él me lanzó una sonrisa socarrona que corrí a besar. Me senté a horcajadas y solté un gemido cuando su erección se apretó contra mi parte más íntima.

—Joder... Mia... —gruñó él—. Esto no es lo que yo pensaba cuando pretendía ir despacio.

Comencé a desabrocharle la bragueta. Ya tendríamos tiempo de ir despacio en otro momento. Ahora lo necesitaba todo de él o me volvería loca.

—Pero yo lo que yo quiero es...

Me quedé callada de golpe cuando escuché unas voces que subían las escaleras de la cabaña. Logan y yo nos quedamos petrificados. Reconocí de inmediato a quien pertenecían esas voces y me puse de pie de un salto. Logan hizo lo mismo y los dos nos recolocamos la ropa justo antes de que Harley y Matt abrieran la puerta. Harley nos miró con los ojos abiertos como platos y no pudo reprimir una sonrisa. Matt se nos quedó mirando con cara de pocos amigos y luego centró su atención en Logan, al que miró como si quisiera matarlo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —exigió saber mi hermano.

Harley le dio un toquecito en el brazo.

—Cariño... —le susurró algo al oído que no consiguió ablandarlo.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? —repliqué yo, haciéndome la digna.

Mi hermano apretó los dientes.

—No tengo por qué darte explicaciones. Estamos casados.

—Pues yo tengo casi treinta años, y la forma en la que me miras me parece ridícula —le espeté, cogiendo de la mano a Logan y dirigiéndome hacia las escaleras—. Buenas noches.

Cuando salimos de allí, escuché a mi hermano discutir con su mujer. Genial, ya empezaba a ejercer de hermano mayor. Vaya, nos había cortado el rollo. Por la cara que puso Logan, supe que lo de aquella noche no íbamos a terminarlo.

—Es un poco sobreprotector, pero se le pasará —lo tranquilicé.

—¿Y si tiene razón? Es poco profesional por mi parte...

—¿Cruzar la línea? —lo atraje hacia mí y lo besé con suavidad—. No se te ocurra pronunciar esas tres palabras después de lo que hemos compartido. Los dos sabemos que no es solo sexo. No lo conviertas en algo frívolo, por favor.

Él asintió con la expresión más relajada, me atrajo hacia sí y me abrazó con fuerza.

—Aunque tampoco habría estado nada mal tener sexo esta noche...

Oculté la cabeza en su pecho y sonreí. Habría estado mucho mejor, pero el gruñón de mi hermano acababa de enfriarnos. Me temí que fuese con una linterna por la casa para cerciorarse de que Logan y yo no hacíamos nada.

—Te llevo a tu habitación —me dijo, arrastrándome con él.

—¿Sabes que no me va a pasar nada dentro de mi casa?

—Solo quiero pasar más tiempo contigo. Me gusta demasiado estar a tu lado.

La confesión me sacó otra sonrisa. Cuando llegamos, no supe cómo despedirme de él. Si hacerlo con un *buenas noches* o darle un beso. Nuestra relación acababa de dar un giro de ciento ochenta grados en cuestión de una

hora. Me sentía perdida e ilusionada al mismo tiempo.

—Buenas noches, Señorita Parker —Logan me besó con fuerza hasta dejarme sin aliento—. ¿Tú también necesitas que te lea un cuento para conciliar el sueño?

—Me vendría mejor otra cosa.

Él me devoró con la mirada.

—No seas mala. Algunos necesitaremos una ducha de agua helada para poder dormir —admitió de mala gana.

Me aguanté la risa. Iba a tener que hablar seriamente con Matt para que dejase a Logan en paz. Conocía de sobra a mi hermano y sabía lo sobreprotector que podía llegar a ser.

—Mañana hablaré con tu hermano —me dijo él de repente.

Lo miré alarmada.

—Voy a ser yo la que hable con él. Ni se te ocurra entrometerte. Esto es cosa nuestra.

—No te prometo nada. No quiero que pienso que estoy abusando de mi posición y que te tengo fascinada con mi trabajo como guardaespaldas.

Puse los ojos en blanco, pero lo dejé estar. Cuando Logan se metió dentro de su habitación, me crucé de brazos y esperé pacientemente la visita de rigor de mi hermano. Conocía de sobra a Matt para saber que no se resistiría a ir a mi habitación para comprobar si Logan y yo estábamos haciendo cosas de mayores. En efecto, a los cinco minutos apareció por allí como un perro de presa. Lo fulminé con la mirada.

—Eres lo peor —le dije indignada.

—¿Tengo de qué preocuparme? —se alarmó, y echó un vistazo indiscreto hacia mi habitación buscando a Logan—. Por favor, dime que lo que he visto en la cabaña ha sido un malentendido.

—Me gusta Logan —admití con toda la calma del mundo. A él se le descompuso la expresión—. Y tú no vas a estropearlo.

—Oh... vamos... —miró hacia el cielo como si buscara un poco de ayuda divina—. Te recuerdo que hace unos días lo detestabas.

—Tengo derecho a cambiar de opinión. Ya sé que te preocupas por mí, pero esto no es necesario. Logan es un buen hombre.

—Es tu guardaespaldas. Está aquí para cuidar de ti, y no para...

—¿Para qué? —le advertí furiosa—. Ni se te ocurra decir algo de lo que puedas arrepentirte. No te lo pienso perdonar.

Matt se lo pensó bastante antes de continuar.

—Vaya... te gusta mucho —asimiló impresionado—. Mia, ¿esto no será porque él te salvó la vida? Ya sé que le estás muy agradecida, pero quizá eso te ha animado a verlo con otros ojos y ahora estás un poco deslumbrada... ¿has oído hablar de la transferencia emocional, que se da con los psicólogos y sus pacientes? ¿o el síndrome de Estocolmo? Seguro que hay una definición para quien se enamora de alguien que le ha salvado la vida.

—Matt... —intenté que mi voz sonara lo menos crispada posible—. Me gusta Logan, no mi guardaespaldas. Ya sé que te cuesta entenderlo, pero por favor, no me trates como si fuese una estúpida y respeta mi decisión.

Él me miró durante un largo instante.

—Es solo que... no quiero que vuelvas a huir de casa porque alguien te hizo daño.

Lo miré alucinada.

—¿Es eso lo que crees que me pasó? ¿Qué me fui de casa porque Fernando me rompió el corazón?

Matt no respondió. No me lo podía creer. Mi hermano llevaba diez años pensando que me largué por culpa de Fernando.

—Fui yo quien le hizo daño a él —le conté, y no sé si me creyó—. No pongas a Logan en una situación incómoda, te lo pido por favor.

Y me ahorré decir: *él ya ha sufrido bastante como para tener que aguantar tus tonterías.*

—¿Pero vais en serio o no? —insistió él.

—¡Matt!

—Vale, vale —se acercó a mí y me revolvió el pelo—. Si es tu decisión, tendré que respetarla. No voy a incomodar a Logan. Pero si te hace daño, se las verá conmigo.

—Mide casi dos metros. No tendrías nada que hacer contra él —intenté aguantarme la risa.

Era tan obvio...

Mi hermano se hizo el digno.

—Soy más fuerte de lo que piensas, pequeñaja.

Me dio un beso y me miró con cariño.

—No te lo digo demasiado, pero te quiero mucho. En esta casa todos te queremos, ¿vale? Nunca lo olvides.

Asentí emocionada y a la vez intranquila. Eso era lo que más me preocupaba. Si los decepcionaría por completo cuando les contase la verdad.

44. Logan

Me tumbé boca arriba en la cama a punto de que el corazón se me saliera del pecho. Ya ni siquiera quería alejarme de ella. Me sentía perdido en mi propia maraña de emociones. Le había contado todo lo que me atormentaba. A ella. Mis secretos más profundos, mis debilidades, mis miedos... lo culpable que me sentía por el accidente de April.

—Mia...

Me estaba enamorando de ella. Ahora lo sabía. De Mia, a la que sacaba doce años y con la que no tenía nada en común. Nosotros, que vivíamos en mundos muy distintos. Precisamente yo, el imbécil que se había prometido llevar a partir de ahora una vida tranquila. En mis planes estaba jubilarse con el dinero de este trabajo, vivir sin preocupaciones y cumplir la promesa que le había hecho a mi hija.

¿Qué me estaba pasando?

Me froté el rostro con las manos. No entendía nada, y sin embargo, contarle la verdad había sido como quitarme un gran peso de encima. Ahora me sentía mejor conmigo mismo, pero al mismo tiempo experimentaba una creciente oleada de pánico. ¿Y si terminaba completamente enamorado de ella y me partía el corazón? ¿Lograría superarlo?

No quería volver a convertirme en un alcohólico. En la clase de persona de la que sus amigos se compadecían y trataban de ayudar en vano. En un ser deprimente y oscuro que se arrastraba de bar en bar en busca de una copa y una mujer con la que olvidar durante un rato. Quería dejar de ser ese tipo solitario que se pasaba las noches martirizándose con el recuerdo de April. El mismo que se echaba la culpa una y otra vez y se maldecía por no haber prestado atención a su hija.

Y justo cuando lo estaba consiguiendo... aparecía Mia. Me volvía loco y

rompía todos mis esquemas. Era como subir a una montaña rusa sin cinturón de seguridad. ¿De verdad podía funcionar? ¿Tenían futuro dos personas tan diferentes?

Tenía ganas de hablar con Keira y contarle mis dudas. Echaba de menos la época en la que podíamos contárnoslo todo. Pese a mi resentimiento, debía confesar que hubo un tiempo en el que nos entendíamos muy bien. Ambos nos habíamos fallado, pero sobre todo era yo quien la había abandonado. Cuando April sufrió el accidente decidí —sin darle ninguna opción—, que no nos merecíamos ser felices. Sí, la dejé marchar. Y cuando se largó la culpé por haber hecho lo que yo no pude: seguir con su vida. Keira se había enamorado de un viudo con dos hijos, y en el fondo yo le tenía envidia. Ella había sido lo suficiente valiente como para no tener miedo y volver a amar sin contemplaciones. Tenía una vida pero, ¿qué tenía yo? Mucho rencor, de eso estaba sobrado. Ya iba siendo hora de perdonar.

Cuando escuché que la puerta de mi habitación se abría, mi primer instinto fue coger el arma que había en el cajón de la mesita de noche. Luego comprendí que no tenía nada que temer y me quedé completamente inmóvil bajo las sábanas. El corazón se me aceleró al comprender que Mia se estaba metiendo dentro de mi cama.

¿Pretendía que me diera un infarto?

—Mia... ¿qué haces?

—Te prometo que solo quiero dormir contigo y abrazarte —me susurró, como si eso fuera a dejarme más tranquilo.

Noté que toda la sangre se me acumulaba en la misma parte del cuerpo. Apreté los dientes. ¿Cómo podía explicarle educadamente que si la tenía cerca me apetecía follármela?

—¿Y tu hermano? —opté por la vía más diplomática.

—No te preocupes por mi hermano.

—Mia... no me hagas esto... —me estremecí cuando ella me tocó.

—Te prometo que seré buena.

Eso lo dudaba bastante. Mia tenía un máster en ponerme cachondo. Casi sin hacer nada siempre conseguía ponérmela dura. ¿De verdad pretendía que mantuviera las manos quietas teniéndola en mi cama?

—Solo quiero dormir contigo y abrazarte. Pero si tú lo prefieres me voy.

Inspiré con todas mis fuerzas. Mia...

Se recostó a mi lado y dejó caer la mano sobre mi pecho, como si nada. Sonreí de medio lado. Aquella chica me iba a matar. Acercó su rostro al mío y me besó en la mejilla.

—Gracias por abrirme tu corazón. Sé que ha debido ser muy difícil para ti —entrelazó su mano con la mía y se apretó contra mi cuerpo—. No puedo imaginarme ni por un momento lo que has debido sufrir... ni lo que te sigue doliendo. Y no sé si te servirá de algo, pero quiero estar a tu lado... si tú me dejas.

No supe qué responder a eso. Me daba miedo tenerla en mi vida. Abrir esa posibilidad era algo demasiado serio como para tomármelo a la ligera.

—Te saco doce años. Puede que no queramos lo mismo en la vida. Y somos... muy diferentes.

—En este momento yo solo te quiero a ti, ¿es suficiente?

Dios... qué difícil me lo ponía. No supe ni qué responder.

—¿Quieres que me vaya? —me preguntó con cierto temor—. He venido porque pensaba que después de lo que me has contado quizá no te apetecía estar solo. Pero me puedo ir si lo prefieres...

—No —apreté su mano y volví a dejarla sobre mi pecho—. Quédate.

Llevaba muchos años sin dormir con una mujer. Me costaba asimilar de golpe toda esa intimidad, pero en el fondo me gustaba estar acompañado

después de haberle abierto mi corazón.

Noté que la respiración de Mia se acompañaba. Al cabo de un rato se quedó dormida encima de mi pecho y me sentí desconcertantemente bien. Me gustaba como le olía el pelo y lo suave que era su piel. Me tranquilizaba tenerla conmigo y por primera vez en mi vida me sentía menos solo. Pensé en mi hija y estuve convencido de que se habrían llevado bien. Mia me hacía más bien que mal. Con aquel pensamiento, conseguí cerrar los ojos y me quedé dormido.

45. Sarah

Había invitado a James a mi casa a tomar café y ni si quiera sabía por qué. Lo hice en un alarde de necesidad, porque sentía que mi último encontronazo con Fernando — al que llevaba todo ese tiempo evitando—, me había dejado con las defensas bajas. Sí, una parte de mí se moría de ganas por perdonarlo y...

¿Y qué?

Pensé en todo lo que me había dicho y algo en mi interior flaqueó. ¿Y si tenía razón? ¿Y si por primera vez estaba siendo sincero?

“Sé que nos vas a creerme, pero quiero que sepas que lo que sucedió en mi despacho no fue con la intención de dejarte en evidencia. Me vuelvo loco cuando te tengo cerca y no pude controlarme. Quería demostrarte que no te merezco, pero lo que demostré es que soy un imbécil. Y esa... supongo que esa es la principal razón por la que no me merezco tu perdón”.

Algo de lo que había dicho al menos sí que era cierto. No se merecía mi perdón. Y, sin embargo, yo me moría de ganas de perdonarlo. Porque ignorarlo constantemente me estaba matando por dentro. Porque lo echaba de menos.

“Lo último que quería era herirte o que sintieras que podía utilizarte. Porque no es verdad, Sarah. Eres tú quien me tiene en sus manos. Creo...”

que siempre ha sido así”.

¿Qué yo lo tenía en mis manos? ¡Esa sí que era buena! Fue él quien siempre me tuvo a su merced. Simplemente tenía que chasquear los dedos para que la tonta de su secretaria estuviera dispuesta a hacer por él cualquier cosa. Pero la forma en la que me había mirado cuando lo dijo... la frustración de su expresión...

¡Ah, me estaba volviendo loca! Puede que hubiese cambiado de despacho a uno más grande y con mejores vistas, pero cruzarme con Fernando cada dos por tres era como si me clavaran un cuchillo en una herida sin cicatrizar. No entendía nada. Ni por qué él me había despedido, ni por qué ahora me buscaba desesperadamente para disculparse... lo único cierto en todo aquello es que aún seguía queriéndolo y que no era algo que yo pudiese controlar. Como siempre, mi corazón iba por libre.

—¿Quieres que te ayude? —la voz de James me habló desde el salón.

—No. Eres mi invitado, no te preocupes. Ya casi está.

Lo había invitado porque estaba hecha polvo cuando me lo encontré de camino a casa. Yo salía del metro y él cerraba la librería. Me saludó e hizo un chiste sobre un escritor famoso que me sacó la primera sonrisa del día. Y entonces pensé, ¿por qué no? ¿Por qué no podía darle una oportunidad a un hombre que era a todas luces bueno? James era la antítesis de Fernando. Era un hombre sencillo, predecible y afable, de esos que sabías que eran fieles por naturaleza y que se acordarían siempre de tu aniversario. A los dos nos gustaba leer y podíamos pasar el tiempo charlando sobre cualquier tema. El librero y la secretaria. Si hasta tenía gafas, ¿no era verdad que James era más acertado para mí?

Fui hacia el salón con una bandeja con dos tazas de café y una caja de galletas. Me senté al lado de James, que observaba con curiosidad mi estantería repleta de libros.

—¿Qué vas a hacer cuando ya no tengas donde ponerlos?

—Tendré que poner un par de baldas sobre el cabecero de mi cama. Es el único espacio libre.

—Lo bueno de salir con un librero es que te puede prestar libros que luego puedes devolver.

Me lo quedé mirando sin saber qué decir y apreté la taza de café con fuerza. James puso cara de circunstancia.

—Quería decir como amigos. Ya sabes... siento si...

Dejé la taza sobre la mesa y le cogí la mano. No fue como tocar a Fernando, pero el contacto me agradó. Sabía que él no era peligroso. Jamás daría el primer paso si yo no lo invitaba a hacerlo.

—No pasa nada. En serio, creo que la culpa la tengo yo. A veces puedo ser un poco...

—Sientes algo por otro hombre, lo entiendo —dijo para mi sorpresa. En los ojos de James no hubo ningún reclamo, sino una aceptación muy tranquila—. El mismo por el que te fuiste corriendo el otro día. Y no pasa nada, te lo prometo. Prefiero saberlo y no hacerme ilusiones. Pero al menos me gustaría ser sincero contigo y decirte que me gustas mucho. Puedo esperar a que tus sentimientos se aclaren.

—James... no sé qué decir...

—No digas nada —él sonrió con tristeza—. A veces el silencio es la mejor opción.

—No puedo pedirte que me esperes. No sería justo para ti.

—Podemos ser amigos. Y si algún día cambias de opinión, he de admitir que yo te seguiría esperando.

No podía hacerle eso. No era la clase de persona que utilizaba a otro hombre como comodín. James se merecía tanto como yo ser feliz. Era un buen hombre y no era justo que fuese mi segundo plato. Fui a decírselo cuando llamaron a la puerta. No tenía ni idea de quién era, pues había pocas

personas en aquella ciudad que supieran donde vivía o tuviesen un motivo para llamar a la puerta. Me levanté con una disculpa.

—Ahora vuelvo —le dije.

Cuando fui hacia la puerta no eché un vistazo por la mirilla. Si lo hubiera hecho jamás habría abierto. No pude disimular el impacto que me produjo ver a Jessica en la entrada de mi casa. Estaba como siempre: deslumbrante. Me sentí pequeña, como cada vez que la tenía cerca.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago aquí.

—Pues... sí —respondí desconcertada.

Ella dejó escapar un suspiro cargado de teatralidad, como si se hubiese tenido que rebajar a ir hasta allí porque no le quedaba más remedio.

—Como ves, no eres la única con aptitudes para ejercer de investigadora si la necesidad apremia —me soltó con fanfarronería—. Tarde o temprano me tenía que enterar de que te han ascendido.

No me gustó ni su tono ni la forma en la que me miraba. Siempre la había tratado con respeto, pero estaba en mi casa y no iba a permitir que me intimidara. Sarah, la secretaria modosita y obediente, se había acabado.

—Todavía sigo preguntándome qué hace aquí —le espeté, con toda la firmeza que pude reunir.

A ella se le cambió la expresión. No se esperaba que yo no me viniera abajo.

—No sé a cuento de qué ha venido ese ascenso, pero me imagino varios escenarios y ninguno de ellos me gusta. Lo sé, es ridículo. Mírame a mí y mírate a ti —bufó con desgrado y me repasó de arriba abajo con desdén—. Yo soy el sueño de cualquier hombre, y tú una muchachita con gafas y un aspecto patético.

Temblé de impotencia. Eso ya lo sabía, pero tampoco era necesario que me lo restregara.

—Si ha venido aquí a insultarme...

—Para nada, querida —me puso un dedo en el pecho y yo retrocedí por inercia—. Solo he venido a advertirte que, como te interpongas en mi camino, se te va a acabar el chollo. No tengo ni idea de por qué te han ascendido, pero estoy convencida de que Fernando ha tenido algo que ver en ello. No sé si te debe algún favor o es que tú le has mostrado tus armas de mujer. Si es que las tienes...

Me lanzó una mirada desdeñosa. A mí se me arrebolaron las mejillas y me tembló la voz.

—Entre Fernando y yo no hay nada. Me merezco ese trabajo —me defendí indignada.

—Sí, eso es lo que yo me digo todo el tiempo. ¿Qué diantres puede ver Fernando en un adefesio como tú? Pero pasáis mucho tiempo juntos y a veces el roce, inexplicablemente, hace el cariño. Nadie en su sano juicio prueba chóped cuando tiene jamón de pata negra en su casa...

—¡Fuera de mi casa! —le chillé, con el rostro arrebolado por la ira.

Ella ni siquiera se inmutó.

—Aún no he terminado —repuso con desgana. Entonces sus ojos me miraron con desprecio y añadió—: tienes mucho que perder. Si me da la gana, solo tengo que hablar con mi padre y él te echará a patadas de su bufete. Si opto por ser vengativa, y te aseguro que puedo serlo muchísimo, solo tengo que descolgar el teléfono para que el único trabajo que encuentres sea el de mendigar por la calle. Aléjate de Fernando o te juro que tu patética vida se convertirá en un infierno.

Me agarré a la puerta, mareada por el impacto de sus palabras. Era el colmo, tener que aguantar que aquella odiosa mujer viniese a amenazarme a la puerta de mi casa. Y todo porque Fernando se había entrometido en mi vida sin darme ninguna opción. Lo odié más a él que a ella. Di un paso al

frente y Jessica enarcó una ceja.

—Eres una víbora solitaria y amargada que aparenta tenerlo todo, pero en el fondo es una infeliz. Y me das mucha pena. Tienes que estar muy asustada si has venido hasta mi casa para descargar tus inseguridades conmigo. Sabes que bajo esa fachada no hay nada bueno, y ningún hombre podrá amarte de verdad porque estás vacía. ¿Quién es la mujer patética ahora?

Cuando las palabras escaparon de mi boca, me sentí tremendamente mejor. Fue como si me inyectaran una dosis de adrenalina que me recorrió las venas y me convirtió en alguien repentinamente fuerte y valiente. A Jessica le tembló la barbilla y sus ojos se tornaron vidriosos.

—Estúpida secretarucha del tres al cuarto... —escupió con rabia—. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¡Fuera! —le grité, e intenté cerrar la puerta. Ella me lo impidió interponiendo un pie—. ¡Fuera de mi casa, maldita bruja! ¡Lárgate!

—Estoy embarazada de Fernando. Mientras tú fantaseabas con él... a mí me hacía el amor. Mientras él alentaba tus esperanzas y te utilizaba, a mí me follaba en nuestra cama. Hazte a la idea de una vez, estúpida. Jamás serás nada para él. ¡Jamás!

Me quedé completamente inmóvil. Le miré involuntariamente el estómago plano, en el que comenzaba a gestarse un hijo. Por muy ridículo que resultara, había llegado a creer que la relación entre ellos estaba rota. Que Fernando solo intentaba reunir el valor suficiente para dejarla. Que cuando él me había besado...

Jessica me sonrió con suficiencia.

—Qué patética eres... —se vanaglorió.

—Fuera de aquí —le espetó James, con la voz más autoritaria que le había escuchado en toda mi vida.

Apenas logré reaccionar. Jessica lo repasó de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Y tú quién eres? ¿El novio de esta pringada?

—A usted no le importa. Estoy al límite de mi educación, pero si sigue insistiendo, me veré en la obligación de mandarla a la mierda.

Jessica abrió los ojos de par en par.

—¡Anda, pero si te ha salido un caballero andante! —se echó a reír ella.

James la fulminó con la mirada.

—Ni caso, Sarah. Esta pobre señora ha perdido el juicio —me dijo, mirando a Jessica con desapego—. Es obvio que no se ha mirado a un espejo, porque si no entendería que aquí la única que está haciendo el ridículo es ella. Necesitaría nacer diez veces para llegarte a la suela del zapato. Por muchas cirugías que lleve encima, no da el pego.

Jessica abrió la boca y comenzó a chillar como una energúmena. James le cerró la puerta en las narices y me atrajo hacia él.

—Oye... ¿estás bien? —me preguntó preocupado.

Asentí con el rostro pálido, pero de pronto rompí a llorar y me cubrí la cara con las manos. Había sido necesario que él interviniera porque Jessica había conseguido amedrentarme en mi propia casa. Dios mío, ella tenía razón. Era patética.

—Sarah... por favor... no llores... —me pidió compungido.

Me sorbí las lágrimas y dejé que él me envolviera en sus brazos. Me quedé abrazada a él y me sentí algo mejor. James me abrazó durante un buen rato, hasta que mis sollozos cesaron y lo pude mirar a los ojos más avergonzada de lo que había estado en toda mi vida.

—Ojalá no hubieras visto nada. ¿Cuánto has oído? —me temí.

—Lo suficiente para que me hirviera la sangre.

Me mordí el labio. Me quería morir. No podía imaginar otra manera peor de iniciar algo con él.

—Me siento fatal. Qué vergüenza.

—Es ella la que debería sentirse así. Apuesto a que cuando llegue a su casa se dará cuenta de que se ha dejado a sí misma en evidencia.

—¡Pero si ni siquiera me he defendido!

—Sí que lo has hecho. Y bastante bien, por cierto. Es por eso que ella ha perdido los nervios. La has asustado.

Sacudí la cabeza. Estaba abochornada y no daba crédito a sus palabras.

—¿Asustarla? ¿La has visto? No sé de qué iba a tenerme miedo...

—Demasiado asustada para venir a tu casa a gritarte como una energúmena. Créeme, sabe de sobra que contigo tiene mucho que perder.

Casi estuve a punto de reírme.

—Creo que los libros te han sorbido el cerebro, como a Don Quijote. Pero gracias por salir a defenderme cuando a mí no me quedaban fuerzas. No sé qué habría hecho si tú no hubieras intervenido.

—Algo se te habría ocurrido —me acarició los hombros con ternura—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando tu librero favorito acaba de descubrir que estás colada por tu jefe. ¿Me das tu veredicto? —temí angustiada.

Él me miró a los ojos y no lo dudó.

—No te merece.

Me atrajo hacia sí y me dio un beso en la frente. Fue un beso casto y cargado de ternura. Le gustaba de verdad. Y a mí... no sé lo que sentí en ese momento. No fue como tocar a Fernando. No me sacudió un tsunami interno ni perdí la noción del tiempo. Que James me tocara fue agradable y

tranquilizador. Me hizo sentir bien y me obligó a olvidar.

—Ya sé que te dije que podía esperar, pero ahora mismo me apetece muchísimo besarte...

No supe qué decir. Las manos de James acunaron mi rostro con mimo y me besó en la punta de la nariz. Esperó mi respuesta, pidiéndome permiso como jamás lo haría Fernando.

—Así que a no ser que tú pongas alguna objeción, creo que voy a hacerlo durante el resto de la noche...

Cerré los ojos, me puse de puntillas y lo atraje por el jersey. Entonces fui yo quien lo besó. Su boca era cálida y suave. Y contra todo pronóstico me gustó. Me gustó besar a James y dejé que él me llevase hasta el sofá para tumbarse encima de mí. No me quitó la ropa ni intentó nada más. Solo me besó. Me besó tal y como había prometido y me sentí segura. Supe que era un hombre en el que se podía confiar y no sé lo que aquello me produjo. Nunca sería como Fernando, de eso estaba segura. Fernando era peligroso y me arrastraba hacia el borde del abismo. Besar a James, por el contrario, era dejarse caer sobre un campo de flores y contemplar el cielo. Y esa sensación comenzó a gustarme.

46. Fernando

No podía dejar de mirarla. A pesar de que ahora más que nunca sabía que Sarah estaba fuera de mi alcance, se me iba la vista hacia ella cada vez que entraba en mi radar visual. Había ido hasta allí porque Michael, mi nuevo

secretario, necesitaba que lo pusieran al día sobre algunas cuestiones relacionadas con el trabajo. Y Sarah era demasiado profesional para negarse cuando él se lo pidió.

Así que allí la tenía, ignorándome deliberadamente mientras yo no podía quitarle la vista de encima. Me sentía como un maldito baboso. Como un cerdo egoísta que se daba cuenta en el último momento que Sarah era lo único bueno y real que había en su vida. Pero sabía de sobra que ella tenía derecho a ser feliz con alguien que le ofreciera todo lo que yo no podía darle. Con un hombre que no estuviera prometido con una arpía con la que iba a tener un hijo. No me la merecía, y cuanto más lo aceptaba, peor me sentía.

Así que dejé que se marchara cuando ella salió del despacho de Michael y pasó por delante de mi escritorio. La seguí con la mirada mientras se me escapaba el aire por la boca. ¿Qué habría pasado si la hubiese mirado antes con los ojos que la veía ahora? ¿Por qué tenía que valorarla justo cuando la perdía?

—Tienes un secretario —dijo, con la mano sobre el pomo.

—Sí, ya lo has conocido —respondí, sin entender a qué venía que me hablara de Michael.

Ella se volvió hacia mí con una mueca sarcástica. Un gesto totalmente impropio de ella.

—¿Has contratado a un hombre porque así no te lo follas?

Me la quedé mirando con cara de póker. Me habría esperado ese comentario de cualquier persona menos de ella. Solté con hastío el bolígrafo que tenía en la mano y me pasé las manos por el pelo. Así es como ella me veía ahora. Como un cabronazo interesado que solo pensaba en mí mismo. No podía culparla.

—¿Eso es lo que crees? —me temí—. Tú me conoces mejor que nadie. Me duele que creas que podría follarme a cualquier mujer que trabajase para

mí.

—Eso es exactamente lo que pienso —me dijo sin vacilar.

Me levanté de la silla, pero ella puso las manos en alto para que ni se me ocurriera acercarme. Me quedé inmóvil, frustrado y sin saber qué hacer. Su resentimiento me estaba matando, pero lo que de verdad me dolía era que Sarah me tomara por un mujeriego de la peor calaña.

—No creo que pienses eso. Pero estás enfadada conmigo y... —dije, con un hálito de esperanza.

Me daba igual lo que el resto del mundo opinara de mí. Pero no podía soportar que Sarah me viera de aquella manera.

—Estoy enfadada contigo, pero eso no cambia un ápice mi opinión. Por fin empiezo a verte tal y como eres —su voz estaba desprovista de emoción y no me miraba.

—No es verdad. Eso no es lo que me pasó contigo. Eso... —di tres pasos hacia ella sin importarme que me fulminara con la mirada—. Eso... no es lo que siento por ti.

—No te atrevas a hablar de sentimientos —me advirtió con la voz temblando de rabia—. Intentaste follarme sobre ese escritorio y te salió mal la jugada. Ya está, supéralo.

—Ni de coña voy a superar esa puta mentira —repliqué herido. Volví a dar un paso en su dirección y noté que ella se estremecía—. Porque es eso; una mentira. Una que te cuentas para mantenerme alejada de ti y hacer que te sientas mejor. ¿Y sabes una cosa? No pienso aceptar ese rol. Sí, soy un cretino ambicioso que se prometió con Jessica por puro interés. No pretendo hacerme la víctima y me veo a mí mismo tal y como soy. Puede que eso me convierta en un mal hombre, pero no estoy dispuesto a aceptar que lo único que quería de ti era llevarte a la cama. De ser así todo habría sido más sencillo. No me sentiría como una mierda, ni mucho menos buscaría tu

perdón porque necesito que dejes de mirarme como si fuera la peor persona que has conocido en tu vida. Joder, no te haces una idea de lo mucho que me duele. Ni de lo desesperado que estoy porque dejes de mirarme con ese desprecio.

Ella retrocedió conmocionada y apretó los labios. Hasta que se recompuso y me lanzó una mirada asesina.

—¿Embarazar a Jessica también ha sido por interés, o eso ha sido un error de cálculo en tus planes?

Se me cayó el alma a los pies. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saber que Jessica estaba embarazada? Solo encontré una explicación y comencé a enfurecerme.

—Felicidades por tu futura paternidad —me felicitó con frialdad—. Espero que traer un hijo a este mundo te haga más humano.

Al principio me quedé deshecho cuando ella se largó. Hasta que mis pies reaccionaron por inercia y corrí tras ella. Sarah estaba dentro del ascensor cuando me vio. Pulsó repetidamente el botón y yo aceleré. La gente del bufete nos miró con interés. Conseguí meterme dentro antes de que las puertas se cerraran, pero me golpeé el hombro izquierdo y gruñí. Ella me miró asustada y pegó la espalda contra la pared. Joder, ¿quién se pensaba que era?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó aterrorizada—. ¿Quieres que todo el mundo nos oiga? ¿Te da igual lo que piense Smith?

—Me importa una mierda lo que piensen —respondí, y por primera vez en mi vida comprendí que era la verdad. A esas alturas, las apariencias me traían sin cuidado—. Solo me importa lo que pienses tú.

—Pues ya te lo he dicho...

—Sí, ya me lo has dicho

Puse una mano contra la pared y la encerré contra mi cuerpo. Sarah trató

de fulminarme con la mirada, pero todo lo que conseguí fue que me diese cuenta de que una parte de ella me buscaba con desesperación. Con la misma desesperación que yo la buscaba en ese momento.

—Ya me lo has dicho, y no soporto que me mires así. ¿Ha sido Jessica quien te lo ha contado? —ella no contestó, pero su expresión me lo dijo todo—. ¿Te ha molestado?

—Apártate de mí —me ordenó.

—No hasta que respondas a mi pregunta.

Ella clavó la vista en el suelo y a mí se me cayó el alma a los pies. Por supuesto que había sido Jessica. Y no tenía ni idea de lo que le había dicho, pero me podía hacer una ligera idea.

—Lo solucionaré.

Ella me miró confundida.

—¿De qué hablas? Entre tú y yo no hay nada que solucionar. ¿Me oyes? ¡Nada!

—Lo solucionaré —repetí contra sus labios, y noté que ella se derretía por el contacto.

Apoyé mi frente contra la suya y respiré con dificultad. Me dolía tenerla tan cerca y no poder tocarla. Demostrarle, o quizá demostrarme a mí mismo, que no era tan malo. Que dentro de mí existía un hombre capaz de amar. Que la necesitaba con todas mis fuerzas y que ahora lo veía muy claro. Porque era ella, joder. Era ella.

—Lo solucionaré —le cogí el rostro y le acaricié los labios con suavidad—. Te juro que vas a dejar de mirarme así. No me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo, pero me ganaré tu respeto aunque sea lo último que haga.

—Hay otra persona —me soltó.

Aquella revelación hizo que se me parase el corazón. La miré a los ojos para saber si era verdad y no supe lo que pensar.

—Me da igual —gruñí muerto de celos—. ¿Te besa como yo? ¿Te hace sentir lo que yo?

—Es mucho mejor que tú.

—Eso no es lo que te he preguntado —le espeté, antes de besarla.

Sarah intentó resistirse, pero conseguí doblegarla en cuanto mi boca tocó la suya. Gimió contra mis labios y noté su rabia. Su desesperación. Su deseo. La apreté contra el cristal del ascensor y me volví loco. Joder, la necesitaba. Cada parte de mi cuerpo buscaba a Sarah. Fue como si un volcán se lo llevara todo y dejase lo más importante: las ganas que teníamos el uno del otro. Y eran unas ganas que consumían. Una pasión que se llevaba tanto lo malo como lo bueno y dejaba una sola verdad: estaba completamente loco por ella. Por mi secretaria. Por la mujer que se escondía tras los trajes grises y me dejaba sin aliento.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Sarah salió de allí despeinada y con el rostro arbolado por el deseo.

—¿Por qué me haces esto? —me recriminó entre lágrimas—. Vas a ser padre. Déjame en paz y sé feliz.

Salió corriendo y yo intenté seguirla, pero me pegué una hostia contra las puertas cuando estas se cerraron. Me agaché para recoger sus gafas, que se le habían caído al suelo. No sabía cómo iba a solucionarlo, pero lo haría. Conseguiría ganarme su perdón, aunque para ello tuviese que enfrentarme a Jessica y perder la vida de lujos que había conseguido.

47. Mia

Era la primera vez que dormía con un hombre. Ni siquiera con Fernando había experimentado tanta intimidad. Pero dormir abrazada a Logan había sido como cruzar un camino sin retorno. No nos habíamos acostado, y no precisamente por falta de ganas. Pero cada vez me sentía más cerca de él y no sabía cómo afrontar lo que sentía. Porque conocer a Logan jamás había entrado en mis planes.

Necesitaba poner punto final a mi historia con Fernando. Despedirme de él si quería que lo mío con Logan, lo que fuera que tuviéramos, funcionara. Él se merecía a alguien que lo amara sin contemplaciones. Lo último que necesitaba era una mujer que todavía guardaba espacio en su corazón para otro hombre. Ni siquiera podía imaginar todo lo que había sufrido Logan. Lo que de hecho seguía sufriendo. Ahora entendía su forma de ser y su frialdad. Y me daba cuenta de que cada vez me gustaba más. Sí, él tenía razón, éramos muy distintos. ¿Y qué? Me daba igual que me sacara doce años o que nuestras vidas llevaran caminos muy dispares. Cuanto más lo pensaba más me traía sin cuidado.

Logan ya no estaba cuando me desperté. Temí que se hubiera arrepentido de todo, pero suspiré aliviada en cuanto lo vi salir del cuarto de baño con una toalla anudada a la cintura. Lo miré de arriba abajo y babeé por aquel cuerpo. Al ver que lo observaba, él se puso la parte de arriba y yo enarqué las cejas.

—No me digas que eres vergonzoso. Eso no te pega —bromeé con incredulidad.

—Mis cicatrices —dijo de manera apagada, dándome la espalda—. Ya sé que no te gustan.

Me levanté de la cama y caminé hacia él. Lo abracé por la espalda, o

más bien hice lo que pude, pues era un hombre enorme. Logan se tensó y comprendí que quizá era demasiado para él. Me aparté con suavidad y me giré para encontrar su cara.

—Así que sabes lo que me gusta y lo que no... —repasé con un dedo las heridas de su pecho y noté que él se estremecía. Su cara fue una máscara de dolor y apretó la mandíbula—. Eres un hombre impresionante.

—Sí, soy grande. ¿Y qué? Eso ya lo sabía —respondió de mala gana.

—Me gustaste desde el primer momento que te vi sin camiseta —le fui sincera, y él me miró como si no me creyera del todo—. Con cicatrices o sin ellas... no podría negar que me siento muy atraída por ti. ¿Es suficiente para el Señor, o necesita que le siga regalando los oídos un poco más?

Aflojó una sonrisa y me atrajo hacia él. Me puse de puntillas para que me besara el pelo y cerré los ojos. La cuestión de la altura era un pelín complicada, pero me gustaba estar entre aquellos brazos tan fuertes. La sensación de sentirse protegida y deseada era única.

Entonces él se inclinó hacia mí y me besó en los labios con dulzura. Cuando me besaba con tanta delicadeza, me preguntaba como un hombre tan grande podía llegar a ser tan tierno. Suspiré contra sus labios y quise mucho más. Deseé que me quitara la ropa y me hiciera el amor allí mismo. Pero sabía que la casa estaba llena de gente y que cualquiera podría abrir la puerta sin avisar. Por ejemplo, la pequeña entrometida que tenía por sobrina.

Logan me mordió el labio de manera juguetona y luego su lengua encontró la mía. Un millón de sensaciones explotaron en mi estómago y el calor me abrasó todo el cuerpo. Sus manos me cogieron de la cintura y me llevó hacia la cama con facilidad, como si yo no pesara nada. Me sentó a horcajadas encima de él y me apretó contra su erección. Gemí por el placer y la sorpresa. Logan volvió a tirar de mi labio y me apartó el pelo de la cara.

—¿Ves lo que me haces? —su voz ronca me acarició el cuello.

Asentí mortificada por el deseo.

—Necesito encontrar un lugar donde me pueda tomar todo el tiempo del mundo para hacerte el amor. Y te prometo, Señorita Parker, que seré yo quien te impida ir deprisa.

—Temí que te hubieses arrepentido de todo —le confesé mi mayor miedo.

—Nunca —me acarició los hombros y me devoró con la mirada—. ¿Por qué iba a hacerlo? Eres todo lo que quiero.

—¿Aunque sea complicada?

—Aunque me compliques hasta los pensamientos...

Fui a besarlo cuando alguien llamó a la puerta. Puse los ojos en blanco y tuve ganas de gritar. ¡Uf, qué casa con menos intimidad!

—¡Señor Prexton, he dormido perfectamente! El Señor Roger lo quiere saludar antes de ir al colegio —le dijo Susan.

Vi que el pomo de la puerta se giraba y me puse de pie de un salto. No tenía ganas de responder a las incómodas preguntas de Susan sobre cómo se hacían los bebés. Me coloqué detrás de la puerta para que no me viera, y salí de allí cuando Susan acaparó por completo la atención de Logan.

¿Le dolía a él tratar con la niña? Tenía casi la misma edad que su hija cuando ella había sufrido el accidente. Me temí que ver a Susan despertara en él un infierno de emociones, pero sospechaba que a él le encantaban los niños y que Susan le producía mucha ternura. Con aquel pensamiento bajé a desayunar.

Logan estaba empeñado en descubrir al culpable de mis amenazas. Si descartábamos a Kevin Woods y los motivos relacionados con mi trabajo, no me quedaba ninguna opción. Aunque en los últimos días había contemplado

la posibilidad de que existiera otro candidato. Uno que tenía razones de sobra para cerrarme la boca. ¿Y si...?

No, no podía ser. Él no era capaz de llegar tan lejos... ¿o tal vez sí?

—Mia, ¿me estás escuchando?

—Perdona, ¿qué me estabas diciendo?

Logan me pasó unos documentos. Les eché un vistazo por encima y comprobé que eran unos emails. Uno de los tantos que me había negado a leer. Cuando eras alguien que recibía constantes amenazas, aprendías a convivir con ello como si no te importara.

—¿Los has leído?

—No. Los descarto en cuanto leo las primeras líneas y compruebo de qué se trata. Los dejé archivados por si algún día necesitaba recuperarlos. Ya veo que ese día ha llegado.

—Te dije que intentaría encontrar algún patrón y lo he hecho.

Lo miré con interés y un creciente temor.

—La gran mayoría son amenazas sin fundamentos, pero hay seis emails que tienen algo en común. La persona que los escribe te habla como si ya te conociera.

Logan me miró a los ojos, como si esperase que le contara algo. Le devolví la mirada y me mantuve impasible.

—He investigado la dirección IP, pero siempre se enviaron desde servidores públicos. Bibliotecas en la mayoría de las ocasiones. Lugares lo suficiente antiguos para que no dispongan de cámaras de seguridad, lo que me lleva a la conclusión de que quien los escribió sabía lo que hacía.

Así que no podía ser él, ¿no? ¿Cómo iba a escribirme desde una biblioteca? A no ser que...

—Hay alusiones a tu infancia, a la relación que tenías con tus hermanos,

a la adoración que sentías por tu padre, a tu pasado... —Logan comenzó a leer uno de los emails—. *Querida Mia, los dos sabemos que en el instituto fuiste una zorra. Una animadora de la peor calaña que se metía con el resto de sus compañeras. Te has construido una gran reputación, pero a mí no me engañas.*

Tragué con dificultad y agaché la cabeza. Aquellas palabras me recordaban un pasado que yo intentaba borrar para siempre. Pero después de diez años seguía persiguiéndome. El rastro de lo que fui y de lo que tanto me avergonzaba.

—*Eres la clase de niñata que necesita conseguir todo lo que quiere. Fernando nunca te importó de verdad. Tú solo querías demostrarte a ti misma que, si te empeñabas en conseguirlo, lo tendrías. Eres una puta mentirosa que puede engañar a todo el mundo menos a mí...* —Logan continuó leyendo sin quitarme los ojos de encima.

No dije nada. Fijé la vista en la pared. Esa ya no era yo. Y a Fernando, una de las pocas cosas buenas de mi pasado, lo había querido de verdad. Sí, había sido la clásica arpía de instituto que trataba fatal a todo el mundo, pero... había tenido una razón. El fallecimiento de mi padre me cambió hasta que descubrí que yo no fui la culpable de su muerte. Y entonces...

—*¿De verdad piensas que Matt siente tanta debilidad por su hermanita que te perdonaría cualquier cosa? Ambos sabemos que no es cierto. Si le cuentas la verdad, él te odiará por ello. Si le cuentas lo que eres, todos te darán la espalda.*

—Basta —le pedí, con las lágrimas atenazándome la garganta.

—Sabes quién es —insistió Logan, que había leído todo aquello en voz alta para ver si explotaba—. Pero no entiendo por qué lo cubres. ¿Qué estás ocultándome?

—¿Recibo un puñado de amenazas y la culpa la tengo yo? —me quejé con amargura.

—No juegues conmigo —Logan le dio un manotazo a la pila de documentos—. Joder, Mia. ¡Dime quién coño te está amenazando!

—¡No lo sé! —le mentí llorando.

Logan suspiró, murmuró una maldición y le dio una patada a la silla. Me sobresaltó que él, que siempre lograba contenerse, explotara de aquella manera. Pero no podía contarle la verdad. No podía.

—He sido sincero contigo. Y sí, tenía miedo de que me juzgaras. No sabes lo que es abrirle tu corazón a otra persona y esperar su reacción. Cuéntame la verdad de una maldita vez. Me lo merezco, Mia. Y no solo porque sea tu guardaespaldas, sino porque quiero protegerte de verdad. Pero no puedo hacerlo si tú sigues guardando ese secreto.

—Es que no puedo... —susurré, agachando la cabeza—. No puedo, Logan... no puedo...

Me cubrí el rostro con las manos y rompí a llorar. No podía decírselo porque llevaba diez años guardando aquel secreto. Lo había hecho para proteger a mi familia, y ahora comenzaba a arrepentirme de mi decisión. Todos me odiarían si les contaba la verdad.

—Ven aquí —me ordenó, poniéndose de pie y arrastrándome con él. Me obligó a mirarlo a la cara, y lo que vi en sus ojos fue devastación y miedo—. He sufrido demasiado, ¿no lo entiendes? No podría soportar que también te pasara algo a ti. Porque me muero, joder. Mia... por favor...

Él se rompió. Logan, el hombre más fuerte que había conocido, me sostuvo por los hombros mientras era incapaz de sostenerse a sí mismo. Le temblaron las manos mientras me miraba a los ojos con pánico. Sabía de sobra que no era buena para él, pero no pude evitarlo.

—Te necesito —le pedí, llevando sus manos hasta mi cintura—. Ahora. Él me miró desconcertado.

—¿Y si alguien nos interrumpe... otra vez?

Me dio igual. Estábamos en un pequeño salón que no solía utilizar nadie. Fui hacia la puerta y la bloqueé con una silla. Me acerqué a Logan y no supe por dónde empezar. Él me contempló angustiado, como si fuese la primera vez que tocaba a una mujer. Le cogí las manos y las puse sobre mis pechos.

—Ahora —le dije excitada.

Logan no se lo pensó. Me envolvió con sus brazos y me besó con una urgencia devastadora. Perdí la noción del tiempo... de todo lo que había a mi alrededor, cuando su lengua tocó la mía. Nunca me habían besado así y sabía de sobra que jamás conseguiría sentir con otra persona lo que experimentaba cuando él me besaba. La boca de Logan me besó hasta dejarme exhausta. No sé si pasaron minutos u horas, pero no me concedió tregua.

—Me vuelves loco... —murmuró, recorriéndome el cuello con la lengua—. Jodidamente loco... Señorita Parker.

Sonreí como una idiota cuando él me llamó así. Sus manos me tocaron por todas partes mientras su lengua trazaba un recorrido erótico por mi cuello. Conseguí reaccionar y comencé a acariciarlo. Metí las manos por dentro de su jersey y le toqué el estómago. Era como acariciar a una roca ardiente.

—Madre mía... —aluciné, pasándole las manos desde la tableta de chocolate hasta el pecho.

Noté que sus labios se curvaban en una sonrisa fanfarrona. Le saqué el jersey por la cabeza y lo miré embelesada. Besé cada una de sus cicatrices y Logan cerró los ojos. Noté que se estremecía y me sostuvo por los brazos.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —preguntó aturdido. Me puso las manos sobre las mejillas y me atrajo hacia él. Me miró con auténtica devoción y me perdí en sus ojazos azules. Él rozó su nariz contra la mía, y aquel gesto cargado de ternura me hizo sonreír—. Porque funcionada, Señorita Parker. Me tienes a tu merced.

Volvió a besarme, esa vez dejando claras sus intenciones. Gemí contra sus labios y me deshice como el caramelo cuando él comenzó a acariciarme. Metió las manos por dentro de mi suéter y me acarició la espalda. Era increíble que unas manazas como las suyas me tocaran con tanta delicadeza, pero Logan sabía de sobra cómo acariciar a una mujer. O quizá sabía de sobra cómo tocarme a mí, porque lo hacía de maravilla.

Me cogió en brazos como si no pesara nada y me llevó hasta el sofá, sentándome a horcajadas encima de él. Luego comenzó a desabrocharme el suéter mientras besaba la piel que se iba exponiendo ante sus ojos. Me besó un hombro y después otro. La clavícula, los pechos... me fue desvistiendo poco a poco, como si lo de tomarse todo el tiempo del mundo lo hubiese dicho completamente en serio. Era una tortura de besos deliciosa. Cuando el suéter cayó al suelo, Logan me repasó con la mirada hasta que me hizo sentir desnuda.

—Eres preciosa.

Mis mejillas se tiñeron de rojo. No era la primera vez que un hombre me lo decía, pero Logan conseguía que me lo creyera de verdad. Era imposible no sentirse bella cuando te miraban de aquella manera. Cuando sus ojos recorrían mi piel con fascinación, como si nunca hubiese visto a una mujer desnuda. Me acomodé sobre su erección y él soltó un gruñido.

—¿Pretendes matarme? Ya tengo unos años...

Sonreí con malicia.

—Estoy probando tu teoría. ¿Vas a ser capaz de mantener tu palabra?

—¿La que dice que serás tú quien me suplique que te folle? —susurró contra mi oído, provocando que todo mi cuerpo lo deseara. Me mordió el lóbulo de la oreja—. Sí, Señorita Parker. Te voy a demostrar que en el sexo las prisas no son buenas.

Me besó con rudeza hasta que consiguió ablandarme. Suspiré contra sus

labios y él enredó una mano en mi pelo. Con la otra fue hacia el cierre de mi sujetador y lo desabrochó. Logan no paró de besarme cuando sus manos encontraron mis pechos. Los acarició hasta que mis pezones se endurecieron y me dolió todo el cuerpo. Sentía las extremidades pesadas y me costaba seguirle el ritmo.

Jadeé cuando se metió un pezón en la boca. Lo agarré por la nuca y gemí con desesperación. Aquel hombre me iba a matar de ganas. Dios, tenía razón. Sentí la necesidad de suplicarle que dejase de torturarme, pero se me atascaron las palabras cuando me besó el otro pecho. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Me estaba enloqueciendo y mi sexo palpitaba de ganas.

Apenas me inmuté cuando él me levantó en volandas, me tumbó en el sofá y comenzó a bajarme los pantalones. Cuando me quedé en braguitas, Logan volvió a la carga. Me besó por todas partes mientras introducía una mano por dentro de mi ropa interior. Acarició mi hendidura con un dedo y sonrió satisfecho al comprobar lo húmeda que estaba. Arqueé las caderas para pedirle sin palabras lo que quería.

—¿Quieres pedírmelo ya? Estoy abierto a tus sugerencias, Señorita Parker...

Deseé matarlo cuando volvió a acariciarme con un dedo. Apreté los labios y arqueé de nuevo las caderas sin poder evitarlo. Yo también podía jugar con él, así que estiré un brazo para acariciarlo por encima de la bragueta. Su polla respondió a mis caricias y Logan me apretó la muñeca.

—Mia... si sigues así...

—Si sigo así serás tú quien se trague sus palabras... —lo provoqué, desabrochándole la bragueta.

Logan me tomó por sorpresa cuando me agarró por las muñecas y me colocó los brazos por encima de mi cabeza. Intenté forcejear con él, pero tan solo necesitó una mano para someterme. Con la otra siguió atormentándome y volvió a meterla dentro de mis bragas.

—Ay... —me retorcí de placer cuando él me acarició justo ahí—. Eso no es... justo...

Jadeé y separé las piernas. Logan introdujo un dedo y yo solté un gemido. Estaba empapada y más excitada de lo que había estado en toda mi vida. Comenzó a penetrarme con un dedo mientras yo me volvía loca y susurraba su nombre con desesperación.

—Vale... por favor... —le supliqué desesperada.

Él me arrancó las bragas y yo ahogué un grito. Ignoró mis súplicas y me besó por encima de la rodilla.

—Todo...

Volvió a besarme, aquella vez más arriba. En el interior del muslo. Se me aceleró la respiración cuando supe lo que iba a hacer.

—... el tiempo...

Me besó en la ingle y terminé de enloquecer por completo. Ay... Dios... mío...

—... del mundo...

Cuando su boca encontró mi sexo, fue como si un millón de fuegos artificiales me recorrieran el cuerpo. Grité y me dio exactamente igual que alguien pudiera oírme. Su lengua me llevó al cielo y ya no conseguí bajar de allí. Estaba al borde del abismo... del éxtasis más absoluto... retorciéndome de placer y clavándole las uñas en la espalda cuando él se apartó.

Casi estuve a punto de gritarle que lo mataba, hasta que me di cuenta de que se estaba quitando los pantalones. Logan apoyó su frente contra la mía cuando se tumbó encima de mí.

—A la mierda lo de ir despacio —gruñó, agarrándose la polla.

Me penetró de una embestida y yo le rodeé la cintura con las piernas. Ambos gemimos ante aquella unión, y sentí que encajábamos de una forma

perfecta. Deliciosa. Absoluta. Logan comenzó a penetrarme y yo me agarré a su cuerpo. Encontró mi boca y volvió a reclamarla.

Decidí que lo quería todo y me puse encima de él, tomándolo por sorpresa. Logan me miró maravillado cuando comencé a cabalgarlo. Me agarró los pechos y me susurró cosas que me pusieron muy cachonda. No pude más, me dejé caer sobre él justo cuando me agarró de las caderas y me presionó contra su miembro. Nos corrimos casi a la misma vez. Me apoyé contra su pecho y dejé que mi respiración se normalizara. Él me acarició la espalda con una mano y allí, apoyada contra su pecho, noté los latidos acelerados de su corazón.

—No sé qué es lo que estoy haciendo contigo... —dije, y conseguí mirarlo con la vista nublada por el deseo que aún sentía—. Pero sí sé qué es lo que haces tú conmigo...

—¿Y qué es?

—Volverme loca, romper mis esquemas y torturarme. Señor Prexton, creo que... me estoy enamorando un poquito de ti.

Escondí la cabeza en su pecho antes de poder ver su reacción. Ya está, ya lo había dicho. Ahora solo tocaba rezar para que él no saliera huyendo.

Nos habíamos convertido en dos adictos al sexo. Lo de mi repentino enamoramiento mejor dejarlo apartado, porque ni él había dicho nada ni yo había vuelto a mencionarlo. Me asustaba que hubiese ido demasiado deprisa para él. Sabía de sobra que a Logan le daba miedo todo lo relacionado con atarse sentimentalmente a otro ser humano. Teniendo en cuenta lo que había sufrido, lo entendía perfectamente. A él le asustaba que le partieran el corazón y yo no podía culparlo por ser cauteloso.

Ya ni siquiera nos ocultábamos. Es verdad que no íbamos por ahí dando muestras públicas de afecto, pero no me cortaba si le cogía la mano y mi hermano nos observaba desde lejos. O si le sonreía como una boba y mi madre enarcaba las cejas al darse cuenta. Nadie me lo había preguntado porque era evidente que entre mi guardaespaldas y yo había algo más que amistad. Quizá estaban esperando a que yo me animara a hacerlo oficial, pero no podía hasta que Logan y yo nos sentáramos a hablar las cosas. Y ni siquiera yo sabía lo que quería de él. ¿Qué pasaría cuando regresara a la India y él tuviese que enfrentarse a sus demonios personales? ¿De verdad tendríamos futuro con un montón de kilómetros de distancia?

Estábamos en el cuarto de baño de su habitación. Logan había llenado la bañera de espuma y luego había esperado a que anocheciera para llevarme hasta allí. Mis sobrinos lo tenían en un pedestal y llamaban su atención constantemente, así que éramos cautelosos para que no nos pillaran.

Tenía la espalda contra su pecho y sus brazos formaban una armadura alrededor de mi cuerpo. Era increíble lo segura que me sentía con él. Y no estoy hablando de que midiese casi dos metros y tuviera un físico imponente, sino de que me sentía tan cómoda con Logan que con él podía ser yo misma. A excepción de mi familia, había pocas personas que me conocieran de verdad.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto se acabe? —le pregunté.

Era la primera vez que me atrevía a hacerlo. Noté que él dejaba de estar

relajado y que sus brazos me aflojaban.

—Tengo que hablar con Keira. Pero... no sé si...

Giré la cabeza hacia él y me dolió verlo tan destrozado. Logan creía que si tomaba aquella decisión, se convertiría en un mal padre. Que desconectar a su hija era traicionarla de la peor manera.

—¿Qué es lo que dicen los médicos?

—Que no hay esperanza. Los primeros meses nos pidieron paciencia para ver cómo evolucionaba. Pero después de cuatro años... insisten en que ella no va a despertar. Y yo... no sé qué pensar. Puede que en el fondo sea un egoísta por no querer renunciar a ella. Eso fue lo que me gritó Keira la última vez que nos vimos.

—Eres la persona menos egoísta que conozco.

Logan no respondió. En aquel momento, parecía sumergido por completo en su pasado. Agobiado por las decisiones que no se atrevía a tomar porque hiciera lo que hiciera siempre dudaría sobre si era lo correcto.

—¿Sabes por qué acepté este trabajo?

Lo miré con interés. Nunca me lo había preguntado. Suponía que Matt le había ofrecido una suma bastante generosa por protegerme.

—A mi hija le encantaba el mar. Era de esas niñas que lo tenían todo muy claro para su edad. Decía que quería convertirse en buceadora —una sonrisa de añoranza se plantó en su rostro—. Ojalá la hubieras conocido. Creo... que os habríais llevado bien.

Lo escuché atentamente, cada vez más intrigada por un pasado del que él me hablaba cada día un poco más. Con el transcurso de los días, Logan me abrió su corazón y me contaba quién había sido hace cuatro años.

—Cuando trabajaba como policía, no pasé con ella todo el tiempo que me habría gustado. Sé de sobra que las descuidé a las dos. Mi matrimonio se estaba resintiendo porque Keira pensaba que mi trabajo era más importante

para mí que mi familia. Ella jamás entendió... que yo solo quería ayudar a construir un mundo mejor en el que mi hija pudiera crecer sin peligros. Y fíjate por dónde, si le hubiera prestado más atención, April no estaría conectada a una máquina.

—Ya sé... que lo que voy a decirte te lo habrán dicho otras personas... pero fue un accidente. No te mereces seguir culpándote por ello.

—Sí, eso ya me lo han dicho. La primera Keira. Luego mis padres, mis amigos... pero no sirve de nada. No puedo pasar página. ¿Y si le fallo a April otra vez? ¿Y si...?

—No puedes saberlo —le apreté la mano—. No puedes, Logan. Tendrás que convivir con esa decisión. Dices que era una niña con las ideas muy claras, ¿qué es lo que a ella le habría gustado?

—Vivir conectada a una máquina desde luego que no.

—Necesitas hablar con Keira. Tenéis que perdonaros mutuamente. ¿Alguna vez le has dicho lo que me contaste a mí?

Logan arrugó la frente.

—No conoces a mi exmujer... —refunfuñó de mala gana—. Es buena persona, eso no lo pongo en duda. Pero cuando la tengo delante y veo lo fuerte que es, no puedo evitar despreciarla por ello. Joder, ¿qué clase de hombre soy?

No supe qué decirle. Entendía que él y su exmujer aún tenían una conversación pendiente. Y ni siquiera conocía a Keira para poder ofrecerle algún consejo. Todo era tan complicado...

—Acepté este trabajo porque le hice una promesa a mi hija —me reveló—. Quería jubilarme con este dinero y comprar un barco. Le prometí a April que un día ahorraría lo suficiente para comprar un barco y llevarla todos los fines de semana a navegar. Ella ya no está conmigo, pero yo necesito seguir con su sueño. Se lo merece.

—Es un sueño precioso.

—¿Has ido a navegar alguna vez?

—No soy mucho de mar —admití con una sonrisa.

—Pero, ¿me acompañarías?

La pregunta me provocó un remolino de emociones. Era toda una promesa de intenciones. Logan me quería en su vida.

—Sí —respondí sin dudar—. Te acompañaría.

Él se recostó en la bañera y cerró los ojos, con una sonrisa enigmática en la cara. Aunque ya empezaba a conocerlo, en ocasiones como aquella no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Salí de la bañera y me envolví en una toalla.

—Voy a por algo de comer. ¿Te apetece algo?

—Me apetecees tú. Siempre.

Me puse colorada. Solo necesitaba algunas palabras para volver a encenderme.

—Ahora vuelvo —le dije, saliendo del baño.

Estaba saqueando la nevera cuando Matt entró en la cocina. Se apoyó en la encimera y miró con curiosidad lo que estaba preparando.

—Es mucha comida para uno solo —me acusó con una sonrisa.

Me constaba que había hablado con Logan a mis espaldas. No tenía ni idea de lo que le habría dicho, pero estaba claro que Logan se lo había metido en el bolsillo, porque Matt ya no lo miraba con aquel recelo de hermano mayor sobreprotector.

—No te quiero asustar, pero mamá no para de preguntarme por ti y por

Logan. Y yo no sé qué decirle.

—No le digas nada... por el momento —respondí con incertidumbre—. Matt, no quiero que os hagáis ilusiones. No sé de qué va esto. Lo que sí sé es que volveré a la India cuando testifique en el juicio.

Él no se inmutó.

—A mí no me sorprende. Pero... ¿qué piensa Logan?

No lo sabía. Yo estaba dispuesta a mantener una relación a distancia si era necesario. Él me gustaba muchísimo.

—Entiendo que tenéis una conversación pendiente —me dijo, y me miró a los ojos con emoción contenida—. Mia, nosotros también tenemos una conversación pendiente.

—Ah, ¿sí? —me temí.

Él asintió con pesar.

—Ya sabes que la vista por la condicional de John está a la vuelta de la esquina.

Lo sabía de sobra, y me daba un miedo tremendo lo que aquello podía suponer para nuestra familia. Era la primera vez que Matt sacaba el tema.

—Ojalá que no se la concedan —le dije sin poder evitarlo.

—John tiene una madre, y resulta que es la nuestra. Tienes que entender que ella no piensa lo mismo que tú. Ahora que soy padre la comprendo. Yo... no sé qué haría si uno de mis hijos estuviera en la cárcel.

—¿Tú quieres que él salga? —me horroricé—. Después de lo que os hizo, después de que intentara mataros...

—No —se mantuvo impasible—. Pero tampoco puedo evitarlo. Me lo he estado preguntado mucho, y si bien no estoy dispuesto a darle otra oportunidad, quiero lo suficiente al que fue mi hermano para no ponerle las cosas más difíciles. Tiene derecho a reinsertarse, y puede que diez años en la

cárcel lo hayan cambiado.

—¡Sigue siendo el mismo! —exclamé aterrorizada—. Es peor de lo que crees. Te lo juro. Por favor, no dejes que vuelva a poner un pie en esta casa.

—Fui a verlo a la cárcel —me contó, y a mí no me sorprendió. John ya me lo había contado—. Estaba arrepentido. Me pidió perdón y se puso a llorar. Jamás lo había visto tan destrozado. ¿Y si ha cambiado?

Retrocedí conmovida. John era un maldito embaucador. Había intentado engañar a Matt para que este lo perdonara. Para colarse de nuevo en nuestras vidas y destrozarlas.

—No ha cambiado... no lo ha hecho... —le dije desesperada, y me odié a mí misma por no poder contarle aquello que lo haría cambiar de opinión para siempre—. Aléjalo de nosotros. De tus hijos, de Harley... os hará daño.

—Mia —él me miró desconcertado—. John no va a volver a poner un pie en esta casa. Lo hablé con Harley hace muchísimo tiempo, y los dos estuvimos de acuerdo.

—Vale... —respiré aliviada.

—Pero... no puedo impedir que salga de la cárcel, ni que reclame lo que es suyo —me advirtió muy serio—. John tiene un porcentaje de la empresa nada desdeñable. Es tan heredero como nosotros. Si reclama lo que es suyo... ningún juez le quitará la razón. Voy a tener que verlo sí o sí. Puedo que incluso tenga que trabajar con él si la junta de accionistas decide readmitirlo en el consejo directivo. Sabes de sobra que John aún tiene muchos amigos e influencia. Y respecto a mamá... ¿cómo voy a impedirle que vea a su otro hijo? No puedo. Mia, ¿estás bien?

Me agarré a la encimera. Dios mío, John iba a volver a nuestras vidas lo quisiéramos o no. ¿Y si lo aprovechaba para volver a atacar? Tenía que evitarlo. Pero, ¿cómo?

—Sí, estoy bien. Lo de la condicional es una posibilidad... pero pueden

denegársela.

—No deja de ser un Parker. John tiene dinero, contactos... y al parecer un buen abogado —me dijo Matt, para que me hiciera a la idea.

—Sí, pero fue un escándalo. No, no se la darán... —intenté tranquilizarme a mí misma—. No se la darán...

—Su abogado es Fernando.

Miré a mi hermano como si acabara de gastarme una broma pesada, pero su expresión estaba completamente seria. No podía ser... Fernando jamás me haría una cosa así... él sabía el daño que había hecho John a mi familia. De hecho, fue él quien avisó a la policía mientras yo intentaba detener a John para que no disparara a Matt y Harley.

—¿Estás seguro? —vacilé, sin dar crédito a aquella verdad tan demoledora.

—Me llegó el rumor y decidí investigar. Sí, estoy seguro. No te lo habría contado si no me hubiera cerciorado antes. Lo siento mucho, Mia. Al final la gente cambia.

Tuve ganas de echarme a llorar, pero logré contenerlas porque no quería preocupar más a Matt. Si Fernando quería hacerme daño, esa era su peor traición. No me cabía en la cabeza que el joven noble y leal del que me había enamorado fuera capaz de traicionarme de aquella manera. A mí y a toda mi familia. ¿Ya no tenía escrúpulos? Decidí que le haría una visita para preguntárselo a la cara.

49. Jessica

Me estaba maquillando delante del espejo del dormitorio. Era el séptimo día que dormía sola. Me molestaba más el hecho de ser incapaz de manipular a Fernando que la idea de que no compartiéramos la cama. Aquello último me traía sin cuidado, para ser honesta. ¿Quería hacerse el digno y demostrarme que lo nuestro estaba muerto? Pues vale. Podía contra eso, pero cada vez me chirriaba más la sospecha de que lo estaba perdiendo a pasos agigantados.

Me quedaba la baza del embarazo, y sabía que Fernando seguiría conmigo con tal de criar a ese hijo. Opté por el pintalabios rojo velvet de chanel. Cuando me vi en el espejo, no comprendí por qué Fernando no se daba cuenta de la suerte que tenía. Menudo imbécil, ¡era una diosa! ¿A cuántos hombres había tenido que rechazar por salir con aquel cretino?

Los principios, el amor... todo eso estaba sobrevaloradísimo. Pobre infeliz. Casi tuve ganas de gritarle que, en el fondo, hacía una pareja perfecta con la patética Sarah. Eran tal para cual. Un par de ilusos que se conformaban con muy poco.

Cuando vi el nombre de Marco en mi teléfono, descolgué de inmediato y me relamí de anticipación. Esperaba que al menos ese hombre no me hubiera fallado.

—Te he enviado toda la información a tu correo. Llámame cuando termines de leerla —me dijo.

Le colgué y fui directa a mi carpeta de email. Leí el mensaje con los ojos abiertos de par en par. Vaya... vaya... eso era mejor de lo que había esperado. Justo lo que necesitaba para devolvérsela a Mia y hacerle daño a su guardaespaldas. Mataría dos pájaros de un tiro y les enviaría un claro mensaje: conmigo no se mete nadie.

Marqué el número de Marco y el descolgó al segundo tono.

—¿Quieres sacarlo a la luz? Me parece bastante sucio, incluso viniendo de ti.

Puse los ojos en blanco. Marco me conocía desde hacía años, ¿y ahora me venía con esas?

—Destrózalo —le pedí con odio.

Logan Prexton maldeciría el día que me había rechazado en aquel bar de mala muerte. Y Mia Parker, aquella estúpida con ínfulas de ser mejor que los demás, descubriría que había cometido el peor error de su vida al subestimarme. No era culpa mía. Ya se lo había advertido cuando le dije que no sabía de lo que yo era capaz. Quien avisa no es traidor.

50.Fernando

Michael asomó la cabeza por mi puerta con cara de circunstancia. Le dediqué una mirada apática. Sé que encontrar a alguien tan bueno como Sarah era pedir demasiado, pero mi secretario me causaba más problemas de los que resolvía. ¿O estaba siendo demasiado duro porque me sentía como una mierda?

—Señor Sandoval, hay una mujer que insiste en verlo.

—Te dije que no me pasaras visitas —le espeté irritado.

—Ya... pero está montando un espectáculo en recepción. Exige que le digan que Mia Parker quiere hablar con usted. ¿Le pongo alguna excusa?

Mia... ¿qué coño venía a buscar al bufete en el que trabajaba?

—Dile que pase —le pedí, más intrigado que otra cosa.

La mujer de la que había estado enamorado cuando era un crío entró en mi despacho hecha una furia. Comenzó a gritarme como una posesa y a mí me costó entender algo entre toda la retahíla de insultos que me dedicó. La miré con frialdad y no me levanté de mi asiento.

—Buenas tardes, Mia. Yo tampoco me alegro de verte. ¿Se puede saber qué quieres?

Ella me fulminó con la mirada. Estaba completamente fuera de sí.

—Eres... una... basura...

—Ja... —sonreí de medio lado—. Dime algo que yo no sepa. ¿Eso es todo? Porque soy un hombre ocupado al que no le gusta que le hagan perder el tiempo. Así que si es lo que has venido a decirme...

Le señalé la puerta. Ella sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que veía. Pero sí, me estaba viendo bien. En eso me había convertido. En un

cretino sin escrúpulos que tenía que darle toda la razón a Sarah.

—No, he venido a decirte mucho más —dijo, elevando la barbilla como ya la había visto hacer otras veces. El orgullo de los Parker—. ¿Cómo puedes ser tan miserable? Sé que a mí no me debes nada... pero podrías tener un poco de respeto por mi familia. Ellos te aprecian, ¿cómo puedes hacerles esto?

—¿Hacerles qué? —pregunté cansado—. Oye... no tengo tiempo para tus tonterías. ¿No estás muy ocupada salvando el mundo? O... con tu guardaespaldas, ¿cómo se llama?

—No hables de él. No le llegas ni a la suela de los zapatos.

Me reí en su cara.

—Te encantan los clichés. Hace diez años, el chico pobre y la chica rica. Ahora, la mujer y su guardaespaldas. ¿Qué será lo siguiente cuando te canses de él? ¿Liarte con el repartidor de pizzas? Porque eso es lo que haces todo el tiempo, ¿no? Aburrirte de la gente y luego desecharlos como si no valieran nada.

—No sé quién eres, pero si ves al antiguo Fernando, el mismo que tenía principios y era una persona decente, salúdalo de mi parte.

Intenté que sus palabras no me afectaran, pero no lo conseguí del todo.

—¿Qué quieres? —gruñí.

—Vas a defender a John.

No estaba preparado para que ella lo supiera. O quizá, nunca lo había estado. Para la decepción con la que me miró mientras trataba de tragarse las lágrimas.

—Sí. Soy abogado. Es mi trabajo —respondí de manera monótona, fingiendo una indiferencia que no sentía—. ¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió incrédula—. ¿Y qué? Fernando... ¿en qué te has

convertido? Dime que este no eres tú.

—¡Este soy yo! —le grité malhumorado—. El que ves. Tú también has cambiado. Todos lo hacemos. Solo que yo lo acepto sin problemas...

Me di cuenta de que aquello se parecía demasiado a lo que me había dicho Jessica a mí. Esa verdad me horrorizó y me produjo asco de mí mismo. Pero fue cuando vi el desprecio en los ojos de Mia que comencé a arrepentirme.

—¿Lo has hecho para hacerme daño? —me preguntó con un hilo de voz—. Porque quiero que sepas que lo has conseguido. Enhorabuena, después de diez años ya me la has devuelto.

—No —me levanté de un salto—. No me convertí en el abogado de John para hacerte daño.

—Y entonces... ¿por qué lo haces? —me preguntó sin entender.

—Porque defender a tu hermano me da reputación —le fui sincero—. Hace que en este bufete me tomen en serio. Y John me ha prometido algo mejor que el dinero. Si lo saco de la cárcel, me dará acciones de vuestra empresa.

A Mia le costó asimilar aquella verdad. Se me quedó mirando con cara de póker, como si no me creyera capaz de algo semejante. Pero sí, ese era yo. Elegía a mis clientes en función de lo que ellos podían ofrecerme. Y John Parker me ofrecía algo mucho mejor que el dinero. Me ofrecía ganarme el respeto de los demás.

—Eso... ¿eso es lo que has querido siempre, no? Pero no lo entiendo, Fernando. Mi familia jamás te trató mal. ¿De verdad necesitas tener acciones de nuestra empresa para sentirte mejor contigo mismo? ¿Para demostrarnos a todos hasta donde has llegado? Porque sinceramente... yo te admiraba hasta que he visto en lo que te has convertido, de lo que eres capaz... y me das mucha pena.

—Tú no lo entiendes, Mia. No has tenido que agachar la cabeza cuando te miraban por encima del hombro. A ti y a tu familia siempre os han respetado. Yo he tenido que ganarme ese respeto... y todavía, si flaqueo, lo puedo perder.

—¿Y te respetas a ti mismo? ¿De qué te sirve el respeto de los demás si te falta el más importante?

Tragué con dificultad y no fui capaz de mantener su mirada. No soportaba que ella me mirase así. Mia había sido una parte fundamental de mi vida. Y maldita fuera, tenía razón. ¿De verdad había aceptado defender a John por una mierda de participación en su empresa?

—¿Cuánto te tengo que pagar para que no lo defiendas? —me preguntó con rabia.

Me tembló todo el cuerpo. ¿Pensaba que podía comprarme?

—¿Qué? No...

—¿Quieres un cheque en blanco? Solo di una cantidad.

—Para —le ordené ofendido.

—La que sea. Tengo mucho dinero si eso es lo único que te importa. ¿Qué quieres? ¿Acciones?

—¡Basta! —le grité, completamente ido. Me acerqué a ella y la sostuve por los hombros—. Basta, por favor.

La solté de golpe y la miré derrotado.

—No soporto que me mires así... —admití horrorizado.

—¿Y cómo quieres que te mire? —replicó dolida—. Tú estabas allí hace diez años. Estabas conmigo cuando John intentó disparar a Matt. Tú fuiste quien corrió a avisar a la policía mientras que yo le quitaba el arma. Por Dios, ¿es que ya no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo... —admití de mala gana. ¿Cómo se olvidaba

uno de algo así? —. Pero aquello nunca salió a la luz. A John lo encerraron por la muerte de aquel estudiante, y creí que... tal vez tu familia...

—¿Qué no dijimos nada para evitar un escándalo? —adivinó asqueada—. Creí que nos conocías mejor, Fernando. ¿Sabes lo que es tener un hermano asesino? ¿Un hijo? ¿Sabes lo que fue eso para mi familia? No tienes ni idea de lo que sufrimos... de lo que sufrieron... de lo que les costó a mi madre y a Matt recuperar su relación. No queríamos hacerle más daño a John ni a nuestra familia, así que lo dejamos estar y confiamos en que pasara el tiempo suficiente en prisión.

—Saldrá... lo defienda yo u otro abogado —le expliqué.

—Ya lo sé —admitió compungida—. ¿Pero tienes que ser tú? No soporto esa idea.

—No —negué, y me sentó bien decirlo—. No tengo que ser yo. Si te hace daño, no seré yo quien le consiga la condicional.

Ella me miró asombrada. Había ido hasta allí haciéndose a la idea de que yo era una persona horrible, y no estaba preparada para lo contrario. ¿Lo estaba yo?

—¿Por qué harías algo así?

—Porque te quise muchísimo —le dije algo que ya sabía—. Porque te quise, y quiero volver a parecerme al hombre que fui entonces. ¿Qué nos pasó?

—Fui yo... tú no tuviste la culpa.

Ella suspiró y rompió a llorar. No supe qué hacer. Me la quedé mirando abatido y todo mi rencor se esfumó. Siempre pensé que fui yo el que salió perdiendo, pero de repente comprendí que ella también había sufrido. Así que hice lo único que estaba en mi mano: abrazarla. La abracé en un intento de consolarla, y al hacerlo descubrí que ya no la odiaba. No entendía por qué se había marchado sin darme ninguna explicación, pero notaba su sufrimiento y

me dolía verla así.

—¿Por qué te da tanto miedo que John salga de la cárcel? —adiviné su mayor temor.

Ella se sorbió las lágrimas.

—¿Quieres saber por qué me fui?

—Sí —respondí sin dudar—. Lo necesito, Mia. Necesito pasar página de una puñetera vez.

—Porque tú eras el único que podía hacerme volver —me contó, y aquella verdad me sobrecogió por completo—. Porque no podía quedarme allí, en esa casa, sabiendo lo que les ocultaba a los demás. Y pensé que... alejándome... conseguiría que todo fuera más fácil para todos. Solo intentaba protegerlos, te lo prometo. Solo quería...

Volvió a romperse. La miré sin saber a qué se refería y le acaricié los hombros. Era extraño como, de un plumazo, se había roto aquella conexión que manteníamos. En cuanto el rencor se había esfumado, había sido capaz de mirar a Mia con otros ojos. Y me destrozaba verla así.

—Mia, a mí me lo puedes contar. Sea lo que sea. No te voy a juzgar.

—Nunca se lo he contado a nadie —me dijo horrorizada—. Ni siquiera sé por qué lo he guardado todo este tiempo. Supuse que si no podía demostrarlo... ¿para qué iba a hacer sufrir más a mi familia?

Inspiró profundamente y me miró a los ojos.

—¿Estoy amparada por el secreto profesional?

Me costó entenderla, hasta que comprendí a que se refería y asentí sin dudar.

—Por supuesto.

Y entonces Mia me reveló algo que jamás me habría imaginado. Y joder, la entendí perfectamente. Y lo más importante, la perdoné por

completo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Cuando adiviné por qué Mia se había largado hace diez años sin ofrecerme ninguna explicación, logré reconciliarme de una vez por todas con el pasado que teníamos en común. Pero... ¿conseguiría ella reconciliarse con sus propios demonios antes de que fuera demasiado tarde?

Me quedé tan devastado después de la visita de Mia que estuve un buen rato sentado en mi despacho. Entendía por qué lo había hecho, pero no sabía si su familia compartiría mi opinión. Le prometí que me tendría para siempre y que la ayudaría en todo lo que estuviera en mis manos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Me costó levantarme de la silla. Estaba deshecho porque, de repente, comprendí que todos aquellos años de rencor no habían tenido ningún sentido. Sí, había estado enamorado de ella. Pero ambos éramos personas muy diferentes ahora. Ojalá no hubiese empañado el recuerdo de lo que tuvimos, pero esperaba que con el tiempo Mia y yo pudiésemos tener algo parecido a una amistad.

Cuando salí de mi despacho, creí que era la última persona que quedaba en el bufete. Me sorprendió tropezarme con Sarah, que llevaba tantas carpetas encima que apenas se le veía el rostro.

—¿Te quedas hasta tarde? —era la primera vez que hablábamos después de lo que había sucedido en el ascensor.

Ella me había estado evitando y yo no se lo había puesto demasiado difícil. Hasta que no arreglara mi situación con Jessica, ¿qué otra cosa podía hacer? Ella se merecía espacio y la posibilidad de rehacer su vida con otra persona. Aunque aquella posibilidad me tocara los cojones...

—El trabajo me tiene absorbida —me dijo con sequedad—. Por

casualidad, ¿no habrás visto mis gafas?

Llevaba unas nuevas. Las que se le habían caído en el ascensor las tenía yo guardadas en el primer cajón de mi escritorio. Todavía me negaba a dárselas porque entonces no me quedaría nada de ella.

—No.

—Que te vaya bien —me dio la espalda.

—¿Quieres que te ayude con eso? Parece que pesa bastante.

—Puedo sola.

Le quité la mitad de la carga y ella me lanzó una mirada furiosa, lo que no me impidió que la acompañase hasta su despacho.

—Me gusta como lo has decorado —le dije, mirándolo todo con curiosidad.

—Fernando, ¿por qué no te vas a casa? —sugirió, con la poca educación que le quedaba para mí—. ¿O es que estás demasiado afectado por la visita de Mia y necesitas un hombro en el que llorar? Porque el mío ya no está disponible.

La miré asombrado. Ella se encogió de hombros.

—Las noticias vuelan. ¿Habéis recuperado el tiempo perdido? —inquirió con ironía.

—¿No te cansas de pensar lo peor de mí? —repliqué agotado.

—Piensa mal y acertarás.

No reconocía a aquella mujer. Sabía de sobra que era todo fachada. La que se había construido para enfrentarse a mí y fingir que ya no le importaba.

—Pues para que lo sepas, no a todas las mujeres que entran en mi despacho les bajo las bragas —le espeté irritado. Ella se quedó pensativa, y yo añadí—: Adiós, Sarah. Lo último que quiero es que mi presencia te incomode.

Me dirigí hacia la puerta y ella me siguió con la mirada, pero no dijo nada. Me hubiera gustado largarme sin más, pero no pude hacerlo.

—¿Vas en serio con ese hombre? —le pregunté, y todo mi cuerpo se tensó.

—Sí, creo que sí.

Los celos me carcomieron por dentro, y tuve que utilizar todo mi autocontrol para no darme la vuelta y estrecharla entre mis brazos.

—Deseo de corazón que te vaya bien. Espero que él te pueda hacer todo lo feliz que a mí me es imposible —le dije, y salí huyendo.

51.Mia

No le dije a Logan que había ido a ver a Fernando porque temía que no lo entendiera. Ya lo había pasado bastante mal para que yo le complicara la vida, así que opté por ocultárselo. Temía que Logan creyese que entre Fernando y yo todavía existía algo, o lo que era peor, que yo seguía

enamorada de Fernando. Pero ahora conocía mis sentimientos y la verdad me tranquilizaba. Me había hecho mucho bien hablar con Fernando, zanjar lo que teníamos y así permitir que los dos pasáramos página.

Fui acompañada por uno de los hombres de Logan, al que le pedí máxima discreción. Por eso me sorprendió cuando, al cabo de pocos días, Logan me espetó con un palpable resentimiento:

—Te has visto con Fernando.

Lo miré descolocada y suspiré. Supe por su expresión que había metido la pata hasta el fondo. Acababa de darle una razón para que desconfiara de mí.

—Sí —decidí no mentirle—. Pero no ha sido por lo que estás pensando.

Logan me dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—¿Y qué es lo que estoy pensando?

—Nada bueno.

—¿Nada bueno? —repitió con aspereza—. No se me ocurre otra razón por la que fueras a ver a un hombre por el que tú misma dijiste que todavía seguías sintiendo algo.

—Logan... —él se apartó de mí cuando intenté tocarlo. Su rechazo me dolió, pero no tanto como la decepción que vi en sus ojos. Él había confiado en mí y yo acababa de fallarle—. Ya sé que es lo que se suele decir en este tipo de situaciones... pero... no es lo que parece. Fernando y yo teníamos una conversación pendiente, y eso es todo lo que sucedió entre nosotros. Nada más, solo eso.

—¿Por qué no nos haces un favor a los dos y me dejas en paz?

—Porque entre Fernando y yo no pasó nada, y no voy a dejarte en paz hasta que tú me creas.

Me miró a los ojos y no flaqueé.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me pediste que te acompañara? ¿Por qué has tenido que ocultármelo? —me recriminó dolido.

—Porque pensé que no me creerías, y pretendía evitar lo que ha pasado ahora; hacerte daño. Por favor, Logan, mírame a la cara y dime lo que ves. ¿De verdad ves a alguien capaz de traicionarte?

Logan me devolvió una mirada feroz. Pero a pesar de su entereza, estaba abatido y todo era culpa mía. Había intentado protegerlo en vano.

—No sé qué es peor —gruñó malhumorado—. Qué te hayas visto con él, o que me creas tan estúpido como para no contármelo. Puede que si lo hubieras hecho no estuviésemos en esta situación.

—Sí... puede —admití, a sabiendas de que me había equivocado—. Y lo siento muchísimo. Es que... a veces tengo la sensación de que vas a buscar cualquier excusa para alejarte de mí. Así que no quería darte ninguna razón.

—¿Así es como me ves? —arrugó la frente—. Es la primera vez que me acerco tanto a una persona después de cuatro años. ¿Por qué iba a alejarte de mí?

—Porque...

—¿No será que eres tú quién se aleja de mí? —me recriminó ante mi desconcierto—. Vamos, Mia... no me digas que no lo has pensado. Vas a volver a la India en cuanto esto se acabe, pero no tienes el valor de decírmelo a la cara. Quizá porque desde que te conté lo de April me tienes pena y piensas que no voy a poder soportarlo. Si es así, quiero que sepas que ya he pasado por cosas peores. Solo tienes que decirme que no te intereso y desapareceré de tu vida.

—Logan, ¿de qué hablas? —lo miré con incredulidad—. Soy la misma persona que te dije que se está enamorando de ti.

—No quiero que me tengas lástima —replicó lleno de rabia—. Ahórratela, no soporto la compasión.

—No me he acostado contigo porque te tenga pena. Ya me gustabas mucho antes de que me abrieras tu corazón —intenté hacerlo entrar en razón—. Y sí, voy a volver a la India y me da miedo lo que eso supondrá para nosotros. Pero no me estoy alejando de ti a propósito. Dios, mírame cuando te hablo.

Logan me fulminó con la mirada.

—Pues claro que te estás alejando de mí. Supongo que piensas que estoy demasiado jodido para tener algo contigo. Ya te lo dije, no tenemos nada en común. Tú eres joven y tienes la fundación, ¿para qué ibas a cargar con alguien como yo?

—Por eso no te dije que iba a ver a Fernando —le solté, incapaz de seguir por ese camino—. No soy yo la que te compadece. Eres tú, Logan. Y me temo que no vas a poder tener algo serio con nadie hasta que afrontes todo lo que te tortura.

—Encima te atreves a darme lecciones... —sacudió la cabeza sin dar crédito—. Tú, que me has mentido porque te daba miedo contarme la verdad.

—¡Sí! Y me he equivocado, ¿qué más quieres que te diga? —estaba desesperada porque él me escuchara, pero era como hablar con una pared—. Lo siento, Logan. De verdad que lo siento. Pero sigo pensando lo que te he dicho.

—Yo también —me espetó con voz dura—. Necesito que me dé el aire.

Lo dejé ir cuando salió por la puerta. Sabía de sobra que necesitaba su espacio. Me destrozaba verlo así, y comprendía que yo tenía parte de culpa. Lo último que necesitaba Logan era una mujer que no pudiese serle del todo sincera por miedo a sus reacciones. Respecto a Fernando, mi trabajo en la fundación o mis dudas. Pero él también tenía lo suyo, y jamás conseguiría seguir hacia adelante a menos que lo aceptara.

Decidí que le concedería una tregua hasta que se le pasara el enfado.

Puede que entonces pudiésemos hablar las cosas sin necesidad de reclamarnos nada el uno al otro.

Logan me evitó durante el resto de la tarde y parte del día siguiente. Aproveché su indiferencia para jugar con mis sobrinos y distraerme. Fui a tomarme un descanso cuando me encontré a toda mi familia reunida y cuchicheando. Los miré con curiosidad y ellos intentaron tapar la televisión cuando me vieron entrar.

—¿Qué pasa? —exigí saber.

Por sus caras, supe que no sucedía nada bueno. Fue Alan quien se atrevió a hablar.

—Mia... no quiero que te asustes, pero hay algo que tienes que saber. Es sobre Logan —. Era la primera vez que veía a Alan tan serio, así que me temí lo peor—. Resulta que la prensa se ha enterado de algo sobre su pasado... y eso, unido a que es tu guardaespaldas...

No me pude contener. Lo empujé para apartarlo de la televisión y contemplé horrorizada la pantalla. Hablaban de Logan y de su pasado. Incluso había fotos de su hija y de su exmujer. Se me cayó el alma a los pies cuando mostraron unas imágenes de nosotros en la entrada de la casa, besándonos cuando creíamos que nadie nos veía. Comencé a marearme mientras comprendía lo que aquello significaría para Logan. Le iban a destrozarse la vida, y todo por estar conmigo. Habría dado igual de ser una persona anónima, pero sabía de sobra que cualquiera que se relacionara conmigo era objetivo de los paparazis. Y Logan tenía una historia muy trágica para que se cebaran con él. Dios mío, generaría tanta curiosidad morbosa que lo hundirían.

Alan me tendió un periódico, en el que se explicaba con todo lujo de detalles el pasado de Logan como policía, sus problemas con el alcohol y el accidente de su hija. Todo estaba redactado de manera tendenciosa e

impersonal, como si el que lo hubiera escrito se pudiera poner en la piel de Logan. Lo peor era el titular: **Mia Parker, pillada en actitud cariñosa con su guardaespaldas. ¿Conseguirá la joven millonaria curar su maltrecho corazón?**

—Es... es culpa mía... —murmuré impactada—. Tenía que haberlo previsto. Ser más cautelosa, o haberme alejado de él...

—No, no lo es —determinó Harley cabreada—. Ni se te ocurra pensar una cosa así.

—Será mejor que hables con él antes de que se entere por otra persona. Tienes que avisarlo sobre lo que se le vendrá encima —me dijo mi madre.

Lo sabía, y conseguí salir de allí mareada. Busqué a Logan por toda la casa mientras me hacía a la idea de que jamás me lo perdonaría. No era justo. Logan había sufrido demasiado para que la prensa hurgara en sus heridas. Y todo por haberse relacionado conmigo. ¿Por qué no se lo advertí cuando me lo contó? ¿Por qué tuve que ser tan egoísta? Podría haberme alejado de él para impedir que algo así sucediera.

No entendía cómo había salido a la luz el nombre de Logan, y en ese momento me daba igual. Necesitaba hablar con él y cerciorarme de que estaba bien. Dios... ¿cómo iba a estarlo? Justo cuando empezaba a levantar cabeza, los paparazis se atrevían a opinar sobre su vida como verdaderos buitres. Yo ya estaba acostumbrada a que hablaran de mí, pero para él iba a ser algo nuevo y terrible.

Lo encontré en el borde de la piscina, mirando el agua con expresión distante. No me hizo falta preguntárselo porque comprendí que ya lo sabía. Me quedé detrás de él, sin saber qué decir. Sin saber cómo arreglarlo.

—Supongo... que no lo dejarán estar. ¿Esto es solo el principio? —se temió.

—Sí —respondí consternada—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —murmuró sin mirarme—. No me hice a la idea de que algo así podría pasar.

—Logan, ¿estás bien? —pregunté asustada.

Se volvió hacia mí con la expresión sombría. Jamás lo había visto tan abatido y deshecho. Estaba destrozado.

—Soy yo quien lo siente, Mia.

—¿Por qué dices eso? —pregunté incrédula.

—Porque no estaba dispuesto a renunciar a ti. Te lo juro... no lo estaba. Me daban igual Fernando y tus dudas, porque cuando estoy contigo siento que tengo una posibilidad. Pero no puedo, maldita sea, no puedo —cortó la distancia que nos separaba y me sostuvo por los hombros, como si así también pudiera sostenerse a sí mismo—. Tenías razón, he sufrido demasiado y aún no lo he superado. No voy a soportar toda esta presión mediática.

Supe lo que aquello significaba y mi corazón se rompió en pedazos. No podía pedirle que se quedara a mi lado. Lo quería demasiado para reconocer que tenía que alejarme de él para que lo dejaran en paz.

52. Fernando.

Estaba en la sala de espera del médico mientras leía la revista. Joder, la foto de Mia y su guardaespaldas besándose estaba en todas partes. No me quería imaginar lo que había sufrido aquel hombre. Y todo para que los periodistas acabaran contando su historia sin escatimar en detalles.

Mi padre estaba sentado a mi lado, esperando los resultados del médico. Pero él no sabía que, leyendo aquella revista, yo ya había tomado una decisión. Me había costado hacerme a la idea, pero ahora lo veía todo muy claro. Cuando dijeron su nombre, me puse de pie y le coloqué una mano en el hombro para que se quedara sentado.

—No estoy enfermo —repitió por enésima vez—. No lo estoy.

—Tranquilo, papá.

—Ha sido cosa de ella —insistió apesadumbrado—. De esa mujer que te manipula y con la que vas a casarte sin estar enamorado.

No dije nada. Entré a la consulta del médico más seguro de mí mismo de lo que había estado en toda mi vida.

—¿Y bien? —exigí saber.

—Lamento comunicarle que su padre está muy mal. Alterna crisis de demencia senil con episodios de extrema violencia. Debería plantearse trasladarlo a un centro en el que puedan velar por su salud —me comunicó el médico con expresión adusta—. Ya sé que es duro, pero es lo mejor teniendo en cuenta que es un peligro para sí mismo y para los demás.

Aquello no me sorprendió lo más mínimo. Me relajé en la butaca ante la atenta mirada del médico.

—¿Cuánto le ha pagado mi prometida?

Al médico se le cambió la expresión. Yo sonreí con desgana y me

preparé para lo que estaba por venir. Era el momento de tomar las riendas de la situación.

Cuando llegué a la casa, Jessica ya me estaba esperando con expresión satisfecha. Era una actriz maravillosa y sabía enmascarar sus emociones, pero allí estaba. Bajo el maquillaje y la falsa expresión preocupada, ella ya se estaba relamiendo por lo que creía una victoria.

—Hola, querido. ¿qué te ha dicho el médico?

—Que eres una maldita embustera.

Jessica dejó la copa sobre la mesa y enarcó las cejas. Eso no se lo esperaba.

—¿Qué has dicho? —preguntó atónita.

—Reconozco que tenía mis dudas sobre lo lejos que estabas dispuesta a llegar —respondí muy calmado, y arrojé la revista encima de la mesa—. Pero esto me las ha aclarado por completo.

Jessica ni siquiera miró la revista.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —se hizo la inocente.

—Has sido tú, no te esfuerces en negarlo. Estabas tan cabreada con Mia que eres capaz de destrozar su vida y la de ese hombre. Te conozco, Jessica. Puede que no lo hiciera del todo hace unos meses, pero ahora estoy muy seguro de lo que eres capaz de hacer. Incluso sobornar a un médico para que le dé un diagnóstico falso a mi padre y así quitártelo de encima.

Ella no se inmutó. Puso cara de hastío y resopló, como si lo que más la irritara fuese el no haberse salido con la suya.

—Sí, ¿y qué?

—¿Y qué? —repetí asombrado—. ¿Te das cuenta de hasta donde has

sido capaz de llegar para conseguir lo que querías?

—Pues claro que sí. Hasta donde haga falta. Las agallas que les faltan a algunos me sobran a mí.

—Jessica... ¿tan mala eres?

Ella puso los ojos en blanco.

—Si prefieres verlo así...

—Le has destrozado la vida a Mia y a ese hombre. Mierda, ¡arrepíentete al menos! No se lo merecen. ¿Has leído por todo lo que ha pasado Logan? — la observé durante medio segundo—. Y tanto que lo sabes, pero te trae sin cuidado. Tenías tantas ganas de vengarte que te ha dado igual traspasar el límite. Quiero pensar que hay algo bueno dentro de ti... pero no puedo. Me das mucha pena, Jess.

—Tú sí que me das pena —bramó, repentinamente furiosa—. Eres un blandengue, pero no eras así cuando te conocí. Menuda desilusión.

—No quiero saber nada de ti. Se acabó —le dije, quitándome un peso de encima—. Hemos terminado.

Ella se levantó hecha una furia y con los ojos inyectados en sangre.

—Cuidado con lo que dices. ¿De qué coño hablas? Se acabará cuando yo diga que se acabe. Estoy embarazada de ti... ¿o ya se te ha olvidado?

—Para nada —dejé una prueba de embarazado sobre la mesa—. Pero resulta que nunca me lo creí del todo. Con lo de mi padre, ir a amenazar a Sarah, la absurda venganza contra Mia... me lo has dejado más que claro. Adelante, hazte la prueba. Si estás embarazada me haré cargo de ese hijo. Pero no es más que una quimera, como todo lo nuestro. Jamás traerías un hijo a este mundo si no pudieras sacar tajada de él. Así eres tú. Lo tienes todo planeado al milímetro y nada se escapa de tu control, ni siquiera un embarazo.

A ella le tembló el mentón. No se lo esperaba. Pero me había obligado a

ponerme a su altura para enfrentarme a ella, y ese era el resultado.

—Yo... no tengo por qué aguantar esto. Es humillante.

—Jessica, para ya —le pedí irritado—. Se acabó. Acepta de una maldita vez que has perdido.

—No estoy embarazada, ¿y? —aceptó de mala gana—. Pero te recuerdo que lo nuestro es un negocio. Te vas a quedar sin nada. Conseguiré que todos te den de lado, y ya te puedes ir olvidando de tu puesto en el bufete... ¿me oyes? Déjame... y lo que le he hecho a Mia y su guardaespaldas no será nada comparado con lo que te haré a ti. Te pienso hundir. Ya has visto de lo que soy capaz.

—Me da igual.

Jessica parpadeó confundida.

—¿Te da igual?

—Sí —metí las manos en los bolsillos—. Completamente igual.

—Se acabó tu estilo de vida, no vas a poder mantener esta casa, los coches... todo. ¿Vas a renunciar a ello?

—Sí, Jessica. A la mierda el dinero y las apariencias. ¿Para qué los quiero si soy un completo amargado? Y tú también deberías replanteártelo, porque es evidente que no eres feliz.

—Cobarde...

—Tienes razón, lo soy. Estoy enamorado de otra mujer y aún no me he atrevido a decírselo.

Jessica puso mala cara.

—Del adefesio de tu secretaria, cómo no —bufó indignada—. Eres patético. ¡Patético! Vas a ser un fracasado toda tu puta vida. ¿Te das cuenta de que vas a volver a convertirte en el tipejo que no tenía nada? Y todo por una sosa con gafas...

—La quiero —le espeté, hirviendo de rabia por cómo hablaba de ella—. Ojalá algún día tú puedas sentir eso por alguien.

—¡Idiota! —me gritó, cuando le di la espalda—. ¡No te va a perdonar en la vida! Ya me encargué de ponerla en tu contra.

—Eso ya lo veremos... —repuse, apretando los puños—. Hasta siempre, Jessica.

53. Sarah

James me acompañó hasta la puerta de mi casa, como hacía siempre que teníamos una cita. Aquella era nuestra cuarta cita, una tan agradable como el resto. Isabel decía que yo me dejaba querer, y que en el fondo era tan culpable como Fernando por estar utilizando a otro hombre para olvidarlo. Sus palabras me habían dado mucho que pensar y me había pasado toda la noche bastante callada. ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si en el fondo no era mejor que Fernando al crearle falsas ilusiones a James?

James me gustaba, pero cuando lo besaba la sensación no se acercaba ni de lejos a lo que sentía al besar a Fernando. Cuando mi exjefe me tocaba, mi cuerpo explotaba de deseo y el corazón casi se me salía del pecho. Con James todo era sencillo y sin sobresaltos, pero con Fernando nunca sabía lo que esperar.

Sí, puede que lo hubiera juzgado mal al verlo en su despacho con Mia Parker, pero ¿qué quería que pensara? Había engañado a su prometida con Mia y era evidente que para él significaba algo. ¿Y yo? ¿Qué era para Fernando? ¿Una distracción pasajera? ¿Un reto? No tenía ni idea, pero debía reconocer que en los últimos días me había hecho dudar. Que lo que sucedió en el ascensor se repetía constantemente en mis pensamientos. Porque quería más. Muchísimo más. Lo quería todo de él.

—Has estado muy callada esta noche.

Me miró a través de sus gafas con una de sus tantas miradas amables. La mujer que conquistara su corazón sería afortunada, pero esa no era yo. No era justo para él, que se merecía que alguien lo quisiera sin contemplaciones.

—Lo siento —me disculpé, y eso fue todo lo que necesité para que él entendiera a qué me refería.

Asintió con gesto apenado.

—¿Por no ser capaz de enamorarte de mí? Sarah, somos adultos. No te voy a exigir algo que no puedes darme.

—Me habría gustado tanto quererte... —respondí con amargura, y le di un abrazo—. Ojalá que encuentres a alguien que te quiera como tú te mereces, porque la harás muy feliz.

James me devolvió el abrazo y yo le di un beso en la mejilla. Y entonces lo vi, a Fernando. Estaba a pocos metros de nosotros, y por la cara que puso, supe que acababa de sacar sus propias conclusiones.

—Fernando, ¿qué haces aquí? —le pregunté extrañada.

Era la última persona que esperaba encontrarme allí. Él se encogió de hombros y sacó algo de su bolsillo.

—Yo... vine a entregarte tus gafas —murmuró con un hilo de voz—. Me las quedé y no sé muy bien por qué.

—Podrías habérmelas dado en la oficina.

—Sí, supongo, es solo que... —intentó buscar alguna excusa mientras yo no sabía dónde meterme. La situación me resultaba absurda e incómoda.

James nos miró alternativamente y comprendió quién era.

—Sarah, nos vemos otro día —me apretó con cariño el brazo.

—No hace falta que te vayas —le dije.

Por el rabillo del ojo, noté que a Fernando se le cambiaba la expresión cuando dije aquello. Nunca lo había visto tan hundido.

—Yo creo que sí —repuso James muy calmado, y pasó por el lado de Fernando.

Fernando lo miró de arriba abajo con cara de pocos amigos, o mejor dicho, como si quisiera asesinarlo. Cuando se fue, me crucé de brazos y me apoyé en el portal.

—No hagas eso —le pedí irritada.

—¿Hacer qué?

—Mirarlo como si tuvieras derecho a sentirte celoso.

—Ah, ¿pero uno tiene derecho a eso? Pensé que los celos aparecían cuando les daba la gana hasta ponerlo a uno enfermo. Fue lo que te pasó a ti cuando me viste con Mia, ¿no? Por eso me hablaste de aquella forma.

Lo fulminé con la mirada, pero él me la sostuvo con su característica arrogancia. Qué rabia me daba que supiera leerme tan bien.

—¿Has venido hasta aquí para dejarme en evidencia?

—No —dio un paso hacia mí y me tendió las gafas—. He venido con una excusa barata porque me moría de ganas de verte.

Me temblaron las piernas y no fui capaz de reaccionar. Pasaron varios segundos hasta que conseguí extender el brazo para recuperar las gafas. Nuestros dedos se rozaron y una corriente eléctrica me sacudió con fuerza.

—Me dijiste que no las habías visto —musité sin saber qué decir.

—Te mentí. No quería renunciar a lo último que me quedaba de ti.

Me mordí el labio y miré al suelo, porque si lo miraba a los ojos flaquearía. Intenté encontrar mi voz, que se había quedado atascada en algún lugar de mi garganta.

—Fernando, ¿a qué has venido? —le pregunté al fin.

—Lo tenía muy claro, pero resulta que cuando te he visto con ese hombre me he sentido tan idiota que casi he querido marcharme. No quiero

interponerme en lo que tengáis, te lo prometo. Ya sé que te mereces ser feliz con alguien que te valore desde el principio, y no con un cobarde como yo que se atreva a decirte lo mucho que le gustas cuando ya te ha perdido.

—¿Pero? —adiviné, y me acerqué instintivamente a él.

No podía resistirme. Me moría de ganas de tocarlo y era como si un imán nos conectara.

—¿A quién quiero engañar? —gruñó, con los dientes apretados—. Me muero de celos y he estado a punto de cometer una locura cuando os he visto. Y sí, ya sé que me vas a decir que no tengo derecho a sentirme así. Pero me da igual, Sarah. Resulta que mi corazón va por libre.

Mis ojos se volvieron vidriosos y tuve que quitarme las gafas porque se habían empañado.

—No llores por mi culpa, por favor —me pidió desolado, y me quitó las gafas para limpiarlas en su jersey—. No merezco que derrames ni una de tus lágrimas por mí. Ya sé que te he utilizado, que me aproveché de tu lealtad y de lo que te hacía sentir. Joder, me odio por ello. Sarah... por favor... no llores...

No podía evitarlo. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas sin que yo pudiera contenerlas. Fernando sostuvo mi rostro con sus manos y las besó todas. Con delicadeza y mimo, como si así pudiera arreglar el hecho de que lo nuestro era imposible. Era tan extraño que él me hiciera sufrir y al mismo tiempo fuese el único capaz de consolarme...

—Déjame que te diga lo que he venido a decirte, y luego, si tú quieres, me voy.

Asentí como pude y sus manos se deslizaron hasta mis hombros.

—Renunciar a ti ha sido el mayor error de mi vida.

Fernando me miró a los ojos y en los suyos vi una sinceridad que me desarmó. Quise odiarlo, pero me fue imposible.

—Porque eres lo único bueno y real que hay en mi vida —continuó con voz ronca—. Y ya sé que estoy siendo un egoísta al estar aquí, pero no me imagino mi vida sin verte todos los días. Así que si hay una posibilidad de que me perdones, por pequeña que sea, quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ganarme un hueco en tu corazón.

Me arrojé a sus brazos porque ya no podía aguantarme más. Fernando me recibió asombrado y logró recomponerse de la impresión en una fracción de segundo. Me besó como si le fuera la vida en ello y me empujó contra el portal.

—Necesito un lugar en el que pueda hacerte el amor toda la noche —me exigió, volviendo a besarme con urgencia.

—Resulta que mi casa está justo arriba...

Se me cayeron las llaves al suelo cuando intenté abrir la puerta. Fernando fue más rápido que yo y abrió la puerta tras forcejear con la cerradura. Me arrastró hacia el ascensor sin dejar de besarme y los dos terminamos jadeando antes de llegar a mi casa. Cuando cruzamos la puerta, Marie le bufó cuando él pasó por su lado.

—No le gusto, pero me la ganaré —me prometió, quitándose la ropa de manera apresurada.

—No me cabe ninguna duda. ¿Siempre consigues lo que quieres?

Fernando me miró con fuego en los ojos. Repasó mi escote y agradecí llevar un sujetador decente.

—Ahora tengo todo lo que quiero. ¿Tu habitación?

Señalé con timidez la primera puerta y él me cogió en brazos. Me llevó en volandas hasta la habitación y me empujó contra la pared, hundiendo la cabeza en mis pechos mientras se desabrochaba la bragueta.

—Primero voy a follarte y apenas duraré unos minutos, porque te tengo tantas ganas que podría correrme con solo mirarte —me desnudó con la

mirada y supe que hablaba en serio—. Y luego, si a ti no te importa, voy a hacerte el amor durante toda la noche, así que no podrás dormir.

—Vale —balbuceé excitada.

Me tiró en la cama y se sacó la camisa por la cabeza. Repasé su cuerpo con tanta hambre que él sonrió de lado. Era un maldito arrogante que sabía lo atractivo que era. Me agarró las manos y las llevó hacia su pecho.

—Tócame.

No supe ni por dónde empezar.

—No tengo mucha experiencia... —musité avergonzada.

—Hazme lo que quieras. Me va a gustar. Algo me dice que podrías acariciarme con un dedo y eso me la pondría dura.

Me quedé boquiabierta y él me dedicó una sonrisa cargada de intenciones. Al principio lo toqué con timidez. Recorrí su pecho con mis manos y me asombré cuando él entrecerró los ojos y suspiró. Entonces seguí con un dedo la hilera de vello oscuro que se perdía dentro de sus pantalones. Fernando apretó la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás.

—Sarah...

—¿Sí?

—Me estás matando.

Apenas lo había tocado y ya lo tenía en mis manos. Me sentí tan poderosa y excitada que aquello me armó de valor. Metí la mano por dentro de sus pantalones y comencé a acariciarle la polla. Fernando entreabrió los labios y soltó un gemido. No sé qué se apoderó de mí cuando le bajé los pantalones y me la metí en la boca. Fernando abrió los ojos de par en par y me cogió del pelo.

—Joder... Sarah...

Movió la cadera por inercia. Me penetró la boca mientras yo me afanaba

en darle placer y él se volvía loco. Hasta que ya no pudo más y se apartó de mí.

—¿He hecho algo mal? —pregunté confundida.

—¿Mal? Como sigas así va a ser el polvo más rápido de la historia...

Se quitó los pantalones de una patada y se abalanzó sobre mí. El corazón me dio un vuelco cuando me desabrochó el sujetador y comenzó a devorarme los pechos.

—Lo que ocultaban esos trajes grises tan feos... —comentó impresionado.

Me eché a reír sin poder evitarlo. Un ramalazo de profundo placer me recorrió todo el cuerpo cuando se metió en la boca uno de mis pezones. Cerré los ojos y gemí con fuerza. Apenas me di cuenta de que me estaba bajando la falda cuando comenzó a acariciarme por encima de las bragas.

—Me vuelves loco... Sarah... —me susurró al oído, y yo me estremecí por completo—. Jodidamente loco...

Cuando me acarició por dentro de las bragas, apreté los muslos y sollocé de placer. Fernando me besó el cuello y sus caricias se hicieron más profundas. Me retorcí encima de las sábanas mientras él me llevaba hasta el borde del abismo. Se detenía cuando estaba a punto de llegar al orgasmo y luego volvía con aquella tortura tan deliciosa.

Hasta que ninguno de los dos pudo más y él me quitó las bragas. Encontró mis labios otra vez y me besó como si quisiera reclamarme para él. Me arrancó un millón de suspiros mientras se tumbaba encima de mí y yo separaba las piernas.

Con una mano me agarró por las caderas y con la otra se cogió el miembro. Y luego hizo algo que me enloqueció por completo. Su polla me acarició la hendidura hasta que estuve tan húmeda que sollocé de placer. Entonces volvió a repetirlo y yo arqueé la pelvis para buscarlo.

—Por favor... no puedo más... —le pedí, más excitada de lo que había estado en toda mi vida.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Me penetró con fuerza y a mí se me saltaron las lágrimas. Llevaba tanto tiempo sin mantener sexo con nadie que me costó acostumbrarme a él. Fernando se quedó inmóvil dentro de mí y noté que le costaba controlarse. Pero lo hizo mientras me besaba y me acariciaba por todas partes.

—Solo cuando estés preparada —me tranquilizó con cariño.

El dolor fue dando paso a una creciente oleada de placer.

—Sigue...

Él se lo tomó al pie de la letra. Empujó con fuerza y con un ritmo que me volvió loca. Una de sus manos fue a parar a mi clítoris y me llevó a otro nivel. Me penetró al mismo tiempo que me acariciaba hasta que estallé de placer. Le clavé las uñas en la espalda y solo entonces él se dejó ir. Se desplomó encima de mí, y acto seguido rodó en la cama hasta colocarse a mi lado. Me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza, como si temiera que fuese a escaparme de un momento a otro. Noté que le temblaba todo el cuerpo y apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Estás bien? —le pregunté, temiendo que se arrepintiera.

—Estoy... mejor que bien —me apretó un poco más y me besó en la frente—. Te tengo a ti, ¿qué más puedo pedir?

Sonreí como una boba y no supe qué decirle. Al día siguiente tendríamos que hablar de todo. De Jessica, de su futuro hijo... de mis dudas. Pero allí, abrazada a él, sentí que a mí tampoco me faltaba nada y fui feliz.

Hasta que Fernando se separó un poco y me miró a los ojos.

—No te duermas —me sacudió con suavidad—. Te prometí que te haría el amor durante toda la noche. Soy un hombre de palabra.

Solté una carcajada antes de que él volviera a besarme.

54. Logan

La primera vez que me acosté con Mia ella me dijo algo que me dejó boquiabierto: *me estoy enamorando de ti*. Desgraciadamente, yo ya tenía claro que me había enamorado de ella. Hasta las trancas. Sin remedio y como un idiota. Con la esperanza de que lo que sentía por ella me hiciera más fuerte y me empujara a olvidar el pasado. Porque con Mia me sentía tremendamente bien, y lo más importante, volvía a ser feliz. Y aquella sensación me daba miedo porque cabía la posibilidad de que todo se acabara. ¿Entonces qué? ¿Conseguiría recomponer los pedazos de mi corazón cuando había vuelto a rozar la felicidad con los dedos?

Pero todo eso ya no importaba. Ni mis dudas, ni el miedo que experimentaba ante la idea de perderla. Porque alguien había filtrado mi

historia a la prensa y ahora me estaban acosando. Me había convertido en el centro de atención incluso por encima de Mia. Se suponía que debía protegerla, y ahora me veía a mí mismo quitándome a aquellos buitres de encima. Joder, no podía soportarlo. Los muy miserables hablaban de mi hija como si la hubieran conocido. Incluso habían encontrado a varias personas — supuestos amigos míos—, que se atrevían a hablar de mí como padre y de lo mal que lo había pasado.

Era un maldito infierno.

Me obligaban a recordar a April constantemente y ya no podía dormir por las noches. Por no hablar de las llamadas de Keira, que no podía parar de llorar. La última vez me llamó gritando y yo fui incapaz de calmarla.

—¿Por qué no pensaste que esto podría afectarme? —su voz se quebró y volvió a llorar—. Le sacas doce años a esa chica y pertenece a un mundo que mira como te ha tratado. Cuando te pedí que rehicieras tu vida no me refería a esto...

—Keira, por favor... tú no —le pedí agobiado.

Había recibido numerosas llamadas. De mis padres, de Dev... pero fue la de Keira la que me envió de golpe a la realidad. Porque tenía razón. ¿Qué pintaba yo con Mia? Ella estaba acostumbrada a la prensa y a despertar interés por todo lo que hacía, pero yo no estaba preparado para semejante atención.

—¿Yo no? ¿Qué yo no? —volvió a gritarme—. No puedo llevar a los niños al colegio sin que el resto de padres me miren y cuchicheen. Ir a hacer la compra es una odisea. Llevo una semana encerrada en casa porque los periodistas han acampado delante de mi puerta. ¿Sabes lo que dicen de mí? Que abandoné a mi propia hija y me olvidé de mi exmarido con otra familia. ¿Tienes idea de lo horrible que es para mí? Dios... Logan... ¿por qué me haces esto?

Se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué decirle. Todo era culpa

mía. Si me hubiera limitado a hacer mi trabajo y mantener una relación estrictamente profesional con Mia, nada de esto habría sucedido. Keira podría seguir con su vida y yo me enfrentaría a mi pasado sin el resto del mundo como testigo. La había jodido. Y todo por fantasear con una mujer que estaba fuera de mi alcance. Al fin y al cabo, ella no lo había negado. Cuando testificara en el juicio volvería a la India y se despediría de mí. No teníamos futuro.

Le prometí a Keira que todo se solucionaría. Que pronto se olvidarían de nosotros porque no iba a volver a ver a Mia.

—Júramelo —me pidió desesperada—. Dime que esto tiene los días contados.

—Te doy mi palabra.

Colgué el teléfono y me di cuenta de lo destrozado que estaba. Cuando me volví, Mia estaba detrás de mí y me observaba preocupada. Lo último que quería es que ella se sintiera culpable. Ya se lo había repetido cientos de veces, pero ella se negaba a aceptarlo. Tenía unas ojeras considerables y arrugaba la frente.

—Era tu exmujer, ¿verdad?

No me hizo falta decirle que sí.

—Siento mucho que por mi culpa los periodistas no os dejen en paz.

—No es culpa tuya. Supongo que no es culpa de nadie.

—¿Por eso llevas evitándome toda la semana? —me contradijo con tristeza.

No fui capaz de mirarla a la cara y negar lo evidente. Sí, había decidido alejarme de ella porque era lo mejor para los dos. Así ella seguiría con su vida y yo me haría a la idea de que tenía que olvidarla.

—Será mejor que te prepares para el juicio. Salimos en una hora —le dije.

Pasé por su lado y me costó no abrazarla. Me moría de ganas de consolarla y que ella hiciera lo mismo conmigo. De desvestirla despacio y perderme en su cuerpo. Pero en lugar de ello, salí al balcón y comprobé que los periodistas seguían apretujados en la puerta del hotel. Era el día del juicio y para colmo mi historia sumaba puntos al culebrón. Todos querían parte del pastel, así que estaba siendo muy cauteloso para evitarlos. Saldríamos por la puerta de atrás.

Habíamos volado esa noche a Nueva York y no alojábamos en un hotel que nos ofrecía toda la privacidad posible, que era más bien escasa. Mia me había dejado caer que podía tomarme unos días libres para así evitar a la prensa, pero yo no estaba dispuesto a abandonarla justo cuando más me necesitaba. Antes de largarme, pretendía solucionar el tema de las amenazas aunque tuviera que obligarla a ser sincera.

55. Mia

No me podía creer que ya hubieran pasado tres meses, pero así era. Tres meses en los que me había dado tiempo a desenamorarme de un amor del pasado y enamorarme de mi guardaespaldas. Porque sí, amaba a Logan aunque él ya hubiera decidido que lo nuestro era imposible. Ahora tenía que testificar en el juicio de Kevin Woods, y lo que sucediera a partir de entonces me daba igual. Estaba deseando volver a mi trabajo y olvidarme de todo, aunque sabía de sobra que el recuerdo de Logan me perseguiría allí donde fuese.

Salimos por la puerta de atrás, y Logan se las arregló para despistar a los periodistas. No sé si lo de seguir siendo mi guardaespaldas se debía a su profesionalidad o a su intención de protegerme, pero lo cierto es que se estaba enfrentando a todos aquellos paparazis por mí. Con lo fácil que hubiera sido esconderse de la prensa hasta que se olvidaran de él, Logan había decidido acompañarme aunque eso implicara llamar más la atención.

—Solo podemos entrar a los juzgados por la puerta delantera. Serán cincuenta metros, pero quiero que te prepares para lo que nos espera. Intentaré quitártelos de encima si se ponen muy pesados.

—También te harán preguntas a ti —le recordé, y eso era lo que más me angustiaba. Yo estaba acostumbrada al acoso de la prensa y había aprendido a convivir con ello. Desde que a mi hermano lo encerraron en la cárcel, mi familia había recibido la atención constante de los periodistas. Pero para Logan sería distinto.

—Ya lo sé —respondió, con un deje de irritación.

—Deberías quedarte en el coche. Me puede acompañar cualquiera de los otros guardaespaldas.

—No.

Lo miré de reojo, y supe que no podía hacer nada para que cambiara de opinión. Era el hombre más testarudo y orgulloso que había conocido en toda mi vida.

Cuando salí del coche, las luces de las cámaras cayeron sobre nosotros mientras un centenar de manos nos ponían los micrófonos en la cara. Me agarré al brazo de Logan, que caminaba delante de mí como si aquello no fuera con él.

—¿Qué tiene que decirles a aquellas personas que la critican por testificar contra Kevin Woods?

—Mia, ¿va en serio con su guardaespaldas?

—¿Qué nos pueden decir sobre los rumores de un futuro compromiso?

Avancé ignorando las preguntas, que se hacían más incómodas conforme nos acercábamos a la puerta. Alguien se interpuso delante de Logan y le colocó la grabadora delante de la cara.

—Dicen que es un oportunista que ha visto en Mia a la gallina de los huevos de oro, ¿tiene algo que decir al respecto?

Logan apretó la mandíbula y fulminó al periodista con la mirada, que volvió a la carga. Lo cogí de la mano y lo arrastré hacia la entrada, pero el paparazzi nos siguió corriendo.

—¿Ha tomado ya la decisión de desconectar a su hija? —le gritó.

Logan se detuvo de golpe. Tiré de su mano con fuerza, pero él no se movió. Se limitó a observar a aquel impresentable con tanta rabia que temí que fuera a cometer una locura.

—Dicen que su exmujer y usted no están de acuerdo, y que ella le ha advertido que lo llevará a los tribunales para que un juez lo obligue a tomar esa decisión. ¿Cree que es una mala madre?

Logan dio un paso hacia él y fue a decir algo, pero yo me interpose entre ambos. Le di un manotazo a la grabadora, que se cayó al suelo.

—Vete a la mierda, chupasangres. Debería darte vergüenza.

Acto seguido eché a andar hacia los juzgados y crucé la puerta, más furiosa de lo que recordaba haber estado en toda mi vida. Logan me siguió hacia los servicios, y me agarró del brazo antes de que me metiera dentro.

—Mia, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé —respiré con dificultad y los ojos se me llenaron de lágrimas. Yo nunca perdía los nervios en público, y mucho menos con la prensa—. No soportaba que esas sanguijuelas te trataran así.

Me cogió de la barbilla y me miró con ternura.

—Me puedo defender solo.

—Sí... supongo. Pero les he ofrecido lo necesario para que me critiquen durante algunas semanas por mi salida de tono. Así tú pasarás a un segundo plano... o eso espero.

—Cuando te conocí pensé que solo te importaba tu imagen. ¿Vas a llevarme la contraria hasta el final?

—Pues claro —le sonreí con tristeza—. Ahora vuelvo.

Empujé la puerta del servicio y fui a refrescarme la cara. Abrí el grifo del agua y me mojé las muñecas. Cuando levanté la vista hacia el espejo, solté un grito. Alguien había dejado grabado un mensaje. Logan entró tan rápido como me oyó y clavó la vista en el cristal.

No puedes escapar de mí, Mia. Donde quiera que estés, yo siempre iré un paso por delante.

Logan me cogió de los hombros y me zarandeó con fuerza.

—Se acabó —me espetó furioso—. ¿Lo has entendido? ¡Se acabó! En cuanto salgamos de aquí, vas a contarme todo lo que sabes. Ni se te ocurra fingir que no sabes nada, Mia. ¿Me estás oyendo? ¡Estoy harto de que me mientas!

Asentí mareada e intenté encontrar mi voz, pero no lo logré. Logan tenía razón. En mi vida ya no quedaba espacio para aquel secreto que llevaba diez años torturándome. Necesitaba sacarlo a la luz, aunque me destrozara a mí y a todos los que amaba.

Testificar en el juicio fue desagradable, a pesar de que logré mantener el tipo y no me vine abajo ante la acusación por parte de la defensa de que testificaba contra Woods porque sentía envidia de su éxito. No pude hablar con Rachelle para preguntarle qué tal se encontraba, pero imaginaba que si la defensa me lo había puesto a mí difícil como testigo, para ella, la víctima, sería un infierno. Ojalá que todo acabase bien para aquella chica.

Me metí bajo el grifo de la ducha y dejé que el agua me calentara la piel. Me froté con fuerza, como si así pudiera limpiarme por completo. Como si el agua tuviera la capacidad de llevarse todos mis pecados. Había llegado el momento de contar la verdad y aceptar las consecuencias.

Escuché que la puerta del baño se abría y se me aceleró el pulso cuando Logan se dirigió hasta la ducha. Se quitó la ropa sin decir nada y se metió dentro. Me abrazó por detrás y me besó en la nuca. Dejé escapar el aire y apoyé la espalda contra su pecho. ¿Por qué tenía que acabar así?

—¿Te encuentras bien?

Asentí sin mirarlo mientras el agua se llevaba mis lágrimas.

—Sé que ha sido difícil, pero lo has hecho bien. Estoy orgulloso de ti.

Consiguió hacerme sentir mejor. Puse mis manos sobre las suyas y experimenté una oleada de intenso deseo cuando su cuerpo húmedo se apretó contra el mío.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —le pregunté sin entenderlo—. Has sufrido tanto... y todo para que un puñado de periodistas te juzguen

gracias a mí.

—No quiero quedarme con eso —me besó en el hombro y me apartó el pelo de la cara—. No me obligues a volver a repetirte que no es culpa tuya.

Me besó la mejilla mientras sus manos resbalaban por mi piel. Una de sus manos bajó hasta mis muslos y comenzó a acariciarme. Separé un poco las piernas y gemí. Logan me mordió el cuello y a mí se me escapó el aire por la boca. Busqué a tientas su erección y lo acaricié como había aprendido que le gustaba. El cristal de la ducha se empañó y en el aire flotó todo nuestro deseo.

Logan me dio la vuelta y me empujó contra la pared de azulejos. Escondió la cara bajo mi barbilla y me agarró por las caderas, hundiéndose lentamente en mi interior. Me agarré a sus brazos y entrecerré los ojos, abandonándome al placer.

—Mia... —susurró mi nombre con desesperación—. ¿Qué voy a hacer cuando ya no estés en mi vida?

No supe qué responder a eso, y me pareció tan injusto que busqué su boca para besarlo como tanto necesitaba. Logan me devolvió el beso con un anhelo que nos sorprendió a los dos. Todavía estábamos juntos y ya nos echábamos de menos.

Una de sus manos me cogió una pierna y la subió hasta su cadera, haciendo la penetración más intensa. Respiré sofocada y enrollé las manos alrededor de su cuello. Cuando volvió a besarme, cedí a un orgasmo devastador que me dejó exhausta.

Habíamos pedido que nos subieran la cena, y los restos de la comida estaban sobre la mesita de noche. Logan estaba recostado sobre la cama mientras me observaba como si nunca pudiera cansarse de mirarme. Inspiré

profundamente y comprendí que era el momento de serle sincera.

—Prométeme que no me juzgaras —le pedí asustada.

—¿Por qué iba a juzgarte? —me contradijo extrañado—. Tú no lo hiciste conmigo cuando te conté el accidente de April.

—Ya... pero no es lo mismo. Tú no tuviste la culpa.

—¿En serio? Porque yo llevo cuatro años culpándome a mí mismo. Mia, nada de lo que me digas podrá cambiar lo que siento por ti.

Asentí sin estar del todo convencida.

—Ya te dije que hace diez años no era precisamente... un modelo a seguir. La muerte de mi padre me dejó completamente deshecha porque pensé que fui yo quien le provoqué el infarto. Discutimos esa noche porque yo había vuelto a decepcionarlo, y me comporté como una cría a la que solo le importaba salir de fiesta y la popularidad. Así que cuando llegué a casa al día siguiente y Matt me contó que mi padre había muerto... —cerré los ojos y recordé el momento. La rabia, el desconcierto y la culpabilidad—. Me refugié en el alcohol y me convertí en una persona odiosa.

—Eras una niña.

—No es una excusa —repliqué, furiosa conmigo misma—. Le hice daño a mucha gente y es algo que no voy a poder cambiar nunca.

Puse las manos en alto cuando él fue a decir algo.

—No digas nada, por favor —le pedí con voz trémula. Logan se quedó callado y se limitó a mirarme con una expresión indescifrable. Intenté buscar el valor necesario para proseguir y volví a encontrar mi voz—. John, mi hermano mayor, siempre fue un ejemplo a seguir para mí. Lo tenía en un pedestal y estaba orgullosa de él. Hasta que...

—Descubriste que estuvo involucrado en la muerte de un estudiante de su universidad —concluyó él, al ver que se me quebraba la voz.

Sonreí con tristeza.

—Eso es decirlo con mucha elegancia. Fue Harley quien se enteró de todo. Como ya te dije, John siempre estuvo enamorado de ella, a pesar de que mi cuñada en realidad quería a Matt. Cuando Harley lo amenazó con desvelar la verdad, John se volvió loco y entró en pánico. Estuvo a punto de matar a Harley y a Matt porque, según él, lo habían traicionado.

—Y tú lo viste todo.

Asentí con pesar. El recuerdo de lo sucedido llevaba diez años protagonizando mis peores pesadillas.

—Al principio no entendí lo que estaba sucediendo. Fernando estaba conmigo y logré convencerlo para que avisara a la policía. Pero no podía quedarme al margen, porque por primera vez conocía al verdadero John y sabía de lo que era capaz. No... no sé cómo fui capaz de coger aquella pistola...

Me tapé el rostro con las manos y temblé de la cabeza a los pies. Logan me puso una mano en la espalda, y aquello fue todo lo que necesité para inspirar con fuerza y continuar con la historia.

—Yo... no fue mi intención ocultarlo, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Por aquel entonces mi familia había sufrido demasiado, y no estaba tan unida como ahora. Mi madre y Matt no se hablaban porque ella intentó separarlo de Harley en un intento para proteger a sus dos hijos. Así que cuando apunté a John con aquella pistola y me contó aquel secreto tan demoledor, decidí guardármelo para mí en un intento por protegerlos a todos de más sufrimiento. ¿Para qué iba a contárselo a los demás? No tenía pruebas... solo les causaría más dolor...

—Mia, ¿contarles qué? —preguntó sin entender.

Encontré sus ojos y rompí a llorar.

—John me dijo que la muerte de mi padre no fue un accidente. Lo mató

él. ¡Él! Mi propio hermano... ¡su hijo! —chillé, rota por el dolor—. Lo envenenó. Asesinó a mi padre porque él era el único que lo conocía. Mi padre sabía de lo que era capaz su propio hijo, así que decidió que Matt sería el encargado de llevar las riendas de la empresa. Y John... muerto de celos...

No pude continuar. Logan me miró impactado y no dijo nada. Me sorbí las lágrimas y agaché la cabeza, incapaz de mirarlo.

—Yo solo intentaba protegerlos a todos... te lo juro —intenté justificarme—. No... no sabía lo que hacer. Pensé en contarles la verdad, pero Matt estaba resentido con mi madre y no lograba hacerse a la idea de que mi hermano estuviera en la cárcel. Mi madre estaba completamente destrozada, y... ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía pruebas, y era mi palabra contra la de John. Incluso me llegué a la cárcel para intentar que confesara, pero lo negó en vano y se rio en mi cara. No tenía ni idea de que era lo correcto, así que decidí callarme la verdad para que mi familia no sufriera más.

—Mia...

—Dios, ya sé que soy una persona horrible —evité su mirada porque sabía que él me culparía, como harían los demás. Fernando también lo había hecho, por mucho que hubiese intentado enmascararlo—. Al callarme todos estos años me he convertido en alguien como John.

—No digas eso ni en broma —me ordenó con impotencia.

Lo miré sorprendida y lo que vi me dejó sin palabras. Logan no me miraba como si fuera una persona horrible. Me miraba consternado y a la vez furioso.

—¿Es él quien te está amenazando? —exigió saber.

—No lo sé... creo que sí. No sé qué pensar. Creo... que con la vista de su condicional le ha entrado miedo de que yo hable. Quiero pensar que hay algo bueno en él, lo que sea. Que es incapaz de hacerme daño. Pero.... —

busqué una salida desesperadamente—. Está dentro de la cárcel y tiene contactos. Y sí, todos esos emails los escribió alguien que me conoce muy bien y es capaz de ser muy cruel.

—Lo voy a matar... Maldito malnacido... —La expresión de Logan se endureció—. ¿Cómo puedes compararte con alguien así? Me da igual que tengáis la misma sangre. Mia, no vuelvas a decir que te pareces a él.

—Pero me lo he callado todos estos años...

—¡Porque creíste que así protegías a los tuyos!

Dejé que él me abrazara y escondí la cabeza en su pecho.

—¿Qué voy a hacer ahora? —temí angustiada—. No quiero que salga de la cárcel, pero tampoco tengo pruebas...

—Tienes que hablar con Matt.

Era lo más lógico, pero no sabía si sería capaz de mirarlo a los ojos y contárselo.

—No puedes seguir guardando ese secreto. Puede que hace diez años él no estuviera preparado para escucharlo, pero ha llegado la hora de ser sincera con tu familia. ¿O vas a seguir huyendo para siempre?

Sabía cuál era la respuesta. Ahora solo tenía que reunir el valor necesario para hablar con mi hermano.

56. Fernando

No recordaba la última vez que había dormido tan bien. Hacer el amor con Sarah me había hecho caer rendido. Sonreí como un idiota y me di la vuelta para abrazarla. Al no encontrar su cuerpo, extendí el brazo y palpé el colchón, pero ella ya no estaba en la cama. Abrí los ojos y me invadió el pánico. ¿Y si a pesar de todo se había arrepentido?

Me levanté y busqué mis pantalones por el suelo. Me los puse a toda

prisa y salí de la habitación con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¡Sarah! —grité como un loco, entrando en la cocina. Estaba vacía, allí no había nadie. Me dirigí hacia el salón—. ¡Sarah!

Ella no podía largarse. No, ahora no. Necesitaba explicarle cuales eran mis sentimientos... lo mucho que me importaba... ¡todo, joder!

—¡Sarah! —salí del salón y fui corriendo hacia la última puerta que me quedaba por abrir. Ella estaba sentada en el suelo del baño y lloraba como una magdalena. Respiré aliviado, pero al darme cuenta de que aquello era mucho peor, fruncí el ceño y la contemplé desconcertado—. ¿Por qué lloras?

—¿Por qué gritas? —me rebatió a su vez, cubriéndose la cara.

—Porque pensé que te habías largado.

—¿De mi propia casa? —dijo con voz ahogada.

Me sentí como un idiota. Ella tenía razón, ¿a dónde iba a ir? Y lo que era peor, ¿por qué se encerraba a llorar en el baño después de haber hecho el amor conmigo durante toda la noche? Porque aquello sí que era preocupante.

—Sarah... —me puse de rodillas e intenté apartarle las manos de la cara, pero ella no me lo permitió. Suspiré resignado y me senté en el suelo—. Hasta un tonto sabe que, si una mujer llora después de haberse acostado con él, es que algo va muy mal. Por favor, dime lo que te pasa.

—Lloro porque soy débil.

—¿De qué hablas?

—De ti... de mí... y de que todo me da igual cuando tú me besas.

Un hálito de esperanza se incrustó en mi pecho y traté de no sonreír.

—Eso tampoco es tan malo...

Apartó las manos y me miró furiosa entre las lágrimas que le empañaban el rostro.

—¡Claro que lo es! Se suponía que debía ser fuerte y mostrarme

indiferente a tus encantos.

—Así que tengo encantos...

Ella me tiró lo primero que encontró, que fue un rollo de papel higiénico.

—¿Y qué más da que no te hayas mostrado indiferente? Ninguno de los dos lo fue la otra noche. ¿Si te digo que después de hacerte el amor hasta perder la cuenta, he seguido soñando contigo, te sentirás mejor?

Ella se puso colorada.

—No —musitó avergonzada—. Y no da igual, Fernando. Vas a casarte con otra mujer... ¡vas a tener un hijo!

—Sarah...

Ella no me dejó hablar.

—Ni siquiera... hemos utilizado protección —dijo muy bajito, completamente horrorizada—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Querrás decir; qué vamos a hacer ahora —la corregí con suavidad.

—Oh, déjalo ya. ¿Por qué no vuelves a tu vida con Jessica y dejas de fingir que yo te importo?

La agarré de las manos y acerqué su rostro al mío.

—¿Fingir que tú me importas? —repetí con voz temblorosa—. Mírame a los ojos, porque solo te lo voy a repetir una vez: ayer no fingí nada, ¿te ha quedado claro?

Ella no dijo nada, así que suspiré y me pasé las manos por el pelo. Caí en la cuenta de algo y salí de allí. Al cabo de unos segundos, regresé con sus gafas y se las puse. Sarah me miró desconcertada.

—¿Qué haces? —su voz estaba áspera por culpa de las lágrimas.

—Pretendía que fuera como en la Cenicienta.

—En ese cuento el príncipe le pone un zapato de cristal.

—Es un cuento horrible. El príncipe necesita un maldito zapato porque se ha olvidado de su cara —le acaricié la mejilla y ella se estremeció—. Pero yo jamás necesitaría un zapato... y mucho menos unas gafas, para darme cuenta de que estoy locamente enamorado de ti.

Sarah abrió los ojos de par en par. Dejó de llorar y se acercó tímidamente a mí.

—Pero Jessica...

—Te prometí que lo solucionaría. Ya está, se acabó. Te lo iba a decir anoche, pero estaba demasiado ocupado quitándote la ropa.

A ella le tembló la barbilla.

—¿No ibais a tener un hijo?

—Era otra de sus mentiras.

Ella se quedó tan perpleja que ni siquiera reaccionó. Así que la estreché entre mis brazos y la atraje hacia mí.

—Tú no te merecías que nos acostáramos cuando seguía ligado a otra mujer. Se acabó, Sarah. Y por si te queda alguna duda, Mia Parker forma parte de mi pasado. Ahora estoy aquí, sentado en este cuarto de baño, intentado demostrarte que eres tú a quien quiero en mi futuro. Tú, tú y solo tú —le di un golpecito en la frente para que le quedara claro—. No hay otra mujer. En mi corazón no la ha habido desde hace mucho tiempo.

La miré asustado y expectante. Ella no dijo nada. Comencé a impacientarme y me temí que ya fuese demasiado tarde.

—¿Es por ese hombre? —me inquieté.

Ella sacudió la cabeza con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué va a pasar con el bufete?

—Que Jessica convencerá a su padre para que me despida. Es un pelín

vengativa, así que espero que se conforme con eso.

—Intentaré hundirte —me advirtió.

—Sí, cuento con ello. Pero me da igual.

—Te da igual —repitió asombrada—. ¿Y todo esto por tu secretaria?

—No, por mi secretaria no. Porque le prometí a la mujer que amo que me ganaría su perdón, y todo lo demás me sobra si la tengo a ella.

—Vaya... —Sarah se acercó a mis labios y noté que se deshizo en mis brazos—. Debes de estar muy enamorado para renunciar a todo por ella.

—No te haces una idea.

Ella me miró la boca y yo me estremecí de deseo. Jamás tendría suficiente. Por eso era perfecta para mí. Por eso me sobraba todo lo demás.

—Menos mal que es recíproco, Señor Sandoval —se me puso dura en cuanto ella me llamó así. Enrolló sus manos alrededor de mi cuello y rozó mis labios hasta volverme loco—. Te quiero, Fernando.

—Ya lo sabía —mentí.

Ella puso los ojos en blanco. Apagué su risa con un beso. Y luego otro... y otro... y otro... Me di cuenta de que era el hombre más afortunado del mundo y entonces sí que lo tuve claro. Ahora sí que lo tenía todo. El amor de una mujer increíble y la oportunidad de hacer las cosas bien. No podía pedir más.

Crucé el pasillo a toda prisa, pero con algo muy claro: no me marcharía hasta hacer aquello para lo que me habían contratado. Aunque para ser sincero, la razón por la que lo hacía poco tenía que ver con mi trabajo como guardaespaldas. Cuando entré por la puerta, John Parker me observó de arriba abajo con una mezcla de interés y recelo. Me aguanté las ganas de estrangular a aquel desgraciado. Llevaba diez años arruinándole la vida a Mia, pero eso se había acabado.

—¿Y tú quién eres? —preguntó molesto.

—El que te va a arrancar la cabeza como vuelvas a amenazar a Mia.

Él irguió la espalda y se le cambió la expresión. Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Ah... ahora lo entiendo. Tú eres su guardaespaldas. El de las revistas —esbozó una sonrisa fría y me guiñó un ojo—. Uno se entera de todo incluso estando en la cárcel. Ya decía yo que tu cara me sonaba de algo...

—Pero te va a sonar más como sigas causándole problemas —le advertí, cogiéndolo de la camisa y acercando mi rostro al suyo.

John torció el gesto e intentó soltarse, pero le fue imposible. A mi lado aquel tipejo era un enclenque sin posibilidades.

—Adelante, llama al guardia. Tu apellido no te va a servir de nada esta vez. Lo conozco, a él y a la mitad de esta prisión —le dije, y su expresión confiada se tornó cautelosa.

—¿De qué estás hablando?

—Se acabó lo de amenazar a Mia —lo solté de un empujón y él aterrizó en su silla. Puse sobre la mesa un trozo de papel y un lápiz—. Escribe el nombre de la persona que has contratado para realizar el trabajo por ti.

John soltó una carcajada atónita.

—¿Me crees tan imbécil? Con la condicional, no voy a arriesgarme a hacer tal cosa.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

John bufó y volvió a poner mala cara.

—Solo pretendía asustarla un poco. Es evidente que el tirador que contraté para que le disparara a las puertas de nuestra casa falló a propósito —me di cuenta de que seguía diciendo *nuestra casa*. Aquel hombre era un peligro para su familia, pero dejaría de serlo muy pronto—. Pensé que así se largaría en cuanto terminara lo del juicio y seguiría manteniendo la boca cerrada. Aunque sinceramente, me he tomado demasiadas molestias. Es su palabra contra la mía. No puede demostrarlo y ella lo sabe.

—Eres un desgraciado. Involucrar a tu hermana por un crimen que solo cometiste tú... ¿para qué?

John abrió los ojos de par en par.

—¿Te lo ha contado? —preguntó atónito.

—¿Qué mataste a tu propio padre? Sí, me lo ha contado.

John chasqueó la lengua. Aquello no se lo esperaba. Creía que provocando que Mia se sintiera culpable conseguiría tenerla a su merced.

—¿Por qué mataste a tu padre? —insistí, intentando llevarlo hacia donde yo quería—. ¿Por qué se lo contaste a Mia?

John se encogió de hombros, como si ya no importara.

—Porque mi padre era un desagradecido. Matt nunca quiso llevar las riendas de la empresa y yo, por el contrario, me dejé el alma para llevarla a lo más alto. Y aún así, él terminó prefiriéndolo a él. No sé por qué se lo conté a Mia. Supongo que me entró el pánico cuando supe que iba a ir a la cárcel y necesité compartir aquel pequeño secretillo con alguien para aliviar mi conciencia. Pero cuando supe que tenía una posibilidad de salir de este agujero, me di cuenta de que la idiota de mi hermana podía joderlo todo. Pero... los dos sabemos que ella no tiene nada que hacer. ¿Qué pruebas tiene? ¡Ninguna! Mejor que siga callada y finja que debe sacrificarse por

Matt y el resto de la familia para que ellos no carguen con la verdad.

—Gracias por tu sinceridad.

John enarcó una ceja, así que me saqué la grabadora del bolsillo y la apagué. Él se puso pálido al darse cuenta de que acababa de caer en mi trampa.

—Joder... —masculló él con incredulidad—. Mia vino varias veces a verme y lo intentó, pero nunca logró arrancarme una confesión. La tenía calada. Y ahora me vienes tú y me pillas con la guardia baja.

De repente se echó a reír, y se pegó un buen rato así, riendo a lágrima viva como si todo le hiciera bastante gracia.

—Te vas a pudrir en la cárcel.

—Eso ya lo veremos. Soy un Parker. Mi abogado encontrará la manera de anular esa grabación. Fingiré que me coaccionaste, ya se me ocurrirá algo... —dijo, pero noté el rastro del pánico en su voz.

—Tengo contactos en esta cárcel. Los suficientes para que te hagan la vida imposible, ¿me sigues? —le advertí, y él me miró asombrado—. A ellos les dará igual cómo te apellides, porque resulta que me deben muchos favores. ¿Entiendes lo que pasará si vuelves a amenazar a tu hermana?

Asintió de mala gana.

—No te he oído.

—Sí —respondió irritado.

Me di la vuelta y caminé decidido hacia la puerta. No sabía si la grabación sería suficiente para mantener a John en prisión, pero sospechaba que acababa de acojonarlo. Dejaría de pagar a quien fuera para que asustara a Mia y ella podría seguir con su vida.

—Oye... —me llamó, y yo no me volví—. Debes de quererla mucho para haber hecho esto por ella. Me alegro por Mia. Por fin ha encontrado a un

hombre que se la merece.

No le respondí. Salí de allí con su confesión en el bolsillo y ni siquiera supe qué pensar. Era evidente que John Parker no se arrepentía por lo que había hecho, pero una parte de mí me decía que él quería a su hermana. A su manera. Una muy retorcida y que me producía asco.

—Tienes una visita —me contó Alan.

Enterré la cara en el libro que estaba leyendo en un intento por distraerme. Logan había desaparecido de mi vida en cuanto regresamos del juicio. No entendía nada. Sabía de sobra que él necesitaba curar sus heridas en soledad, pero el silencio de los últimos días me estaba matando. ¿Me juzgaría al saber la verdad? Algo me decía que no, porque después de contárselo Logan había sido muy comprensivo. Dios, lo echaba tanto de menos...

—Me da igual quién sea, no quiero ver a nadie —me metí un puñado de m&m's en la boca.

—¿Incluso si se trata de Logan?

Escupí los m&m's y me puse de pie de un salto. Alan reprimió una sonrisa.

—Vale, dile que pase.

—Está subiendo las escaleras, pero pensé que querrías que te avisara antes de que te viera con esas pintas.

Alan tenía razón. En cuanto reparé en mi aspecto, corrí hacia el cuarto de baño y me encerré dentro. Me cepillé el pelo, me cambié de camiseta y me eché cacao en los labios. Cuando abrí la puerta, Alan había desaparecido y en su lugar estaba Logan. El corazón se me aceleró al verlo. Me moría de ganas de abrazarlo, pero no sabía si él estaba pensando lo mismo.

—Hola —lo saludé con timidez.

—Hola.

Me mordí el labio, sin saber qué decir. Había desaparecido de mi vida sin darme una explicación, pero entendía sus motivos. Tenía que ocultarse de

la prensa y tomar una decisión muy dura.

—¿Has venido a despedirte? —adiviné con tristeza.

Logan me tendió una grabadora.

—¿Qué es eso? —pregunté sin entender.

—La confesión de tu hermano. Puedes hacer con ella lo que tú quieras.

No fui capaz de cogerla. Me lo quedé mirando como si me estuviera gastando una broma. Yo había sido la primera que había intentado engañar a John otras veces, pero él era demasiado inteligente para caer en mi trampa.

—Cógela —insistió—. Mia, ¿estás bien?

—No —respondí, cogiendo la grabadora—. Pero lo estaré. ¿Y tú?

—Lo intentaré.

Estaba mintiendo, lo sabía de sobra. Logan iba a enfrentarse a su pasado y no me quería con él.

—No sé qué decir. Gracias, otra vez. Nunca vas a dejar de sorprenderme, aunque supongo que ya debería acostumbrarme.

—Me contrataron para eso —le restó importancia.

—Nunca ha sido por trabajo —lo contradije.

—Tienes razón. Ha sido por ti —aceptó, y mi corazón latió con fuerza.

—Pues no me apartes de tu vida justo cuando más me necesitas. ¿Por qué tienes que hacerlo solo? —intenté hacerle ver—. Me tienes a mí.

—No lo entiendes, Mia... necesito estar solo —su expresión se contrajo en una mueca de dolor—. Quiero estar solo.

—No quieres estar solo —dije, con toda la seguridad que pude reunir—. Ni yo tampoco, porque te quiero.

Las palabras escaparon de mi boca sin que yo pudiera medirlas. Pero me sentí mucho mejor al decirlas, porque era la pura verdad. Logan me miró

impactado por mi declaración. No se lo esperaba.

—Te vas a ir a la India.

—Lo dices como si eso te lo pusiera más fácil —le recriminé dolida—. ¿Y si te dijera que me puedo quedar aquí contigo?

—Tienes que volver a tu vida, es lo mejor para los dos —dijo, más para sí mismo que para mí—. No estoy preparado para tener una relación con nadie. Te haría daño, ambos lo sabemos. Sigo anclado en un pasado que me atormenta, y tú tienes toda la vida por delante como para permitir que yo te corte las alas. No, no pienso permitirlo.

—Logan, eso no es verdad. ¿En serio piensas que eres un lastre para mí?

Cortó la distancia que nos separaba y me besó profundamente. Cerré los ojos y me dejé llevar. Fue un beso corto y repleto de amor. Uno que me dijo todo lo que él callaba. Sus miedos, sus dudas... cuando abrí los ojos, Logan ya se había marchado sin darme la opción de seguirlo. Apreté la grabadora contra la palma de mi mano y supe lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de dar la cara.

59. Logan

No sé si Mia llegaría a entenderlo alguna vez. Necesitaba curar mis heridas en soledad antes de despedirme de April. Aquella decisión llevaba torturándome el alma desde hacía varios días. Ya le había fallado a mi hija, y ahora no pensaba hacerlo con la mujer a la que amaba. No era justo para ella. Mia tenía toda la vida por delante y la posibilidad de ayudar a mucha gente con su trabajo. ¿Qué tenía yo para ofrecerle? Sabía de sobra que en cuanto me despidiera de mi hija, vendrían unos días de doloroso luto en los que puede que necesitara volver a refugiarme en el alcohol. No estaba dispuesto a ser una carga para Mia.

Ella me amaba, pero desconocía que yo estaba completamente enamorado de ella. Lo suficiente para reconocer que tenía que retirarme para que ella fuese feliz.

Estaba sentado en aquella terraza esperando a Keira. Era la primera vez en cuatro años que nos sentábamos a hablar las cosas como dos adultos que no eludían su responsabilidad. Cuando la vi llegar, lo primero que vi fue su prominente barriga.

—Hola, Logan —me dio un beso en la mejilla.

—Estás embarazada —le dije asombrado.

Ella asintió con una sonrisa temerosa, como si mi reacción la asustara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Preferí esperar al tercer trimestre, cuando nos aseguraran que todo está bien. Va a ser un niño.

—Me alegro mucho por ti. Lo digo de verdad. Te lo mereces, Keira.

Supongo que Marcus y los niños estarán muy contentos.

—Fue algo completamente inesperado, y al principio ni siquiera supe cómo sentirme —admitió, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me sentía muy culpable por tener una segunda oportunidad, y temía que tú me juzgaras por ello.

Me odié a mí mismo por haber contribuido a que mi exmujer tuviera aquella imagen de mí.

—Quizá lo hubiera hecho hace un tiempo, pero ahora soy incapaz. Vas a ser una buena madre.

—Tengo mucho miedo —admitió horrorizada—. Me despierto por las noches gritando y pienso: ¿y si vuelve a suceder?

Jamás la había visto así. Keira afrontó el accidente de April con una entereza que a mí me dejó desconcertado. Le cogí la mano y ella se sobresaltó por el contacto, pero me agradeció el gesto con una mirada.

—No pienses en ello. La vida te está dando una segunda oportunidad. Fuiste una buena madre y volverás a hacerlo. Fue un maldito accidente.

Ella me miró sorprendida. Era la primera vez que aquellas palabras salían de mi boca.

—Estás cambiado —dijo asombrada—. Te veo muy bien. Me gusta reconocer al hombre que fuiste.

—Siento haberte culpado por lo que le sucedió a April. Te culpaba a ti, me culpaba a mí... sé que nos hice mucho daño —le confesé agobiado.

—¿Sabes qué fue lo que más me dolió? Te alejaste de mí y no me diste ninguna posibilidad de volver a acercarme. Fue tan frustrante... de repente, no solo perdí a una hija, sino también a mi marido.

—Me sentía fatal. No entendía cómo eras capaz de seguir adelante. Siempre envidié tu fortaleza.

—No era fuerte, pero fingía muy bien —me contradijo para mi sorpresa—. ¿Sabes qué fue lo que me obligó a dejar de culparme? El amor. Cuando conocí a Marcus y a sus hijos, el amor que me dieron no dejó espacio para el odio. Entonces dejé de buscar culpables y empecé a asimilar que habíamos perdido a April.

No fui capaz de decir nada. Ella me observó atentamente y sonrió de medio lado, como si acabara de ver algo que le gustara.

—Siento mucho haberte gritado por teléfono. Mis hormonas están revolucionadas con el embarazo, y ver que hablaban de nosotros y nuestra hija en los medios de comunicación... —sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas, así que parpadeó para borrarlas—. Ya sé que tú no tienes la culpa, Logan.

—Debería haberlo previsto —gruñí molesto.

—No. No hagas eso —me pidió—. Ya basta de buscar culpables para todo. ¿Qué hay de esa chica? Vi la foto en la que os besabais. ¿Vais en serio?

—No.

—¿No? —mi respuesta la dejó desconcertada—. Creí que...

—Es imposible. No se merece cargar con alguien como yo.

—¿Crees que Marcus se merecía cargar con la que yo era por aquel entonces? Así es el amor, Logan. Si ella te quiere lo entenderá. ¿O es que acaso te has largado sin darle la opción de decidir? Eso es muy típico de ti.

Aparté la mirada, mortificado porque mi exmujer me conociera tan bien. Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—Piensa en ti por una vez en la vida, Logan. Tienes cuarenta años, ya no eres ningún niño. La vida se te escapa y tú no haces nada para remediarlo. Si amas a esa mujer, no la dejes ir.

60. Mia

Matt estaba dentro de su despacho y yo no me atrevía a llamar a la puerta. Me retorcí las manos con nerviosismo y repasé mi discurso. Sabía lo que tenía que decirle, pero era incapaz de hacerlo. Había escuchado la grabación de John diez veces seguidas antes de levantarme de la cama. Tenía que hacerlo. No podía permitir que aquel monstruo regresara a nuestras vidas.

Me armé de valor y llamé a la puerta.

—Papá está demasiado ocupado con cosas del trabajo. Id a jugar con el tío Alan —gritó desde dentro la voz de mi hermano.

—Soy yo.

—¿Mia? Pasa.

Empujé la puerta y noté que me temblaban las piernas. Él apartó la vista del ordenador y me miró con interés.

—¿Qué haces ahí parada? —me preguntó, al ver que no me movía—. Mia, estás pálida. ¿Te encuentras bien?

No conseguí moverme. Matt se levantó y rodeó su escritorio hasta llegar a mí. Me miró preocupado y frunció el ceño.

—Oye, ¿qué te pasa? —exigió saber, y me puso una mano en la frente para cerciorarse de que no estaba enferma.

Aparté la cara y le cogí la mano, llevándolo hacia los sillones que había junto a la librería.

—Siéntate, Matt.

Él resopló.

—Mia, no sé a qué diantres viene todo este misterio, pero será mejor que lo sueltes ya —me pidió, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—John mató a papá —le solté de golpe.

Él me miró como si no me hubiese oído bien.

—No tiene ni puñetera gracia. ¿Qué broma es esa? ¿A ti qué cojones te pasa?

—Matt... —se me quebró la voz—. No es ninguna broma. Lo sé desde hace diez años, me lo contó él.

—¿Qué? —estaba atónito. Subió el tono de voz y me gritó—. ¿Qué?

—Que la muerte de papá no fue por causas naturales. John lo mató.

—¡Ya te he oído! —exclamó fuera de sí, y comenzó a dar vueltas por el despacho como un loco—. Dime que me estás mintiendo, por favor.

—Lo siento, pero es la verdad.

Él se quedó petrificado, como si de pronto lo entendiera todo.

—Por eso te fuiste hace diez años...

—Sí —admití con pesar.

Me acerqué a él, pero mi hermano me fulminó con la mirada cuando intenté tocarlo.

—Ni te me acerques. ¿Cómo has podido hacerme esto? —me recriminó dolido, y vi el rastro de las lágrimas en sus ojos—. ¿Cómo has podido

hacernos esto a todos?

—No tenía pruebas, Matt. Te lo juro. John me lo contó el día que intentó mataros... —le expliqué, desesperada porque me creyera—. Fui a verlo varias veces a la cárcel e intenté arrancarle una confesión, pero no lo logré. Y mamá y tú estabais muy mal... la familia estaba dividida... todos estabais destrozados. Pensé que no era justo para vosotros y que John se pasaría el resto de su vida en la cárcel. Solo intentaba protegeros, te lo prometo.

—Intentabas... protegernos... —asimiló mis palabras. Pasó por mi lado sin ni siquiera tocarme y se dejó caer en el sofá, tapándose el rostro con las manos—. Tendrías que habérmelo contado.

—¿Para qué? ¿Te hubiera ayudado en algo saberlo? ¿Saber que tu hermano es un asesino que mató a nuestro padre? Porque te aseguro que yo habría dado cualquier cosa por no conocer la verdad. Lleva diez años matándome y alejándome de vosotros. ¿Y mamá, crees que eso la hará sentir mejor? Han pasado diez años y todavía sigue culpándose por lo que sucedió, por criar a un hijo como él y haberte alejado de Harley para protegerlo...

—¡Eso no cambia nada! —bramó furioso—. ¿O es que lo ocultaste porque sentías pena por él? Mírame a la cara cuando te hablo, Mia.

Lo hice. Lo miré completamente destrozada por su reacción.

—¡Lo oculté porque os quiero demasiado, joder! Y luego tuve mucho miedo —rompí a llorar y me saqué la grabadora del bolsillo—. Jamás vuelvas a decir que antepongo a John a mi familia.

—¿Qué es eso? —gruñó, al ver lo que me sacaba del bolsillo.

Dejé la grabadora encima de la mesa.

—La confesión de John. Dale las gracias a Logan, yo no he tenido nada que ver.

Mi hermano contempló la grabadora como si fuese una broma pesada. Sabía de sobra que necesitaba asimilar todo lo que le había contado.

—¿Me lo habrías contado alguna vez de no tener pruebas? —quiso saber.

—No lo sé —le fui sincera.

—Vete. Quiero estar solo.

Me di la vuelta mientras comprendía que cabía la posibilidad de que hubiese perdido a mi hermano para siempre. La verdad dolía, pero yo no podía seguir viviendo con aquel secreto. Solo esperaba que mi hermano pudiera perdonarme.

Matt estuvo cuatro días sin hablarme. Harley lo notó y me preguntó qué nos pasaba, pero le contesté con evasivas. Él tampoco le había contado a los demás la verdad, pero se negaba a mirarme cuando nos cruzábamos por el pasillo. Parecía que hasta respirar el mismo aire que yo le molestaba. Ni siquiera sabía lo que él había sentido al escuchar la grabadora.

Cuando yo lo hice noté que se me desgarraba el alma. Que la persona que hablaba con esa frialdad de la muerte de mi padre no era mi hermano.

Recibí un mensaje de Logan que me sacó una sonrisa. Ya habían pasado dos semanas desde la última vez que nos vimos, y aquella era la primera vez que sabía algo de él.

Logan: ¿Cómo estás?

Dos palabras. Me lo pensé muy bien antes de contestarle.

Yo: no muy bien. Le he contado la verdad a Matt y no me habla.

Logan: te perdonará.

Yo: ¿cómo estás tan seguro?

Logan: porque te quiere. Necesita tiempo para asimilar lo que le has

contado.

Deseé con todas mis fuerzas que Logan estuviera en lo cierto.

Yo: ¿Cómo estás tú?

Él no me respondió. Fruncí el ceño y estuve a punto de estrellar el teléfono contra el suelo. No entendía nada. Logan me mandaba un mensaje, y en cuanto obtenía lo que quería, pasaba de mí. Pero un rato después, más calmada, lo comprendí a la perfección. Se preocupaba por mí, pero no me dejaba hacer lo mismo por él.

Alguien llamó a mi puerta. Matt entró a mi habitación y yo me levanté de la cama. Fui a decir algo, pero él cortó la distancia que nos separaba y me abrazó con fuerza. Ambos nos emocionamos y pasamos un buen rato abrazados y sin hablar. Fue él quien rompió el silencio. Sus ojos estaban llenos de lágrimas de rabia.

—No vuelvas a permitir que nadie te hable así, ni siquiera yo —me pidió consternado.

—¿Significa eso que me perdonas?

—Significa que entiendo por qué lo hiciste. No hay nada que perdonar. Te pareces más a mí de lo que me gustaría. Puede que yo hubiera hecho lo mismo de haberlo sabido.

Respiré aliviada y comprendí que debería habérselo contado mucho antes, pero no podía cambiar el pasado. En lugar de ello me preocupé por lo que estaba a punto de venir.

—¿Qué vamos a hacer?

—He estado hablando con mi abogado, y dice que la defensa de John podría alegar que la confesión se obtuvo bajo coacción. Pero al menos seguirá entre rejas y esto servirá para que le denieguen la condicional. Vamos a luchar porque se haga justicia, Mia.

Era lo mejor. Mi padre se lo merecía.

—No vamos a contarle nada a mamá... por el momento —me dijo, y yo no tuve nada que objetar—. Está muy mayor y esto le partiría el corazón. Intentaremos llevarlo todo con la mayor discreción... pero tendremos que ser sinceros con ella si esto sale a la luz.

Recé con todas mis fuerzas para que mi madre pudiera vivir lo que le quedaba de vida sin conocer una verdad que la destrozaría.

—¿Y Harley? —me temí.

—Yo... no he podido evitarlo, se lo he contado. Me conoce tan bien que sabe cuándo le oculto algo. No puede parar de llorar... supongo, que después de contárselo he conseguido ponerme en tu piel —me dio un beso en la mejilla—. No quiero estar solo, ¿bajas a mirar las estrellas como cuando éramos unos críos?

—Ahora voy.

En cuanto Matt se fue, cogí mi móvil para cerciorarme de que Logan no me había respondido, pero me sorprendió encontrar un mensaje desde un número que no conocía.

Cementerio de St. Andrews. Lunes 17 a las 12.15. Sé que Logan te quiere demasiado para pedirte que vayas, pero no es justo que esté solo en un momento tan duro. Te necesita más de lo que está dispuesto a admitir.

Releí el mensaje un par de veces y comprendí de quién se trataba. Era Keira, la exmujer de Logan. Habían tomado una decisión, y yo no pensaba abandonar a Logan justo cuando más me necesitaba.

61. Sarah

Todavía me estaba acostumbrando a mi nueva vida en pareja, pero he de reconocer que estaba encantada de la vida. Era feliz al lado de Fernando y él nunca dejaba de sorprenderme. Mis dudas se habían esfumado y estaba empezando a conocer al hombre tan maravilloso que él llevaba demasiado tiempo ocultando.

Jessica no le había puesto las cosas fáciles. Fernando se había quedado corto diciendo que ella podía ser un pelín vengativa. Había perdido su trabajo en el bufete porque Jessica le había suplicado a su padre que lo despidiera. Y

casi estuvo a punto de conseguir que a mí también me echara. Desde luego, no escatimó en esfuerzos para lograrlo. Pero aquella decisión no dependía solo de su padre, y yo me había convertido en la protegida de Smith, el segundo socio del bufete. Estaba tan satisfecho con mi trabajo que se había negado a ceder a los caprichos de la hija mimada de su socio, aunque eso produjese algunas rencillas entre ellos.

Pero Jessica no se había conformado con echar a Fernando del bufete. Quería arruinar su carrera y había utilizado su influencia para hacer circular los rumores más horribles sobre él. De repente se le cerraban las puertas del resto de bufetes de la ciudad, y yo le veía llegar todos los días con una sonrisa fingida mientras trataba de restarle importancia. Además, Jessica había vendido todos los bienes que tenían en común, y se negaba a darle su parte sin ir a juicio. Fernando me repetía constantemente que no le importaba y que el dinero era lo de menos, pero a mí me dolía ver como Jessica le había arrebatado todo lo que se había ganado por haberme elegido a mí.

Manuel, el padre de Fernando, era un encanto. Habíamos congeniado a la primera y me trataba como si fuera una hija. Ahora vivía con nosotros y nos habíamos mudado a un piso con dos habitaciones. Incluso Marie recibió el cambio con agrado y consintió que Fernando la acariciara de vez en cuando. La gata se las traía, pero él estaba empeñado en ganársela.

Aquella noche Fernando me había llevado a mi restaurante favorito, ese al que habíamos estado a punto de ir cuando él perdió la apuesta. Cuando salimos de allí, dimos un largo paseo hasta llegar a una avenida poco concurrida. Se paró delante de un local con el cartel de *se alquila*.

—¿Te gusta? —me preguntó emocionado.

—Pues... no sé. ¿Debería?

—Lo he alquilado hoy. He pensado que si nadie me da una oportunidad, quizá es el momento de abrir mi propio despacho.

—Me parece una idea estupenda.

—¿En serio? Sé perfectamente cuando mientes, Sarah.

—Es solo que... me parece tan injusto que hayas tenido que renunciar a todo lo que tenías por mí. A tu estilo de vida, tu reputación...

—Sarah... —me atrajo hacia sí y me besó con devoción—. No he tenido que renunciar a nada. Tengo lo que más me importa delante de mí.

Me deshice en sus brazos y no vi el momento de llegar a casa. Quería que me hiciera el amor, aunque por su culpa fuese al trabajo con unas ojeras considerables.

—Menos mal. Porque me encanta el local.

Él se sacó algo del bolsillo y me lo tendió con nerviosismo.

—¿Y esto?

—Un regalo.

Me mordí el labio y rasgué el envoltorio. Lo miré atónita. Eran unas gafas.

—¿En serio?

Fernando se aguantó la risa.

—¿No te gustan?

—Pues... sí, supongo. Son muy prácticas —le mentí, un tanto decepcionada.

Él se arrodilló a mis pies. Lo miré sin saber lo que se proponía, y algunos viandantes curiosos se nos quedaron mirando.

—Hay algo dentro —me dijo.

No entendí a qué se refería, hasta que saqué las gafas y descubrí un anillo. Balbuceé un montón de incoherencias cuando comprendí lo que estaba sucediendo. Fernando me cogió una mano, y con la otra me pidió el anillo.

—Ay... —musité emocionada.

—Te mentí cuando te dije que tengo todo lo que quiero, porque nada me haría más feliz que fueras mi esposa. Sarah, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —chillé sin dudar, y la gente comenzó a aplaudir a nuestro alrededor.

Fernando me puso el anillo, se levantó y me robó un beso. Acto seguido me cogió en brazos y caminó hacia el local con el cartel de *se alquila*.

—¿Qué haces? —se me escapó la risa—. Nos está mirando todo el mundo.

—Resulta que me han entrado muchas ganas de hacerte el amor. ¿Qué mejor manera de estrenar este local?

Lo miré a los ojos y comprendí que él tenía razón. Nos teníamos el uno al otro, y todo lo demás sobraba. Fernando me besó con suavidad mientras entraba conmigo al principio de una de las tantas cosas buenas que estaban por llegar. Y allí, en brazos de mi futuro marido y rodeada de cajas vacías, supe que no tenía nada que envidiar a ninguna de las protagonistas de las novelas románticas que yo leía. Porque esa era mi historia y nuestro cuento no había hecho más que empezar.

Ni siquiera fui capaz de llorar. Sabía que más tarde, cuando consiguiera hacerme a la idea de que April se había ido, no podría parar de hacerlo. Me había costado dejarla partir. Sentía que una parte de mí se había marchado con mi hija y que ya nunca volvería a ser el mismo.

Pero sobre todo, comprendí que echaba de menos a Mia con toda mi alma. La necesitaba justo allí, a mi lado. Reconfortándome mientras me miraba con sus ojos castaños y me cogía la mano. Por primera vez en mi vida necesitaba que alguien me sostuviera y me prometiese que todo el dolor que sentía se iría algún día.

El entierro de April se produjo en la más estricta intimidad. Keira estaba acompañada por Marcus, pero yo había ido completamente solo. Me preparé para escuchar las palabras del sacerdote cuando algo me hizo levantar la cabeza. Se me paró el corazón y contemplé a Mia, a lo lejos. Se mantenía a una distancia prudencial, como si no se atreviera a acompañarnos porque creyese que no era bien recibida. No lo dudé. Crucé la distancia que nos separaba y mi corazón volvió a latir cuando la tuve delante.

—No sabía si querías que estuviera aquí. Me ha costado tomar la decisión. Yo... no sé qué decir.

—Gracias —le dije emocionado.

Ella alargó un brazo y me acarició la mejilla. Entrecerré los ojos y me estremecí. Cogí su mano antes de que la dejara caer y la llevé justo al lugar en el que ella debía estar. A mi lado, en el momento más duro de mi vida.

Escuchamos las palabras del sacerdote en silencio. Keira rompió a llorar y a mí me costó mantenerme en pie. Aferré la mano de Mia con fuerza y me apoyé en ella. Cuando terminó, me acerqué al ataúd y deposité una rosa blanca sobre él.

—Adiós, pequeña.

Los ojos se me empañaron de lágrimas. Yo, que nunca lloraba. El mismo que ahogaba las penas en alcohol e intentaba mostrar una entereza que no sentía. Pero me rompí por completo. Eché a caminar todo lo lejos que puede mientras sentía que me faltaba el aire. Me detuve de pronto y grité con fuerza. Un grito liberador que me arrancó más lágrimas. Me sobresalté cuando alguien me puso una mano en la espalda.

—¿Estás bien?

Me volví hacia Mia, que me contempló preocupada.

—No —decidí dejar de fingir.

Ella asintió con pesar y no dijo nada. Me abrazó con cariño y yo dejé que lo hiciera. No me sentí mejor. No consiguió que el dolor se evaporara de golpe. Pero me sentí menos solo y de repente tuve la esperanza de que a partir de entonces todo sería más fácil. Porque la tenía a ella.

—Estoy harto de hacerme el fuerte.

—Conmigo puedes ser cualquier cosa. Porque te quiero, ya te lo dije.

—Lo sé —me separé un poco de ella para mirarlo a los ojos—. Jamás debería haberte apartado de mí.

—Sí, pero entiendo por qué lo hiciste...

—¿De verdad?

—Porque querías regodearte en tu dolor y pensabas que nunca lo superarías. Pero lo haremos juntos, Logan. Me da igual si es aquí, en la India... o donde tú quieras.

—¿Y tus planes?

—Mi mejor plan eres tú.

Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo cuando la escuche. La miré fascinado y comprendí que nunca podría amar a una mujer como la amaba a ella.

—Estoy completamente enamorado de ti, Señorita Parker. Me tienes hechizado.

Ella suspiró aliviada y enrolló las manos alrededor de mi cuello.

—Menos mal, pensé que no me lo dirías nunca.

La miré con ternura y un amor infinito.

—Te quiero —repetí, apoderándome de sus labios—. Y no volveré a cometer el error de apartarme de ti. Donde sea, pero contigo.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho y la escuché llorar. Eran lágrimas de felicidad. La besé en la frente y me sobrecogió todo el amor que experimenté. Mia me volvía loco y podría hacer cualquier cosa por ella. Había perdido una hija y ese espacio jamás lo ocuparía a nadie. Pero había ganado el amor de una mujer maravillosa. De la mujer más fascinante que había conocido en toda mi vida. Y allí, a pesar de todo el dolor, comencé a ser feliz.

63. Mia

Es increíble como dos corazones rotos pueden curarse mutuamente. Así me sentía yo con Logan. Como si las piezas de mi vida empezaran a encajar porque él completaba el puzle.

Ambos teníamos heridas por cicatrizar que sanarían con el paso del tiempo. Logan se despertaba por las noches gritando el nombre de su hija. Sabía que necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que ella ya no estaba, pero yo lo acompañaría en el largo camino del duelo.

A Matt y a mí nos estaba costando que algún juez admitiera la grabación como prueba, pero ninguno de los dos cesaba en su empeño porque se hiciera justicia. Fernando nos estaba ayudando con la acusación y me había enterado que estaba esperando su primer hijo. Gracias a Dios no con Jessica, de la que no había vuelto a saber nada. Harley nos empujaba a no rendirnos y mamá seguía viviendo plácidamente en su ignorancia. Alan, como siempre, era feliz a su manera.

Y yo... empezaba a ser feliz. A pesar del dolor, las cicatrices y los recuerdos, rozaba la felicidad con los dedos y atesoraba en mi corazón los buenos momentos con Logan, que siempre superaban a los malos. Ahora vivíamos a caballo entre mi casa, la suya y nuestros viajes alrededor del mundo. Logan estaba decidido a ayudarme en mi trabajo con la fundación y se había involucrado tanto que para mí era toda una sorpresa. Cuando le pregunté que por qué lo hacía, él me respondió muy tranquilo que quería una vida conmigo. Al parecer, había dicho completamente en serio lo de no

apartarse otra vez de mí. Y a mí... sinceramente... no podía parecerme mejor.

—¿No quieres darte un baño? —me preguntó.

Observé el mar con desconfianza. Por supuesto, había cumplido la promesa que le había hecho a su hija. Ahora tenía un barco en cuya popa podía leerse el nombre de April. Salíamos a navegar siempre que podíamos. La sonrisa de Logan cuando oteaba el horizonte no tenía precio.

—Ya sabes que soy más de seco —respondí, y él se echó a reír.

Me apoyé en la barandilla y, de repente, los vi. Me volví ilusionada hacia él, que acababa de ver lo mismo que yo. Delfines. No me importó que las olas me salpicaran la cara. Los dos sonreímos y disfrutamos del espectáculo.

—Qué maravilla... —susurré emocionada.

Logan se apoyó a mi lado y me contempló a su antojo. Noté que sonreía abiertamente y me volví hacia él.

—¿Qué pasa, Señor Prexton?

—Tienes la misma cara que el día que contemplaste las estrellas. Siempre ves un rayo de luz, aunque todo esté completamente oscuro. No sé qué haría sin ti...

Me pasó un brazo por encima de los hombros y me apretó contra su pecho. Sonreí como una boba y noté que mis ojos se humedecían.

—Ese fue el momento en el que me enamoré de ti. Entonces no lo sabía, pero ahora estoy completamente seguro.

Me volví hacia él muy sorprendida.

—¿Cuándo me tapaste con tu chaqueta?

—Sí. No paraba de preguntarme, ¿cómo me puedo sentir tan atraído por esta mujer tan insoportable?

Le di un guantazo, y él soltó una carcajada. Puse los ojos en blanco.

—Pues a mí me costó mucho más, para que lo sepas...

—¿Ah, sí? —me mordió el cuello y yo me deshice como el caramelo—.
No te creo, mentirosa...

—Mientras tú babeabas por mis huesos, yo me preguntaba: ¿se puede ser más bruto que mi guardaespaldas?

Él se partió de risa.

—¿Y a qué conclusión llegaste? —murmuró, dejando una hilera de besos por mi garganta.

—Me dije a mí misma; este zopenco tan atractivo tiene posibilidades de ganarse el premio al hombre más antipático del año —enrollé mis manos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí—. Y para que lo sepas, tuve ganas de matarte cuando me pediste que te devolviera la chaqueta.

—No me cabe la menor duda, tienes mucho carácter.

—¿Y eso es malo?

—A mí me vuelve loco —encontró mi boca y me besó con urgencia—. ¿Prefieres seguir contemplando los delfines, o te conformas con el bruto y antipático aunque atractivo de tu guardaespaldas?

—Ya no eres mi guardaespaldas.

—Señorita Parker... qué te gusta llevarme la contraria.

Se me escapó la risa floja cuando él comenzó a quitar la ropa.

—Señor Prexton, creo que los delfines pueden esperar.

Sobre la autora

Soy una escritora sevillana a la que le encantan las novelas románticas, las series de televisión, el sushi y los animales. Nací en el año 1992 (la generación de Curro), y me defino como una romántica empedernida que tiene debilidad por los finales felices. Me encanta viajar y soñar despierta. Tengo un perro llamado Obélix que ya es famoso en Instagram (y está muy mimado). Y en mi tiempo libre, además de escribir, leo todo lo que cae en mis manos, cocino, colecciono muñecos funko y como demasiado chocolate.

Si quieres estar al tanto de las novedades que voy a publicar o preguntarme algo sobre los personajes de mis historias, puedes encontrarme en redes sociales. Te aviso que estoy un poco loca, pero siempre contesto ??

Instagram: [Chloe.santana](https://www.instagram.com/Chloe.santana)

Twitter: [@chloesantana_](https://twitter.com/chloesantana_)

Facebook: [Chloe Santana](https://www.facebook.com/Chloe.Santana)

Página de Facebook: [Chloe Santana libros](https://www.facebook.com/Chloe.Santana.libros)

Página web: www.chloesantana.com

Si has disfrutado la lectura, te agradecería que dejases tu opinión en Amazon. La mejor forma de ayudar a un escritor es decirle a los demás lo que te ha parecido su obra. ¡Y yo te lo agradeceré muchísimo!

Sin vuestro apoyo, los escritores no somos nada. Estaré encantada de responder a vuestros mensajes. ¡Gracias por leerme!

NOTA ADICIONAL: SI HAS LEÍDO ESTA HISTORIA, PERO TE PERDISTE EL LIBRO DE MATT Y HARLEY, PUEDES ENCONTRARLO EN AMAZON BAJO EL TÍTULO DE: “TODOS LOS VERANOS CONTIGO”